

JAVIER SIERRA

Y JESÚS CALLEJO

LA ESPAÑA EXTRAÑA



Los grandes misterios
están más cerca de lo que piensas

Lectulandia

De la mano de dos expertos, Javier Sierra y Jesús Callejo, nos adentramos en la España más misteriosa, desconocida, inquietante y asombrosa. Desde objetos voladores no identificados a apariciones misteriosas, pasando por reliquias o santuarios de origen desconocido, los autores recogen las historias que viven en la memoria colectiva de este país.

Lectulandia

Javier Sierra & Jesús Callejo

La España extraña

ePub r1.0

Balhissay 19.04.16

Título original: *La España extraña*
Javier Sierra & Jesús Callejo, 1997

Editor digital: Balhissay
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A «los de arriba»,
responsables últimos de que hayamos escrito este libro.
Y a Juan Antonio Cebrián (1965-2007),
que ya está con ellos.

Advertencias

Éste no es un libro escrito desde la fe. Es más: en algunos de sus pasajes se la pone a prueba. Y es que, durante milenios, las inteligencias que han diseñado buena parte de los fenómenos celestes y religiosos que conforman la base de nuestra cultura han dejado crecer a las religiones con el único propósito de controlarnos y manipularnos. Desde esa óptica, la obra que tiene en sus manos es un canto a la libertad y a la independencia de criterio que debería anidar en cada ser humano.

En plena era de internet, de la globalización y del «pensamiento único», *La España extraña* reivindica la recuperación de cierto *pensamiento mágico*, e invita a releer las leyendas y misterios que emocionaron a nuestros antepasados con su mismo candor e inocencia. Por eso, para respetar aquel remoto sentimiento de sorpresa, hemos decidido no añadir «presunto» y «supuesto» a cada uno de los hechos milagrosos contenidos en estas páginas. Ello no significa que les demos crédito. Omitimos esos adjetivos de prudencia en beneficio del ritmo de lectura y de una forma de entender el mundo que hoy ya no existe.

Prólogo

Por Juan G. Atienza

A aquellos que abran este libro, en una primera aproximación se les antojará que se encuentran ante un reportaje de corte *forteano*. Pero permítanme recordarles primero quién fue Charles Fort: un norteamericano de Albany, fallecido en 1932, que pasó casi toda su vida reuniendo infinidad de fichas referentes a hechos y fenómenos extraños que fue captando pacientemente de entre las noticias que le llegaban o que aparecían en las páginas interiores de la prensa y de algunos libros de historia. La verdad es que su labor no pasó nunca de una simple acumulación de datos insólitos. Sin embargo, la enorme cantidad de material recogido hizo que muchos indiferentes despertasen a una nueva curiosidad por lo extraño y que las manifestaciones puntuales de lo irracional tomasen carta de naturaleza, como una evidencia que se repite mucho más a menudo de lo que nuestro mundo dominado por la razón puede permitir sin sentir que se está mal de la cabeza. La búsqueda enciclopédica de Fort se tradujo en cuatro libros que recorrieron el mundo, despertando el morbo por lo insólito: *The Book of the Damned* (El libro de los condenados), publicado en 1919; *New Lands* (Nuevas tierras), que vio la luz en 1923; *Lo!* (1931) y *Wild Talents* (Talentos salvajes), impreso el mismo año de su muerte, 1932. Tanto fascinó aquella incursión en lo imposible a la ingenua sociedad estadounidense de su tiempo que, ya antes de fallecer, la manía coleccionista de su autor se vio compensada con la fundación de la Fortean Society (1931), cuyos miembros se han dedicado, desde entonces, a recopilar cuanto han podido de aquellos hechos malditos y a conservar como libros casi sagrados los manuscritos y las fichas que Fort les legó.

Pero aquel esfuerzo arrastraba, desde su misma concepción, la mácula de una ausencia capital de rigor en la investigación. Aquel hombre, obsesionado por todo lo insólito que iba surgiendo ante él, se olvidó demasiado a menudo de preguntarse el *porqué* de aquellos hechos, conformándose con el *qué* de su aparente evidencia. Muy pocas veces, por no decir ninguna, tuvo el valor o la ocasión de acudir al lugar de los fenómenos a comprobar su circunstancia y a profundizar en sus posibles causas, en los testimonios de quienes los presenciaron y en sus antecedentes. Y así, si bien es cierto que aportó un material rico en sugerencias y una recopilación casi enciclopédica que, con el tiempo, ha resultado útil para otros investigadores más rigurosos, siempre cojeó del lado de la búsqueda auténtica y, sobre todo, de la falta de voluntad a la hora de saber un poco más sobre lo que se esconde detrás de todo aquello que sucede casi día a día al margen de lo cotidiano.

Pues bien: precisamente esa faceta de curiosidad, pero esta vez acompañada de la urgencia visceral de sugerir posibles respuestas a la otra realidad, es la que apunta este libro que ahora tenemos entre las manos y la que le confiere buena parte de su

valor.

Por supuesto que no se trata de dar soluciones magistrales a todos los misterios que nos rodean. Ni sus autores lo han intentado. Eso, posiblemente, nadie sería capaz de osarlo. Ni de apuntar las causas profundas de todos los hechos extraños fundamentalmente de tipo sagrado que han conformado las creencias y las tendencias del pueblo. Ni siquiera se trata de destapar fraudes históricos ni de dar cuenta de las presuntas trampas que la religión ha ido tendiendo aquí y allá para atrapar viva a su feligresía y llevarla al huerto de su autoridad. Pero tampoco es cuestión de descubrir ahora cómo la Iglesia se ha servido a menudo de lo insólito para barrer hacia su casa, ensalzando su doctrina o satanizando lo que parece contradecirla.

La cuestión estriba en penetrar en los hechos del pasado y en contarlos y compararlos con los que tienen lugar en torno nuestro, aquí y ahora. Y también en montarse a horcajadas sobre el muro que separa lo racional aceptado de lo insólito que nunca ha sido convenientemente explicado.

Se trata, en esencia, de mostrar sobre el terreno cómo la humanidad ha vivido siempre, y aún sigue haciéndolo, en su entraña ese misterio que la investigación oficial se niega a aceptar y cuya frontera teme atravesar, no vaya a ser que se vengán abajo los débiles pilares sobre los que se sostiene en equilibrio inestable eso que hemos dado en llamar la Ciencia con mayúsculas y el Progreso al que esa Ciencia ha de conducirnos.

Y se trata, también, de descubrir cómo la autoridad espiritual, siempre enfrentada doctrinalmente al saber científico, ha aceptado, cuando no provocado en beneficio propio, la presencia de lo sobrenatural entre nosotros. Así, ha asumido como propio —¡o ha mandado a los infiernos!— todo lo que tendría seguramente que poner en alerta a una ciencia preocupada por conocer todas las verdades que nos rodean, y no sólo aquellas sobre las que puede permitirse el lujo de sentar cátedra y aportar unas evidencias que parecen inamovibles, pero que cada día pueden ponerse más en tela de juicio.

Prestemos atención. Quien le hingue el diente a este libro no va a encontrarse con la revelación mesiánica de las verdades del barquero, entre otras cosas porque éstas aún forman parte de la conciencia subjetiva de quienes las aceptan o de los pocos que las han vivido en sus carnes. Se va a tropezar de bruces con algo que, desde mi punto de vista al menos, es mucho más importante.

Sus autores se enfrentan a lo insólito con un espíritu que yo no dudo en proclamar como auténticamente científico. En primer lugar, dan cuenta del fenómeno. Acuden adonde ese fenómeno ha tenido lugar, husmean entre los legajos o entre los testigos, establecen las relaciones y las afinidades que esos hechos tienen con otros ocurridos en el pasado y con sucesos más o menos cercanos en el espacio y en el tiempo. Y luego nos muestran cómo tales acontecimientos no son hechos aislados e irrepetibles, tal vez producto de una alucinación individual o colectiva, sino manifestaciones puntuales de algo que atestigua la existencia de una realidad que no podemos

conformarnos con rechazar por el simple hecho de que desconocemos su naturaleza, sus motivos o la razón última de su evidencia incuestionable.

Tengo para mí, y cada día es mayor mi convencimiento, que trabajos como éste deberían entrar por aclamación en el terreno de la investigación científica y formar parte activa de las preocupaciones académicas, pues creo que nuestro conocimiento integral no debe basarse en modo alguno en la capacidad de respuesta de los investigadores ante las incógnitas que plantea el mundo que nos envuelve. Muy al contrario, tendrían que asentarse en la humildad de saber plantearse las preguntas que nos formulan esas mismas circunstancias y que, al menos en la actualidad, suelen ser gratuitamente rechazadas y metidas en el saco sin fondo de lo imposible, de lo que llamamos absurdo. Pues no son absurdos los hechos que *todavía* somos incapaces de explicar, sino aquellas mentalidades que se desentienden de todo lo que no entra en los parámetros preconcebidos de un mundo basado exclusivamente en lo que consideramos, aún no sé por qué, estructurado sobre los códigos de conocimiento establecidos por eso que llamamos razón.

Nuestros esquemas mentales, los que estructuran nuestro cerebro desde que nos enseñaron la tabla de multiplicar, pretenden dividir los fenómenos en dos categorías únicas: la que abarca los que consideramos verdaderos y objetivos, aunque tengan lugar al margen de que seamos capaces de entenderlos y asumirlos —que para eso está la Ciencia: para que los aceptemos en aras de la fe que hemos depositado en ella—, y los falsos y subjetivos, que sólo tienen realidad en los dominios de lo imaginario, de lo simbólico y de lo alucinatorio. Cualquier hecho que escape a ellos es condenado, como es condenado y marginado el individuo que trate de penetrar en ellos más allá de lo permitido por la ortodoxia científica.

En este libro, sin embargo, no se condena nada. Permítanme repetirlo: *nada*. Aquí no hay ni filias ni fobias. Los hechos se estudian, se describen y se analizan; se proclaman sin rencor sus fraudes, cuando los hay, y se establecen abiertamente las preguntas que plantean cuando nada obliga a denunciarlos. Y, sobre todo, se demuestra que en muchos de ellos puede esconderse bastante materia de estudio que la investigación académica ha tenido a bien pasar por alto y despreciar, sin más motivo que el miedo a quemarse en realidades ignoradas, pues tales verdades vendrían a proclamar que mucho de lo que aceptamos como intocable puede estar sujeto a serias dudas que hoy ni siquiera se nos pasan por la mente.

Que nadie se acerque a estas páginas tratando de encontrar respuestas que aún no existen. Pero pueden aprender de este trabajo quienes crean que apenas hemos asfaltado la mitad de los caminos que conducen al conocimiento de la Realidad. Debemos ser conscientes de que, si así lo hacemos, tropezaremos a menudo con el fraude y la fábula, con las trampas que nos tendieron para dominar nuestra conciencia. Pero siempre, aun detrás de cada falsedad, veremos que se esconde una realidad que, cuando menos, merece la pena que conozcamos, si es que queremos alcanzar una visión más coherente de nuestro entorno.

Agradecimientos

A pesar de la discreción con la que se desarrolló este trabajo, estamos en deuda con Carlos González Cutre, que nos suministró la abundante información meteorológica e histórica para el capítulo dedicado a las entidades protectoras. También con José Soto Bernal, por el empeño que puso en la localización del ejemplar de *La Lectura Popular* de Orihuela (1896) que necesitábamos; con José Luis Rodríguez Calvo, por permitirnos beber en sus archivos sobre Prisciliano; con Miriam Peña, por su dedicación a la hora de encontrar datos sobre el origen del nombre del Puerto de la Luz en Gran Canaria; con Nacho Ares, quien desinteresadamente nos ayudó a pulir algunos aspectos de nuestro capítulo sobre las reliquias; con Juan G. Atienza (1930-2011), autor de las primeras *Guías de la España mágica*, por su generoso prólogo; y, por supuesto, con José Luis Corral, Ignacio Darnaude, Carlos G. Fernández, José Gregorio González, Iker Jiménez, Rafael Márquez, Alejandro Polanco y Jorge Manuel Rodríguez Almenar, del Centro Español de Sindonología, por sus aportaciones documentales y fotográficas a este volumen. Sin todos ellos, y algunos otros colaboradores anónimos más, nuestra tarea hubiera resultado mucho más dura e ingrata.

A todos, gracias.

Introducción

Esta obra es una aventura de dos. Acaso influidos por aquella clásica advertencia que se hacía a los estudiantes de la Cábala, a quienes se instaba a que buscaran de dos en dos la lección sagrada en pos del conocimiento divino, hemos unido en este trabajo dos modos distintos —pero complementarios— de trabajar: por un lado, el del metódico rastreador de leyendas y raíces míticas de cualquier acontecer histórico, y, por otro, el del eterno perseguidor de misterios. El del hombre que continuamente viaja, observa y anota.

Durante la elaboración de este trabajo hemos aprendido mucho el uno del otro. Y al unir nuestras fuerzas en este proyecto, hemos reafirmado una certeza ya vieja: que sólo es necesario dar el primer paso en la dirección correcta para que el Destino —esa fuerza de la que Sófocles dijo que «guía a quien de grado le sigue»— se encargue de todo lo demás. Y es que contactos, pistas, senderos que seguir y hasta hallazgos originales han sido puestos a nuestro paso casi milagrosamente (¿por «los de arriba» a los que con tanto ahínco perseguiremos en las páginas que siguen?). Por ello, y sin menoscabar nuestra capacidad de investigación, bien podemos decir que éste es un libro que se ha hecho solo.

No exageramos. Partimos de un índice complejo, lleno de matices y paradas por los más dispares rincones de la geografía española hasta que, nada más ponernos en faena, el alma interna del libro se encargó de enmendarnos la plana y trazar nuestra ruta. El resultado es este volumen: una obra centrada en todos aquellos remotos misterios que aún penden sobre nuestras cabezas. Este trabajo es, en consecuencia, una especie de «guía de nuestros misterios celestes», donde el adjetivo debe tomarse tanto en sentido literal como figurado. Celestes por cuanto de aéreos y cósmicos tienen muchos de los interrogantes ibéricos que abordamos, pero también por su conexión con lo divino, con ese inaprensible «cielo» o dimensión superior que tan a menudo gusta de gastarnos bromas o ponernos a prueba.

Ésta es la razón por la cual hemos unido en estas mismas páginas Vírgenes que aparecen y desaparecen de súbito, reliquias falsas y... ¿verdaderas?, arcones que se teletransportan, santos y hombres de sospechosas filiaciones diabólicas capaces incluso de volar..., y hasta encuentros recientes entre militares españoles y seres luminosos de origen desconocido. Tal diversidad de contenidos no debe despistar al lector: creemos que todos estos fenómenos están unidos entre sí por un sutil hilo invisible. El mismo que ha estado manejando «desde arriba» a generaciones enteras de humanos y, por supuesto, también de españoles.

Valga un ejemplo estadístico. Si tomamos las ciento cincuenta apariciones de la Virgen más célebres del siglo xx y extraemos de ellas los datos clave, descubriremos una extraña cifra: el mayor flujo de esta clase de episodios se produjo entre los meses de mayo y julio de 1947. Quizá no sea casual que esa oleada coincidiera con el

nacimiento del moderno misterio de los ovnis, que se consagró en la prensa norteamericana bajo la denominación de «platillos volantes».

¿Simple coincidencia cronológica?

Este libro demostrará que conexiones así no son, en absoluto, fortuitas.

Pero las páginas que se te vienen encima, lector, incidirán en algo más: la inteligencia que se esconde detrás de estos fenómenos no puede ser tildada ni de buena ni de mala (términos, por otra parte, demasiado simplistas), sino que da la impresión de ajustarse a un Plan. Un *diseño celeste* cuyo objetivo final aún se nos escapa, pero que de algún modo ha condicionado las vidas de millones de personas de todos los tiempos y lugares.

No desestimes, por tanto, la advertencia que hacíamos al inicio del libro y recuerda: al introducirte en nuestro «cuaderno de bitácora» —a fin de cuentas, eso es este libro— te estás adentrando en un terreno desestabilizador. Muchos de tus dogmas serán puestos en la picota, al tiempo que algunas de tus sospechas recibirán la confirmación que tanto tiempo llevabas esperando. Si decides acompañarnos, no te saltes ningún tramo, pues todos encierran alguna enseñanza. Y cuando termines de leer este libro, no dudes ni un instante: prepara un equipaje ligero, un buen cuaderno de notas y lánzate a recorrer un país lleno de pistas que te llevarán hacia aquéllos («los de arriba») que manejan nuestros hilos.

Será entonces cuando descubras las claves de nuestra *España extraña*.

Palabra.

Primera parte

VÍRGENES

(...) le pareció que salía tanto resplandor de su cara della que alumbraba más que el sol, y que todos estaban en tanta claridad que se parecían las casas de la comarca y tejas de los tejados y la dicha iglesia y todas las cosas así como si fuera medio día.

(Testimonio de Pedro, hijo de Juan Sánchez, donde relata la aparición de la Virgen que vio durante la noche del 10 al 11 de junio de 1430 en Jaén. El documento original se encuentra en la iglesia de San Ildefonso y sirvió para crear la advocación de Nuestra Señora de la Capilla, patrona de la ciudad).

GEOGRAFÍA MARIANA

(Lo importante es el lugar)

Toda leyenda contiene un poso de verdad. Por lo general, éstas enmascaran los esfuerzos de nuestros antepasados por comprender hechos que les parecieron extraordinarios. En todo el mundo se repiten los grandes temas mitológicos: «elegidos» nacidos de vírgenes, avatares que mueren y resucitan, profetas que regresan del más allá trayendo consigo un tiempo nuevo, anunciaciones, juicios o avisos sobrenaturales. Y una de dos, o nos enfrentamos a la memoria atávica de nuestros antepasados, que recogieron en esas historias hechos que sucedieron realmente, o nuestra especie participa de una suerte de psique común que crea los mismos relatos fundamentales para explicarse los enigmas de la existencia.

Nuestro viaje no comienza en una remota isla de la Polinesia, ni tampoco en medio del Amazonas, en el corazón de alguna tribu perdida de cultos exóticos. No. Levamos anclas en las riberas navegables del río Ebro, en plena península Ibérica, en el siglo I de nuestra era. ¿Qué ocurrió por aquel entonces en la antigua ciudad de Zaragoza para que allí se gestara uno de los mitos más fascinantes de nuestra historia? ¿Fueron sus vecinos testigos de un hecho extraordinario o meras víctimas crédulas de una leyenda?

Nos referimos, claro está, al episodio que la cristiandad tiene por la primera aparición de la Virgen.

Ocurrió cerca de donde hoy se levanta la impresionante basílica barroca del Pilar, a orillas del río Ebro, y tuvo como protagonista al apóstol Santiago. El mismo al que ciertas tradiciones identifican como hermano y primer líder de la iglesia de Jesús. Curiosamente, la aparición en el Pilar es de las pocas reconocidas por la Iglesia católica. Y aunque las lagunas que la rodean son notables, su aceptación se debe a que el hecho se produjo en un momento «estratégico»: el de la difícil expansión del cristianismo en Europa tras la muerte de su fundador.

Según los piadosos relatos que refieren el caso, todo sucedió cuando el apóstol Santiago se encontraba ya al borde de la desesperación ante las pocas conversiones que obtenía en la península Ibérica. Pero hasta eso, como veremos, es una verdad a medias.

A fecha de hoy, no existe ni un solo dato fiable que confirme la presencia de Santiago en España, y mucho menos que avale que María se manifestara al Apóstol en carne y hueso, pues ésta, por increíble que nos parezca, todavía vivía en Palestina en esa fecha. Y es que, si la cronología aportada por la tradición es correcta, en el año 40 d. C. la Virgen no sólo no había muerto aún (ni, por tanto, había ascendido a los cielos transportada por los ángeles), sino que contaba con unos cincuenta y cinco años de edad y vivía protegida por algunos de los seguidores de su hijo.

Pero, entonces, ¿qué sucedió en Zaragoza?

¿Acaso no sería más preciso hablar de «bilocación» —el don de estar en dos lugares a la vez— y no de «aparición» en lo que a este particular episodio se refiere?

Y si María de Nazaret se bilocó, o alguien la trasladó hasta allí superando los más de tres mil trescientos kilómetros que separaban su residencia en Tierra Santa de la hoy capital aragonesa, ¿con qué propósito lo hizo?

Zaragoza, lugar de contacto celeste

La leyenda pilarista nos ofrece un excelente indicio: asegura que María se apareció a Santiago rodeada de un coro de ángeles que se encargó de su traslado. Sin pérdida de tiempo, a su llegada a destino la Señora manifestó al Apóstol que quería erigir un templo en aquel preciso lugar, junto al Ebro, e hizo que tanto su imagen — dicen que retrato exacto de la madre del Mesías— como la columna o pilar de piedra que da nombre a su advocación, fueran descendidas del cielo por dichos ángeles como prueba incontestable de su visita.



El verdadero Pilar de Zaragoza, la piedra-reliquia que se cree que dejó allí la Virgen, se muestra a los fieles a través de un pequeño ventanuco. Es otra «piedra sagrada» que sigue la tradición de rocas tan veneradas como la Kaaba, en La Meca.

Para nuestra desgracia, no se escribió ninguna crónica contemporánea al suceso. Ningún reportero de hace veintiún siglos cubrió la noticia, ni tampoco el propio testigo presencial dejó constancia de su encuentro en negro sobre blanco. Para nuestra desazón, el relato más antiguo del que disponemos fue labrado sobre el sarcófago de santa Engracia, que se conserva en Zaragoza desde el siglo IV, tres siglos después de los hechos. Uno de sus bajorrelieves representa el descenso de la Virgen ante

Santiago. Pero ¿qué certeza tiene esta prueba?

Lo peor, sin embargo, es que hasta el siglo XIII no se consignó por escrito esta aparición. Se hizo en el códice de *Las Moralia in Job*, de Gregorio Magno (hoy en el archivo de la basílica del Pilar). Éste es el primer documento que menciona el nombre de santa María del Pilar y que narra las peripecias del Apóstol que más tarde dará pie al celeberrimo Camino de Santiago. El texto dice así:

Pasando por Asturias, llegó con sus nuevos discípulos, a través de Galicia y de Castilla, hasta Aragón, el territorio que se llamaba Celtiberia, donde está situada la ciudad de Zaragoza, en las riberas del Ebro. Allí predicó Santiago muchos días y, entre los muchos convertidos, eligió como acompañantes a ocho hombres, con los cuales trataba de día del reino de Dios y, por la noche, recorría las riberas para tomar algún descanso...

En la noche del 2 de enero del año 40, Santiago se encontraba con sus discípulos junto al río Ebro cuando oyó voces de ángeles que cantaban *Ave, Maria, gratia plena* y vio aparecer a la Virgen Madre de Cristo de pie sobre un pilar de mármol. La Santísima Virgen, que aún vivía en carne mortal, le pidió al Apóstol que se le construyese allí una iglesia, con el altar en torno al pilar donde estaba de pie y prometió que «permanecerá este sitio hasta el fin de los tiempos para que la virtud de Dios obre portentos y maravillas por mi intercesión con aquellos que en sus necesidades imploren mi patrocinio».

En cuanto a los datos aportados por varios visionarios y místicos siglos más tarde, poco o nada aclaran la naturaleza última de aquella aparición. Ése es el caso de lo que refiere la monja de clausura soriana María de Jesús de Ágreda en su narración sobre la peripecia de la Virgen, dentro de su libro *Mística Ciudad de Dios* (1670). Ese volumen, que fue una de las bases documentales para el largometraje de Mel Gibson *La Pasión de Cristo* (2004), daba cuenta de algunos detalles jamás comentados antes. Según ella, fue nada menos que el propio Jesús quien eligió Zaragoza como destino de la primera aparición de su madre:

Estando un día la Santísima Virgen orando por Santiago, se le presentó su Divino Hijo en persona y le dijo: «Quiero, Madre Mía, que vayas a Zaragoza, donde está ahora Santiago, y le ordenes que vuelva a Jerusalén, y, antes que parta de aquella ciudad, edifique en ella un templo, en honra y título de vuestro nombre, donde seáis venerada e invocada para beneficio de aquel Reino, y beneplácito vuestro y de nuestra beatísima Trinidad. Madre Mía, en quien se complace mi voluntad: yo os doy mi Real Palabra de que miraré con especial clemencia y llenaré de bendiciones de dulzura a los que con humildad y devoción vuestra me invocaren y llamaren en aquel Templo, por

medio de vuestra intercesión».

Aunque la jornada se pudo hacer en brevísimo tiempo, ordenó el Señor que fuese de manera que la Purísima Madre, en manos de serafines y acompañada de ángeles, formando coros de dulcísima armonía, viniesen cantando a su Reino loores de júbilo y alegría, y mientras unos ángeles traían una columna, otros ángeles portaban con gran veneración una imagen de la Reina del Cielo.

De esta versión se deduce algo importante para la época: que Dios tuvo un gran interés por dejar constancia de su paso por aquel enclave, pues además de hacérselo saber a sor María de Jesús de Ágreda con dieciséis siglos de retraso (ya se sabe, para el Altísimo no existe el tiempo), se lo comunicó también a fray Domingo de Urzola, un carmelita muerto en olor de santidad, a quien dicen que se le apareció la Virgen sobre el mismo Pilar para hablarle en estos términos: «Este lugar, mi Hijo y Yo lo hemos visitado y visitamos muchas veces, teniendo particular protección de esta mi ciudad».

Las Vírgenes «de la marca»

¿Qué lección puede extraerse de esta leyenda?

Analicemos la cuestión: parece que su interés profundo reside en la validación de Zaragoza como *lugar elegido*. Este tipo de selecciones divinas eran habituales en el pasado precristiano de Europa, pero hasta hace poco tiempo los expertos creían que obedecían a cuestiones arbitrarias, sin fundamento alguno. No es así. La perspectiva sobre los lugares «sagrados» cambió en la década de 1980 cuando se descubrió que muchos antiguos emplazamientos megalíticos (después cristianizados y usados como cimientos de nuevas iglesias) marcaban enclaves en los que existían variaciones en el campo magnético de la Tierra. La existencia de corrientes de agua cercanas, y hasta de fallas geológicas próximas, llegaba incluso a alterar la intensidad del campo gravitatorio, dando pie a toda clase de anomalías de la percepción.

Lo más curioso es que esta clase de alteraciones no son permanentes sino que, según expertos como Paul Deveraux, tienen que ver con la proximidad de la Luna y su correspondiente influencia gravitatoria sobre la Tierra, e incluso la que ejercen otros cuerpos planetarios próximos a nosotros. La variedad de efectos descubiertos por Deveraux y sus colegas (agrupados bajo un programa de investigación llamado «Proyecto Dragón») abarcaba desde la detección de determinados sonidos de baja frecuencia emitidos por las piedras del lugar hasta la aparición de luces extrañas en los alrededores, posiblemente de origen geológico.

¿Descubrieron nuestros antepasados que el enclave sobre el que hoy se erige la basílica del Pilar en Zaragoza era uno de estos lugares especiales? ¿Acaso no

decidieron «marcarlo» acuñando relatos milagrosos para explicar a su manera las recurrentes visiones de las personas de extrema sensibilidad que acudían al lugar, como fray Domingo de Urzola? Pero queda otra cuestión no menos intrigante: ¿quién indicó a nuestros antepasados la ubicación de esos enclaves?

Otra leyenda con poso de verdad nos proporcionará más pistas.

Más que piedras

Después de aquella primera visita a España, la Virgen repitió su viaje, y esta vez a bordo de una «barca de piedra». Sucedió en Muxía (La Coruña), a más de ochocientos kilómetros de Zaragoza, donde el venturoso Santiago la vio por segunda vez. Su descenso todavía se conmemora hoy en el santuario de la Virgen de la Barca, y la leyenda asegura que la misma Virgen, en cuerpo mortal, volvió a confortar durante su ardua predicación a los galaicos irredentos.

En Muxía, el visitante todavía puede ver los restos de la pretendida barca pétrea en las inmediaciones de la iglesia o santuario del siglo XVII y, en especial, los de su cuerpo central, vela o quilla —nadie se pone de acuerdo sobre a qué parte corresponden los riscos—, de 9 metros de largo, más de 60 toneladas de peso y que recibe el nombre de «Pedra d'Abalar».

Dicen que esa roca de aspecto plano y alargado se mueve y emite un leve sonido, pero sólo cuando se le encarama alguien que no alberga pecado. La piedra *abaladoira* tiene, además, otras curiosas utilidades, como la de curar la esterilidad si se emplea como cama. «A la piedra de abalar van dos y vuelven tres», reza un refrán que habla de sus capacidades potenciales. Muchos lugareños lo creen así: nada tan fácil como tumbarse encima de la roca para que el asunto quede resuelto. Pero la piedra *abala* cuando quiere, y siempre que lo hace, presagia una desgracia. Lo malo es que en diciembre de 1978 una tormenta la trasladó de lugar y desde entonces ni se mueve ni *abala*. Tampoco su «quilla», allí llamada «pedra dos Cadrís», conserva ya sus otrora famosas propiedades curativas: aliviaba y hasta curaba las dolencias renales (males del riñón, reuma y lumbago), siempre después de realizar a su sombra un concreto ritual que no era otro que el de pasar nueve veces por debajo de ella. O te curaba los dolores reumáticos o te llevabas un lumbago a casa, ya que la posturita se las traía.



La curiosa «Pedra d'Abalar» de Muxía, en plena Costa de la Muerte gallega.



Pedra dos Cadrís, en Muxía.

La moraleja es clara: son las piedras (en este caso sacadas de la *barca pétrea de la Virgen*) las auténticas protagonistas de estas historias. Bien sea la columna rocosa del Pilar o la quilla de Muxía, poco diferencia estas masas de piedra de sus homónimas británicas, mucho mejor estudiadas que éstas a las que nos referimos y que también han dado pie a toda clase de leyendas. En el condado de Devon, por ejemplo, los miembros del ya citado Proyecto Dragón constataron cómo determinadas personas afincadas en las inmediaciones de las piedras prehistóricas de Daartmoor, sufrían fuertes alteraciones en los ritmos theta y delta del cerebro. Con los animales domésticos sucedía otro tanto, ya que, según las fechas del año, éstos se atrevían o no a entrar dentro del referido recinto megalítico.

¿Enmascaran todas estas tradiciones una vieja sensibilidad, un instinto hoy perdido por la civilización?

Sigamos.

¿Qué tenía España para merecer el honor de dos visitas *sobrenaturales* de la Virgen en vida? ¿Qué pudo haberla llevado a bilocarse hasta la península Ibérica en un tiempo en el que nuestra preciada piel de toro apenas era un punto más de desembarco de mercancías en el Mediterráneo? Nosotros estamos convencidos de que estas tradiciones enmascaran un sabio intento por *marcar* para la posteridad una serie de lugares especiales.

Pero, como dice el refrán, no hay dos sin tres.

Tenemos constancia de una tercera «aparición marcadora» de la Virgen, esta vez en Pontevedra, cuyo recuerdo se venera hoy bajo la advocación de Nuestra Señora la Virgen Peregrina. Cronológicamente, la visita debió de tener lugar después de las de Zaragoza y Muxía, ya que la tradición afirma que la Virgen llegó a Galicia en procesión a la tumba de su viejo amigo el apóstol Santiago. En aquella ocasión, María no dejó como recuerdo ni piedras ni imágenes suyas. Fue sólo una visita de «cortesía» y, por eso, casi nadie la recuerda.

Pero como no queremos que nos tachen de imprecisos, quede claro que si bien la primera aparición «oficial» de la Virgen fue en tierras hispanas, su primera intervención después de muerta y ascendida a los cielos no se produciría hasta el siglo III. Se manifestó a san Gregorio Taumaturgo (que murió en el 270 d. C.), y, en su hagiografía, se asegura que fue instruido en las verdades de la fe por la Virgen, la cual se dejó ver junto con san Juan Evangelista para aclararle algunos puntos oscuros que le traían de cabeza, como el de su virginidad perpetua. Uno de los asuntos, por cierto, que más tinta haría correr en el seno de la Iglesia durante los siglos venideros.

«Para el que cree —dice el escritor austríaco Franz Werfel, el autor de *La canción de Bernadette*—, no es necesaria ninguna explicación. Para quien no cree, toda explicación sobra».

Apariciones interesadas

¿Tuvo la Virgen en especial estima a la ciudad de Zaragoza en particular y a España en general? La respuesta es no: cuando las apariciones de la Virgen comenzaron a popularizarse a partir del siglo XIII, otro país compartió con el nuestro el favor de María. Ésta se apareció al fraile carmelita inglés Simón Stock, a quien no sólo entregó el primer escapulario de la historia sino que le manifestó su profundo amor a Inglaterra, país al que —dijo— consideraba «su dote».

Esta aclaración divina no debe caer en saco roto, pues, a fin de cuentas, es en el Reino Unido donde se cristianizaron un mayor número de recintos megalíticos primitivos y donde se ha contrastado mejor la fuerte influencia de estos enclaves en los mecanismos de percepción humanos.

Ahora bien, ¿tienen la misma «misión oculta» las apariciones contemporáneas de la Virgen? Sólo en el siglo XX se contabilizaron casi doscientas cincuenta apariciones marianas en treinta y dos países de Europa, América y África. Pero sólo cuatro han merecido el reconocimiento oficial por parte de la Iglesia:

- Fátima (Portugal), 1917.
- Beauraing (Bélgica), 1932. Nuestra Señora del Corazón de Oro.
- Banneaux (Bélgica), 1933. Nuestra Señora de los Pobres (aprobada en 1949).
- Siracusa (Italia), 1953.

Al contrario de lo que pudiera creerse, la nación que más apariciones tiene en su haber no es España, a pesar de la lista que damos en las «Notas de la bitácora» al final del libro, sino Italia, con casi un centenar de sucesos protagonizados por entidades que fueron identificadas como la Virgen. Le siguen de cerca Francia, Alemania, Bélgica, España y Estados Unidos.

Todas ellas, además, tienen un extraño interés por darse a conocer en momentos de crisis, por escoger un determinado lugar para ser veneradas (y allí se levanta una construcción a tal efecto), por pedir algo concreto a sus fieles devotos y por transmitir ciertos mensajes. Curiosamente, parecen desoír lo que el papa Francisco advertía en 2013 al asegurar que «la Virgen es Madre y nos ama a todos. Pero no es la jefa de la oficina de Correos y envía mensajes todos los días».

Pero esto no es un comportamiento nuevo entre los dioses de diferentes panteones, al contrario. Resulta bastante común que una determinada entidad señale el lugar exacto en el que sus «elegidos» deben tributarle los honores que merece. No hay más que recordar la fundación de la antigua ciudad de Tell-el-Amarna, en Egipto, construida durante el reinado de Amenofis IV (Akhenatón). Su establecimiento se atribuyó a los expresos deseos del dios Atón, que se apareció a Akhenatón en forma de «gran disco» y se posó sobre el lugar exacto donde quería que se construyera la ciudad. Un enclave, por cierto, situado en uno de los parajes egipcios más desérticos e inhóspitos del país y alejado de todas las rutas comerciales de la época.

Recuérdese también el penoso peregrinaje del pueblo judío hasta asentarse en la «tierra prometida», el lugar elegido por su dios Yahvé. O la ubicación definitiva de Tenochtitlán, la ciudad mexicana de los aztecas, que fue asimismo elegida por el dios Huitzilopochtli, quien, tras aparecer con gran aparatosidad, ordenó que sus fieles abandonaran la región que habitaban y se desplazaran hacia el sur «hasta que encontrasen un lugar en el que verían un águila devorando a una serpiente», lo que consiguieron tras no pocos sacrificios.

Pues bien, de manera idéntica a los antiguos dioses, también las apariciones marianas promueven que sus fieles construyan templos o capillas sobre los mismos escenarios de la aparición. «Acudid a este lugar», repetía incesante la aparición de la Virgen de El Escorial, cerca de Madrid, en las décadas de 1980 y 1990. Y es que tras esa obsesión se encuentra una de las claves de este misterio: lo importante es el lugar elegido, no la aparición en sí.

En uno de los mensajes que envió esa misma Virgen de El Escorial cuando se le preguntó por qué no cambiaba de enclave para sus apariciones en Prado Nuevo, evitando así los problemas políticos que estaba ocasionando su ubicación, ella sencillamente respondió: «¿Es que acaso puede este lugar cambiar de sitio?».

La respuesta tiene su intrínquilis, ya que no es raro que estas apariciones se encaprichen con una plaza concreta como si en ello les fuera la vida, o, mejor dicho, el culto. Los ejemplos son múltiples en la historia. En 1858 la Virgen de Lourdes pidió a su vidente Bernadette Soubirous que transmitiese su petición de que allí se construyera una capilla a la que pudieran acudir los enfermos con velas encendidas como señal de su fe. La Virgen que se dejó ver en Myrna, Damasco (Siria), en 1982, le dijo al vidente: «No os pido que me construyáis una iglesia, sino un santuario».

Generalmente, cada solicitud celeste suele ir acompañada de un milagro. Lo normal es que exista un manantial cuyas aguas devuelven la salud y la energía a los más devotos. Otras veces se producen danzas milagrosas del sol que han sido constatadas en apariciones famosas como las de Fátima (Portugal), Kerizinen (Bretaña), Turzovka (Eslovaquia), Tre Fontane (Italia), Medjugorje (Bosnia Herzegovina) y, por supuesto, El Escorial, por citar sólo unos cuantos ejemplos.

Junto a estos deslumbrantes efectos «positivos» (¿qué mejor prueba de las buenas intenciones y de la autenticidad de la aparición que los enfermos recobren la salud?) se producen otros de dudoso signo y de ahí lo de «apariciones interesadas» que figura en el título de esta sección. Intereses como la exigencia de que sus seguidores se vuelvan más creyentes y devotos, ayunen, realicen más sacrificios personales y construyan santuarios aun a costa de sus haciendas, su estabilidad familiar y hasta sus empleos.

PISTAS DIVINAS

(Encuentros cercanos a María)

El lector lo habrá deducido ya: uno de los *objetivos ocultos* de este libro es mostrar que las apariciones celestiales, tanto femeninas como masculinas, obedecen a una especie de plan predeterminado para el control de las creencias de la población. A esta clase de apariciones debemos acontecimientos tan trascendentes para la historia de un país o ciudad (hechos, por otra parte, respaldados por documentos históricos), como la creación de órdenes religiosas, la construcción de ermitas que más tarde suelen convertirse en grandes basílicas y catedrales, y hasta la decantación del resultado de enfrentamientos militares en los que la aparición toma partido por uno de los bandos. Estos sucesos, por tanto, no sólo tienen como protagonistas a pastorcillos y analfabetos. A diferencia de lo que comúnmente se cree, papas, reyes y dirigentes, con las consecuencias políticas y religiosas que ello conlleva, también han sido protagonistas de esta clase de episodios.

Diversas tradiciones afirman que reyes ibéricos como don Pelayo, Alfonso VI, Fernando III el Santo, Alfonso X el Sabio (a quien la Virgen le besó las manos) y Jaime I el Conquistador tuvieron alguna relación directa o indirecta con estas entidades. Sus vínculos fueron tan sutiles que, incluso hoy día, con los siglos que han transcurrido desde las primeras apariciones, seguimos negando las apariciones de forma sistemática o las encuadramos en un ámbito religioso o legendario al que tendemos a considerar inofensivo en términos políticos, económicos o sociológicos.

Y nada más lejos de la verdad.

Órdenes como la de los dominicos de santo Domingo de Guzmán, los mercedarios de san Pedro Nolasco y san Raimundo de Peñafort, o las concepcionistas franciscanas de santa Beatriz de Silva, deben su origen a una aparición de la Virgen. Otras, como la de los agustinos, tienen en alguna manifestación mariana varios de sus signos más identificativos, como el ceñidor de cuero negro que todavía visten sus miembros y que dicen que la Virgen entregó *en persona* a la madre del santo —santa Mónica— durante una de sus apariciones.

Las órdenes de la Virgen

Sabido esto, merece la pena que nos detengamos en la referida Orden de los Mercedarios, también llamada Orden de la Bienaventurada Virgen María de la Merced, que se fundó después de uno de estos hechos sobrenaturales. Incluso se cree que fue la propia Virgen la que inspiró esta congregación, y lo hizo cómo y dónde ella quiso.

Sucedió en el año 1218, cuando san Pedro Nolasco contaba con veintiséis años y el rey de Aragón, Jaime I, tan sólo con quince. Fue justo entonces cuando María descendió hasta ellos, así como hasta el confesor de ambos, san Raimundo de Peñafort. A los tres les pidió que fundaran una institución destinada a redimir a los cautivos cristianos de sus prisiones infieles y les dio las instrucciones precisas para ello: su carácter debía ser militar, pero incruento, de entrega, y su hábito religioso sería confeccionado con paños blancos, símbolo de la libertad y de la redención.

La Virgen de la Merced, más tarde patrona de Barcelona, lideró así un insólito sistema de rescate en el medievo: un mercedario se ofrecía como objeto de canje a los infieles a cambio del encarcelado de turno. De esta forma, el caballero mercedario renunciaba a su libertad a cambio de la de otro, en el más puro acto de entrega imaginable en aquel tiempo.

Una variante poética de esa advocación la encontramos en la Virgen de la Leche, entre cuyas virtudes se halla la gracia de acudir al purgatorio para, desde lo alto, derramar gotas de su leche materna. El cautivo que lograra alcanzar alguna de ellas se salvaba automáticamente y subía al Cielo desde las mazmorras divinas para nunca más volver allí.

También el nacimiento de la Orden de la Concepción Franciscana es de lo más revelador, y de nuevo sirve para apreciar el grado de intervención divina en la esfera humana. Estando Beatriz de Silva en la corte de Tordesillas en 1453, experimentó una serie de curiosos avatares, entre ellos ser víctima de los celos injustificados de la reina Isabel de Portugal. La soberana llegó a creer que su esposo tenía un afecto especial por Beatriz y ordenó que la encerrasen en un baúl con llave, donde la retuvo durante tres días. Cuando su tío Juan de Meneses consiguió abrirlo, pensaba que estaría muerta por asfixia, pero se encontró con una mujer rebosante de alegría, sin síntomas de desfallecimiento ni deshidratación.

Beatriz pronto dio una explicación al prodigio. Aseguró que mientras había estado encerrada en el arcón, se le había aparecido la Virgen Inmaculada con un niño en brazos, vestida de blanco y envuelta en un manto azul, iluminando su angosta prisión con una luz nunca vista en la Tierra. La Virgen confortó a Beatriz, la consoló y le anunció su pronta liberación, pero además le ordenó que fundara una orden en honor de su *concepción sin mancha*, cuyas integrantes vestirían el mismo hábito que Ella traía: blanco y azul. Sólo cuando aceptó el encargo, la visión desapareció.



La Virgen ordenó a santa Beatriz de Silva que fundara una orden que defendiera su nombre. Lo hizo mientras la mística estaba encerrada dentro de un arcón.

Por si a la bella Beatriz de Silva se le hubiera podido olvidar una misión así, entre 1480 y 1483 se repitió la visión de Tordesillas. Presa de la devoción, redactó el reglamento de la orden y el papa no tardó en emitir la bula *Inter Universa*, en abril de 1489, aprobando su fundación bajo el paraguas de la regla cisterciense. En una de sus últimas apariciones, ya entrado el año 1491, la Virgen le dijo a Beatriz: «Hija, de hoy en diez días has de venir conmigo, que no es nuestra voluntad que goces acá en la Tierra de esto que deseas». Enferma y, en uno de sus arrobos, presencié un hecho inexplicable: la lámpara del sagrario se apagó y todo quedó a oscuras, pero de repente

y sin que nadie la encendiera, la candela empezó a lucir de nuevo. Entonces escuchó una voz que le anunció: «Tu orden ha de ser como esto que has visto, que toda ella será deshecha por tu muerte. Mas, a semejanza de la Iglesia, primero será perseguida, pero luego florecerá y será multiplicada por todas las partes del mundo».

Fue cierto que en sus inicios la orden de las concepcionistas pasó por dificultades, pero no lo es menos que hoy posee unos ciento cincuenta conventos esparcidos por toda la cristiandad. Y también ocurrió que, a los diez días, sor Beatriz de Silva entregó su alma a Dios al tiempo que una misteriosa estrella se grababa tan profundamente en su frente que aún hoy puede admirarse en su cráneo.

Los regalos virginales

Los «regalos» de la Virgen no se limitan, desde luego, a esa clase de marcas. En la historia de este curioso fenómeno los hay más prosaicos y curiosos.

Este rasgo es algo común al amplio espectro de las apariciones sobrenaturales. Y es que, en la historia de las visiones (sean de Vírgenes, hadas, espíritus de los muertos e incluso «modernos» extraterrestres), suele ocurrir que, entre mensaje y mensaje, éstas hacen entrega a los «contactados» de algún objeto que, de inmediato, adquiere una especial significación. Puede entenderse como una suerte de marca de compromiso entre el *más allá* y el *más acá*.

En el caso que nos ocupa, el de los encuentros con la Virgen, ésta ha hecho entrega en España de objetos muy definidos a los que los fieles de todo el mundo han dedicado una especial atención. Junto a ellos siempre los acompañó su súplica para que se les rinda el culto oportuno, para que se lleven encima y para que se les rece siempre. Los ejemplos no son abundantes, pero sí muy significativos.

Tal vez el más conocido dentro del contexto piadoso sea el de la casulla que la Virgen impuso a san Ildefonso, obispo de Toledo en el siglo VII. Según la tradición que rodea a esa reliquia, este santo varón mereció su regalo tras escribir todo un tratado en el que defendía el entonces muy discutible concepto de la virginidad de María. En palabras de su hagiógrafo, el monje Cixila, que escribió su vida dos siglos después, cuando el obispo iba a celebrar misa se abrió repentinamente el portal de la iglesia y un resplandor celestial lo rodeó. Vio entonces a la Virgen sentada en un trono de marfil y ella, solemne, le dirigió estas palabras: «Recibe de mis manos, leal sirviente de Dios, un regalo que te he traído del tesoro de mi Hijo; podrás llevar esta casulla sólo en los días de mi fiesta...».

*Fízoli otra gracia, cual nunca fue oída,
dioli una casulla sin aguia cosida,
obra era angélica, non de ome texida,
fablioli pocos vierbos, razón buena complida.*

GONZALO DE BERCEO,

La casulla en cuestión se custodia en la catedral de Toledo (aunque nadie la ha visto), al igual que otro elemento que también tuvo su importancia en el milagro: la piedra en la que se apoyó la Virgen. ¡Otra piedra! El visitante que se acerque a tan majestuoso templo encontrará en su interior un pequeño recinto gótico dedicado a san Ildefonso y levantado en el mismo lugar en el que la Virgen tocó cuando le colocó su casulla. Un letrero lo explica así: «Cuando la Reina del Cielo puso los pies en el suelo, en esta piedra los puso. De besarla tened uso, para más vuestro consuelo. Tóquese la piedra diciendo con toda devoción: Veneremos este lugar en que puso sus pies la Santísima Virgen».

En Toledo, la Señora del Cielo se hizo acompañar de angelitos, como haría siglos después en Tortosa. Cuando en 1178 la Virgen se manifestó en la catedral de Tortosa (Tarragona), también hizo entrega a un sacerdote, durante el oficio de maitines, de un ceñidor de seda que ella misma dijo haber cosido y que tenía una longitud próxima a los dos metros. Al parecer, Nuestra Señora se lo quitó de su cintura y se lo entregó al prelado para que fuera venerado por el pueblo de Tortosa a modo de valiosa reliquia. Este cinturón se conserva todavía en la catedral —la «Santa Cinta»— y es de seda tejida en redecilla. De hecho, durante los siglos xvii y xviii, fue llevada al Palacio Real de Madrid cada vez que alguna reina de España esperaba el momento del parto. Y no fue un caso único. Existen otros cingulos o *ceintures* de la Virgen en varias ciudades de Francia, Inglaterra, Italia y Flandes. Hoy se los venera bajo la advocación de Nuestra Señora de la Cinta, que es, además de la patrona de Tortosa, también la de Huelva.



San Ildefonso recibe la casulla de la Virgen en un lienzo de la ermita del Santo Cristo de Urda (Toledo).

En otras ocasiones, ésta María sobrenatural se vale de intermediarios para entregar sus regalos. En 1968, la vidente Felisa Sistiaga, protagonista de las modernas apariciones del monte Umbe en Vizcaya, observó a un ángel sobre la rama de un manzano que le entregó un preciado obsequio en nombre de la Virgen. En su diario, Felisa describió a aquella criatura anotando que se parecía a un niño pequeño vestido como acostumbran a presentarlos en las estampas: con túnica blanca, cordón y alas azules. Su hija Feli, durante otra de las visiones, llegó a cogerle la mano. Después diría que estaba helada y que era muy pequeña.

Tiempo más tarde, la misma pequeña entidad angélica entregó a Felisa un trozo de terciopelo negro (ocurrió el 9 de agosto de 1969) ya que la Virgen «quería» que el manto de la imagen que se iba a venerar en la capilla que habían construido los fieles —emplazada, claro, en un lugar elegido por Ella misma— estuviera confeccionado *exactamente* así. De hecho, la primera vez que Felisa vio a la Virgen (la noche del 25 de marzo de 1941) la contempló «vestida de Dolorosa, sobre una silla, de rodillas y acompañada de dos candelabros con velas... Vestía de negro».

Ese trozo de tela fue guardado en un relicario de cristal junto a un rosario cuyas cuentas cambiaron de color durante otra de las apariciones de la Virgen, en septiembre de 1970. Otros testigos observaron cómo el rosario en cuestión se iluminaba y cómo, luego, desaparecía el color negro de las cuentas y del crucifijo, que quedó desde entonces de color marrón e impregnado de un aroma agradable. Sólo dos de las cuentas, como a modo de muestra, conservaron su primitivo color negro.

Los tres «inventos» de la Virgen

Pese a lo que hemos descrito hasta aquí, son tres objetos divinos, tres regalos *físicos* de la Virgen los que más nos interesa remarcar por la importancia que tuvieron en el desarrollo espiritual de los pueblos cristianos.

El primero es el escapulario marrón que la Virgen del Carmen entregó a san Simón Stock el 16 de julio de 1251. Al parecer, María le dijo estas palabras: «Hijo amado, recibe este escapulario para tu orden (la de los carmelitas). Es la señal propia de un privilegio que he obtenido para vosotros y para todos los hijos de Dios que me honran bajo la advocación de Nuestra Señora del Monte Carmelo. Los que mueran devotamente llevando puesto este escapulario serán salvados del fuego eterno». Siglos más tarde, en 1840, un escapulario idéntico fue puesto en manos de Justina Bisqueyburu, novicia de las Hermanas de la Caridad. Y en 1876 se le entregó por tercera vez a la francesa Stella Faguet.

En segundo lugar está el rosario, la célebre cadena de cuentas que hoy conforma la «herramienta» de oración más célebre de la cristiandad. En casi todas las apariciones de la Virgen de estos dos últimos siglos, la Señora pide rezar el rosario de forma insistente. Pero lo que pocos saben es que su creación se atribuye a santo Domingo de Guzmán, el fundador de la orden monacal de los dominicos, y su *historia secreta* asegura que fue la propia Virgen la que le entregó personalmente el primero, modelo de todos los demás. Fue una cuerda de cuentas que recibió el santo en 1208, mientras se encontraba orando ante su imagen en la capilla de Nuestra Señora de la Povilla.

Este objeto, por tanto, posee un evidente valor simbólico. Sus quince misterios se subdividían en tres partes que comentaban los llamados cinco misterios gozosos

(polaridad positiva), los cinco dolorosos (polaridad negativa) y los cinco gloriosos (polaridad neutra). El total de las cuentas era de sesenta (la letra *sameck* en el alfabeto hebreo, que representaba a la serpiente que se muerde la cola). Quizá no por casualidad, el rosario extendido es también el símbolo de Venus, que asimila a la Virgen María con la Naturaleza, y se ha considerado, desde el primer momento de su implantación, el mejor método para dirigir las plegarias a la Virgen. A partir de la batalla de Lepanto la Iglesia otorgó una fiesta anual al rezo del rosario, ya que el papa san Pío V atribuyó la victoria de los cristianos sobre los turcos a la intercesión de la Virgen María mediante el rezo del rosario.

Se cuenta de san Juan Macías, un dominico nacido en Ribera del Fresno (Badajoz), que cuando estaba a punto de morir (en el siglo XVII) declaró: «Por la misericordia de Dios, con el rezo del santo rosario, he sacado del purgatorio a un millón cuatrocientas mil almas». Ni una más ni una menos.

En Lourdes, la Virgen invitó a santa Bernadette a rezar el rosario y apareció sosteniendo ese objeto en sus manos. Incluso en el siglo XX la entrega del rosario se repitió en otras ocasiones, como en 1930. Sin embargo, su tradicional aspecto cambió hace poco por orden «terrestre». El moderno rosario está compuesto de ciento cincuenta cuentas o avemarías, repartidas en quince grupos de diez, en los cuales se conmemoran los quince misterios principales de la vida de Cristo y de la Virgen. Después de cada uno se recita un padrenuestro, diez avemarías y un gloriapatri. Esto es así desde que el 16 de octubre de 2002, el papa Juan Pablo II promulgara su carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, en la que añadió cinco nuevos misterios al rosario, los luminosos.

Pero queda un último «regalo» de la Virgen: la medalla milagrosa.

Esta peculiar medalla, que recuerda mucho a los antiguos talismanes mágicos, fue entregada a sor Catalina Labouré, de origen vasco y perteneciente a las Hermanas de la Caridad, en la segunda de las apariciones que tuvo, el 27 de noviembre de 1830. Todo ocurrió en curiosas circunstancias. Catalina tenía entonces veinticuatro años. La Virgen se le manifestó de pie sobre el hemisferio de la Tierra, aplastando una serpiente y sosteniendo en sus manos una pequeña esfera coronada por una crucecita. Al rato, esta esfera o globo desapareció de su vista y sus manos descendieron hasta la cintura irradiando rayos de luz que emanaron de sus dedos cubiertos de anillos.

Según parece, la Virgen obsequió a Catalina con esta visión para ordenarle que acuñara una medalla con esa imagen enmarcada en un óvalo. Después le pidió que la difundiera: «Haz que se acuñe mi efigie según este modelo. Todos cuantos la lleven recibirán grandes gracias». Es decir, fue la propia Virgen quien, de creer este testimonio, diseñó su medalla. Pero no todo acabó ahí. Sin ir más lejos, la Virgen se quejó ante Catalina Labouré de que las Hijas de la Caridad no rezaban el rosario como se debía; curiosa insistencia, sobre todo cuando se sabe que años más tarde, en Lourdes, cuando la Virgen se apareció en la gruta de Massabielle a Bernardette, ésta llevaba puesta la medalla milagrosa al cuello. También a Bernadette le ordenó que

rezara el rosario, y cuando la niña la describió, dijo: «La Virgen estaba de pie como aparece en la medalla milagrosa; vestía de blanco, como la Virgen Milagrosa».



Anverso y reverso de la medalla milagrosa entregada a sor Catalina Labouré por la Virgen en 1830. Según el testimonio de la vidente, el diseño de este objeto fue hecho por la propia María.

La de Labouré fue la primera aparición que logró el reconocimiento oficial de la Iglesia Católica. El papa León XIII instituyó en 1894 su fiesta para el 27 de noviembre, concediendo trescientos días de indulgencias a cuantos repitieran cuatro veces la invocación: «¡Oh, María, sin pecado...!». Más tarde, Benedicto XV otorgó otros cien días de indulgencia más sólo por llevar puesta la medalla.

Existe asimismo una anécdota poco conocida relativa a sor Lucía, la última de las videntes de Fátima y que vivió hasta los noventa y siete años. El suceso tuvo lugar cuando estaba en su convento de Tui, en Pontevedra. Sor Lucía entró en cierta ocasión en la capilla del colegio de las Hijas de la Caridad y, al contemplar la imagen de la Virgen, con esos rayos saliéndole de las manos, se quedó sorprendida y espontáneamente comentó: «Así la vi yo en Fátima». El padre Veremundo Pardo, al enterarse de la noticia, escribió enseguida una carta a la monja vidente rogándole que confirmara la veracidad del incidente y, debido a la prohibición que Lucía tenía impuesta por la Santa Sede, no obtuvo respuesta alguna.

El detalle es más revelador de lo que parece, pues Lucía y sus pequeños primos vieron en 1917 algo muy distinto a la imagen que ahora se venera en Fátima. Hasta que en 1978 la historiadora lusitana Fina D'Armada consultó en los archivos *Formigão*, no se supo que la *Senhora* que se les apareció era de pequeña estatura, sin pelo, con un vestido y una capa acolchada y sostenía una esfera de luz entre sus manos.

Pero la influencia iconográfica de la visión de Catalina Labouré ha llegado más lejos de lo que muchos creen. En 1955 el Consejo de Europa convocó un concurso de ideas para confeccionar la bandera de la recién nacida Comunidad Europea. Un

ciudadano llamado Arsène Heitz presentó varias ideas a concurso, y una de ellas (seleccionada entre los ciento uno proyectos admitidos a trámite) resultó ser la elegida: las familiares doce estrellas sobre fondo azul de la enseña europea.

Pues bien, Heitz era un católico devoto de la Virgen y se había comprado una medalla de las hermanitas de San Vicente de Paúl poco antes de esbozar su diseño. Alrededor de la cabeza de la Señora figuran las mismas doce estrellas que él insertó en su bandera. El problema para Heitz fue justificar aquella cifra de estrellas, pues ése no era el número de los países comunitarios en 1955. Así que explicó que, en realidad, se trataba de una cifra áurea, un símbolo de perfección y un número sagrado que daría suerte en el futuro. Pero antes de morir confesó sus verdaderas razones a la revista católica *Magnificat*: las doce estrellas procedían de la medalla milagrosa.

Incongruencias marianas

Como hemos visto, muchas de estas apariciones, después de manifestar su portento sobrenatural, han sido fundadoras o impulsoras de órdenes religiosas, peregrinaciones, ermitas, santuarios, cultos a sus nuevas advocaciones y hasta coronaciones canónicas. Ni los textos ni las universidades se preocupan por ello, pero ahí están.

Y, por supuesto, tampoco se preocupan por los relatos que hablan del lado oscuro de estas manifestaciones, un aspecto incongruente pero recogido también en la tradición cristiana y casi nunca subrayado.

Por ejemplo: en un antiguo relato sobre la imagen de la Virgen de Valvanera, patrona de La Rioja, se dice que la Señora dejó ciega a la hermana del bandido arrepentido Munio o Mullo, quien, al parecer, había encontrado su imagen. Lo hizo lanzándole dos rayos que salieron de sus ojos por considerar que había cometido el delito —o el pecado, vete a saber— de haber entrado en los dominios sagrados de su santuario siendo mujer. De hecho, la mujer en cuestión se quedó ciega de repente cuando atravesó este lugar. Munio intercedió ante la Virgen para que recuperara la vista y advirtió a su hermana Columba de que se fuera pronto del recinto debido a la extraña conducta misógina de la Señora. Ésta recuperó la vista (hasta ahí bien), pero, a pesar de todo, murió a los pocos días. Fue enterrada en una cueva que tomó su nombre y, desde entonces, ninguna fémina se atrevía a acercarse al santuario, manteniéndose esta tradición durante siglos.

Éste fue el primer milagro, que en este Santuario se vio, y con tal suceso quedaron advertidas las mugeres, para no llegar a él: y de calidad, que por muchos siglos, nunca passaron de las cruces blancas, que ay en los caminos: desde allí hazían oración, y se encomendaban a la Virgen, y no se atrevían a passar adelante.

M. DE ANGUIANO,

Compendio historial de la provincia de La Rioja, 1701



En 1102 Alfonso VI ratificó la prohibición de la entrada de las mujeres al monasterio de Valvanera, marcando los límites de esa orden con cruces situadas alrededor del recinto. Aún hoy puede verse una de ellas, situada a kilómetro y medio del santuario, con una inscripción inequívoca: «No entren mujeres y si alguna entrare sea detenida hasta que pague sesenta sólidos».

Nuestro historiador heterodoxo favorito, Juan G. Atienza, nos recuerda que otra Virgen negra, Nuestra Señora de la Confesión, de Marsella, adolece de la misma manía. Su santuario fue hasta el siglo XVII un lugar vetado no sólo a las mujeres, sino a toda clase de animales hembras.

Y hay más.

Con datos mucho más precisos disponemos de un caso realmente extraño. Ocurrió el 26 de marzo del año 1399, un miércoles por la noche por más señas. Una dama resplandeciente se apareció sobre un espino a dos pastores —Pedro y Juan—, en el pueblecito burgalés de Santa Gadea del Cid. Al día siguiente volvió a aparecerse de nuevo, pero esta vez sólo a Pedro, explicándole la visión del día anterior y dándole instrucciones precisas para que las transmitiera al pueblo: debía avisar que ese lugar era sagrado y que allí estaban depositadas abundantes reliquias de los cuerpos de los santos que justo en ese sitio padecieron martirio. Le ordenó también que construyera no una ermita o un santuario, sino un monasterio e iglesia para la Orden de San Benito.

Pedro, temiendo que no lo creyeran, no dijo nada y en la noche del Domingo de Resurrección, el 30 de marzo, la Virgen se le apareció de nuevo acompañada de varios monjes. Justo aquí surge uno de esos «factores de lo absurdo» que tanto despistan al investigador de las apariciones: es Nuestra Señora en persona quien ordena a sus monjes que propinen una buena paliza a Pedro por no haber transmitido su mensaje. Al parecer, los vecinos se despertaron al oír sus gritos y él, finalmente, pidió que se convocara una reunión con las autoridades para relatar pormenorizadamente lo ocurrido. La versión notarial del testimonio fue levantada el lunes 20 de abril de 1399.

William A. Christian, un agudo cronista moderno de estos avatares hispanos, comenta que la mayor sorpresa para los católicos acostumbrados a las almibaradas estampas de la Virgen de aquellos siglos será la paliza que recibió en Santa Gadea el pastor Pedro por parte de los monjes, supervisada por la misma María. A fin de cuentas, el castigo, en la teología popular católica, era sólo incumbencia de Dios o de Cristo, y no de su dama celestial.

Tampoco faltan precedentes en las tradiciones religiosas europeas. Beda el Venerable afirma que san Pedro en persona zurró al obispo Lorenzo cuando se disponía a abandonar su sede en Inglaterra. En este caso, como en el de Santa Gadea, las heridas infligidas sirvieron de prueba de la intervención divina, pues al mostrarlas Lorenzo al rey, éste se convirtió. En el siglo XIII, el monje cisterciense alemán Cesarius de Heisterbach refirió varias historias semejantes en su obra *Diálogo sobre milagros*. Por ejemplo, una bofetada en la mejilla propinada por la Bienaventurada Virgen («Una enfermedad grave requiere medicamentos rigurosos») curó a una monja del deseo que sentía por un sacerdote; un sacristán fue atacado por una cruz en su dormitorio, y un canónigo recibió del propio san Juan Bautista un puñetazo en el estómago. El *Libro de los exemplos*, compilado entre 1400 y 1420, contiene una peculiar historia tomada de san Gregorio Magno sobre Jesús. Éste se le apareció a un sacerdote dándole un recado para un santo obispo. El cura no se atrevió a abordarlo y, finalmente, en su tercera aparición, el Señor fustigó al clérigo con dureza. Convencido acudió al obispo, le enseñó sus heridas y le dio el recado... como Dios manda.

Actos tan poco evangélicos —y tan absurdos— como éstos se han recogido con más frecuencia de la que imaginamos, aunque gran parte de ellos fueran después censurados. Sirva un último episodio más cercano en el tiempo: en el año 1560, durante el asedio al que los indios araucanos estaban sometiendo a la ciudad de Concepción (Chile), y ante los ruegos de los devotos cristianos, la Virgen de la Merced abandonó su capilla y se les apareció en la copa de un árbol, desde donde expulsó a los indios arrojándoles puñados de tierra a los ojos y dejándolos sin fuerza...

¿Hay alguien que lo entienda?

EL MISTERIO DE LAS IMÁGENES INTELIGENTES

En 1846 Pascual Madoz comenzaba a publicar su *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España* en dieciséis volúmenes. «El Madoz» fue un monumental estudio antropológico que implicó a más de mil colaboradores y tres lustros de investigaciones de campo por todo el país «para que se conozca —decía— lo que vale y lo que puede la magnánima nación española». En aquel trabajo Madoz censó las ermitas y santuarios que encontró en nuestra geografía. Catalogó doce mil trescientos de estos recintos sacros y, además, los agrupó en tres categorías según a quién o a quiénes estuvieran dedicados. A saber:

- Advocaciones del Señor: 1.200 títulos.
- Advocaciones de la Virgen: 4.300 títulos.
- Advocaciones de los santos: 6.800 títulos.

Lo curioso es que, pese a tan ímprobo esfuerzo, Madoz y su equipo terminaron quedándose cortos.

En la actualidad están reconocidas, sólo en España, alrededor de veintidós mil advocaciones de la Virgen con sus correspondientes santuarios, iglesias, ermitas, catedrales, basílicas, capillas... y más de cincuenta mil imágenes marianas repartidas a lo largo y ancho del territorio nacional. No por casualidad se ha dicho que España es la «tierra de María», aunque semejante honor es compartido con otros países del Mediterráneo, sobre todo Italia y Portugal, aunque también con Irlanda, Francia, Bélgica y allá donde se han asentado colonias católicas en el mundo.

Tras estas advocaciones y sus piadosas tradiciones se adivinan los vestigios de creencias y costumbres de origen muy antiguo, todas ellas relacionadas con viejos cultos a la Naturaleza (con mayúscula), considerada como habitáculo de genios dotados de facultades y poderes superiores a los del hombre. De ahí su veneración, además del respeto y el miedo que producen.

Así pues, lo que hoy sucede con tanta imagen mariana es un claro reflejo de los años del paganismo, en los que se creó un complejo sistema politeísta según el cual todo fenómeno natural (o inexplicable) era representado por una divinidad.

En la Antigüedad cada roca, cada montaña, cada cueva, cada fuente y cada árbol tenían su genio tutelar tan arraigado que ni el transcurso de los siglos ni el ímpetu evangelizador del cristianismo lograron erradicarlo. En muchos casos ambos cultos terminaron asimilándose, siendo el ejemplo más representativo la asociación de la Isis de los egipcios con las Vírgenes negras del medievo. Sin ir más lejos, a ambas el mero hecho de la maternidad, de la capacidad de otorgar la vida, les daba rango y categoría de sagradas.

Las imágenes marianas a las que haremos referencia son aquellas que han sido supuestamente halladas en circunstancias casi siempre extraordinarias, maravillosas y sobrenaturales, tal y como ocurrió con las apariciones de la Virgen que representan.

Muchos de estos hallazgos los realizaron pastores guiados por animales de su rebaño, generalmente bueyes. En menor medida, fueron encontradas por cazadores, e incluso hay que surgieron junto a monumentos megalíticos (lo que nos hace remontar hasta viejos cultos telúricos), entre el ramaje de un árbol, en una gruta o dentro de un tronco. Y todas ellas «desearon» permanecer por siempre en el punto donde aparecieron. De ahí la existencia de ermitas en las zonas más agrestes, solitarias e inaccesibles que uno pueda imaginar. Están ahí porque sus imágenes, *simplemente*, se negaron a ser movidas de su «geografía mariana».

Un arraigado culto a la Virgen

Existe cierta unanimidad entre quienes han estudiado el tema en decir que el culto a la Virgen María se instituye a partir del siglo XI gracias al impulso de los templarios y de los monasterios cistercienses. Será a partir de entonces cuando se intentará hacer prevalecer su icono por encima del de las diosas paganas y cuando aparecerán por toda España imágenes de la Virgen. El pueblo adoró tales efigies, a veces incluso a contracorriente de la Iglesia. En palabras de Juan G. Atienza, hasta el clero tuvo que aceptarlo «so pena de perder las riendas de aquella autoridad que tan firmemente creía sostener entre las manos».

El interés por la Virgen en aquellos siglos es inusitado. Se la ve más como dama idealizada que como madre del Mesías y se levantan cientos de ermitas en el lugar donde se producen los hallazgos de sus imágenes. En la regla de los templarios se declara que Nuestra Señora es el principio y el fin de su religión. Y lo mismo ocurre con uno de sus sucesores, la Orden Militar Teutónica alemana, cuyo rasgo más significativo fue también su culto a la Virgen María.

El escritor decimonónico francés Sainte-Beuve afirmó que, en el siglo XII, «Nuestra Señora se convierte en la gran adoración, en el ideal caballeresco y místico de la Edad Media».

¿Cómo surge ese interés tan repentino por un icono femenino?

Creemos que en ello intervinieron dos aspectos: una evidente estrategia humana, que instrumentalizó estas imágenes desde el punto de vista político y militar dada la época en la que fueron encontradas; pero también un sutil *plan divino* en el que se vislumbran, entre bastidores, inteligencias no terrestres.

En realidad es a partir del siglo IX cuando se produce el verdadero *boom* de hallazgos de Vírgenes en la península Ibérica. Al parecer, todas habían sido previamente escondidas durante la invasión musulmana de 711. Pero sólo *al parecer*, porque aunque se insiste en que las tallas escondidas corresponden a imágenes

preislámicas (es decir, hechas en tiempos de los godos), según los historiadores del arte que las han examinado, todas ellas son imágenes trabajadas en los siglos XI y posteriores.

Y no es ésta su única sombra.

A fin de cuentas, muchas de ellas no aparecen sin más, sino que lo hacen revestidas de signos y señales sobrenaturales que se repiten con cierta asiduidad. Por ejemplo, los «elegidos» para localizarlas suelen ser pastores, labradores, cazadores, personas sencillas, y cuando son animales, este «privilegio» recae casi siempre sobre bueyes, toros, ovejas y corderos.

Es curioso comprobar cómo los que hallaban estas imágenes eran, en su mayoría, varones o animales de sexo masculino, a diferencia de lo que ocurre con las actuales apariciones marianas, que muestran una nada disimulada predilección por niñas o mujeres adultas.

De las antiguas leyendas que hablan de las *invenciones* o hallazgos de estas imágenes se puede destilar un «retrato robot» que pasamos a exponer: a través de la mediación de animales domésticos machos, un hombre es alertado de la presencia de una imagen en un paraje agreste (bajo tierra, en una cueva, en el tronco de un árbol...). En un primer momento, la gente se muestra escéptica ante el hallazgo y, entonces, se producen extrañas señales (luminosidades, aumento de peso de la imagen...) que convencen a todos de que esa imagen es sagrada y que se le debe rendir culto en el preciso lugar en el que ha sido encontrada. Y, naturalmente, allí se levanta una capilla.

Así, cuando se descubrió la imagen de Nuestra Señora del Pueyo en un altozano cerca de Villamayor (Zaragoza), los vecinos quisieron construir un santuario fuera de ese lugar, pero la obra aparecía derruida cada amanecer, y así ocurrió hasta que entendieron que el enclave preciso y sagrado era el del hallazgo.

Y ése es sólo uno de tantos ejemplos.

Cuando se revisan otros muchos, casi clónicos, uno tiene la tentación de creer que algunas imágenes tuvieron vida propia y actuaron sin disimulos de manera «inteligente». Es como si ellas mismas hubieran decidido alojarse en un paraje y no en otro (haciendo que el barco o los bueyes que la transportaban no se movieran del sitio), o hubieran provocado a los humanos para que se las localizara en el sitio y el momento adecuados (mediante todo tipo de prodigios visuales y auditivos). El seguimiento de esta actividad fue lo que nos llevó a deducir la existencia de una auténtica «geografía mariana» en nuestro país y a insistir, una vez más, en que lo importante nunca fue el hallazgo de imágenes o las apariciones en sí, sino el *punto* en el que surgieron.

Nevadas y régimen abierto

Son tantas las ermitas que se levantaron en lugares no queridos por el ser humano que nos viene a la cabeza una pregunta: ¿existe alguna intencionalidad tras la elección de los enclaves marianos? El denominador común de todos ellos es que tuvieron que ser construidos porque así lo dispuso una serie de signos celestiales. La inmovilidad, por ejemplo, o su empeñamiento en regresar al sitio de origen son sólo dos de ellos.

Pero hay otros signos. A la Virgen Blanca, o de las Nieves, le llegó su advocación porque el día en que se apareció en Roma, en pleno mes de agosto, indicó el centro sacro de su presencia con una portentosa nevada. También fue una espesa capa de nieve en otra luminosa jornada de agosto la que marcó el lugar para levantar una capilla a Nuestra Señora de Utrera, venerada en Sureda, en el Rosellón. Aunque, para prodigio, lo que se cuenta en la localidad de Batet, en el valle de Ribes de Freser (Gerona), donde durante mucho tiempo, tanto en verano como en invierno, cada día al amanecer aparecía una gran mancha de rocío dorado y aromático que adoptaba la forma de la planta de una capilla. El vecindario comprendió que era deseo del cielo que en aquel lugar se levantara una ermita. La construyeron y se la dedicaron a la Virgen.

Otro rasgo de «inteligencia» lo encontramos en aquellas imágenes a las que *no les gusta* estar encerradas. Durante otro invierno riguroso, cuenta una nueva leyenda, cayó una gran nevada que cubrió toda la tierra excepto un punto de un monte cercano a Err, en la Cerdaña. Intrigados por el prodigio, los vecinos examinaron el lugar y encontraron una imagen de María. Allí mismo le levantaron una capilla que nunca puede cerrarse, puesto que la Virgen, según cuentan, castiga a aquellos que cierran las puertas de la ermita dejándolos ciegos.

Parecido capricho se atribuye a la imagen de Nuestra Señora de Pena, en Espirà de l'Aglí (Rosellón), cuya capilla no tiene siquiera puertas. Y es que, además de no querer estar encerrada, tampoco desea estar a oscuras. En Tamajón, en plena Alcarria, se venera a la Virgen de los Enebrales, la cual se apareció a un cura para defenderlo del ataque de una serpiente. Se erigió una ermita en el lugar del prodigio y un día que un arriero quiso cerrar las puertas, su burro no se movió ni para delante ni para atrás hasta que fueron abiertas de nuevo... y así permanecen hasta ahora.

Imágenes pesadas y andariegas

Los sistemas utilizados por estas imágenes para afianzarse en un sitio preciso suelen ser de varios tipos:

- Regresar (hasta tres veces seguidas) al lugar original del encuentro, como, por ejemplo, la Virgen de la Puerta de Longares (Zaragoza).
- Detener bruscamente la carreta o el animal que la transporta.

- Hundir una capilla alternativa o hacer que sus materiales de construcción se trasladen, siempre de noche, hasta el lugar del hallazgo.
- Volverse la imagen cada vez más pesada, de tal modo que resulte imposible proseguir la marcha con ella. Ése fue el caso de la Virgen de Montserrat, que aumentó de peso en varias toneladas cuando se quiso trasladar de lugar, o el de Nuestra Señora de la Ribera, patrona de La Pobra de Segur.
- Desencadenar algún fenómeno atmosférico, como ocurrió con la imagen de La Bien Aparecida, de Cantabria. Cada vez que se la intentaba sacar del lugar de su hallazgo, se desataba una tormenta que lo impedía.
- Producir otros fenómenos extraños e imprevistos, como sucedió con Nuestra Señora de Concilio, cerca de Ayerbe (Huesca), donde sucesivas nubes de moscas impedían siempre su traslado.
- Manifestar la Virgen en persona su deseo expreso de que se le levante una ermita señalando el lugar exacto.

Y así decenas de variantes con parecidas estrategias.

En definitiva, tal y como indica el escritor William A. Christian:

El retorno de la imagen a su emplazamiento natural significa que la imagen dice: «No, no soy una reliquia; reflexiona. A las personas sagradas se las puede mover. Yo te estoy indicando un lugar sagrado. Debes venerarme aquí».

Con la peana a cuestas

Según las leyendas fundacionales de muchos santuarios, las imágenes de la Virgen siempre regresaban por su propio pie (o, mejor dicho, por su propia peana) al primer lugar de encuentro.

Esto ocurrió, por ejemplo, con Nuestra Señora del Avellano, encontrada por unos pastores entre las ramas de un avellano en Pola de Allende (Asturias). El párroco se la llevó a su iglesia, pero a la mañana siguiente comprobó que ya no estaba allí. La descubrieron de nuevo sobre el árbol. Volvieron a llevársela a la iglesia y ocurrió lo mismo al día siguiente, por lo que al fin comprendieron que la imagen les había salido andariega y —algo que parecía mucho más sobrenatural— que denotaba poseer inteligencia propia, mostrando a las claras su deseo de ser adorada en aquel avellano. Por eso se alzó justo allí una capilla.

Es relativamente frecuente que la imagen se traslade, no una ni dos, sino tres veces seguidas a un lugar distinto del elegido, por lo general regresando

«milagrosamente» al enclave en el que en un principio fue encontrada.

La imagen románica de Nuestra Señora de Capilludos fue descubierta por un serrano sobre el tronco de un roble. Éste quiso llevársela de allí, pero la Virgen desaparecía volviendo de nuevo al tronco. Enterados los vecinos, comprendieron que la Virgen quería permanecer en aquel lugar y levantaron allí mismo una ermita para su cobijo, en Castrillo-Tejeriego (Valladolid).

Lo normal es que los traslados puedan explicarse perfectamente por una intervención humana. Alguien esconde la imagen por miedo a que sea profanada y, años más tarde, ésta vuelve a aparecer. Aunque esto no es así en el cien por cien de los casos. Como extraña excepción, valga la tradición que acompaña a Nuestra Señora de Cistella (Gerona): se dice que fue ella misma la que, durante la invasión napoleónica, bajó del altar y se escondió en un lugar seguro. Pasado el peligro, los vecinos, que daban por hecho su desplazamiento milagroso e ignoraban dónde se hallaba, adquirieron otra, pero su veneración duró poco porque, después de un tiempo, apareció la primera sin que nadie se responsabilizara del hecho.

No siempre la solución del enigma es tan sencilla. Estos traslados a «otro lugar», a lo sumo de unos cuantos kilómetros, tienen también sus excepciones. La Virgen de Tíscar, en Jaén, regresó sola a su antiguo santuario cuando intentaron trasladarla a Toledo. O la Virgen del Corpiño, en Santa Eulalia (Pontevedra), que después de ser transportada a otro enclave acababa volviendo siempre a su lugar de origen.

Luces y destellos

En la historia secreta de muchas de nuestras imágenes marianas encontramos pruebas (a veces camufladas por la censura de una mano demasiado devota) que nos ponen sobre aviso respecto a una intervención deliberada de «los de arriba». Son casos en los que la entidad se rodea de toda una parafernalia de «efectos especiales»: fogonazos, chispas, resplandores y luminarias sin cuento.

No es ningún secreto que muchas de estas apariciones marianas, tanto en imágenes como en presencia «física», se manifiesten rodeadas de un singular escenario lumínico que refuerza aún más su carácter sobrenatural. La mayoría recibieron sus advocaciones, los nombres con los que serían veneradas, gracias a los efectos de los que se rodeaban: «¡Son soles!, ¡son soles!», gritaban unos pastorcillos de ovejas cuando vieron los ojos chispeantes de una mujer con su hijo en brazos. Por eso fue llamada Virgen de Sonsoles la hoy patrona de Ávila.



Nuestra Señora de Sonsoles en su santuario abulense.

De las dos mil imágenes de la Señora encontradas en distintos lugares de Cataluña, alrededor de un 10 por ciento fueron descubiertas gracias a esa clase de señales lumínicas. Y es que encontramos por doquier imágenes que resplandecen tanto o más que el sol. Unas luces extrañas, por ejemplo, condujeron a unos pastores en 1605 hasta las ruinas de la ermita de san Marcos, donde encontraron una diminuta imagen de la Virgen. Allá mismo, tiempo después, se levantaría el santuario de La Bien Aparecida, patrona de Cantabria.

Existen incluso «luces chivatas» que indican el lugar donde excavar si se quiere descubrir una imagen mariana. Así ocurrió con la célebre «Moreneta» de Montserrat, (Barcelona) o con el supuesto sepulcro del apóstol Santiago, en Galicia. Una luz relampagueó tres veces, seguida de fuertes sacudidas, para indicar el lugar donde se encontró la Virgen de la Paz de Medjugorje, y nuestra Virgen de los Ángeles «salió a la luz» porque en un día de tormenta cayó un rayo que, curiosamente, permaneció durante varios minutos sobre un risco, lo que sirvió para que unos campesinos retiraran unas piedras y encontraran la enésima imagen virginal.

Otra talla que irradiaba una potente luz de su interior es la de Nuestra Señora de Bellmunt (en el término de Sant Pere de Torelló). Su sorprendente historia cuenta que fue un navegante alejandrino quien la trajo en su barco, sorprendido de que la imagen reluciera tanto como para transformar la noche en día y garantizarle una travesía sin peligro. Sin embargo, al pasar frente a las costas catalanas, su resplandor se

extinguió. La nave se detuvo de repente y el patrón comprendió que aquella extraña figura quería desembarcar. Una vez en tierra, el marinero vio a lo lejos una luz más brillante que el sol; fue en pos de ella y llegó hasta la cumbre del Bellmunt y allá arriba, inspirado por el prodigio, depositó su tesoro.

Respecto al hallazgo de la imagen de Nuestra Señora de Crespià (Gerona), durante siete sábados seguidos unos pastores vieron descender de los cielos una estrella que siempre caía en un mismo lugar. Marcaba el punto en el que desenterrarían una nueva talla milagrosa.

Algo curioso que queremos anotar es que todas las imágenes de las que la tradición precisa el día de su hallazgo fueron encontradas en sábado. Ese día es también el preferido por casi todas las apariciones de nuestro siglo: Fátima, Tre Fontane, El Escorial, Medjugorje o Heede, en las que la Virgen ordena a su elegido que guarde «los sábados que se me han consagrado según mi deseo».

A su propia imagen

Existen varias representaciones de María en España en cuyo origen, según sus respectivas leyendas, ha intervenido la mismísima Madre de Dios. Algo así como si la propia Virgen quisiera ver reflejado su rostro en esas imágenes y se asegurara de que hasta los más mínimos detalles fueran exactos. Una de ellas se encuentra en Vilanova dos Infantes (Orense); allí se venera la popular *Virxe do Cristal*, que es una pequeña imagen metida en una bola de vidrio del tamaño de un huevo. La tradición asegura que esa talla cayó ya con ese peculiar aspecto durante una granizada y que fue encontrada por un hombre llamado Martiño en el hueco de un castaño. Después de caerle un rayo encima —que, milagrosamente, no lo mató—, éste halló aquella piedra traslúcida que tenía dentro un retrato perfectamente formado. Su hallazgo, desde luego, representó toda una novedad respecto al resto de los supuestos *redescubrimientos* de imágenes marianas.

Otra variante de interés surge cuando es la Virgen en persona la que se presta como modelo para sus imágenes. Es el caso que vivió el rey Fernando III el Santo, de quien se dice que contempló una de sus apariciones. Para que nunca se le borrara el recuerdo de su rostro, el monarca transmitió a tres imagineros los rasgos de la Virgen. Después, una vez talladas una serie de imágenes, eligió la que más se parecía a la mujer de su visión. El resultado de aquella elección es la imagen de Nuestra Señora del Agua que hoy se conserva en la iglesia del Salvador, en Sevilla.

Algo similar ocurrió también con el futuro san Pedro Nolasco, que convocó a varios escultores para que ejecutaran una imagen de la Virgen tal y como él la había visto en uno de sus trances. La talla resultante se venera en Barcelona, en la iglesia mercedaria del carrer Ample.

A pesar de este interés por querer reflejar los rasgos exactos de la Virgen, no

existen dos rostros iguales, y no porque los tallistas fueran poco hábiles, sino porque cada aparición ofrece un aspecto físico diferente: son bajas, altas, con el pelo rubio o castaño, con ojos claros o negros, vestidas de blanco o de azul. Ningún retrato coincide.

Sólo en algunos casos se produce un fenómeno de doble aparición. Primero, la propia Virgen María se manifiesta a los testigos para, a continuación, indicarles dónde buscar una talla escondida desde hace siglos. En ocasiones, ella misma se transforma en imagen. La Virgen Negra del Henar (Cuéllar, Segovia) se apareció a un pastor manco que cuidaba de su ganado. «Tira una piedra», le ordenó la Señora, y el hombre, al hacer el ademán de lanzarla, recuperó instantáneamente su brazo. Poco después, la Virgen se transformó en imagen y allí mismo se le construyó una ermita. De otra Virgen Negra, la de Guadalupe, en Cáceres, se dice que señaló el sitio donde se debía excavar para encontrar su imagen de madera. El lugar era el mismo en el que momentos antes había resucitado una vaca.

Con la Virgen de Núria sucedió tres cuartos de lo mismo: se le apareció a un santo varón (san Gil Abad) y le indicó que en el fondo de un valle, junto a dos fuentes, había enterrada una imagen que debía desenterrar y devolver al culto. El piadoso san Gil así lo hizo, erigiendo el que hoy es uno de los santuarios marianos más recónditos de Cataluña y al que sólo se puede acceder por un tren cremallera desde Ribes de Freser o Queralbs (Gerona). O a pie, para los que quieran poner a prueba su forma física.

Segunda parte

LUCES

He visto carta de Sanlúcar, que saliendo un hombre a la marina al amanecer, vio sobre el mar pelear en el aire dos ejércitos furiosamente. Volvió corriendo a llamar quien lo viese, y acudiendo mucha gente, no sólo lo vieron y escucharon la mosquetería, artillería, cajas, pífanos y trompetas y voces, sino que duró la batalla más de una hora. Salido el sol, desvaneciéronse luego en un instante. Es cosa cierta.

(Noticia extraída de la obra Avisos del Madrid de los Austrias y otras noticias, escrita por Jerónimo de Barrionuevo (1587-1671), correspondiente al 23 de agosto de 1654, en la que recogió «hechos sociales, políticos, religiosos, inhabituales, portentosos y extraordinarios» que ocurrieron en su época).

VIAJE AL MONTE SERRADO

(Claves montserratinas)

Desde que descubrimos su fugaz participación en la investigación del «caso Manresa» le profesamos cierta admiración. Nos referimos al notario catalán Pere de Pulcrosolano, probablemente el primer «investigador ovni de salón» español.

Su historia bien merece unas líneas.

Para él todo comenzó el 13 de marzo de 1345, cuando fray Bernat Carnicer y un pequeño séquito de feligreses se dirigieron a su despacho en Bellsolà con la sana intención de dar fe de un extraño episodio del que habían sido protagonistas hacía sólo unos días. Por aquel entonces, fray Bernat era el abad del convento de los carmelitas en Manresa y, al parecer, el que más interés tenía en levantar acta de los hechos.

Siguiendo la costumbre de la época, el notario Pere de Pulcrosolano tomó nota rigurosa de lo que sus conciudadanos deseaban consignar. Se trataba de algo de lo que daban *oculata fide* y que debió de causarles un gran impacto emocional. Su acta, conservada en el Arxiu Comarcal del Bages, redactada en catalán, y salvando los preámbulos de rigor, quedó escrita así para la posteridad:

Que estando en la iglesia del Carmen, cerca del altar de la Santísima Trinidad, el día 9 de las calendas de marzo (21 de febrero) de dicho año, vigilia de la Silla de san Pedro, después de la salida del sol, vieron en la capilla de dicho altar una llama o signo claro y refulgente que parecía una estrella; que salió de dicha capilla y ascendió suavemente y sin precipitarse hasta el envés de dicha capilla; que fueron de prisa dichas personas a avisar a los monjes; que se tocó la campana mayor de dicha iglesia y los frailes cantaron la *Salve Regina*; que allí vieron el prodigio y cantaron los versos; que aquella llama o signo claro y luminoso se apareció en dicha iglesia y bajó pausadamente hasta la capilla de la Santísima Trinidad; y después salió de dicha capilla y subió hasta la nave principal de la iglesia; y después salió de allí y subió a la capilla de la Santa Cruz y San Salvador; y desde entonces no vieron más el signo, llama o prodigio.

Pese a su claridad, nuestro atónito Pulcrosolano debió de desconfiar del relato de aquellos testigos. No consignó al final del documento ni la fecha ni su firma, tal vez alertado por otras versiones menos conservadoras que relataban lo que allí había sucedido con detalles bien diferentes. De hecho, fuentes procedentes del propio convento de fray Bernat dejaron por escrito otra descripción en la que se decía que la

misteriosa luz que se «coló» en la iglesia del Carmen fue vista sobrevolando la ciudad desde la cercana montaña de Montserrat. Que ésta, una vez dentro del templo, se dividió primero en dos y luego en tres, distribuyéndose por los altares del Carmen y reagrupándose de nuevo, no por casualidad, en el dedicado a ¡la Santísima Trinidad! Y que, después, todas ellas salieron despedidas hacia Montserrat. Además, por si todo esto fuera poco, ninguno de los frailes del convento carmelita era el responsable de hacer doblar las campanas, sino que éstas, empujadas por algún impulso psicoquinético desconocido, repicaron solas.



La antigua iglesia del Carmen de Manresa, en la que tuvieron lugar los episodios de la «misteriosa luz», desapareció. En su lugar se levanta un templo moderno que apenas acoge recuerdo alguno de los hechos.

Pulcrosolano tenía razones, pues, para recelar de la versión registrada. A fin de cuentas, otros asuntos más urgentes y controvertidos azotaban por entonces a Manresa. Las maniobras de aquella «misteriosa luz» —como en adelante se la conocerá— coincidieron con el momento de máximo auge de una polémica que había arrancado seis años antes, en 1339, cuando el entonces obispo de Vic puso en entredicho *a divinis* a los manresanos por pretender trazar una acequia desde el río Llobregat (el antiguo *Rubricatum* de los romanos) hasta Balsareny. El problema estaba en que esa obra discurría algunos centenares de metros por tierras que pertenecían al obispo y éste no estaba dispuesto al atropello. Y aunque el objeto de aquella obra no era otro que el de paliar la sequía que les asediaba desde 1336, Galceran Sacosta, el prelado de Vic en cuestión, consideró amenazados sus intereses económicos e inició una disputa que, en el momento de verse la «misteriosa luz», estaba más caliente que nunca.

Ni Pedro III de Cataluña, ni el abad del monasterio de Ripoll, ni fray Bernat Carnicer como mediador, habían podido desenredar el conflicto en seis largos años.

Y, por enésima vez en la historia, será una luz celeste la que determinará la solución del conflicto.

Cuando la noticia del prodigio llegó a Vic, Galceran Sacosta debió quedarse de piedra. Al igual que muchos parroquianos de Manresa, el obispo interpretó aquello como una señal divina que indicaba que debía cesar la «cuarentena religiosa» sobre la ciudad. Además, aceptó que se completaran las obras de la acequia sin que el conflicto llegara a mayores. Y, de hecho, así se hizo. La tradición asignó automáticamente al «milagro» de la luz la responsabilidad de abolir el entredicho de Manresa, y determinó que cada 21 de febrero, coincidiendo con el aniversario de tan significativo acontecimiento, deberían tener lugar unas celebraciones conmemorativas, que se convertirían en las segundas fiestas mayores de esa localidad y los principales festejos invernales de la zona... Aún hoy.

No hay manera de saber qué fue exactamente lo que sobrevoló Manresa aquella tarde de invierno de hace seis siglos. La versión de los frailes carmelitas tardó más de trescientos años en ver la luz, y fue gracias al esfuerzo de religiosos como fray Juan Bautista Lezana o el padre Josep Elías Estrugós que hoy poseemos datos suficientes para vincular el hecho a las muchas manifestaciones ufológicas que han rodeado el macizo montañoso de Montserrat.

Y decimos bien: ufológicas.

A fin de cuentas, Manresa se encuentra tan sólo a una veintena de kilómetros de las faldas de esta imponente montaña. Un lugar clave —una *zona ventana*, diría el investigador norteamericano David Fideler— que había sido protagonista de numerosas cuitas terrestres y celestes desde mucho antes, y que daría pie a una tradición ufológica aún más larga entre aquella época y nuestros días.

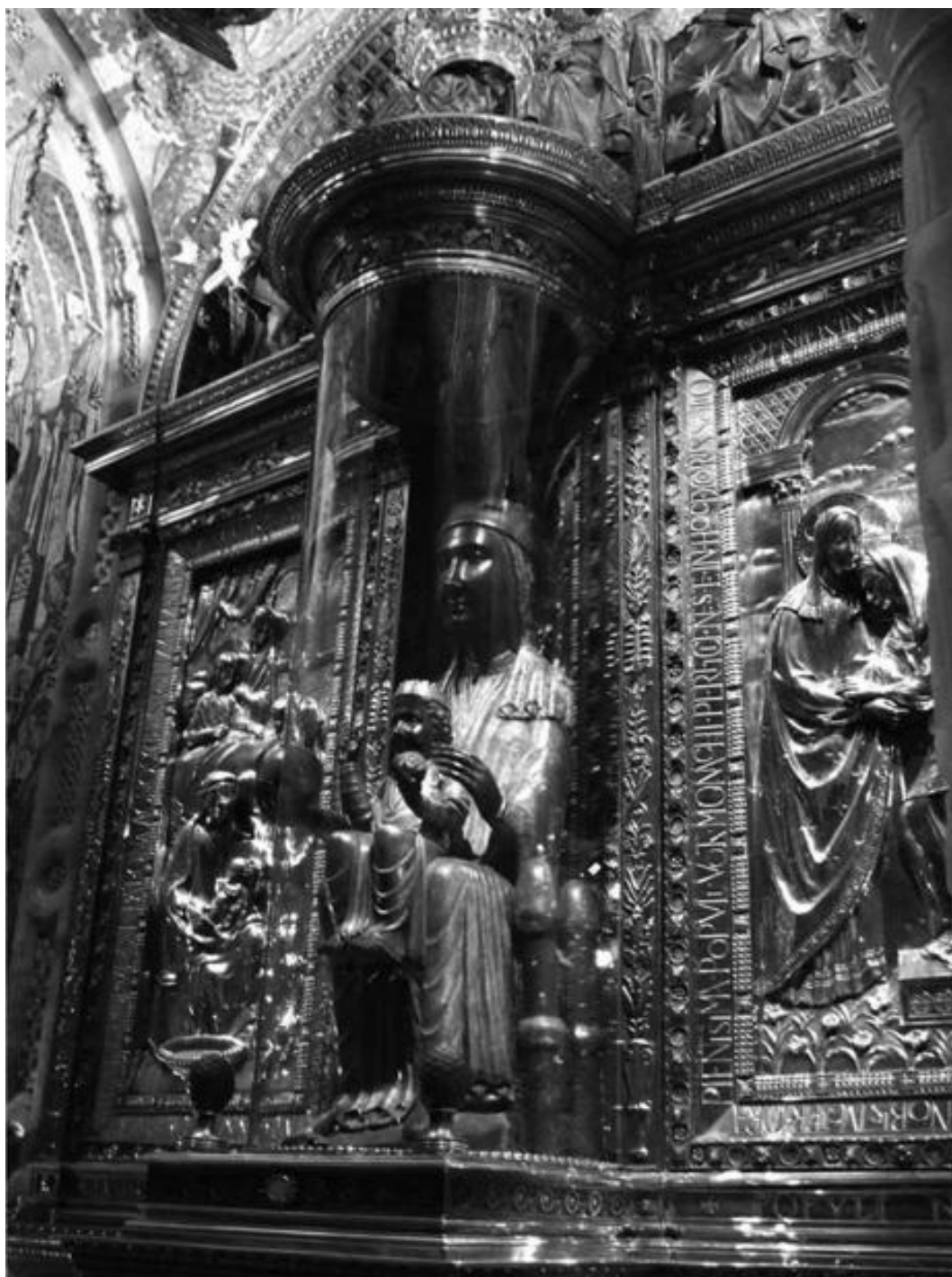
El hallazgo de la Moreneta

Sin duda alguna, de todas esas cuitas a las que nos referimos, el suceso antiguo más célebre tuvo lugar en el año 880 de nuestra era. Ocurrió cuando —según cuenta fray Pedro de Burgos en una relación fechada en 1550— siete pastores de Monistrol que vigilaban sus rebaños cerca de Montserrat vieron descender, a lo largo de siete sábados seguidos, varias luminarias que parecían querer llamar la atención sobre una cueva elevada de la montaña. El prodigio se repitió acompañado siempre de una especie de música melodiosa que parecía emanar de la referida gruta.

El obispo de Manresa, en el último «sábado de prodigios», envió una comitiva de siete hombres al lugar para dilucidar el misterio. La comitiva escaló hasta la referida cavidad, donde hoy se encuentra la *Santa Cova*, y halló en su interior una imagen tallada de la Virgen y el Niño. Era una talla perdida, al parecer, desde los tiempos de la conquista musulmana.

Según reza la tradición, aquella imagen apareció envuelta en luz y resplandor,

desprendiendo un olor agradable, un perfume que ya habían percibido mientras subían la montaña. Todos ellos fenómenos que, por cierto, también han sido frecuentes en otros grandes hallazgos no religiosos de todos los tiempos.



Ésta es la imagen de la Moreneta que se venera en Montserrat, aunque existen suficientes razones para suponer que no se trata de la talla original encontrada milagrosamente en el año 880 gracias a unas luminarias celestes.

La tradición montserratina indica que esta talla fue ocultada allí por el obispo Pedro de Barcelona y el capitán godo Eurigonio, con la intención de preservar una imagen sobre la que pendía una leyenda carente de rigor histórico: que la pieza fue realizada por san Lucas en Tierra Santa y trasladada hasta Cataluña por alguno de los

primeros cristianos que cruzaron el Mediterráneo. Al parecer, la imagen original era blanca y se mandó a Barcino (nombre latino de Barcelona). Fue durante su largo viaje donde adquirió este color moreno gracias —según dicen— al sol del Mediterráneo (sic).

Pero no nos engañemos. Lo que sin duda pretende esconder esta leyenda es el hecho de que existen *dos* tallas de la Virgen de Montserrat, siendo la más antigua la elaborada con madera clara. El cambio de aquella imagen original por la que actualmente se venera debió de producirse alrededor de los siglos XII y XIII al realizarse una copia de la primera, pero de rasgos más estilizados. Al menos, ésa era la opinión del folclorista catalán Joan Amades. Sin embargo, hace poco se produjeron novedades que desestiman la hipótesis de una «segunda Moreneta».

Fue en abril de 2001 cuando se dieron a conocer las conclusiones de un estudio del Servicio de Restauración de Bienes Muebles de la Dirección General del Patrimonio Cultural de la Generalitat, que sometió la escultura a un minucioso examen por encargo de la abadía benedictina. Los restauradores dijeron entonces que la imagen es de madera de álamo y que la cara y las manos de la talla románica de Montserrat eran originariamente blancas y fueron oscureciéndose a partir del siglo XVI a causa del plomo que contenía la pintura blanca de su cara. Esto acabó provocando que se pintara la imagen con un color castaño oscuro y que, dos siglos más tarde, se optara por el color negro. En otras palabras, los expertos pueden demostrar hoy que la imagen adquirió su aspecto actual al ser pintada de negro entre finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, y también que es la original.

El sonido de las esferas

Consideraciones mitológicas aparte, el relato de cómo se halló la Moreneta en Montserrat bien merece un somero análisis: como cinco siglos después sucedería en la vecina población de Manresa, un prodigio celeste no identificado marcó un suceso religioso de consecuencias seculares. Y es que algo similar, si no idéntico, ocurrió en pleno siglo XX durante las apariciones de Fátima, en Portugal. Junto al prodigio luminoso que en Portugal llamaron de la «danza del sol» (presenciado por 70.000 personas en Cova de Iría), algunos testigos escucharon también una suerte de sonido melodioso que compararon al «zumbido de un panal de abejas». Así, cuando en 1980 un grupo de científicos del Instituto Canadiense de Ingenieros Eléctricos y Electrónicos, mientras estudiaba los efectos secundarios que producían las emisiones de alta frecuencia de microondas, lograron reproducir en un laboratorio un «zumbido de abejas» similar, saltó la polémica. ¿Podía deducirse que la Virgen de Fátima —y otras apariciones como la de Montserrat— empleó descargas de microondas para comunicarse en fechas tan tempranas? ¿Y acaso las luces montserratinas emitieron también esa clase de ondas... en el 880 de nuestra era? ¿Fue interpretado entonces

ese zumbido como «música celestial»? Desgraciadamente, la única persona que podría ayudarnos a salir de dudas sería sor Lucía, la mayor de las videntes de Fátima, pero falleció en febrero de 2005.

A falta de su valiosa ayuda —la Iglesia siempre le prohibió hablar de su experiencia—, recurriremos a los estudios del ingeniero norteamericano James McCampbell. Para él este tipo de sonidos *fatimistas* se encuentran entre los de bajo tono y asegura, además, que «experiencias clínicas demuestran cómo ciertas personas pueden oír la energía de una frecuencia de radio modulada y la interpretan como un sonido parecido a un zumbido». Y añade: «Aparentemente, esa energía cortocircuita la estructura del oído e induce sonidos directamente al cerebro auditivo».

Curiosamente, McCampbell no es el único que ha llegado a semejantes conclusiones. El célebre astrofísico francés Jean-Pierre Petit aseguraba a finales de la década de 1980 que «una radiación de alta frecuencia (parecida a la emitida por nuestros radares) puede excitar directamente el nervio auditivo y crear alucinaciones sonoras en forma de zumbido, perceptibles en frecuencias de mil hercios». Para nosotros fue muy significativo que en 1991 una veterana investigadora californiana de fenómenos ufológicos y paranormales, Ann Druffel, precisara —en la sede de la Fundación Mobius de Los Ángeles— cómo muchos contactados modernos experimentan siempre, poco antes de sus experiencias «extraterrestres», una inquietud general que desemboca en la audición de un sonido parecido al que produce un generador eléctrico. Esto es, el célebre «zumbido de abejas» al que aludían McCampbell y Petit. Y es que, en definitiva, parece que los que sufren este tipo de apariciones están predispuestos a «oír» sonidos penetrantes que después son interpretados indistintamente como zumbidos o músicas melódicas, mientras son objeto de alguna clase de programación por parte de las entidades que los contactan. Ojo, pues, a esta «pista» que nos brindan las tradiciones.

No en vano, otro dato a tener siempre en cuenta cuando se estudia esta clase de relatos populares es que tanto las apariciones marianas como las feéricas (es decir, las apariciones de hadas) y, en menor medida, las ufológicas, suelen hablar en voz alta y clara en muy pocas ocasiones. De hecho, cuando lo hacen suele ser casi siempre de modo telepático, sin mover los labios y transmitiendo al tiempo una notable sensación de paz. En los pocos casos en los que se les oye articular palabra, su lenguaje es descrito como similar a un sonido silbante, parecido al ya familiar generador o al zumbido de abejas. La interpretación de estas audiciones dependerá, a la postre, del testigo, de la época y del ambiente en que se produzcan los hechos. Y es que, como ya apuntó hace años Arthur C. Clarke, autor de *2001: una odisea del espacio*, un pueblo poco desarrollado no podrá distinguir nunca cualquier tecnología superior de la magia.

Qué gran verdad.

«Una serpiente de muchos ojos»

Regresemos a Cataluña.

Todo en Montserrat es fuerza. Sea porque, como creen algunos, la montaña fuera diseñada por los propios ángeles, que cortaron sus riscos y limaron sus columnas de piedra naturales, o sea porque bajo su monolítico aspecto se esconde una fuerza telúrica importante, esta montaña ha ejercido siempre una fascinación fuera de lo común en quienes se han acercado a ella. Buena prueba de lo que decimos lo constituye la visita que en 1522 realizó por aquellos pagos Ignacio de Loyola y que provocó que diera un giro de ciento ochenta grados a su vida.

Habían pasado ya casi dos siglos desde la conmoción que suscitó la «misteriosa luz» de Manresa cuando el futuro fundador de la Compañía de Jesús —junto a san Francisco Javier— llegó a la ciudad tras una breve escala en Montserrat. Ignacio acababa de regresar de su campaña militar contra los franceses y escogió la ermita de San Dimas, en el corazón de la montaña, para encerrarse en ella durante tres días y orar en espera de una «respuesta» divina que encauzara sus próximos pasos.

Al término de su aislamiento, Ignacio se instala, entre marzo de 1522 y febrero de 1523, en una celda del convento de los dominicos en Manresa. Descubre entonces una cueva en las afueras del monasterio donde dedicarse a la vida contemplativa, convirtiendo de inmediato aquellas piedras en mudos testigos de una larga serie de arrebatos místicos que vivirá en soledad. Los ayunos severos a los que se someterá, la precariedad de su vestuario y la poca atención a las medidas higiénicas más elementales le predispondrán para «ver» toda suerte de prodigios. Desde una «serpiente de muchos ojos» que en adelante se le aparecería a lo largo de más de quince años y que terminó identificando con el mismo Maligno, hasta visiones de extrañas luces que bañaban de luz el suelo con sus rayos cegadores.

La «serpiente» fue descrita por san Ignacio como algo que resplandecía a plena luz del día, en el aire, y que se mostraba rodeado de una serie de luces que, sin ser ojos, lo parecían. En cuanto al resto de sus visiones místicas, buena parte tuvieron que ver con su devoción a la Santísima Trinidad. Dada la creciente popularidad del relato de la «misteriosa luz» en Manresa por aquel tiempo, san Ignacio debió de oírlo forzosamente, dejándose seducir por tan tremenda historia.

El propio fundador de la Compañía de Jesús, en su *Diario espiritual*, describirá así —hablando de sí mismo en tercera persona— su propia visión trinitaria: «Un día, mientras recitaba las Horas de Nuestra Señora en la escalinata del mismo monasterio (de los dominicos de Manresa), su entendimiento comenzó a ser elevado como si hubiera visto la Sagrada Trinidad en forma de tres teclas».

Muchas de las descripciones de san Ignacio en Manresa y en Montserrat se asemejan a las mejor estudiadas de Fátima. Como muchos de los testigos cercanos a

la «danza del sol» de 1917 o los propios niños videntes de aquellas apariciones, también san Ignacio escuchó «música celestial». Él llamó a esta clase de experiencias místicas auditivas *loquela* y las describió siempre acompañadas de una profunda sensación de dulzura que estimulaba su amor hacia Dios. ¿Otra vez las microondas? ¿De nuevo un sonido «tecnológico», esta vez en las inmediaciones de Montserrat?

Y si de alta tecnología hablamos, ¿qué pensar del hallazgo de una lámpara que no se consumía nunca? Uno de estos artefactos se localizó en la ermita montserratina de Sant Salvador, edificada en una cueva y que, al parecer, se remontaba al siglo XIII. Una fecha, por cierto, relativamente moderna, pues se encuentran referencias a lámparas eternas desde el siglo III. Sobre éstas, el profesor Hargrave Jennings afirmaba que los romanos y los helenos consiguieron el secreto de mantenerlas encendidas durante siglos por medio de la «oleaginosidad» del oro, convertido, mediante un proceso alquímico desconocido, en una sustancia líquida inapagable (e impagable). Un producto cuyo origen habría que rastrear en el mundo celta, pues éstos ya hablaban de las «liath», que los druidas usaban para atraer el fuego del cielo —los rayos, claro— y de las que se decía que permanecían encendidas durante muchos años.

En diversos enclaves religiosos de España se habla del hallazgo de esta curiosa familia de lámparas: por ejemplo, cuando el rey García Sánchez III halló la imagen de la Virgen de Nájera en el siglo XI o cuando Alfonso VI de Castilla encontró un Cristo crucificado en la mezquita de la Luz, en Toledo, también en el siglo XI. De hecho, algunas advocaciones perduran gracias a la presencia de estas luces inextinguibles, como Nuestra Señora de la Luz, patrona de Cuenca, o la que bajo el mismo nombre se venera en Cabezón de Liébana, en Cantabria.

Y por si estos misterios fueran pocos, de otra ermita montserratina cercana, la de Sant Benet, cuenta la leyenda que un ermitaño lograba hacer levitar los objetos. El abad de Montserrat fue uno de los que investigó personalmente el caso y observó cómo unas alforjas estaban suspendidas de lo que parecía un rayo de sol.

Días de ovnis

Desde mucho antes de los tiempos del conde Borrell (de quien hablaremos en el capítulo dedicado a las «luces populares») hasta hoy, los fenómenos extraños en Montserrat no han remitido ni por un momento. Es más, se han hecho frecuentes hasta tal punto que los coleccionistas de rarezas históricas se han visto forzados a considerar esta montaña como una suerte de «disparador geográfico» de toda clase de anomalías y fenómenos, llamados místicos o diabólicos en siglos precedentes.

A finales de la década de 1980 e inicios de la década de 1990, una serie de investigaciones nos llevaron a peinar a fondo toda clase de experiencias extrañas que hubieran tenido como escenario la montaña de Montserrat o sus alrededores. Fruto de

este sondeo en el misterio, confirmamos nuestra impresión de que la montaña sigue siendo todo un enclave «mágico».

Entre la documentación recopilada, pronto destacó con luz propia —y nunca mejor dicho— el *dossier Grífol*.

Llamamos así al apretado fajo de documentos e imágenes que obran en nuestros archivos y que, en su mayor parte, han surgido a raíz de las experiencias de un perito mercantil catalán llamado Luis José Grífol. Desde 1977 este hombre asciende cada mes a la cima de la montaña, seguro de haber abierto una vía de comunicación telepática con ciertas luminarias no identificadas que se pasean sobre el macizo catalán.

En un punto determinado de la carretera que conduce hasta el término municipal de Santa Cecilia, frente a la llamada *Roca Foradada* (o agujereada, en castellano), se encuentra la pequeña explanada en la que Grífol, cada día 11 de mes, aguarda a que los ovnis acepten manifestarse ante sus acompañantes. Fue entre 1987 y 1990 cuando las apariciones lograron concentrar a un mayor número de curiosos, y llegaron a darse cita en los alrededores de ese punto, y a lo largo de toda la carretera de Can Massana, más de dos mil personas.

—Lo que hago aquí es convocar humildemente a las inteligencias que tripulan los ovnis para que podamos establecer cierta comunicación con ellas —asegura Grífol en una de las entrevistas que guardamos en nuestro archivo—. Pero hay que tener en cuenta que «los de arriba» no están para dar espectáculos.

Grífol ha desarrollado una peculiar forma de ver las cosas. En estos últimos veinte años ha tejido toda una filosofía de lo que se oculta tras el fenómeno ovni partiendo de lo que él llama «las confirmaciones de los de arriba». Según Grífol, cada vez que él —u otra persona que le acompañe— manifiesta un pensamiento del agrado de los extraterrestres, éstos se dejan ver sobre Montserrat en forma de trazo luminoso muy fugaz, dando a entender así su apoyo a la idea expuesta. El conjunto de tales «confirmaciones» forma el corpus ideológico de este peculiarísimo y honesto contactado.

A estas alturas, a nadie se le escapará el paralelismo que existe entre las modernas concentraciones de Grífol los días 11 de cada mes y aquellas que en el año 880, durante varios sábados consecutivos, convocaron los pastores de Monistrol para ver caer luminarias encendidas del cielo. En ambos casos existe un fenómeno exterior, no psicológico, que Grífol asocia a inteligencias foráneas a nuestro planeta y que aquellos pastores vincularon a la *Mare de Déu*. La diferencia estriba en que Grífol parece convocar a estas luminarias a voluntad. Y lo hace siguiendo un método que él mismo sintetizaba así, empleando su inconfundible vocabulario, en un escrito inédito fechado en agosto de 1986:

Existe un cierto procedimiento para avistar ovnis que, con el total consenso de los reunidos, pudimos poner en práctica: hay que esperar a que

Ellos tomen la iniciativa en ese *diálogo a distancia*, aunque a veces parece que gustan sorprender, por la prontitud con la que aparecen (...). En esa espera, para una efectiva comunicación, la actitud es fundamental. Ésta es, en definitiva, la correspondiente a una digna, respetuosa y emotiva atención a lo Alto, cargada, a ser posible, de afecto y, en suma, según me parece haber asimilado, de buenas vibraciones.

Grífol no deja el asunto de las «buenas vibraciones» en meras palabras. Con frecuencia se lleva consigo un equipo de alta fidelidad que orienta hacia los asistentes a sus reuniones. Y es que, según él, llevarse música de Vangelis o Jean-Michel Jarre tiene su porqué:

Con una armonía audible, resulta fácil sintonizarse todos con el propósito antedicho. Más aún, si usamos melodías novedosas con orquestación vanguardista de temática adecuada, para exaltar la emoción de observar la belleza del firmamento nocturno.

Bien sea por Grífol, por el grado de sugestión de los congregados o porque la montaña actúa de imán permanente de luces no identificadas, en Montserrat se han visto auténticos ovnis. Los vio en 1986 Antonio Ribera —el padre de la ufología española—; al año siguiente, los investigadores Manuel Carballal y Javier Sierra, y tras ellos un buen número de personas de toda clase y condición social.

Punto y aparte son las fotografías de este contactado. Obtenidas casi todas fijando su cámara sobre un trípode, dirigiendo el foco, con el obturador abierto indefinidamente, hacia cualquier punto del firmamento nocturno, y con un diafragma de f 1,7 o f 2,8, sus películas han captado toda suerte de extraños juegos luminosos sobre los cielos montserratinos. Lo que muestran sus imágenes poco tiene que ver con la fugacidad de la mayoría de los avistamientos que él ha contemplado, y sus «ovnis de celuloide» surgen por lo general de ampliaciones desmedidas de puntos o trazos de luz captados durante esas largas exposiciones de la cámara. ¿Invalida esta explicación su álbum ufológico? En absoluto. Tan sólo pone las cosas en su sitio y evita que nuestros lectores puedan llevarse a engaños si deciden subir a Montserrat a comprobar este singular fenómeno.

Una advertencia: si decide acudir a las convocatorias del día 11 y no encuentra a nadie frente a la *Roca Foradada*, pruebe suerte cerca de la ermita de Sant Joan. Según Grífol, ése es el punto más «caliente» de toda la montaña y donde se concentran mayor cantidad de hechos inexplicables.

¿Coincidencia?

Tal vez nuestros lectores se sorprendan, como nos pasó a nosotros, al saber que esta modalidad de convocar luces y fenómenos extraños los días 11 de cada mes en Cataluña no es patrimonio exclusivo de Grífol. Ni siquiera original suyo. Desde la década de 1970, en un paraje denominado Can Sardà, situado en plena carretera N-340 de Cerdanyola a Barcelona y a unos cincuenta kilómetros en línea recta de Montserrat, una vidente llamada Concha Alonso Pérez recibía mensajes de una aparición que ella consideraba la Virgen, precisamente cada día undécimo de mes. Esta entidad se le apareció en más de cien ocasiones y siempre se dirigía a ella en catalán. Uno de los mensajes que recibió el 11 de noviembre de 1975 decía así: «Estad contentos, que con vuestros rosarios y vuestras oraciones se ha parado la furia y se ha parado la guerra que teníamos en el Sáhara».

Cuando estas apariciones cesaron en el año 1977, surgieron las de Grífol, respetándose automáticamente el mismo día sin que hubiera acuerdo —«terrestre» al menos— de ninguna clase.

EL CAMPO-DE-LAS-ESTRELLAS

(Claves compostelanas)

La verdadera historia de la aparición del supuesto sepulcro del apóstol Santiago se inicia en una fecha tan tardía como el siglo IX. Fue en el año 814 (algunos autores la sitúan en el 813) cuando un ermitaño de nombre muy significativo (Pelagio o Paio) fue alertado por unas extrañas luminarias celestes del lugar donde se hallaban los restos del santo. Se cumplía así una extraña ley que se haría casi obligatoria en siglos posteriores: *el descubrimiento de las reliquias más importantes de la cristiandad debía venir siempre precedido por la aparición de extrañas luces*, tal y como ya vimos en el episodio de la *trobada* de la santa patrona de Cataluña, la Moreneta.

El relato más pormenorizado —a la vez que repleto de símbolos— del hallazgo compostelano lo hemos encontrado en el *Liber Sancti Jacobi*, y es el siguiente. En el 814, gobernando Alfonso II el Casto en el reino astur y Carlomagno en Occidente, un ermitaño tuvo una revelación angélica en la que se le informaba que iba a ser descubierto el cuerpo de un apóstol de Cristo. A los pocos días, unos pastores advirtieron una luminosidad extraña sobre el arbolado del monte llamado Libredón, donde años más tarde surgiría Compostela. Y fue al acercarse cuando comprobaron que esa luz emanaba de lo que parecía ser una estrella.



Sarcófago del apóstol Santiago venerado en la catedral compostelana. Se cree que alberga los restos del apóstol de Cristo, aunque otros suponen que sus huesos pertenecieron a Prisciliano, un hereje, e incluso a un bovino.

Como era de esperar, la noticia de este nuevo hallazgo en tierras gallegas llegó de inmediato a oídos de Teodomiro, obispo de Iria Flavia, que acudió presto a visitar el lugar. Hasta se dice que el prelado pudo contemplar *in situ* el prodigio de la luz. Impresionado, ordenó tres días de ayuno, pasados los cuales dispuso que se comenzara a desbrozar la maleza sobre la que brillaba la estrella. Pronto se descubrió un sepulcro marmóreo de claro origen romano y que, por «inspiración divina», el obispo identificó como la tumba de Santiago Apóstol y la de algunos de sus seguidores.

Poco después, el rey de Asturias Alfonso II, que por aquel entonces había ya instalado su corte en Oviedo, decidió edificar sobre el lugar del hallazgo una pequeña basílica de piedra y arcilla. En el emplazamiento, y por orden real, se instaló una pequeña comunidad de agustinos, que constituye el primer núcleo religioso de lo que poco después sería Compostela.

Un apóstol políticamente correcto

Las prisas por reconocer tan milagroso hallazgo, en el que por enésima vez intervenían luminarias celestes, podrían tener una buena razón de ser. El propio Alfonso II, que proclama a Santiago como patrono de sus reinos, da cuenta del hecho a Carlomagno y la noticia se propaga con rapidez por toda Europa. A simple vista parece que la extraña revelación de Teodomiro y la certeza de la importancia de aquel sepulcro era la razón principal de la popularidad que pronto ganó el lugar, pero también subyacían ciertos entresijos políticos. Hacía falta una figura que unificase la lucha contra el enemigo común y que a la vez sirviera de respaldo moral a la Reconquista.

Además, tanto Teodomiro como el rey católico Alfonso II tenían la clara intención de cristianizar una extendida herejía gnóstica que arraigó con fuerza siglos antes en ese mismo lugar, y que había sido traída a tierras gallegas por un hombre de profundas implicaciones en nuestra historia: Prisciliano.

Retrato de Prisciliano

«¿Quién fue Prisciliano, ese español de ayer que ahora sale de su tumba —dejando vacío el hoyo del Apóstol en la catedral jacobea— y se tira otra vez al monte para predicar con el ejemplo oscuras y antiguas verdades por los campos de Galicia?», se preguntaba en uno de sus artículos, en 1981, Fernando Sánchez Dragó, quien tuvo el acierto de rescatarlo del casi olvido en el que estaba sumergido en su famosa obra *Gárgoris y Habidis*. De hecho, fue el propio Dragó quien dirigió en Pontevedra, aquel mismo año, un congreso dedicado por entero a este personaje, bajo

el auspicio de los cursos de la Universidad Menéndez Pelayo, y quien más ha ayudado a esbozar un retrato de tan oscuro protagonista histórico.

Así pues, según Dragó, Prisciliano fue «cabeza visible de una tropilla nómada de predicadores que vindicaban el ayuno, el amor libre, el éxtasis, la magia blanca, el *corpus hermeticum* de los gnósticos alejandrinos (...), la libertad de interpretación de los textos sagrados, el panteísmo emanista y naturalista, el uso de métodos y sustancias psicodélicas, la vida comunitaria, la igualdad entre hombres y mujeres, la desigualdad entre personas y homúnculos —y en líneas generales— el eterno retorno al cristianismo de los orígenes y la progresiva ascendencia hacia formas impalpables de existencia».

Dragó lo explicó bien: todo indica que Prisciliano tuvo la desgracia de adelantarse a su tiempo. Sus doctrinas, su forma de pensar y de actuar no encajaron nunca con la época que le tocó vivir... y eso le costó la vida. De hecho, está aún por escribirse su biografía definitiva, que a buen seguro será tan apasionante como una novela de aventuras y donde se podrá comprobar la gran importancia que tuvo este personaje en nuestra particular historia compostelana.

Mientras llega tan tremenda obra, valga nuestra modesta aproximación a su vida.

En el año 378 Higinio, entonces obispo de Córdoba, advertía seriamente sobre la expansión de los seguidores de un tal Prisciliano en tierras de Lusitania. Según Higinio, este hombre había sido iniciado por un monje egipcio llamado Marco de Menfis, aunque hoy sabemos que este dato es totalmente erróneo, pues el tal Marco murió antes de que Prisciliano naciera. Ahora bien: con quien al parecer sí trabó contacto nuestro héroe fue con dos de los discípulos del de Menfis, Elpidio y su esposa Ágape.

En un estudio elaborado por la historiadora María Victoria Fernández España y que fue dado a conocer en aquel curso de 1981, se demostraba que la referencia a Marco (o Marcos) hacía agua por todos los lados. Ya la desmentían en gran parte Osorio y san Agustín. Y con razón. A fin de cuentas, Marco fue un gnóstico del siglo II que malamente pudo relacionarse con los maestros de Prisciliano y mucho menos con él. Toda esta patraña debió de surgir, en cambio, a raíz de que un tal Ithacio, llevado por el odio, pretendiera presentar al asceta gallego como un simple aprendiz de brujo. Conviene recordar que por aquel entonces se consideraba Menfis (situada en la margen izquierda del Nilo) como un espectacular centro de brujería en cuyos santuarios secretos, según san Jerónimo, los adeptos podían aprender tanto a montar en cocodrilos (habilidad que, al parecer, tenían los místicos egipcios) como a volar sobre mangos de escoba, algo que nos hubiera gustado ver.

Interesaba, pues, que circulara esta imagen negra de Prisciliano, de quien —según referiría más tarde Sulpicio Severo— se creía que, desde su juventud, había practicado la magia.

No obstante, Severo traza así los rasgos más destacados de su biografiado:

(...) enérgico, inquieto, elocuente, erudito por la mucha lectura, muy resuelto para la disertación y la disputa: favorable al progreso, si no hubiese corrompido su extraordinario ingenio con estudios depravados. En pocas palabras, reconocerías en él muchas cosas buenas del espíritu y del cuerpo: podía mantenerse en vigilia mucho tiempo y aguantar el hambre y la sed; mínimamente ávido de poseer, muy parco en el disfrute. Pero, al mismo tiempo, muy vanidoso, y más hinchado de lo normal con la ciencia de las cosas profanas: es más, se cree que ejerció las artes mágicas desde su adolescencia... con la influencia de su persuasión y su habilidad para la lisonja.

Al menos una cosa sabemos a ciencia cierta de él: Prisciliano se estableció en la Gallaecia romana hasta que en el 380 un concilio en Zaragoza lo condenó por hereje y le obligó a abandonar su reducto de seguidores y partir hacia Roma para pedir clemencia al papa.

Los ocho cánones

Las conclusiones a las que llegó el Concilio de Zaragoza no dejan de sorprender y hasta de tener una triste gracia. Leídas hoy nos dejan estupefactos, ya no sólo por lo que dicen, sino porque sirvieron para llevar al patíbulo a unas cuantas personas. Frases como «que las mujeres sean separadas de la lectura y reuniones de varones ajenos y que ellas no se junten entre sí con objeto de aprender o enseñar porque así lo mandó el Apóstol» son una muestra del cariz misógino que tuvo el dichoso concilio.

Sin condenar directamente a Prisciliano o a los obispos que lo apoyaban, el concilio anatematiza ritos propios de la comunión priscilianista como recibir la hostia en la mano o llevársela a casa para consumirla en la intimidad. Asimismo rechaza los retiros espirituales que los grupos mixtos practicaban en los montes, y muy especialmente andar descalzo (*nudis pedibus incedere*). Además, el 4 de octubre de 380 promulga estos ocho cánones:

1. Que las mujeres fieles no se mezclen en los grupos de otros hombres que no sean sus maridos.
2. Que nadie ayune los domingos ni se ausente de la iglesia en tiempo de Cuaresma.
3. Que aquel que recibe la eucaristía y no la consume allí mismo sea anatema.
4. Que nadie falte a la iglesia en las tres semanas que preceden a la Epifanía.
5. Que aquellos que han sido privados de la comunión por sus obispos, no sean recibidos por otros.

6. Que se excomulgue al clérigo que, para vivir licenciosamente, quiere hacerse monje.
7. Que nadie se llame doctor sin tener este título.
8. Que las vírgenes consagradas al señor no reciban el velo hasta la edad de cuarenta años.

Después de promulgarse estos cánones sin condena explícita y aunque el Sumo Pontífice ni siquiera los recibió, Prisciliano y sus discípulos más estrechos conspiraron y consiguieron lo suficiente como para que el presunto hereje ocupara la sede episcopal de Ávila. Contradicciones del destino, aunque no duró mucho en ese privilegiado puesto. En 384 se convocó un nuevo concilio en Burdeos, donde se le despojó de sus cargos y tanto él como sus acompañantes fueron decapitados en Tréveris un año más tarde. Tras la ejecución, sus cuerpos, de acuerdo con Sulpicio Severo, fueron «llevados a Hispania». Cuando Máximo condenó a Prisciliano a ser ejecutado como culpable de *maleficium* —brujería— murieron con él dos clérigos, Felicísimo y Armenio; su acomodada amiga Eucrocía (también llamada Ágape), viuda de Delfidio, y Latroniano, un poeta cristiano de suficiente renombre como para ser incluido en las *Vidas de hombres ilustres*, de san Jerónimo.

Tras su ajusticiamiento, lejos de ser olvidado, tanto su figura como su doctrina pronto alcanzaron inesperadas cotas de popularidad. Escribe Sulpicio Severo: «Sus seguidores, que antes lo habían honrado como santo, después comenzaron a darle culto como mártir... Es más, jurar por Prisciliano se consideraba entonces juramento supremo».

Fue así como, según todos los indicios de los que disponemos, en el año 388 se recogieron sus restos de la iglesia de Tréveris y se introdujeron en un sarcófago de piedra que fue llevado a su vez en una embarcación hasta las costas gallegas. Una vez allí, se trasladó tierra adentro a través de la desembocadura del río Ulla y luego hasta Iria Flavia. Finalmente, todo indica que las reliquias de Prisciliano y de sus compañeros «mártires» fueron depositadas en la necrópolis céltico-romana de Amaea (o Amahía), dentro de la diócesis de Iria, en cuyos alrededores se construiría siglos más tarde una ciudad llamada Compostela.

Y ahí empieza el conflicto histórico.

El historiador heterodoxo español Juan G. Atienza, sin duda inspirado en algunos estudios previos que apuntan en esa misma dirección, sostiene que el regreso de los huesos de Prisciliano a la Gallaecia fue lo que despertó el culto a Santiago pocos siglos más tarde. Y no le falta lógica a su argumento: a fin de cuentas, aunque a partir del siglo VII se cree que el priscilianismo ha desaparecido, esto no es así. De hecho, a principios del siglo IX se oyen todavía rumores de ritos priscilianistas que obligarán a la Iglesia a tomar cartas en el asunto. Según Atienza, las autoridades católicas, enfrentadas a un culto gnóstico tolerante con las creencias locales e importado desde Egipto —donde en 1945 se hallarían los célebres *Evangelios gnósticos* en Nag

Hammadi, camino de Dendera—, decidieron absorber a los herejes suplantando al desestabilizador «mártir» Prisciliano por un apóstol fuera de toda sospecha como Santiago.

¿Santiago en España?

Ya en el siglo VIII (hacia el 783), el beato de Liébana populariza en el reino astur la idea de que Santiago fue el primer evangelizador de Hispania, al incluir esta historia en su *Comentario al Apocalipsis*. Pero es a finales del siglo X cuando se consuma el montaje: la *Crónica de Sampiro* asienta el culto a un Santiago del que se dice que visitó nuestras tierras en el siglo I para cristianizar a nuestros antepasados, y que protagonizó dos hechos únicos en la historia del cristianismo: sendas apariciones de la Virgen María... ¡cuando ésta todavía vivía en Palestina! Y lo escribe mil años después de los hechos.

Pero examinemos el supuesto itinerario de Santiago el Mayor.

Según la tradición, en el año 34 el Apóstol zarpó hacia tierras del «Extremo Occidente». Los partidarios de la predicación de Santiago en España aseguran que entró en la Península por la Marca Hispánica (Cataluña). Llegó hasta Valencia, donde hizo sus primeros discípulos, y nombró obispo a Eugenio. De ahí pasó a Peníscola (los devotos de la imagen de la Virgen de la Ermitana, en este municipio de Castellón, aún creen que fue traída por el mismo Santiago); fue a Zaragoza, donde se le apareció la Virgen, y marchó de España en los primeros meses del año 42. Finalmente, en el año 44, Herodes Agripa ordenó decapitar a Santiago en Jerusalén (*Hechos*, 12, 2), poniendo fin a tanto viaje.

Es san Jerónimo quien ratificará después la creencia de que los apóstoles de Jesús, al morir, «descansarán en la provincia donde predicaron el Evangelio», lo que justifica el viaje *post mórtem* emprendido por sus seguidores hasta las costas gallegas para sepultar cerca de ellas el cuerpo de su maestro. La misma devota leyenda sostiene también que sus huesos fueron milagrosamente trasladados por una barca sin velas ni timón, e incluso que el cuerpo del Apóstol, al ser depositado sobre una roca, terminó por ablandarla y adaptarla al contorno de su cuerpo. Después de estos prodigios, montado sobre una carreta arrastrada por toros bravos —por cierto, amansados por una comitiva de primeros cristianos—, fue trasladado hasta el lugar donde hoy se erige la actual Santiago de Compostela.

La conexión egipcia

Una ficción tan fuera de lugar debe, forzosamente, esconder sus símbolos: tanto

Prisciliano como el presunto Santiago mueren lejos de España tras un periodo de evangelización; ambos son decapitados y a ambos se les traslada a Galicia después de su martirio. ¿Demasiada casualidad? Nótese, además, las claves egipcias que subyacen tras el relato. Y hemos dicho bien: egipcias. Además de la formación de Prisciliano por parte de discípulos de Marco de Menfis, el culto que se rinde a sus restos es casi osiriano. Según la leyenda de Isis y Osiris recogida por Plutarco, Osiris es despedazado en dos ocasiones y sus restos esparcidos por siete lugares (o por catorce, según versiones) de Egipto. Su cabeza —enterrada en Abidos— convertiría ese lugar en centro de peregrinación y culto, como más tarde ocurriría en Santiago con los restos de Prisciliano/Santiago, mutilados como si de nuevos dioses egipcios se tratara. Al igual que Osiris, la localización de la tumba de Santiago se distribuye por varios lugares de la Península: Astorga, Aguas Santas, Oseiros, Catoira, Padrón, Lugo, Compostela...

Hay más: reparemos, por ejemplo, en el talismán que usaba Prisciliano. Se trataba de una piedra colgada sobre su pecho inscrita con caracteres en los que se entremezclaban escritos en hebreo, griego y latín. Una palabra se adivinaba: IAO; y un dibujo sobresalía: el de un gallo. Se decía que estas piedras las preparaban en Egipto y llegaban a Hispania a través de cristianos gnósticos viajeros. Estas piedras talismánicas o *abraxas* tenían un doble valor para su poseedor: tanto por sus propiedades protectoras como por el signo de reconocimiento dentro de sus comunidades que representaban. Según el historiador y polígrafo cántabro Menéndez Pelayo, la Cruz de los Ángeles de Oviedo tiene en su interior dos de esos amuletos o «piedras basilílicas o priscilianistas, según la opinión más probable». Se trata de una cruz que data del año 808 y que, según la tradición, fue tallada por dos ángeles... ¿egipcios?

Y valga un par de últimas conexiones *faraónicas*: en el mito medieval de Santiago se afirma que su cuerpo derritió la roca sobre la que descansó al atracar en Padrón. Este detalle recuerda poderosamente recientes hipótesis, como las del químico francés Joseph Davidovits, que sostiene que los constructores de pirámides eran capaces de ablandar piedras, creando una especie de cemento de aspecto calizo con el que fabricaron las piedras de los monumentos de Gizá usando moldes, y evitando así el uso de rampas u otros subterfugios en los que aún cree la arqueología más ortodoxa.



Un talismán parecido a éste, de claro origen egipcio, distinguió a Prisciliano de otros predicadores de su época. Estos abraxas eran importados desde Menfis y distribuidos por toda Europa.

Pero es más, en el influyente Camino de Santiago, algunos autores —como los propios Charpentier y Atienza, entre otros— han visto el eco de ancestrales peregrinajes de nuestros antepasados hacia el Finis Terrae, exactamente el punto más adentrado en el océano Atlántico, del que un día vinieron los auténticos constructores de la cultura galaica.

¿Atlantes? ¿Egipcios tal vez? ¿Acaso conmemoran relatos como el de la Virgen de la Barca de Muxía, o la tradición que asegura que Noé atracó su arca en Noya tras el Diluvio, la llegada de esos extranjeros portadores de cultura y ciencias? Podría ser.

No en vano en 1996 los investigadores Pablo Novoa y José Antonio Sanromán descubrían un petroglifo cerca de Santa María de Oia (Vigo), en el que aún puede verse la silueta de un barco egipcio, similar a los usados en el Imperio Antiguo (2649-2150 a. C.). La forma de su casco, sus mástiles y sus velas deja claramente expresado sobre la roca que Galicia fue visitada por marinos de alta mar en tiempos faraónicos —algo que todavía discuten muchos egiptólogos—, y tutelada después por hombres como Prisciliano, cuyas doctrinas nacieron también al amparo de las pirámides. No es de extrañar esa conexión cristiana con Egipto: ¿acaso alguien todavía ignora que Jesús pasó parte de su infancia en Egipto, cuando sus padres huyeron de Herodes? (Mt., 2, 13-18), ¿o que la imagen de la Virgen sosteniendo al niño en su regazo ya aparecía miles de años atrás en representaciones egipcias, siendo Isis la que sostenía a su hijo Horus en la misma postura?

La conexión existe. Y es indudable.

¿Quién está enterrado en Compostela?

Otro asunto que dilucidar en Galicia es el origen del nombre *Compostela*. Sobre éste existen serias dudas, pues mientras unos aseguran que proviene de *campo-de-la-estrella*, debido a las luces que se vieron en el cielo cuando tuvo lugar el descubrimiento de la tumba de Prisciliano Santiago, otros afirman que deriva del latín *compositum*, que quiere decir «cementerio» o «lugar de enterramiento». Ninguna de las dos hipótesis está exenta de sus razones, pues el lugar donde fue descubierto el sepulcro estaba rodeado de necrópolis antiguas y castros de origen celta. Excavaciones recientes en la catedral de Santiago han revelado, además, la existencia en el lugar de una necrópolis cristiana anterior al descubrimiento del mito jacobeo.

Ahora bien, ¿cómo podemos estar seguros de quién está enterrado en Santiago? Al historiador Sánchez Albornoz le da exactamente igual: «La fe mueve montañas. Poco importa que el sepulcro compostelano sea o no el sepulcro del Apóstol. Si allí hubieran yacido de verdad los restos de Santiago y la cristiandad lo hubiera ignorado, la fecundidad histórica de tamaña reliquia habría sido nula». En otro párrafo de su obra *España, un enigma histórico* dice: «¿Santiago? ¿Prisciliano? Cabe dudar de que cualquiera de ellos esté enterrado en Compostela. La leyenda que acredita lo primero es casi ocho siglos posterior a la muerte del Apóstol. Y tiene un tufillo anticlerical, muy siglo XIX, la suposición de que pertenecen al hereje las santas reliquias veneradas en la catedral».

Como sucede con casi cualquier reliquia de la cristiandad, plantear un sencillo análisis de carbono-14 de los huesos que están depositados en la urna de la catedral de Santiago se hace prácticamente impensable. La penúltima vez que se aplicó el C-14 a un objeto religioso fue en 1988 sobre la Sábana Santa de Turín (la última, que tengamos constancia, fue la realizada en 1994 al pañolón de Oviedo), y se desató una polémica tan fiera sobre su validez y la objetividad de los análisis, que pocas ganas quedaron en Roma de autorizar nuevas pruebas.

¿Y entonces?

Nos llama la atención este empecinamiento por considerar que el Apóstol está enterrado allí, cuando la realidad histórica es que en fuentes escritas comprendidas entre los siglos IV al VIII se silencia totalmente el culto a Santiago. Silencio que destaca más todavía —como señala Daniel Terán— al contrastarse con las noticias claras sobre la devoción de Prisciliano y sus compañeros en estos lugares. El priscilianismo sobrevivió hasta la invasión de los árabes en el 711. De hecho, en el siglo VII el Concilio de Toledo todavía atacaba algunas costumbres priscilianistas. Sólo a partir del siglo IX, a raíz del descubrimiento de la tumba por el monje Pelagio, se empieza a orquestar todo el tinglado santiaguista.

La razón tardaría en imponerse a este descubrimiento interesado.

A principios del siglo XVII hallamos en el *Codex Historicus* la alusión a una sepultura «muy antigua» en medio de la iglesia compostelana, sobre cuya losa se

tendían los peregrinos tomándola como enterramiento de un discípulo del apóstol Santiago. Hasta finales del siglo XIX no se empiezan a preocupar por lo que hay dentro del sepulcro. Finalmente, lo abren y lo encuentran vacío de huesos, aunque en su lugar hallan otra urna menor que —esta vez sí— contiene una serie de restos: tres esqueletos de varón, uno de ellos con signos claros de haber sido decapitado. Para muchos era la prueba definitiva: se trataba de Santiago y sus dos discípulos. Pero las cosas nunca son lo que parecen y siempre hay alguna nota discordante en estos asuntos. El investigador Juan Larrea nos aporta un valioso testimonio de transmisión oral que ofrece una versión de los resultados diferente a la del informe oficial. Al parecer, uno de los profesores de la Facultad de Medicina de Santiago que intervino en el redescubrimiento de las reliquias reveló confidencialmente a alguno de sus amigos que «había allí huesos de más de tres personas» y que «entre los huesos venerados se veía alguno al parecer de sexo femenino». No olvidemos que los mártires de Tréveris, con Prisciliano a la cabeza, fueron decapitados y que entre ellos había alguna mujer.

Tal como nos dice el mejor estudioso de Prisciliano, Henry Chadwick, la historia del santuario de Santiago, antes de su fundación, está envuelta en misterio. Las excavaciones bajo la gran catedral de Santiago de hace más de cien años descubrieron un antiguo mausoleo romano construido con grandes bloques de granito. Trabajos posteriores, realizados durante los años 1946-1959, sacaron a la luz algunos baños del siglo III y IV y, bajo la nave, una amplia necrópolis con tumbas de los siglos IV y V que miraban hacia el este y que pertenecían a familias modestas. Los enterramientos cesan alrededor del año 600 y no existen documentos ni inscripciones que desvelen la identidad del importante personaje que está enterrado allí.

Las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo bajo la basílica en la década de 1940 demostraron la existencia de un rico subsuelo con restos funerarios y religiosos romanos, paleocristianos y suevos. Entre otros datos, estos restos apuntaban a un culto pagano a Júpiter, el dios del trueno, reflejado incluso en una inscripción del arca marmórea que contenía el supuesto cuerpo del Apóstol. Como esta inscripción pagana podría generar algunas especulaciones, el hábil consejero de Felipe II, Ambrosio de Morales, en uno de sus viajes a Galicia, recomendó al clero compostelano borrarla definitivamente. E hicieron bien, pues de lo contrario algún estudioso espabiladillo vería la curiosa semejanza entre esta inscripción y el hecho de que el amado discípulo de Cristo recibiera en Galicia el sospechoso sobrenombre de «Hijo del Trueno». Una prueba más de la cristianización de un viejo culto pagano.

Para colmo, en el año 1900 el investigador francés Louis Duchesne publicó en la revista de Toulouse *Annales du Midi* un artículo polémico y casi escandaloso bajo el título «Saint Jacques en Galice», donde planteaba la posibilidad de que los huesos que se veneran en Compostela fueran los de Prisciliano y sus seguidores. Miguel de Unamuno, por su parte, al llegar a este templo, exclamó: «El sepulcro de Santiago lo es de toda España, pero quizá repose en él Prisciliano, el gnóstico gallego, obispo de

Ávila, que en el siglo IV mezcló el paganismo de sus paisanos con las doctrinas cristianas».

Pero ¿es Prisciliano la única alternativa a Santiago?

También podría darse la circunstancia de que ni Santiago ni Prisciliano reposasen en esa arca compostelana, ya que a nuestro gnóstico le han salido otras dos posibles tumbas. Una estaría en Os Martores, en la parroquia de San Miguel de Valga (Pontevedra), donde existe una ermita dedicada a san Mamede en cuyo interior han aparecido sarcófagos de piedra antropomorfos del siglo IV. A los discípulos ajusticiados en Tréveris se les conoció como «los mártires» (en gallego, «os mártores»), y éste es el único topónimo de estas características en toda Galicia. Pero una última teoría establece también el posible lugar de enterramiento de Prisciliano en Santa Eulalia de Bóveda, cerca de Lugo.

En 1994 llegaron a nuestros oídos rumores acerca de un nuevo análisis secreto (y laico) de los huesos del preciado relicario compostelano. Nunca hemos podido comprobar que tal análisis se llevara a cabo en fechas recientes, y mucho menos estamos seguros de sus resultados. Sin embargo, aparentemente el equipo que lo desarrolló dictaminó que los huesos depositados en la urna de la catedral se correspondían, en realidad, con un bovino que murió bien entrada la era cristiana. ¿Una broma? ¿Reminiscencias, tal vez, del culto egipcio a Apis en Galicia? ¿O un rumor sin fundamento? De momento es sólo una pista más que añadir con recelo en el cuaderno de bitácora de todo aquel que viaje con curiosidad a Santiago.

Las 21.000 unidades de energía

Y, si el Apóstol guarda sus misterios, la catedral que hoy guarda su memoria también oculta una considerable cantidad de ellos.

En la década de 1980, la escritora Blanche Merz y otra serie de investigadores franceses consagrados a la geobiología se dedicaron a recorrer parte del mundo en busca de lugares de poder para medir la energía que irradiaban. Uno de sus objetivos primordiales era sacar conclusiones respecto a si esta acumulación energética tenía algo que ver con la sacralidad del lugar y las sanaciones que se producían en los mismos. Y las sorpresas con las que se encontraron fueron mayúsculas.

Con sus singulares y particulares aparatos de medición (no homologados todavía por la ciencia oficial) averiguaron que se podía establecer una relación directa entre lugar sagrado y lugar telúricamente fuerte. Lo más curioso es que de todos los enclaves analizados por Merz, incluidos algunos templos egipcios, el que registró una mayor vibración estaba situado en España: se trataba de Santiago de Compostela.

En su escala del «biómetro de Bovis», Blanche Merz registró 21.000 unidades de intensidad, es decir, una vibración no alcanzada por ningún otro lugar «sagrado» y que superaba todas las expectativas. Significaba esto que Santiago es un enclave con

un campo de fuerza tan sublime que sólo un iniciado puede poseer la capacidad de soportarlo conscientemente. De inmediato, se consideró un caso excepcional, y se aseguró que el sitio exacto donde se produce esta fuerte descarga de energía es en la vertical de la cripta donde se supone que reposa el cuerpo del Apóstol y donde el peregrino, tras ascender por una escalera estrecha, cumple el ritual de abrazar la imagen del santo por su espalda. A este simple hecho, además de toda la carga emotiva y espiritual que representa, habría que añadirle, pues, la carga energética.

En palabras de Blanche Merz: «Nos hallamos en el umbral de lo desconocido. ¿Cómo es posible que encima de la tumba se dé este resplandor de vida, que ilumine el cerebro, lo deslumbre y transporte al ser humano hasta las nubes?».

Comparemos un poco

Antes de adelantar otros acontecimientos y alguna que otra sorpresa que tenemos reservada a nuestros lectores, recapitulemos.

Si nos detenemos a comparar las leyendas que se refieren al hallazgo de la Moreneta y al sepulcro del apóstol Santiago, encontraremos una serie de similitudes bastante peculiares y que afianzan nuestra impresión de que, efectivamente, es siempre el cielo —en sentido trascendente, ufológico o devoto; elija usted— el que dispone. Y si no, al dato:

- Ambos hallazgos se produjeron en el siglo IX, en plena Reconquista.
- La ubicación exacta del emplazamiento sagrado viene precedida por una lluvia de luces o de estrellas que —como si de nuevas estrellas de Belén se tratara— marcan el lugar.
- Una vez localizado éste, es enviada la noticia al obispo de la zona que visita el lugar y da por bueno el hallazgo.
- En ambos lugares, y en el sitio exacto, se empieza edificando una pequeña ermita que, con el transcurrir de los siglos, y debido a los milagros que se van sucediendo allí, se convierte en un fastuoso monasterio en un caso, y en una catedral en el otro. A partir de entonces, ambos enclaves se transforman en sendos focos importantes de la cristiandad.
- A los pocos años de levantarse la ermita, se produce un hecho sobrenatural en el cielo de tal calibre que se asocia a la imagen venerada. En el caso de la Moreneta, aparecen unas espadas de fuego que hacen perder la batalla a los musulmanes. En el caso del Apóstol, se produce otra batalla donde se ve por los aires a un caballero a galope que decide el signo de la misma en favor de los cristianos.
- Ambos lugares son considerados por los geobiólogos que los han examinado

como extraordinariamente energéticos.

Hemos hablado de dos enclaves —y verdaderas claves, por cierto— para el cristianismo. Pero es que otros de igual o mayor importancia, como el santuario de Covadonga o el de la Peña de Francia, también vienen precedidos por esta clase de señales celestiales.

Insistimos en esta ley: *siempre es una mano presuntamente divina o sobrenatural la que realiza el primer movimiento (en estos casos, de estrellas), para luego ser el hombre quien se encargue de interpretar, sacralizar y rendir culto a esta aparición.*

INTERVIENEN LAS LUCES POPULARES

(El cielo planta batalla)

Y llegó el momento del análisis.

Mientras elaborábamos el manuscrito de este libro descubrimos una insólita *ley* histórica que, a estas alturas, nos atrevemos ya a enunciar: *todos aquellos santuarios, enclaves geográficos y blasones cuyas tradiciones, raíces toponímicas o escudos heráldicos alberguen luces y estrellas solitarias —o en pequeñas formaciones— conmemoran, por lo general, antiguos episodios ufológicos.*

Al enunciado de esta osada *ley* contribuyó, como el lector comprenderá, nuestro trabajo de documentación para los capítulos dedicados a Montserrat y a Santiago de Compostela.

Fue por esta razón por lo que decidimos bautizar toda esa variedad de «espadas», «trinidad» y «luceros» volantes a los que nos tienen acostumbrados las crónicas de nuestros antepasados, con el calificativo genérico de *luces populares*. Y lo hicimos en la certeza de acuñar, por primera vez, un término adecuado que sintetiza su esencia. A fin de cuentas, siempre ha sido el pueblo el principal afectado por su presencia, al tiempo que su más fiel reivindicador histórico.

Pero no se engañe el lector: el rastro de estas luminarias en España no se circunscribe en absoluto al área montserratina o compostelana. Tanto en la Península como en los archipiélagos, el buen buscador sabrá encontrar las huellas de su paso, frecuentemente ocultas tras escuetas alusiones a «luceros» o «estrellas».

Teruel: la ciudad del ovni

Nuestra primera sorpresa llegó hace más de dos décadas cuando, casi sin quererlo, descubrimos que la principal seña de identidad de la ciudad aragonesa de Teruel —un toro con una estrella suspendida sobre sus astas, y que hoy es reproducida en sus escudos, banderas e insignias oficiales— procede de un extraño avistamiento ovni de finales del siglo XII. Sucedió exactamente en 1171, cuando Alfonso II, primer soberano de la Corona de Aragón, decidió explorar una pequeña aldea situada en lo alto del promontorio sobre el que hoy se asienta la moderna Teruel. Al llegar, los hombres del rey contemplaron una insólita escena: un toro caminaba por aquellos pagos al tiempo que una estrella parecía acompañarlo desde el cielo... Un buen augurio —debieron de pensar— para la fundación de un asentamiento.

En el medieval *Libro Verde de Teruel* se explica con detalle esa fundación: «(...)

et allí do es agora la plaza, de mañana en el alba, trobaron un bel toro et andaba una estrella sobre él. Et luego que los vido el toro comenzó a bramar e dixeron los adalides que allí habían buenas señales por fer población do aquel toro les clamaba: et daquel toro tomaron señal. E por eso facen la señal toro y estrella, et aún daquel encuentro mismo, tomaron nombres por la villa, et tomaron del toro tres letras: TOR, et dicen los sabidores que la estrella avía nombre ACTUEL, et tomaron del nombre de la estrella otras tres letras UEL, et todas estas tres letras ayuntadas a uno facen part, et dicen TORUEL».

Otra versión más moderna, del siglo XVIII, refiere el suceso de una manera distinta, pero sin abandonar el carácter sobrenatural de la estrella. Explica que al abrirse unos cimientos en sus murallas hallaron la figura de un toro de piedra. Impresionados, sus descubridores dedujeron que los fundadores de Teruel habían sido egipcios adoradores del buey Apis. Y, de hecho, fue justo en ese instante cuando resplandeció sobre aquella figura una estrella, «presagio de felicidades».

Sea como fuere, la historia se completaría seis años más tarde, en 1177, cuando la nueva ciudad obtuvo sus fueros y decidió pensar en un escudo que la ennobleciera: con toro y «estrella no identificada incluidos». Faltaría más. De hecho, hoy se rememora la legendaria fundación de Teruel a través de unas desvirtuadas fiestas dedicadas al Santo Ángel, patrono de la ciudad, el segundo domingo de julio. Y no es extraño que el festejo más popular sea el del «toro ensogado», como remedo de aquella luz que en otro tiempo brilló sobre las astas de otro bovino.



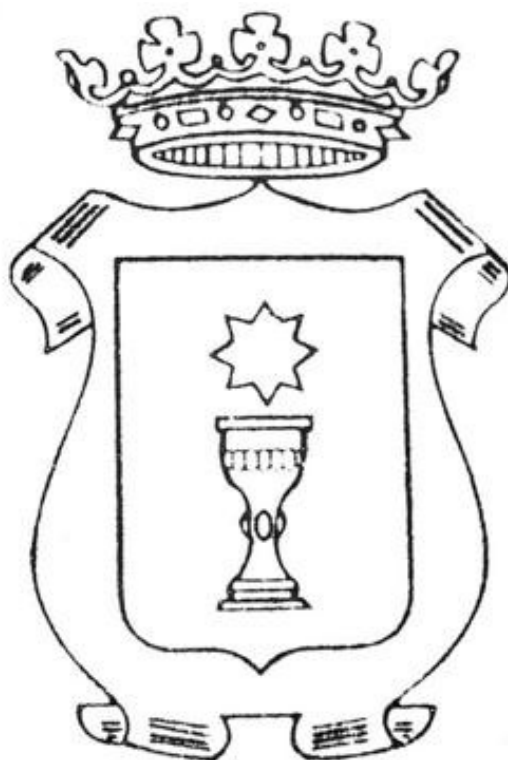
Escudo de Teruel.

¡Qué cruces y qué estrellas!

Sospechosamente, ese mismo año de 1177 otra «estrella» de similares características es vista sobrevolar la ciudad de Cuenca. O, para ser más exactos, un grupo de ellas.

Sucedió exactamente el 6 de enero de 1177, justo cuando el rey Alfonso VIII asediaba la ciudad para librarla de manos de los árabes. El sitio —que se prolongó hasta el 21 de septiembre— fue visitado, según la leyenda, por la Virgen en persona, a quien gustaba disfrazarse de luminaria celeste. De hecho, sus reiterados paseos por las cercanías del campamento de Alfonso VIII le valieron después dos reconocimientos para la eternidad: que la patrona de la ciudad fuera Nuestra Señora de la Luz —curiosamente una Virgen Negra— y que en el nuevo escudo de Cuenca figurase una estrella flotando sobre un cáliz.

Juan G. Atienza recoge varias explicaciones posibles sobre la naturaleza de esa «estrella» y apuesta que podría tener mucho que ver con la estrella de Belén que describe san Mateo en su Evangelio (Mt., 2,1-3), y que, según la tradición cristiana, se dejó ver un 6 de enero. Justo el día en que el rey Alfonso inició su asedio.



Escudo de Cuenca.

No obstante, este argumento, aunque en principio convincente, no resuelve tan fácilmente la cuestión, ya que numerosos cronistas pretenden también asociar el

símbolo del Grial a Mateo. Y, tal como Atienza explica bien, «no hay razón alguna para adjudicarle un símbolo que no ha figurado jamás en su iconografía». ¿A quién o a qué hay que atribuir, pues, el extraño escudo de Cuenca?

Aún hay más: no lejos de nuestras fronteras, en aquel mismo siglo XII, volvió a producirse un fenómeno similar a los de Cuenca y Teruel. Ocurrió en 1193 y también, para no ser menos, tuvo consecuencias trascendentes. En el desierto de Cerfroid (Francia), cercano a París, un ciervo que mostraba entre su cornamenta una brillante cruz de color azul y rojo se apareció al ermitaño san Félix de Valois, cofundador de la Orden de los Trinitarios. San Félix interpretó su encuentro como una señal celeste y enseguida lo adoptó como emblema, y lo dio a la primera comunidad religiosa que fundó y que aún pervive nuestros días. ¿No parece demasiada casualidad?

Antes de abandonar Cuenca, deberíamos detenernos un momento a contemplar el OVNI —esta vez con todas las letras, y con aspecto de legítimo platillo volante— que todavía hoy se deja ver en la parte superior del retablo dedicado a santa Bárbara, en la catedral de la ciudad. Quien hasta allí se acerque podrá contemplar en la obra del maestro Martín Gómez el Viejo (mediados del s. XVI) la representación de un objeto discoidal, surcado longitudinalmente por una serie de estrías casi a modo de «ventanillas», y bajo las cuales se adivinan varios poderosos haces de luz que parten del objeto.

¿En qué se inspiró Gómez el Viejo para pintar este objeto? ¿En la luz popular de 1177?

Nadie negará que es una posibilidad.

Otras supuestas estrellas, amén de cruces voladoras, están muy presentes en el origen de algunas poblaciones. La figura del toro con una estrella en la testuz de la heráldica turolense es similar a la que aparece representada en algunas antiguas monedas romanas, y de todos es conocido el hecho milagroso acaecido al emperador romano Constantino el Grande cuando vio en el cielo una «cruz de sol» con las letras «*In hoc signo vinces!*» antes de la batalla decisiva que tuvo lugar en el puente Milvio el 28 de octubre del 312 y que produjo que la persecución religiosa que por entonces sufrían los cristianos diera un vuelco. Pues bien, también una extraña cruz voladora es la que se encuentra tras los orígenes de la Reconquista de don Pelayo en Covadonga —la Cruz de la Victoria, que se conserva en la catedral de Oviedo—, y cuyo motivo puede verse hoy reflejado en el escudo de armas de Asturias. Y otra cruz volante (la enésima) es también la que dio pie al antiguo escudo de Aragón al asociarse a un santo emblemático.



Escudo de Oviedo.

En efecto: al polifacético san Jorge se le puede encontrar tras los orígenes legendarios del reino de Aragón. Invadido el país por los musulmanes, un grupo de valientes se congregaron en una cueva del monte Pano, decididos a hacerse fuertes e intentar desde allí la reconquista. Fue así cómo, al frente de unos pocos aguerridos, el rey Garci Ximénez se lanzó a un combate desigual en fuerzas y en potencia. Las leyendas cuentan que, en cierta ocasión, la superioridad numérica de los moros era tal que la moral de los cristianos peligraba, cuando de repente apareció sobre la copa de una carrasca una cruz en llamas o una cruz roja resplandeciente (según las versiones), como anuncio indudable de su próxima victoria. La visión obró el milagro. Aquella cruz voladora alentó a los bravos guerreros, que acabaron venciendo a la morisma.

El carácter «real» de este recuerdo queda reflejado en el hecho de que, como conmemoración de esta celestial aparición, el reino tomó el apelativo de Sobrarbe («sobre-arbe»), que más tarde se cambió por el de Aragón. Además, al viejo escudo de este reino se le incorporó la imagen de un árbol con la cruz roja de san Jorge en la copa; esta misma «versión» del blasón sería la que más tarde se utilizaría tanto por reyes catalanes como aragoneses. Para los más curiosos, en la actualidad se sigue celebrando en Aínsa la fiesta de La Morisma, en la que se rememora el triunfo de los ejércitos cristianos sobre los musulmanes a las puertas de la villa en el año 724... gracias a una cruz de luz.

El lector tampoco debe perder de vista que fue de esta forma cómo la cueva del monte Pano, epicentro de la reconquista aragonesa, fue pronto convertida en monasterio bajo el nombre de San Juan de la Peña. Un recinto que, además de servir como punto de partida al recuerdo de la cruz volante que hoy se contempla en el

escudo de Aragón, no tardó en ganar buena fama en su época por haber sido una de las supuestas sedes donde estuvo custodiado el Santo Grial que al final recaló en la catedral de Valencia. Quizá la más emblemática reliquia del medievo español.

Más luces, más Vírgenes

Pero no nos llevemos a equívocos. Ni la leyenda del monte Pano, ni la turolense, ni la conquense deben tomarse por relatos marginales en nuestra historia. También tras el escudo de Olmedo, en Valladolid, se esconde otro relato teñido de misterio.

Según los datos que obran en nuestro poder, el protagonista de este remoto episodio fue un peregrino llamado san Silvestre, discípulo del mismísimo apóstol Santiago. Según su leyenda, Silvestre fue el responsable de traer una preciosa talla de la Virgen a Olmedo allá por el siglo I, cuando el cristianismo aún era una religión incipiente, de minorías, y de presencia casi nula en el Mediterráneo. Por eso, cuando mil años más tarde Olmedo fue tomada por los agarenos, sus vecinos ocultaron tan precoz imagen de la voracidad de los infieles. Su rostro ya sólo volvería a ver la luz merced a un milagro que todavía se celebra.

Permítasenos contarle: el infiel que tomó Olmedo fue cierto caudillo musulmán que obedecía al nombre de Aventaje, pero su estancia en la ciudad no fue en absoluto tranquila. Al poco de establecerse allí, Alfonso VI de Castilla (1072-1109) llegó a sus puertas y le plantó asedio. El rey cristiano mandó a uno de sus hombres, Hernán Laín, con un mensaje en el que instaba a Aventaje a devolver Olmedo y rendirse para salvar su vida, pero el musulmán, como era de esperar, se negó. Y, de inmediato, los cristianos se dispusieron para el choque armado.

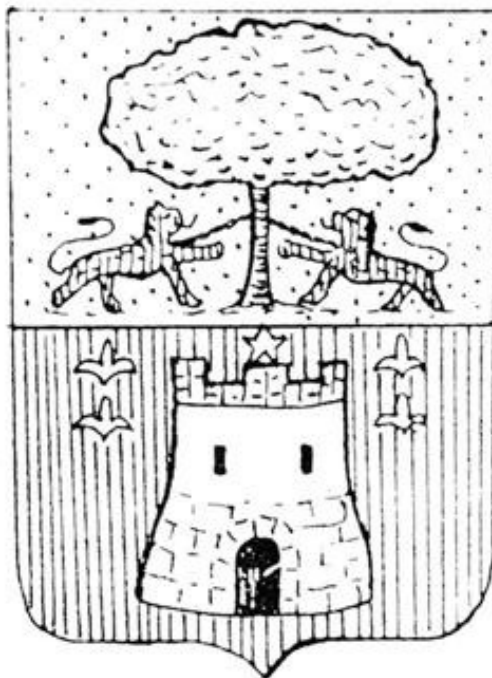
La tradición dice que aquella misma noche Alfonso VI no podía conciliar el sueño. Nervioso, decidió salir de su tienda para pasear y aclarar sus ideas. Allá afuera, y cerca del alba, el rey fue deslumbrado por una luz intensa a la que siguió una visión extraordinaria: la Virgen María en persona se le manifestó sentada sobre un trono provisto de alas, sobre las cuales pudo leer un extraño mensaje: «Impasibilidad, claridad, sutileza, agilidad». Para sorpresa del monarca, la propia Virgen se identificó como «la Soterraña» y le reveló que ella misma guiaría su campaña militar desde el Cielo.

Aquello obró un efecto sorprendente. El rey perdió todos sus miedos, besó la tierra, miró al cielo y vio que aquella luz que lo había cegado iluminaba también un pozo cercano. Aquello debía ser una señal. Y así, de inmediato, ordenó a sus hombres que tomaran sus armas y se abalanzaran contra su enemigo, seguro de que —como gritó, en pleno fragor de la batalla— «la Virgen de esta tierra nos protege».

El resto es ya historia. Olmedo fue conquistada en el año 1084 y Aventaje derrotado.

No obstante, aún sucedería algo más. Tras el fin de las hostilidades, el rey mandó

explorar el pozo que la Virgen había iluminado para él y no se detuvo hasta encontrar la primitiva efigie de san Silvestre sumergida en una especie de baño de aceite. Fue así como —siempre según la leyenda— el rey clavó el pendón sobre el pozo y prometió levantar allí mismo una ermita. Y en justo recuerdo de la aparición, Alfonso VI grabó en el escudo de Olmedo cuatro lises y una estrella, en gratitud a la *Estrella Celestial María Santísima* que le valió la victoria.



Escudo de Olmedo.

Es-tre-lla

Si la heráldica es importante a la hora de rastrear la presencia de una *luz popular*, no lo es menos la etimología de algunos lugares. La fundación mítica de Estella (Navarra) —palabra que, obviamente, significa «estrella»— también vino precedida por un acontecimiento de similar factura a los ya descritos. Debe saberse que la antigua Lizarra fue creada en el siglo IX, en torno a un pequeño caserío, por Sancho Ramírez, que la repobló de francos. Esta villa, según rezaba la guía medieval del *Codex Calixtino*, «ofrecía al peregrino buen pan, excelente vino, mucha carne y pescado y estaba llena de felicidad». Tanto la población de entonces como la de ahora se extiende en torno a un pequeño montículo coronado por un castillo del que tan sólo se conservan poco más que los cimientos. Estella nace, pues, para servir de punto estratégico en el trazado del Camino de Santiago, aunque la tradición añade algo más...

En tiempos del rey Sancho Ramírez (1085), la Virgen volvió a aparecerse de nuevo, tras un gran resplandor, a unos pastores que se encontraban en la montaña del Puy. La peregrinación que generó tan extraordinario suceso consiguió la milagrosa repoblación de la villa. Y de entonces data el nombre de la advocación que allí se venera: Nuestra Señora del Puy de Estella. El nombre de Puy o del Poyo lo recibió del lugar eminente en que estaba emplazado el santuario, y el de Estella ya sabe el lector bien de dónde viene.

Existe un dato curioso añadido: el nombre de Puy, Pueyo o Podio quiere decir «altura» en las lenguas romances, reservándose la palabra original *podio* para significar la altura de los vencedores olímpicos. El citado monarca construyó pronto un santuario a la Virgen y una hospedería para los innumerables devotos que afluían por todas partes. En el frontispicio de la capilla se podían leer unos versos que, traducidos, decían lo siguiente:

Ésta es la Estrella
que bajó del Cielo a Estella
para reparo de ella.



Escudo de Estella.

¿Cuentos de moros y cristianos?

Parecidas cuitas valieron no su escudo, sino su nombre, a la localidad cacereña de Arroyo de la Luz. Y he ahí otro enunciado de la ley que debe destacar todo buen viajero en su cuaderno de bitácora: *pocas localidades cuya raíz tenga que ver con*

«luz», «lucero» o «estrella» son ajenas al paso de las luces populares en su remoto pasado.

Y Arroyo de la Luz es un buen ejemplo de ello.

Situada al sur de la provincia de Cáceres, en la carretera que conduce a Portugal, esta localidad nos brinda otra curiosa historia. Según explicó don Pascual Madoz e Ibáñez en su *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España*, «se ignora la época de su fundación, pero debemos exponer las creencias del país y los datos en que se funda». A renglón seguido menciona una iglesuela situada a las afueras del pueblo, en la que centra el origen de su nombre: «La ermita se halla en un lugar llamado de Los Moros, donde había una enorme encina denominada de La Bandera. Se asegura que moros y cristianos trabaron allí una fuerte pelea en abril de 1229, que se apareció entonces una luz sobre la encina de La Bandera y alumbró a los cristianos para derrotar a sus contrarios, causándoles una horrible mortandad».

Según ese mismo relato, una majestuosa Señora, cuya figura irradiaba un fuerte torrente de luz, cegó a los musulmanes e iluminó a los cristianos, que con su ayuda lograron la victoria. Por supuesto, los vencedores asumieron que aquella luz no podía ser otra cosa que la Virgen y decidieron adorar a la advocación de Nuestra Señora de la Luz, patrona, claro está, de Arroyo.

De hecho, en la vecina provincia de Badajoz, en Calera de León, encontramos otro relato muy parecido. La leyenda nos obliga esta vez a remontarnos a una fecha indeterminada de 1247. Ese año tuvo lugar uno de los más cruentos enfrentamientos de la Reconquista, con Pelayo Pérez Correa (conocido como «el Cid de la Baja Extremadura»), maestre de la reciente Orden de Santiago, por un lado, y los irreductibles almohades —cien mil, dicen algunos—, por el otro. Al parecer, la noche sorprendió a los combatientes en pleno fragor de la lucha, así que maese Correa se encomendó a la Virgen pidiéndole que detuviese el sol para seguir luchando. «¡Tente un día!», dicen que exclamó.

Y la Virgen —o quien cuidara del astro rey en aquella remota jornada— lo escuchó.

Ocurrió lo siguiente: el maestre, sus hombres y los moros vieron cómo del cielo descendía una luz «desprendiendo mil raudales de resplandor celeste sobrehumano». Aquello iluminó la escena e hizo poner los pies en polvorosa al enemigo infiel. Debido a ello, el lugar se consagró a la Virgen de Tentudía, cuyo santuario se encuentra a pocos kilómetros de Calera. Esto es, la Virgen de «Tente-un-día», o «Detente un día», en recuerdo de la misteriosa luminosidad que inundó ese hermoso valle extremeño. De hecho, tan célebre llegó a ser este suceso que el rey Alfonso X el Sabio ya lo recoge en dos de sus *Cantigas* (escritas en siglo XIII).

¿Ante qué fenómeno nos encontramos realmente? Los casos de Arroyo de la Luz y Tentudía no se refieren a luces ocasionales, vistas de lejos por los testigos e interpretadas según los usos religiosos de la época. En estos episodios la aparición de las luces decide primero una batalla —a favor de los cristianos, por supuesto— y da

pie después a una advocación mariana. ¿Por qué? Y, sobre todo, ¿decidido por quién?

Batallas bendecidas

Nos hacemos cargo del desconcierto del lector. Quien se acerque por vez primera a la historia de este tipo de apariciones se sorprenderá al saber lo frecuentes que fueron. En la Edad Media española son comunes los relatos que mencionan la visión de entidades femeninas, siempre identificadas con la Virgen, que no dudaban en aparecerse a soldados e intervenir en sus cuitas. A veces lo hacían de forma sutil, pero otras no dudaban en recurrir a aparatosos «milagros».



Mosaico que recrea el milagro de Tentudía.

Pero esta clase de episodios no desaparecieron al llegar la «Era de la Razón». En las fechas relativamente recientes de la primera guerra mundial, en la segunda batalla de Marne (primavera de 1918), un grupo de soldados alemanes creyó ver en el cielo la figura de una doncella vestida de blanco. Su aparición les impidió seguir

avanzando y les hizo abandonar sus posiciones.

Lo que nadie les explicó es que mucho, mucho tiempo antes, una figura similar —acaso la misma— ya había ensayado esa estrategia en tierras ibéricas.

Durante siglos, fue común atribuir esa clase de intervenciones militares celestes a Santiago Apóstol o a san Miguel, blancos caballeros montados en resplandecientes cabalgaduras. No obstante, no faltan tampoco referencias en los archivos a una Señora Luminosa que, bajo la advocación de Virgen de las Batallas o de las Victorias, tomó partido a favor de los cristianos. Se ha dicho, por ejemplo, que intervino en la batalla de Covadonga. Y aun a sabiendas de que ninguna crónica recoge este hecho, la propaganda cristiana manipuló su imagen y su símbolo para clamar a los cuatro vientos que la Madre de Dios siempre está del lado de los vencedores.

Como enemiga declarada de los moros, los cristianos cautivos reclamaban su ayuda. Por eso, al verse libres por su intercesión, éstos le ofrecían como exvoto las esposas o los grilletos que les habían aprisionado durante su cautiverio. De ahí que en muchas ermitas aparezcan esta clase de artefactos adornando sus paredes.

Sorprende que, después de esta clase de intervenciones, la Señora Luminosa suela dejar como «recuerdo» una imagen para que sea venerada en ese mismo lugar. O bien para que, según su costumbre, se construya una ermita que conmemore el feliz acontecimiento.

Algo que nos llama la atención de estos relatos es la profusión de datos (tanto de nombres como de fechas) que se manejan a la hora de rememorarlos. No estamos hablando de un «se dice» o un «se cuenta», sino de episodios dignos de figurar en la historia paralela, esa que no se cita en los libros *oficiales*.

Hablamos de sucesos como éste: después de una sangrienta batalla en el valle de Solanillos (Guadalajara), donde las tropas cristianas fueron derrotadas por el príncipe musulmán Alí, hijo de Al-Mamún, rey de Toledo; éste, de regreso a sus tierras, tuvo un encuentro con una potente luz que descendió sobre la copa de una higuera. Alí se acercó con cuidado y vislumbró la silueta de una Señora que le habló, le sugirió que liberase a sus cautivos, lo convirtió a la fe «verdadera» (la cristiana, claro), lo bautizó y le hizo entrega de una imagen de Ella misma. Ante semejante ímpetu divino Alí cambió su nombre por el de Pedro, liberó a los cristianos prisioneros y, en lugar de regresar a Toledo con los suyos, se quedó en el valle, se hizo eremita y cuidó de aquella imagen hasta el fin de sus días.

Hoy esa figura aún existe y se la venera como Nuestra Señora de Sopetrán, en el valle de Solanillos, cerca de Hita, y es célebre en toda la Alcarria.

Una historia similar que obra en nuestros archivos abunda en las mismas claves. Sostiene que la Virgen se presentó a un príncipe moro y ciego en las cercanías del castillo de Rus, próximo a Baeza (Jaén). El noble recuperó la visión tras la visita de la Señora y se puso a cavar en el lugar que la Virgen le había indicado hasta que encontró una imagen que serviría, primero, para convertir al príncipe al cristianismo y, después, a todos los moros del castillo. Allí mismo, cómo no, se edificó un

santuario con el nombre de Nuestra Señora del Rosel.

Pero también hubo otras intervenciones que fueron más directas, en las que no mediaron pláticas ni conversiones. Por ejemplo, sabemos que Alfonso I el Batallador entronizó la imagen de Nuestra Señora de la Corona gracias a la inestimable ayuda que recibió, según dice la leyenda, en el asalto al castillo de Piracés (Huesca) en 1118. De la patrona de la región catalana de Cabreres, Nuestra Señora de Cabrera, se cuenta que su presencia sirvió para mantener alejadas a las tropas musulmanas de esas tierras. Al parecer, la Virgen aparecida irradiaba tanta luz que, por su solo efecto, deslumbró a los sarracenos hasta cegarlos y hacerles imposible acercarse a la montaña. Y de Nuestra Señora del Camp, venerada en Garriguella, en el Ampurdán, que ayudó al rey de los francos Carlomagno (siglo IX) en una de sus batallas, se asegura que apareció entre nubes azules y lo animó a luchar. En recuerdo de la gran derrota de la morisma se alzó otra capilla en el lugar de la aparición.

Santos que deciden conflictos

Estas apariciones guardan un extrañísimo paralelismo con una de las partes de nuestro folclore menos estudiadas: las presuntas apariciones del apóstol Santiago, de san Jorge, de san Miguel, de san Magín o de san Millán a lomos de sus caballos blancos en medio de batallas decisivas para la causa cristiana. De hecho, quienes afirmaron haber visto a estos *santos matamoros* dijeron que se trataba de hidalgos de aspecto radiante, que cabalgaban a lomos de imponentes jumentos y que blandían armas como el rayo capaces de matar por decenas a los enemigos de la fe verdadera.

Su paralelismo con las *luces populares* no se limita al aspecto refulgente de las apariciones, sino a que su irrupción en el campo de batalla contribuyó a decidir muchos combates en favor de los cristianos. Los árabes, por el contrario, parecían haberse quedado sin apoyos celestes desde los tiempos de los primeros califas. En la batalla de Alarcos (1195), el caudillo almohade Abu Yaqub recibió también la visita de un «ángel» luminoso que le dio a entender que Alá estaba con su causa y que le ayudaría a aplastar a las tropas cristianas de Alfonso VIII. ¡Inocente! El árabe parecía ignorar que los dioses son caprichosos, y que a veces ayudan a unos o a otros en función de intereses inescrutables...



Escudo de Barcelona.

Así le sucedió al conde Borrell II, quien, a pesar de contar con el apoyo de un caballero que «galopaba entre las nubes» y «esgrimía un rayo por arma», y al que identificaron como san Jorge, no pudo evitar que Almanzor arrasase su ciudad en julio del año 985. La recuperación posterior de Barcelona permitió, no obstante, que se acuñara la leyenda de la intervención aérea de san Jorge en favor del conde Borrell II y que la supuesta cruz roja que ostentaba sobre su pecho el santo se trasladara al propio escudo de la ciudad. Más tarde, Jaime I el Conquistador invocó a san Jorge durante su campaña militar en Mallorca y vio cómo el santo se apareció entre sus hombres a lomos de un caballo alado y refulgente que decidió la suerte de Palma en favor de los seguidores del Nazareno. De hecho, este guerrero aéreo aún volvería a intervenir una vez más en Alcoi (Alicante), donde todavía hoy se conmemora su descenso.

No menos méritos militares atesoran las apariciones de san Millán de la Cogolla. Su biografía *pre y post mórtem* está llena de contradicciones, según qué hagiógrafos la traten. Fue descrito tanto como un pacífico eremita en La Rioja del siglo v, como belicoso guerrero en la España musulmana del siglo x. De este segundo aspecto, el *post mórtem*, tiene la culpa Fernán González (primer conde independiente de Castilla), que, en tiempos de crisis, acudía a su monasterio para pedir su ayuda contra los árabes. Y se dice que el santo, ni corto ni perezoso, no sólo le concedió toda la ayuda espiritual que precisaba, sino que además tomó la espada y un corcel blanco para ir cortando cabezas a todo moro que se le pusiera por delante. Su presencia sobrenatural se dejó sentir en ciudades tan distantes como Calahorra (La Rioja), Algeciras (Cádiz), Hacinas (Burgos) y Simancas (Valladolid).

Así pues, no se sabe muy bien quién tiene más muertos en su haber: si Santiago, san Jorge o san Millán. El hecho es que se les hizo intervenir en batallas cruciales de la España de la Reconquista, lo que, de paso, generó que el monasterio de San Millán de la Cogolla prosperase gracias a las ofrendas y privilegios recibidos de Fernán González y sus seguidores.



En este relieve de san Millán de la Cogolla se muestra al «Matamoros» montado a caballo a la entrada del monasterio de Yuso.

Santiago Matamoros o las iras del cielo

Sin duda, es a partir de la fantasmagórica batalla de Clavijo cuando se consolida la sacralidad del sepulcro de Santiago, autenticado por Teodomiro y hoy venerado en Galicia. España, amenazada por el islam, necesitaba más un caudillo batallador que un santo patrón, y si se podían juntar las dos figuras, mejor que mejor. Así nació Santiago Matamoros.

Mientras unos atribuyen la legendaria batalla de Clavijo (sobre el año 842) a las huestes de Ramiro I en su lucha contra los musulmanes, otros dicen que la libraron las fuerzas de Ordoño I combatiendo al ejército de Muza Banu Qasi. Según el mito que se forjó tras la lucha, durante aquel combate apareció un brillante caballero montado en reluciente corcel blanco que atacó a los musulmanes con un ímpetu sobrehumano. Y es que, como el lector supondrá a estas alturas de referir gestas divinas, el bravo comportamiento de este inesperado jinete fue el que decidió la victoria de las armas del rey asturiano (sea el que fuere).

La imagen de aquel santo guerrero caló tan hondo que, en adelante, presidirá las

batallas más importantes de la Reconquista ayudando a superar el complejo de inferioridad que aquejaba a los cristianos.

Partiendo de la base que el pacífico Apóstol no tuvo nada que ver con aquellas cruentas luchas, ¿no pudo haber ocurrido algún hecho sobrenatural que dejara estupefactos a los combatientes, que lo asimilaron al santo que mejor les convenía en ese momento? Américo Castro sostiene que los cristianos españoles se inventaron a un Santiago que estuvo en España y que guerreó a su lado de forma visible. Castro presenta la figura de Santiago como la prolongación del mito de los Dioscuros, los hijos de Zeus que a menudo se presentan en el momento crucial del combate o en medio de la tempestad para salvar a los mortales que se encomiendan a ellos.

Otros historiadores, en cambio, afirman que la que hoy se considera como la batalla de Clavijo fue en realidad la de Albelda, ganada por Ordoño, y que hubo otra batalla llamada de Clavijo, en el 860, ganada por Ramiro I, con lo que la historia del «guerrero blanco volante» queda fuera de todo contexto. Grosso modo coincidimos con Américo Castro cuando se niega a aceptar que el Apóstol apareciese en aquella batalla repartiendo cintarazos a diestro y siniestro.

Pero si no fue Santiago, ¿de quién se trataba? ¿De san Millán? ¿De san Miguel? ¿O de *otra cosa*? Fuera quien fuese, su presencia se repite en otros conflictos aireados por la leyenda, como éstos:

- Batalla de Logroño (siglo x) contra Abderramán II.
- Batalla de Hacinas (siglo x) a favor de Fernán González.
- Sitio de Coimbra a favor del rey Fernando (1064).

Desde el lado árabe, naturalmente, las cosas se vieron de otra forma. Cuando el cronista musulmán Ben Idzari describió el avance de Almanzor en el 997, afirmó que éste arrasó Compostela pero que, sin embargo, y contra todo pronóstico, mostró un profundo respeto por el sepulcro del santo. Es más: puso centinelas en el mismo para que no fuese destruida la tumba de quien «los cristianos llaman el hermano del Señor. ¡Que Alá sea exaltado y desvanezca tal creencia!».

Ya por entonces, la fama de Santiago estaba consolidada y a su ciudad acudían peregrinos usando el «camino francés» desde la frontera de este país. Su poder de atracción fue tal que superó como centro de peregrinaciones de la cristiandad a Roma y Jerusalén.

Espadas de fuego

Por si lo que estamos contando fuera poco para el lector, creemos que no estará de más referirnos a otro de esos sucesos que hacen pensar en una nueva intervención de esas inteligencias no humanas y luminosas que los cristianos atribuyeron a santos

guerreros.

Debemos remontarnos a finales del siglo x, cuando el conde de Barcelona Ramón Borrell II (972-1017), hijo y sucesor de Borrell I, se encontraba en guerra con los árabes que saqueaban sus territorios. Y con razón: un potente ejército musulmán, comandado por el caudillo cordobés Abd al-Malik, hijo de Almanzor, campaba a sus anchas por la zona con la intención de arrasar Manresa primero y todo lo que había a su alrededor después. Tras lograr su primer objetivo en el año 999, el siguiente no era otro que Montserrat. El conde, sin más recursos que la oración, se dirigió a la Montaña Sagrada para implorar la ayuda de la Virgen y de Nuestro Señor cerca de las actuales ruinas de la ermita de San Salvador. Y justo cuando los dos ejércitos se iban a enzarzar en la lucha, aparecieron en el cielo unas «espadas de fuego», de un rojo candente, que atacaron sin piedad a los atónitos musulmanes. Éstos huyeron despavoridos y los cristianos aprovecharon su estampida para hacer prisioneros.

Hoy a esta ermita se la conoce como San Salvador de las Espadas y se levanta sobre unos restos romanos a 430 metros de altura.

Pero aquí no acaba la cosa. También existe una imagen bajo la advocación de Nostra Senyora de les Espases, venerada en Sant Julià de Cerdanyola y que cuenta con una historia similar, casi un calco de la anterior. Al parecer, el conde de Barcelona libró una gran batalla contra los moros en ese paraje. Y cuando, desesperado, pidió ayuda a la Virgen, cayó del cielo una lluvia menuda de espadas que se clavaron con precisión de tirador en el corazón del enemigo. En pocos momentos no quedó ni uno con vida. En agradecimiento, el conde erigió una capilla en honor de María Santísima en aquel mismo lugar, bajo el título de las Espadas, en recuerdo de este prodigio. Y allí sigue.

Claves lumínicas

¿Qué claves ocultan todos estos relatos? ¿Se trata tan sólo de deformaciones históricas interesadas, que buscaban mover la fe de feligreses en siglos posteriores?

Desde luego, no parece ser ése el caso del Puerto de la Luz, en Gran Canaria. La leyenda que acompaña a este enclave de tan particular nombre tiene sus orígenes en otra misteriosa luminaria que, antiguamente, gustaba recorrer las playas próximas a Las Palmas. Al parecer, el trayecto de aquel extraño globo de luz se iniciaba siempre en el llamado risco de Guanarteme, se desplazaba hacia el antiguo castillo de Santa Catalina y volaba a ras de suelo hasta llegar a la antigua ermita de la Virgen del Rosario, hoy transformada, claro está, en Virgen de la Luz. Allí la esfera se detenía unos instantes y, tras bordear la llamada «falda de la Isleta», desembocaba en la punta del arrecife y se perdía mar adentro.

La popularidad que durante el siglo xix alcanzaron estos paseos fue tal que incluso obligó a los canarios a cambiar el nombre del lugar: el entonces llamado

Puerto de las Isletas se rebautizó como Puerto de la Luz, dando pie a toda clase de rumores que atribuían los vuelos de aquella luminaria a un «alma en pena».

Hasta la fecha, este episodio dista mucho de haberse investigado como merece y la única *pista* clara que ha llegado hasta nosotros es la influencia que tuvo sobre la toponimia del lugar.

La moraleja de estos relatos es clara: que el lector no pierda de vista las tradiciones populares. De aquí surge la tercera *ley* que esbozamos en este capítulo: *cualquier zona geográfica marcada con la palabra luz, o acompañada de una larga tradición histórica que se refiera a la aparición de extrañas luminarias, es, con seguridad, un enclave ovni.*

Ése es el caso, sin abandonar el archipiélago canario, de la isla de Fuerteventura.

Allí, desde hace varios siglos, existen referencias a un fenómeno conocido como *Luz de Mafasca*. Se trata de una suerte de lucero que gusta de aparecer entre las dunas de las playas de la isla, en concreto en la zona deshabitada de Mafasca, atemoriza a los paseantes y se dice, incluso, que cuando uno se tropieza con ella es mejor no mirarla fijamente, pues así evitaremos atraer su atención y poner en riesgo nuestras propias vidas. Pero ¿alguien se resiste?

En su documentado estudio sobre la fenomenología ovni del archipiélago canario, el investigador tinerfeño José Gregorio González se refiere a esta luz. La describe como una «bola lumínica de color azul» que a veces también presenta tonalidades rojizas y que se deja ver especialmente durante los años lluviosos. Por lo general, existe el consenso de que estas esferas luminosas, de un tamaño relativo no superior a la llama de una vela, obedecen a alguna clase de fenómeno geofísico inexplicado. Su aspecto poroso, comparable al de un panal de abejas, y su comportamiento «inteligente» complican la búsqueda de una explicación sencilla al enigma.

Quizá el contraste entre la natural sequedad del suelo y la humedad de los años lluviosos, unida a cierta actividad sísmica, podría dar pie al surgimiento de estas luminarias, que no serían sino fenómenos piezoeléctricos completamente naturales. Sin embargo, mientras esperamos a que alguien resuelva los pormenores técnicos acerca de su origen, quedan en pie las explicaciones animistas que ven en ellas almas en pena, seres elementales del fuego y hasta «*foo fighters*». Ya sabe el lector, esas esferas luminosas de pequeño tamaño que acompañaron a muchos aviones de combate durante la segunda guerra mundial y que casi anunciaron la moderna era del fenómeno ovni que se estrenaría en 1947.

Quién sabe.

Tercera parte

RELIQUIAS

ARMARIO II. Parte de la Epístola.

Primer estante.

En este relicario hay una reliquia de san Vicente Ferrer, hijo de esta ciudad, y patrón del reino.

En este relicario hay reliquias de santa Catarina, de santa Apolonia, y de santa Bárbara, Vírgenes y mártires.

En este relicario de plata hay otro de oro interior con esmaltes; dentro del cual hay leche de la Virgen Santísima, con un pedazo de su toca, una piedra del portal de Belén y un pedacito de lana del colchón en que murió María Santísima.

En este relicario hay reliquia de san Vicente Mártir.

En esta urnita se conservan los sermones que predicaba santo Tomás de Villanueva, escritos de su propia mano.

(Nota de las reliquias existentes en esta iglesia metropolitana de Valencia, modo y orden con que se manifiestan a los fieles. Año 1828).

EL MERCADO DE LAS RELIQUIAS

—¿Quieren ver ustedes el *lignum crucis*?

Nuestro rostro se iluminó de repente al escuchar aquel inesperado ofrecimiento. A fin de cuentas, lo último que esperábamos encontrar en la solemne iglesia colegial de Daroca, en Zaragoza, era uno de los presuntos trozos de la cruz de Cristo. Y menos aún que ese enésimo fragmento compartiera honores con los famosos corporales de los que hablaremos en el capítulo noveno.

Pero así funciona la investigación de campo: uno sale en busca de una cosa y vuelve con datos de otras diez.

Sucedió cuando ya nos disponíamos a irnos, al preguntar a una de las religiosas que vendían estampas y libros en la sacristía de la Colegial si sabía de la existencia de alguna de estas reliquias referidas a Cristo. La monjita asintió pero, ante la duda, nos remitió a uno de los sacerdotes de la iglesia. Tras localizarlo, le preguntamos sin más rodeos por el supuesto *lignum crucis*.

El cura nos confirmó que, efectivamente, tenían uno. Y además hizo memoria: era una donación de finales del siglo XVI o XVII procedente de una generosa archiduquesa, de la que, por cierto, muy pocos fieles tenían noticias. De hecho, tan sólo una vez lo había expuesto para que fuera besado por los feligreses y, que sepamos, ésta es la primera vez que dicha reliquia es mencionada en un libro.



Lignum crucis custodiado en la Colegial de Daroca (Zaragoza) y que en raras ocasiones se muestra a los fieles.

Ahora bien, ¿tiene algún rasgo este pedazo de madera que lo diferencie de las otras decenas de miles de *lignum crucis* distribuidas por toda la cristiandad?

La respuesta es no.

De todos es conocido que en el mundo existe un increíble y exagerado muestrario de reliquias imaginarias de santos y santas. La devoción por esos humanos extraordinarios adquirió en la Edad Media proporciones desorbitadas. Se levantaron templos para guardar sus reliquias, al tiempo que éstas sirvieron de moneda de cambio entre reyes y nobles. En aquel tiempo todos dieron pruebas de sus generosos márgenes de credulidad, no mostrando nunca interés alguno en comprobar si los despojos que atesoraban eran en realidad los restos de aquellos que decían ser.

Haciendo un somero inventario de los principales relicarios de Europa, y sin invertir grandes esfuerzos en ello, pudimos ubicar con exactitud varias cabezas de san Juan, innumerables muelas de san Pedro, de santa Apolonia y de san Cristóbal, cientos de clavos de la Pasión de Cristo, pelos de la barba de san José, litros de leche de la Virgen, varios cientos de metros de la túnica tanto de la Virgen como de Jesús, bollos sobrantes de la multiplicación de los panes y los peces, lágrimas de Cristo, y un largo y curiosísimo etcétera.

De entre todas, una buena porción de las reliquias —miles— fueron atribuidas directamente a Jesús, aunque un análisis histórico de las mismas aclaró el enigma: todas ellas fueron fabricadas mucho tiempo después de desaparecer el Nazareno de la faz de la Tierra.

Las reliquias, no obstante, cumplieron su misión. El interés de la Iglesia en aquellos primeros momentos de su historia fue desterrar las prácticas supersticiosas heredadas del paganismo y se pretendió sustituirlas por otras parecidas, pero de raíz cristiana. Había de todo y para todos, pues las reliquias se podían dividir hasta el infinito, como un fractal, y cada trocito seguía conservando las propiedades de la reliquia entera. Esto generó un próspero negocio económico en todo el orbe cristiano. El hombre medieval necesitaba de la materialidad de las reliquias para afianzar y consolidar su fe, y había personas que se encargaban de satisfacer estos deseos. Desmembraron cuerpos de santos y «fabricaron» lienzos, astillas y huesos. Pero si hubiera sido tan sólo una cuestión mercantilista, estos productos no hubieran preservado su fama con el correr de los siglos. A fin de cuentas, allí donde se rendía culto a una determinada reliquia se operaban milagros que primero eran difundidos oralmente y luego por escrito, lo que generaba a su vez una mayor expectación en torno al objeto venerado.

Tampoco resultó extraño que reyes, príncipes, nobles y pueblo llano desearan tener alguna de esas maravillas en su casa. La virtud curativa de las reliquias atrajo verdaderas muchedumbres de fieles y peregrinos a las iglesias y santuarios. Y esto tuvo como consecuencia el florecimiento de núcleos urbanos que, más tarde, dieron lugar a nuestras modernas ciudades. Las reliquias llamaban al dinero y fortalecían la fe. En suma, protegían al pueblo contra paganos y herejes.

Hoy la religiosidad es mucho más descafeinada que antaño y las reliquias han pasado a un segundo plano y han perdido casi por completo su eficacia milagrosa o sobrenatural. Lo que, sin embargo, sigue teniendo un gran valor son los relicarios de plata o de oro que albergaron estos extraños despojos y son uno de los tesoros principales que guardan nuestras iglesias y museos diocesanos.

Dicho esto, que nadie confunda el contenido con el continente. Es decir, que, por un lado, está el aspecto grandioso de los milagros de santos y del propio Jesucristo (a quien profesamos un profundo respeto, tanto en su dimensión histórica —que no es momento de poner en duda— como en su dimensión humana y espiritual), y, por otro, el escándalo que se ha generado con el uso y abuso de algunas de sus supuestas reliquias. El hecho de que cuestionemos estos despojos no menoscaba en absoluto la imagen de Jesús, sino la de aquellos que han querido sacar provecho y negocio, tanto espiritual como material, con el tráfico de los mismos. La buena fe en la fabricación de estos objetos no disculpa tampoco la falsedad de los mismos.

Lignum crucis o fragmentos de la Vera Cruz

Hasta los más crédulos sospechan que existen demasiados trozos de la cruz de Cristo como para que todos ellos sean auténticos. Lo fácil es pensar que el que se tiene en la localidad donde uno vive, bien guardado en la ermita, iglesia o catedral de turno, es auténtico, y que casi todos los demás son falsos.

Existe una frase muy reveladora a este respecto escrita en 1529 por el humanista español Alfonso de Valdés: «Pues de palo de la cruz os digo la verdad que si todo lo que dicen que hay de ella en la Cristiandad se juntase, bastaría para cargar una carreta». (Una frase parecida se atribuye a Juan Calvino, pero en lugar de una carreta dijo que se «podría cargar un navío de alta borda»).

Disponemos de varias pruebas que demuestran la falsedad de estas reliquias, empezando por su «oportuna» localización en el siglo III por parte de santa Elena (la madre de Constantino el Grande). Una leyenda a la que, no sin cierta ironía, se la denomina «la invención de la Santa Cruz». Un historiador tan admirado como Juan Eslava Galán nos dice que santa Elena fue «una anciana de alambre tremendamente práctica que había vivido toda su vida entre soldados y estaba acostumbrada a forzar la realidad cuando ésta no se ajustaba a sus deseos». Ella fue, sin duda, la que «inventó los primeros Santos Lugares y las primeras reliquias».

Lo cierto es que Elena debió de ser una mujer de rompe y rasga, que no se anduvo con muchos rodeos en sus empresas vitales y que selló con contundencia cada una de sus hazañas. Imbuida por el florecimiento del cristianismo, la tradición cree que marchó a Jerusalén para encontrar la cruz en la que Cristo fue crucificado... y la encontró. Faltaría más.

Sabía que bastaba con cavar en algún lugar para que pronto saliera a la luz algún

resto o trozo de lo que fuera o un objeto, que enseguida se adjudicaría a la época de Jesucristo. «Así que escogió un lugar propicio —continúa Eslava Galán—, excavó y no tardó en anunciar que había hallado el sepulcro de Cristo con tres cruces dentro».

De acuerdo con esa misma leyenda, en el interior del Santo Sepulcro se descubrieron tres cruces idénticas: supuestamente la de Cristo y las de los dos ladrones. Para saber cuál era la del Redentor, la futura santa Elena hizo que se acostase en ellas una mujer agonizante (un cadáver, dicen versiones más exageradas). Al tumbarse sobre una de ellas, notó una súbita mejoría: habían encontrado la verdadera cruz de Cristo. Por supuesto, no existe ninguna prueba documental ni arqueológica que avale esto; sólo la fe. O se cree o no se cree, tal y como sucede con el resto de las reliquias de esta época, todas ellas encontradas dos siglos y medio después de la muerte de Jesús.

Otro de los aspectos que no acaba de convencer ni siquiera a los más fanáticos defensores de la Vera Cruz es la composición de su madera. Cada *lignum crucis* analizado está hecho de una madera diferente. Los *reliquiólogos* no se ponen de acuerdo a la hora de determinar el leño sagrado del que salió la cruz del Calvario. Unos dicen que era de acacia, otros de encina, otros de saúco, otros de ciprés... A este respecto, tenemos constancia de un análisis que se hizo al trozo de la cruz más famoso que se conserva en España. Nos referimos al *lignum crucis* del monasterio de Santo Toribio de Liébana, a pocos kilómetros de Santander, considerado por algunos como el mayor trozo del mundo de la supuesta cruz de Cristo (otros dicen que es el segundo, pues el más grande se conserva en Roma y mide 178 centímetros de largo). Este fragmento fue objeto de una investigación no hace demasiados años, e incluso el informe técnico emitido en 1958 por el Instituto Forestal de Investigaciones y Experiencias Agrarias de Madrid (hoy reconvertido en el INIA, Instituto Nacional de Investigación Agraria) indicó que la madera podría pertenecer a un árbol de la clase botánica de las Coníferas, de color tabaco claro y densidad de 0,700. Una serie de pruebas llevó a la conclusión de que la reliquia correspondía con seguridad a la especie forestal *Cupressus sempervirens*, cuyo hábitat geográfico natural se encuentra, entre otras zonas, en Palestina. Y curiosamente es ésta la especie de ciprés que más abunda en nuestros cementerios.



Relicario del lignum crucis del monasterio de Santo Toribio de Liébana (Cantabria). Su contenido fue sometido en 1958 a uno de los pocos exámenes científicos que se conocen de esta clase de restos.

Algo que también dejó patente este mismo estudio fue que la madera era muy antigua, lo que no debe extrañarnos, pues los datos históricos hacen remontar este *lignum crucis* al siglo IX, o a principios del siglo X, traído por santo Toribio, obispo de Astorga.

En conclusión: como la polémica sobre la naturaleza maderera del *lignum crucis* era imposible de resolver, en la Edad Media se llegó a una curiosa certeza. Que la cruz se fabricó de varios materiales. En el manual de referencia para artistas y creyentes del beato Jacobo de Vorágine (siglo XIII) se dice que las cuatro piezas diferentes de las que se compone la cruz se hicieron con madera de palmera, de cedro, de ciprés y de olivo. ¡Y problema resuelto!

Los templarios y la cruz de Cristo

Uno de los elementos vinculados a menudo a los caballeros templarios en general y a los ponferradinos en particular es, desde luego, el *lignum crucis*. De hecho, en el museo de la catedral de Astorga, en León, se guarda uno de ellos, que la tradición atribuye a los templarios del castillo de Ponferrada y sobre cuyos poderes existe una

curiosa leyenda que refiere la aventura de un templario local que participó en la batalla de Marcos, en la que Alfonso VIII fue derrotado por los musulmanes. Tal caballero, portador de un estandarte con la Vera Cruz traído de Jerusalén, cayó en el fragor de la batalla y perdió la preciada reliquia.

Una vez de regreso, maltrecho y cabizbajo, a Ponferrada, se le apareció en un encinar una dama luminosa que lo exculpó y lo alabó por su valor en la batalla, aunque le pidió que volviera al día siguiente con sus compañeros del castillo. Así lo hizo el guerrero, que identificó la encina del día anterior. Al no hallar nada destacable, golpeó el árbol con un hacha —no sabemos si con cierta rabia por sentirse burlado por la mujer luminosa del día anterior— y en su interior apareció una imagen morena de Nuestra Señora con el niño en un brazo y la Vera Cruz perdida en la batalla en el otro.

Aquello marcó el inicio de la fiebre por las reliquias de la cruz en nuestro país. Pese a que la propia Iglesia sabía que el asunto de los *lignum crucis* se estaba desmadrando, tampoco hizo gran cosa para evitarlo. Como tampoco pudo evitar, en consecuencia, que en torno al cristianismo surgieran nuevas supersticiones como la «de tocar madera», expresión a la que se recurre cuando se menciona algo que se desea que suceda y no haya nada que lo impida o gafe. Esta superstición tiene su origen en la madera de la Santa Cruz y en la veneración de la que han sido objeto las numerosas reliquias de sus trozos. Nada daba tanta suerte como poder tocar alguno de ellos.

Y dado que las cruces dan «suerte», ¿por qué no fabricar también reliquias de la cruz del Buen Ladrón (o sea, de Dimas)?

¡Dicho y hecho!

Astillas de esa supuesta cruz también pululan por iglesias de la cristiandad. En España existían algunas, según refirió fray Jaime Villanueva a principios del XIX en su *Viaje literario a las iglesias de España*: «Sabemos así que el célebre monasterio del Cister, de Santes Creus, en Tarragona, poseía en su sacristía un trozo de la cruz del buen ladrón». Igualmente, en el relicario de la reina Isabel la Católica, custodiado en la Capilla Real de Granada, se conserva un cofre de cuero «oropelado» donde descansan sus buenos trozos de la cruz de Dimas. Lo malo es que los italianos dicen tener la «auténtica» y la guardan en la basílica de la Santa Croce, en Roma.

La multiplicación de las reliquias

Nuestro país no iba a ser menos que otros en lo concerniente a reliquias de todo cuño y procedencia. Por haber, hay unas veinte Sábanas Santas, eso sí, réplicas de la «original» que se encuentra en Turín y que adquirieron el carácter de sagradas al estar en algún momento en contacto con ella (véase nuestro siguiente capítulo).

Está todavía por hacer el *Gran libro de las reliquias*, pero hasta que ese momento

llegue y alguien se tome la molestia de llevarlo a cabo, proponemos al lector que cierre los ojos y no se asombre de que en la iglesia románica de Santa María (Sangüesa, Navarra) se encuentre, en un inventario que se hizo en el año 1300, con aceite de la tumba de san Juan, un poco de maná que dio Yahvé a los judíos, un puñado del barro que usó Dios para crear a Adán, astillas del árbol sobre el que se apareció el ángel a Abraham y hasta algunas de las lágrimas que Moisés derramó frente a la Tierra Prometida y que se tornaron en piedra.

En uno de esos raros y curiosos libros que hemos localizado, el referente a las reliquias y relicarios de la catedral de Mallorca escrito por el archivero don José Miralles Sbert antes de morir en 1947, se da cuenta de la profusión de reliquias que alberga dicho recinto religioso. Para nuestro asombro, muchas de ellas llevan adosado aún su correspondiente certificado de autenticidad.

Las reliquias mallorquinas se dividen en las relativas a Cristo, a la Virgen y a los santos. Y en el último inventario realizado en 1899 (según el libro citado) se detalla un asombroso muestrario sobrenatural. Debido a que se trata de un libro descatalogado, consideramos oportuno reproducir aquí parte de su contenido y que el lector conozca algunas de las que se mencionan, sólo referidas a Jesucristo y a la Virgen (y excluyendo *lignum crucis* y espinas de la corona):

- Fragmento del pesebre de Belén donde la Virgen reclinó a Jesús recién nacido.
- Tierra de Nazaret, donde Cristo pasó su vida oculta.
- Piedra del lugar donde Jesús fue bautizado.
- Parte de la túnica de Nuestro Señor Jesucristo, tocando la orla de la cual fue curada una mujer hemorroísa (se expone a pública veneración, además del lunes de Pascua de Resurrección, el primer viernes de marzo y el 29 de mayo).
- Parte de la columna a la que ataron a Jesús para azotarlo.
- Retazo de la vestidura blanca que Herodes mandó poner a Jesús para hacer burla de él.
- Retazo de la púrpura con que fue cubierto Jesús después de ser azotado y al coronarlo de espinas. Incluso existe un certificado de autenticidad expedido el 15 de junio de 1732 por el reverendísimo Camilo Oliveri, obispo de Gravina.
- Porción de la esponja que, empapada de hiel y vinagre, aplicaron a los labios del Maestro.
- Fragmentos de piedra del monte Calvario.
- Fragmento de la lanza de Longino.
- Fragmento de la piedra donde Jesús fue colocado al ser descendido de la cruz.
- Fragmento del sepulcro donde el Nazareno fue depositado.
- Cabellos de María Santísima.
- Leche de María Santísima.
- Retazos de la túnica de la Virgen, también llamada camisa de Nuestra Señora.

Alármese el lector: la catedral de Mallorca es sólo una más entre otras repletas de reliquias similares.

Como la propia Iglesia —ya desde los primeros tiempos— no sólo sospechaba, sino que sabía perfectamente que había mucho chanchullo y gato encerrado en todo el asunto concerniente a reliquias, se «curó en salud» decretando que para que una reliquia merezca el culto y la veneración de los fieles no se requiere la absoluta certeza de su autenticidad, según doctrina defendida por santo Tomás y por Suárez y, posteriormente, aprobada en el Concilio de Trento (entre 1545 y 1563). Bastaba con la aprobación del obispo diocesano, el cual dictaminará «previo asesoramiento de personas fidedignas y documentadas».

Vivir para ver.

Puestos a elucubrar, las reliquias que menos problemas dieron a las autoridades eclesiásticas fueron las pertenecientes a santa Úrsula y sus once mil vírgenes, martirizadas en Colonia en el siglo v. Si no era una tibia, era un cráneo o un fémur, pero la cuestión era que todas las iglesias que lo solicitasen tuviesen uno o varios de estos restos óseos. En la iglesia de Santiago, en Sangüesa, conservan una bolsa bien repleta con huesos de estas míticas vírgenes; en la catedral de Sevilla guardan la cabeza de una de ellas, así como en una iglesia de Tortosa, en el colegio de jesuitas de Villagarcía de Campos, en el monasterio de Poblet y en un largo etcétera de enclaves religiosos de importancia equivalente.

No es asunto de risa. Tal vez muchos lectores no sepan que Cristóbal Colón fue un devoto de estas once mil vírgenes productoras al por mayor de reliquias. De hecho, en su segundo viaje, al llegar a las Antillas el 3 de noviembre de 1493, bautizó a un grupo de sus islas con el nombre de Islas de las Vírgenes, en honor de estas anónimas mártires de Colonia.

Cuentas y cuentos sagrados

Si con los trozos de la Vera Cruz ha ocurrido lo que ha ocurrido (y sólo era una cruz), no es difícil imaginar lo que sucedió con las espinas de la corona, que eran muchas más. Es sencillo: por culpa del efecto multiplicador de la fe —y tal vez rememorando el milagro de los panes y los peces—, se convirtieron en cientos y miles las espinas repartidas por todo el orbe cristiano y veneradas como preciadas reliquias. La ausencia de pruebas fiables hace que tanto su antigüedad como su autenticidad estén en tela de juicio ya que empezaron a surgir por doquier a partir del siglo v. En verdad nos encontramos con un asunto «espinoso» (valga el juego de palabras), donde se enfrentan, una vez más, los datos históricos y la fe.

Aunque hoy nos parezca absurdo y casi infantil, hubo no pocas personas obsesionadas por saber los detalles más ínfimos de la pasión y muerte de Jesucristo, incluido el número de espinas que tenía la corona que le pusieron en la cabeza, y las

lágrimas y gotas de sangre que derramó para redimirnos. En contestación a los deseos manifestados por varias santas y beatas de conocer esos *detallitos*, la tradición dice que el mismo Jesús escribió una carta que depositó en el Santo Sepulcro de Jerusalén, donde se da cuenta pormenorizada de esa información. Esa carta sería incluso guardada por el Sumo Pontífice en su oratorio particular y grabada sobre una lámina de plata. Parte de tan espermático texto dice así:

Habiendo santa Brígida y santa Isabel, reina de Hungría, hecho muchas rogativas para saber de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, se les apareció este Señor y les dijo: «Hijas y queridas, los soldados que me prendieron fueron 105; los que me llevaron a la casa de Anás y a la de Caifás, 52; los que me entregaron, 25; me dieron en la boca 30 puñadas; empujones, 10; los que me dieron en casa de Anás y Caifás, 150 puntapiés; los golpes que en el pecho me dieron fueron 28; en las espaldas, 80; los que me dieron en mi cabeza fueron 119; de la soga que llevaba al cuello tiraron 78 veces; 350 veces repelaron el cabello de mi cabeza; 70 veces tiraron de mi barba; me dieron amarrado a la columna 5.670 azotes, de lo que me quedaron en mi cuerpo 150 llagas y 1.600 agujeros; las caídas que di desde el huerto de Getsemaní hasta la casa de Anás fueron 7; con la cruz a cuestas di 3 (...). La corona de espinas atravesó mi cabeza con 100 puñadas; fui arrastrado de los cabellos por tierra 27 veces; fue cubierto mi corazón con 72 angustias; escupieron mi rostro 78 veces; al clavarme las manos en la cruz, dieron 26 golpes, y 26 al clavarme los pies; tuve en mi cuerpo 5.455 heridas entre grandes y pequeñas, sin las 1.000 de la cabeza; las gotas de sangre que derramé fueron 30.744; las lágrimas que derramé fueron 600.200; fueron vendados mis ojos para quitarme el placer de ver a mi madre; fue traspasado mi corazón con una lanza, donde fue el último suspiro.

¿Llevaba calculadora Nuestro Señor?

Sin comentarios.

Plumas angélicas

Como hemos visto, a la hora de inventar datos y traficar con reliquias no se reparaba en casi nada de lo humano y de lo divino. En los numerosos museos de lo insólito-sobrenatural de los templos de todo el mundo (ver los Apéndices) encontramos prácticamente de todo: desde el cuerpo incorrupto de uno de los santos inocentes degollados por Herodes (en la catedral de Valencia) hasta las huellas del pie de Cristo y de la Virgen (en la catedral de Coria). Debemos reconocer que en este

campo la «realidad» supera cualquier imaginación.

De las muchas reliquias que se guardan en tierras cristianas, hemos elegido una donde se puede decir que a la Iglesia se le ha visto el plumero. ¿A qué nos referimos? Pues ni más ni menos que a plumas de ángeles, convenientemente certificadas y ratificadas por el fervor popular. Bueno, de ángeles y hasta del mismísimo Espíritu Santo, cuyas plumas —¡y huevos!— se conservaban (y tal vez allí estén todavía) en el obispado de Maguncia.

Si hemos de dar veracidad a estos objetos que se guardan en las sacristías de muchas de nuestras iglesias, habría que llegar a la conclusión de que algunos de nuestros arcángeles están casi desplumados de tanto ir y venir de la tierra al cielo. No sabemos si es que dejan una muestra de sus alas como recuerdo por su angelical paso o es que son tan descuidados que no reparan en una pluma de más o de menos en sus alerones.

Sea como fuere, los humanos tenemos el privilegio de contemplar algunas de estas plumas celestiales, no de uno, sino de varios arcángeles (que, como sabemos, son mucho más importantes que los simples ángeles en la escala jerárquica, o potencias, de los cielos). En España se pueden visitar y venerar dos de estos objetos. En el santuario de Sangüesa, en Navarra, se rinde culto a una pluma del ala del arcángel san Gabriel, y en Lliria (Valencia) poseen, por su parte, una del arcángel san Miguel.

Que el lector pregunte allí por ellas.

LAS OTRAS SÁBANAS SANTAS

(En busca de las mortajas de Cristo)

Examinada sin demasiados prejuicios, la historia de la Sábana Santa parece otra de las *bromas* a las que nos tienen acostumbrados «los de arriba». Veamos. Si aceptamos la versión de los Evangelios, a la muerte de Jesús de Nazaret se lo sepulta en una tumba recién estrenada cerca del monte Gólgota. El lugar, al parecer, era propiedad de José de Arimatea. Los mismos textos dicen también que la proximidad del sabbat obligó a los seguidores del Rabí de Galilea a embalsamar su cuerpo muy deprisa y a depositarlo en su lecho envuelto en una sábana. De hecho, aquélla será la última vez que se verá su cuerpo, pues al domingo siguiente se descubrirán las mortajas del crucificado en el sepulcro pero ni rastro de sus restos mortales. Al mismo tiempo, unas mujeres dirán haber visto un ángel que les anunció que el Maestro había resucitado.

Pese a lo espectacular —intuimos— que debió de ser el regreso de Jesús de entre los muertos, ninguno de los cuatro evangelistas dice nada sobre la huella que dejó el Rabí sobre sus lienzos sepulcrales. Y una de tres: o los cuatro eran muy malos cronistas y omitieron ese detalle, o las transcripciones de los Evangelios perdieron semejante alusión con el correr de los siglos... o, lo que es peor, nunca hubo tales huellas.

El asunto es difícil de asumir para los creyentes y ha desatado una agria polémica en todo el mundo, multiplicada desde que el 13 de octubre de 1988 el cardenal Anastasio Ballestrero anunciara en Roma que los análisis de carbono-14 efectuados aquel mismo año para datar la Sábana Santa de Turín (esto es, los supuestos lienzos sepulcrales de Jesús) fueron fabricados entre finales del siglo XIII y el siglo XIV de nuestra era.

¿Fraude? ¿Error de datación? ¿Manipulación? Lo cierto es que desde 1988 hasta hoy se han hecho públicas toda clase de hipótesis a favor y en contra de la autenticidad de la Sábana. Los detractores, no obstante, parecen ir ganando la partida desde que autores británicos como Lynn Picknett y Clive Prince, o españoles como Juan Eslava Galán, sugirieron que la Sábana es, en realidad, la primera «fotografía» de la historia, lograda por algún anónimo alquimista medieval y tras el que algunos ven, incluso, la larga mano de Leonardo da Vinci.

Sea como fuere, el debate dispone de un ingrediente al que todavía nadie le ha prestado demasiada atención, y del que en España poseemos numerosas muestras: las copias de la propia Sábana Santa de Turín que circulan por nuestra geografía.

Según lo que sabemos, éstas comenzaron a fabricarse de forma anónima, y casi en serie, en el siglo XIV —justo la fecha que arrojan los análisis del carbono-14—, aunque utilizando siempre procedimientos pictóricos y en ningún caso

protofotográficos. Es decir, que si aceptamos la hipótesis de Eslava Galán, deberíamos también admitir que alguien obtuvo una «fotografía» sobre tela en algún momento del siglo XIV que creó tal admiración y devoción (no por el nuevo método descubierto, sino por lo que se creyó que representaba la tela) que desató casi instantáneamente un vivo interés por difundir la buena nueva de la existencia de los lienzos mortales de Jesús por toda la cristiandad... en forma de *facsimiles*.

De esta hipótesis lo único que no entendemos es que el anónimo protofotógrafo, ante el evidente éxito de su prueba, no continuara fabricando reliquias empleando el mismo método. Y ahí queda —de momento— la polémica. A fin de cuentas, justo es reconocer que hasta ahora seguimos sin saber si la Sábana es o no una fabricación; si ésta corresponde a «los de arriba» o a los «nuestros», e incluso si Jesús fue envuelto con vendas o con una sábana tras su muerte.

Las dudas, no obstante, no nos han impedido lanzarnos a la persecución de sus copias en nuestro país, en la certeza de que contribuirán a despejar un misterio que parece tener ingredientes tanto celestes (pocos, es cierto) como humanos.

La Sábana más extraña

Trate de meterse el lector en nuestro pellejo y comprenderá la magnitud de nuestra sorpresa.

Después de varios años recogiendo informaciones sobre el paradero de todas y cada una de las «Sábanas Santas» españolas, la del monasterio de San Lorenzo de El Escorial —cuya localización exacta nos traía en jaque desde hacía una buena temporada— estaba allí, a la vista de todos. El guarda de seguridad levantó el cordón de tela que separa el dormitorio de Felipe II de los indiscretos paseos de los turistas y nos permitió echar un vistazo. Efectivamente: justo enfrente de la cama del monarca, colgada del muro de piedra del que otrora fuera su recinto íntimo, se encuentra enmarcada la más extraña de cuantas copias de la Sábana Santa de Turín hemos contemplado. Fechada en 1590, se trata de un pedazo de tela de 32 centímetros de largo que recoge en miniatura el anverso y el reverso de la Sábana turinesa, protegida por un gran marco de madera. Al parecer, cuentan rumores no precisamente históricos, el poderoso rey español rezaba todas las noches ante ella las últimas oraciones de la jornada.

La veneración del rey por esta reliquia es, como veremos en este capítulo, fruto de su época. No en vano Felipe II gustó de coleccionar las más extrañas reliquias de la cristiandad para almacenarlas en su monasterio (se habla de 7.400), y hasta se sabe que veneró otra reliquia textil menor como el Santo Rostro (o Verónica) de Jaén, durante una visita que realizó el 20 de diciembre de 1570 por aquellos pagos. A fin de cuentas, poco antes de que este monarca llegara al trono había arraigado en Turín un próspero y lucrativo negocio dedicado a la fabricación de imitaciones de la Síndone

—como también se conoce al lienzo turinés—, que pronto adquirieron gran valor para los fieles tan sólo por haber estado momentáneamente en contacto con la original.

Copias por contacto

En efecto: en virtud de algún misterioso don divino concedido al lienzo turinés por los clérigos del momento, toda copia artística realizada de éste y colocada sobre él durante sus exhibiciones periódicas a los fieles, adquiriría de inmediato el rango de reliquia *per se*. Estas copias «por contacto» se distribuyeron por toda Europa, hasta el punto que sólo en nuestro país, y según un censo de Sábanas publicado por la revista italiana *Sindon* en diciembre de 1991, existen dieciocho copias del lienzo turinés en nuestras tierras (dato del cual hemos comprobado su inexactitud) frente a otras treinta y cuatro dispersas entre Bélgica, Portugal, Malta, Argentina, Estados Unidos, Canadá y, por supuesto, Italia.

Las cifras en este asunto parecen lejos de estar cerradas. Por ejemplo, mientras que el sacerdote italiano Luigi Fossati ha llegado a inventariar hasta setenta ejemplares en distintas parroquias, monasterios y catedrales alrededor del mundo, el sindonólogo español Daniel Duque Torres contabiliza noventa y una, entre las que incluye varias destruidas durante la Revolución francesa o las que están en paradero desconocido. Su cifra se aproxima mucho a la que en 1984 propuso el boletín *Shroud Spectrum International*, que estimó que existen unas ciento diez copias conocidas de la Sábana Santa, de las que se conservan noventa y una.

En España muchas de estas telas forman parte de los tesoros parroquiales de las localidades que las cobijan, y sólo algunas son exhibidas públicamente durante la Semana Santa. Ése es el caso, por ejemplo, del pueblo madrileño de Torres de la Alameda, donde la Sábana que custodiaban las sobrinas del anterior cura del pueblo, don Higinio Peñalver, es aireada cada Viernes Santo para que sea besada por los fieles con devoción. La Sábana, fechada en 1620 y «sacada del original en Turín» — como reza una inscripción grabada sobre la tela del lienzo —, tiene incluso la virtud de haber resistido al fuego, cuando fue escondida en un estercolero durante la guerra civil española. Una propiedad, por cierto, también aplicable a otras reliquias textiles como el «santo pañal» (!) de Jesús que se venera en la catedral de Lérida.



Santo Rostro conservado en la catedral de Jaén. Algunos expertos sostienen que se trata de un icono femenino, retocado para darle apariencia de Cristo.

Pero hagamos historia: las primeras Sábanas Santas que llegaron a España lo hicieron ya en pleno siglo XIV, cuando el negocio de su fabricación en Italia estaba en su época dorada. La veda de semejante negocio la abrió el papa Bonifacio VIII en el siglo XIV, al permitir la fabricación de Verónicas, lo que creó todo un nuevo gremio de *pictores veronicarum*. De hecho, no son pocos los escépticos en cuanto a la autenticidad de la Sábana Santa de Turín que creen que la ostensión pública (que no ostentación) de la «Verónica original» romana de 1350 —que movió a miles de peregrinos a visitar la Ciudad Eterna— fue lo que inspiró al protofotógrafo medieval a crear una «Verónica completa». Esto es, que abarcara la totalidad del cuerpo de Jesús.



...Voilà! El párroco de Torres de la Alameda (Madrid) despliega ante nosotros su copia de la Síndone, «tocada con la original» y fechada en 1620.

La iniciativa de Bonifacio VIII de permitir la comercialización de copias de la «Verónica» en tela y metal fue secundada por sus seguidores hasta la llegada de Urbano VIII al trono de Pedro tres siglos después. Éste pontífice, que ordenó la construcción de la capilla secreta que actualmente custodia la «auténtica Verónica» en la basílica de San Pedro en 1625, prohibió que se fabricasen nuevas copias de la Santa Faz original y ordenó en 1629 la destrucción de todas las anteriores, arruinando momentáneamente un santo negocio que se había extendido también a la duplicación de Sábanas Santas.

A pesar de todo, las prohibiciones no debieron de ser muy estrictas. De lo

contrario, Sábanas como la custodiada en la catedral de Santa María de la Redonda en Logroño (1623) o en la parroquia de Laguna de Cameros, en La Rioja (1790), no existirían. En Logroño, mosén Luis Gato no sólo nos la desplegó para que la viéramos con todo lujo de detalles, sino que nos refirió cómo el 9 de julio de 1973 el rey Humberto II de Saboya —exiliado de Italia desde 1946— pidió a los responsables de la catedral permiso para poder venerar su copia, a falta de autorización para rezar ante la original. Esta imitación riojana, donada por el obispo de Vercelli, Marco Antonio Vitia, en el siglo XVII, hizo que el exmonarca no pudiera contener su emoción y derramara algunas lágrimas al ver el lienzo. Por el contrario, la copia de Laguna de Cameros, de factura más burda y con el anverso y el reverso del hombre de la Sábana cosidos uno junto al otro, no hubiera movido la piedad del monarca al tratarse de una manufactura más torpe. Y eso es curioso: a medida que pasó el tiempo, las copias de la Sábana empeoraron en calidad y fidelidad de la imagen.

En el caso de las copias, es obvio que cada Sábana es el claro reflejo de los pinceles de sus respectivos artistas. De entrada, todas las copias carecen de la particularidad «negativa» que posee la original; esto es, que, al ser fotografiadas, el negativo obtenido es el que muestra, en realidad, la imagen en todo su esplendor. Y eso, por no hablar de las variantes que presentan las copias sobre la turinesa: muslos más o menos gruesos, estaturas variables, anchura o estrechez de pecho... y hasta piadosos añadidos como los trapos que ocultan las partes púdicas del crucificado. Lo increíble es que pese a tales variantes, que reflejan que se trata de imitaciones más o menos logradas de la turinesa, y que emulan hasta los zurcidos que sufrió la Síndone tras el incendio de Chambéry en 1532, existen fieles y estudiosos que defienden esas copias como la «verdadera» Sábana o, al menos, como lienzos «no dibujados por mano humana».

Ése es el caso de la Sábana que se custodió en La Cuesta (Soria) y que desapareció después de quedarse el pueblo desierto. De ella se decía que tenía auténticas manchas de sangre de Jesucristo.

Otra copia que no sigue las pautas de las demás es la que se encuentra en la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción de Noalejo (Jaén). Mejor dicho, se trata de dos. Lo que confiere originalidad a ambas copias es que están realizadas en 1527, por lo tanto antes del incendio de Chambéry. El resto de las copias de la Síndone que pululan por España (más de veinticinco censadas por nosotros) y las del resto del mundo son copias posteriores a ese incidente. Sólo tres copias, tres, parece que fueron efectuadas antes de ese incendio acaecido la noche del 3 de diciembre de 1532, durante el tiempo en que la Sábana permaneció en poder de los Saboya. Son las dos de Noalejo y una que hizo Alberto Durero en 1516.



Las dos copias de la Sábana Santa expuestas en Noalejo (Jaén) datan de principios del siglo XVI.



En la capilla del convento de Santa Catalina de Siena, en Valladolid, se exhibe la presunta copia milagrosa de la Sábana Santa turinesa. Las crónicas dijeron de ella «que no podía distinguirse de la original». Vivir para ver.

Las dos copias de Noalejo fueron encargadas por el rey Carlos V para su esposa, pero ¿por qué dos? ¿Son exactamente iguales o hay diferencias entre ellas a pesar de

ser de la misma fecha y obra del mismo artífice? Lo cierto es que no son iguales y así lo determinaron en 2005 los investigadores Miguel Ángel del Puerto y Celia Iñiguez, quienes comprobaron con sorpresa que, tras el volcado en el ordenador de las fotografías digitales realizadas y visualizadas por medio de un programa de procesamiento de imágenes, al invertir y, por tanto, convertir en negativo el rostro plano y esquemático de la segunda de las Sábanas, éste se tornó en ¡una faz con volumen, expresión y aspecto tridimensional!, tal y como sucede con la Sábana Santa de Turín.

La réplica milagrosa

A la zaga en cuanto a sorpresas le va el lienzo custodiado hasta 1993 en el convento de Nuestra Señora de Laura, en Valladolid, y en el que los «expertos» dicen no haber encontrado traza alguna de pincel. Cualquier curioso que así lo desee puede arrimar, como nosotros lo hicimos, la nariz a esta copia de la Síndone que actualmente se exhibe en una de las capillas de la iglesia anexa al convento de Santa Catalina de Siena de esa ciudad, hoy bajo la administración de las madres dominicas. De inmediato comprobará que la silueta de Jesús está trazada con carboncillo y que, efectivamente, no se aprecian trazos de pincel sobre la tela, ¡porque fue pintada usando una esponja empapada en una solución acuosa de color!

Los amantes del «milagro» prefieren subordinar la razón a la fe e interpretan hecho de que la imagen lleve en Valladolid desde 1567 sin sufrir deterioro aparente y que su rostro pueda ser también contemplado en «negativo» (cosa que es deliberadamente falsa), como prueba de su milagrosa manufactura. Hace ya algunos años, el investigador Carlos Galicia rescató de la documentación original del convento «de las Lauras» un fragmento del *Manuscrito de Anales* (1607), donde se refiere con precisión cómo apareció sobre el lienzo vallisoletano la imagen del crucificado. Galicia resumió así su contenido:

Encontrándose Don Fadrique (Álvarez de Toledo) en Saboya luchando contra los herejes, al enterarse de que en Chambéry estaba la Sábana Santa, quiso hacer una copia de la misma. Y estando el pintor bosquejando la silueta, avisaron de que se acercaba el enemigo. Como no daba tiempo de acabar el lienzo, y con el fin de conseguir al menos una reliquia, pusieron el sudario doblado sobre la Síndone y, al levantarlo, descubrieron que la imagen había sido perfectamente pintada por unos celestiales pintores.

La desfachatez del *Manuscrito de Anales* alcanza su momento cumbre al afirmar, esta vez textualmente, que tras levantar el lienzo del pintor de la superficie del Santo

Sudario y descubrir la imagen, ambas casan «con santa perfección y semejanza en todo, que no se pudo discernir ni reconocer cuál de los dos fuera el original o cuál el milagroso».

Es éste un ejemplo vivo de cómo a lo largo de la historia se han manipulado los prodigios celestes, exagerándolos o acentuándolos según las circunstancias. ¿Puede creerse ahora una sola palabra del resto de los demás portentos atribuidos a la copia de Valladolid? ¿Puede darse crédito al hecho de que esa copia venció al fuego en una ocasión tras haberse elevado por los aires, tal y como refiere el piadoso testimonio de un fiel escrito en 1752?

Luigi Fossati, del Instituto Salesiano Don Bosco de Turín, y autor de un pequeño ensayo en la revista *Sindon* sobre copias de la Síndone al que ya hemos aludido, afirma en un alarde de sensatez que todas estas tradiciones milagrosas son tan sólo «expresiones para acrecentar la credulidad popular». Y añade que estas copias «no tienen ninguna correspondencia con la realidad, que es bastante elocuente por sí misma: se trata de manufacturas confeccionadas con mucha buena voluntad, pero nada más».

¡Qué cara!

Cuestión aparte es la de la Verónica; esto es, la del pañuelo que supuestamente enjugó el rostro de Jesús camino del monte Calvario. Se le llama así por santa Verónica, la piadosa joven que la iconografía cristiana medieval gustó de representar sosteniendo entre sus manos el paño con el rostro impreso de Jesús y que nunca existió.

En efecto: «Verónica» parece ser una deformación de la expresión latina *vero icono* o «imagen verdadera», que es el calificativo que recibió en su día el paño, y de cuya veneración entre los cristianos existen referencias históricas muy anteriores a las de la propia Sábana Santa. El que se atribuyan a estas telas unos cuantos milagros no les da en absoluto certificado de autenticidad. ¿Cómo se conjuga la leyenda de que esos trapos recogen el rostro de Jesús obtenido por la Verónica si, digámoslo claro una vez más, esta mujer nunca existió? Santa Verónica no es citada en los Evangelios canónicos, y ni siquiera en los primeros apócrifos (que ya es decir). La primera vez que aparece su nombre es en las apócrifas *Actas de Pilato* de principios del siglo v. Y hasta la Iglesia católica rechaza esta patraña. Ahora bien, se permite su culto porque las reliquias, dicen, fortalecen la fe.

El principal problema que plantea la Verónica es su multiplicidad. Mientras en el caso de la Síndone se admite que la totalidad de las Sábanas que se veneran en el mundo son copias de la turinesa, en el caso de la Verónica son muchas las que reclaman para sí ser la original. Esto obedece a una doble explicación: por un lado, la «verdadera» romana se ha mostrado a los fieles sólo en contadas ocasiones; no

existen fotografías conocidas de ella, y el secretismo que aún hoy la rodea ha dejado vía libre a los falsificadores (piadosos, por supuesto), que han esparcido por doquier sus versiones. No obstante, los más devotos aducen un argumento de peso para explicar la proliferación de Verónicas. Aseguran que la santa del mismo nombre —de la que prefieren ignorar su inexistencia— enjugó el rostro de Jesús con un paño doblado en cuatro partes, y que su cara se grabó en todos los pliegues, como si de fotocopias se tratase.

La astucia del argumento cristiano permite que en España disfrutemos de dos de esas Verónicas «originales». Una se venera en la catedral de Jaén, donde es expuesta a los fieles cada viernes, de 10 a 13 y de 19 a 21 horas; la otra se custodia en una capilla octogonal detrás del altar mayor del convento de Santa Clara en el poblado de Santa Faz, un pequeño punto en el mapa cercano a Alicante. Ambas —y lo advertimos de antemano a los lectores que deseen visitarlas— producen una amarga sensación de decepción cuando se contemplan por primera vez.

El rostro lacrimógeno

Esta última, la alicantina, se encuentra lujosamente custodiada en un relicario de oro, protegida por una placa con la silueta del cabello y las barbas de Jesús, que deja entrever un pedazo de tela tras ella. El lienzo está claramente pintado, sus dimensiones corresponden a la cabeza de un niño —no a la que uno espera encontrar en un adulto como el Nazareno— y encima de su mejilla izquierda presenta un abultado lagrimón sobre el que corre una curiosa leyenda. Ésta nos obliga a retrotraernos a marzo de 1489. Al parecer, aquél fue un año de una sequía tan severa que, desesperados, un puñado de fieles alicantinos decidieron sacar la «Santa Faz» en procesión para pedir agua a los cielos. En el transcurso de aquélla, el sacerdote que portaba la reliquia notó cómo ésta comenzó a ganar más y más peso hasta que, paralizado por el tonelaje de la tela, lanzó un grito de auxilio a sus fieles. En ese momento, dicen, una lágrima brotó de uno de los ojos de la Faz y se detuvo justo en el centro de la mejilla. Hubo incluso alguien que, incrédulo, tocó la lágrima «reventándola». Y como si de un santo Tomás arrepentido se tratara, aquel paisano llevó el resto de sus días un dedal de plata en el dedo sacrílego como penitencia.

Leyenda al margen, lo cierto es que la Santa Faz de Alicante podría hasta tener más importancia histórica que la que se le concede. En un documentado estudio sobre las Verónicas que publicó en 1991 el investigador británico Ian Wilson, éste se empeñó en reconstruir el aspecto que debe presentar la Verónica «original» de Roma en función de algunas de las copias de ella que circulan por la cristiandad. Su tarea —nada fácil, dada la multitud de caras veneradas que existen, de las más distintas trazas y hechuras— se vio finalmente compensada al localizar un manuscrito de 1620 redactado por un notario de la basílica de San Pedro llamado Jacobo Grimaldi y en el

que refería cómo los responsables de la custodia de la reliquia elaboraron una copia de primera mano para la reina Constanza de Polonia, esposa de Segismundo III. Pues bien, esa copia, obtenida en 1616 bajo el pontificado de Pablo V, fue seguida por la confección de otras cinco más al año siguiente, delineadas por el mismo canónigo, un tal Pietro Strozzi. Y una de ellas, localizada por el propio Ian Wilson en el palacio Hofburg de Viena... ¡es casi idéntica a la Santa Faz alicantina!

Seamos precisos: mientras la copia del palacio Hofburg carece de color, y parece un dibujo deliberadamente trazado «en blanco y negro» de un rostro que presenta una herida en la comisura de los labios, los ojos entrecerrados y una lágrima situada sobre su mejilla izquierda, la de Alicante parece haber sido reproducida en 1450 del mismo original, por algún otro canónigo dibujante *amateur*, que la dotó de cromatismo aunque respetando sus rasgos faciales esenciales. Y eso por no hablar de que tanto la vienesa como la alicantina están rodeadas por el mismo marco con forma de cabeza que Wilson cree copia del relicario que protege la «Verónica original» en Roma.

Analizando la cara de Alicante

Lejos de estas disquisiciones modernas, el prelado de la diócesis de Orihuela y los fieles alicantinos estaban tan deseosos de que se comprobara la autenticidad del Rostro alicantino, que el 20 de febrero de 1690 el síndico de la ciudad, con el vicario foráneo de la misma y con un séquito de testigos cualificados al frente, procedieron a realizar un exhaustivo análisis del lienzo de esa Santa Cara. Entraron en el sagrario del altar mayor de la iglesia del monasterio y extrajeron la reliquia de su recipiente.

Fue entonces cuando el comisario mandó a Pedro Juan Valero y José Sempere, pintores y vecinos de la ciudad de Alicante, que «examinasen detenidamente el lienzo para hacer relación jurada de su parecer en orden a si descubrían, tanto en el rostro como en la mexila (sic) derecha alguna cosa que en su sentir no se ha podido hacer con arte de pintura».

Examinado y reconocido detenidamente el lienzo de la Santa Faz, más con los ojos de la fe que con los de la cara, declararon mediante juramento lo siguiente (texto que reproducimos íntegramente, tanto por su curiosidad como por su indudable valor histórico):

Han advertido que el Santísimo Rostro es una mancha sobre un velo delgado; que el color parece ser de sangre, polvo y sudor, no obstante que tiene los ojos, nariz y boca perfilados de pincel, en cuyos puestos, por lo ayudado del color, no se perciben los hilos de la toca, pero que en lo restante de la cara, se descubren muy bien; de que se infiere que todo el dicho rostro, desde su principio, no fue más que una mancha que en oscuro tenía forma de cara humana y natural, y que no se pudo hacer con el arte, porque si se

hubiera hecho con arte, no se descubrirían los hilos, porque apretado el lienzo, quedarían cubiertos y variaría de perfiles y sombras. Y que asimismo han advertido que la lágrima que está en la mejilla de dicha Santa Reliquia, parece pintada, aunque con alguna variedad, porque además de lo que parece color, hay una mancha pequeña que se percibe no ser de color de la mejilla, sino como de una cosa transparente seca, a modo de señal que suele quedar en la mejilla de un hombre después de haber llorado, y el retoque que tiene de albayalde cubre los hilos que por delante de la mejilla se ven, lo que sin duda debió de hacer la curiosidad de alguno, que pareciéndole que la santísima cabeza, más era un borrón que perfecta cara, quiso enmendar con los perfiles, pinceles y colores, lo que no alcanzó su ignorancia. Y que éste es su parecer so cargo del dicho juramento que tienen prestado, sujetándose siempre a la verdad.

Con ello termina la información —y su «verdad» de los hechos— que el tiempo se ha encargado de desmentir.

En cuanto a la otra «cara nacional», la que se custodia en Jaén, si bien también dispone de su propio marco dorado cabeciforme, carece de la lágrima y las heridas distintivas que Wilson considera como «pruebas» de haber sido copiadas de la original. Esta reliquia fue, además, objeto de una premeditada chapuza: en las radiografías de esta Verónica se aprecia un rostro claramente femenino que fue burdamente retocado, pintándosele una barba por orden del obispo Sancho Dávila en el siglo XVII.

El sudario de Oviedo: la última esperanza

Otro asunto bien distinto es el del sudario.

En octubre de 1995 se celebró en Asturias un congreso internacional de expertos de las más diversas procedencias destinado a presentar al mundo los resultados del análisis de la más insólita reliquia del museo catedralicio de su capital: el llamado *pañolón de Oviedo*. Se trata de un pedazo de tela de 83 por 53 centímetros aproximadamente, que muestra varias manchas oscuras distribuidas de forma caótica sobre su superficie.

La tradición considera que éste es el sudario que mencionó san Juan en su Evangelio («y el sudario que había estado sobre su cabeza, no puesto con las fajas, sino envuelto aparte». Jn. 20, 7) y que cubrió el rostro ensangrentado del Mesías en su tumba. Esta pieza, que no debe ser confundida ni con la Síndone ni con las Verónicas, fue examinada desde 1989 a 1995 por 45 expertos españoles, italianos y norteamericanos que llegaron a la conclusión de que tanto la edad del paño, como las manchas de sangre y la disposición geométrica de las mismas... ¡coinciden con la

Sábana Santa de Turín!

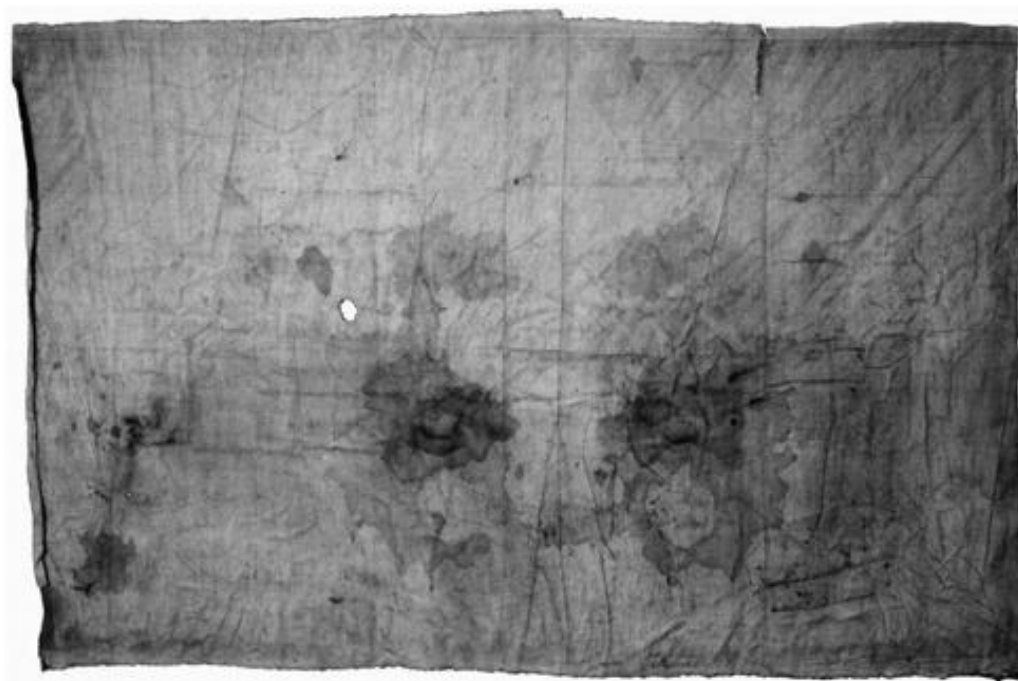
Aunque, si hemos de ser sinceros, esa coincidencia no es de un cien por cien. Para que concuerden —señala Eslava Galán—, los expertos han tenido que «doblar el pañolón para reducir a la mitad la superficie practicable». Y añade: «Aun así, las dimensiones de las manchas del pañolón exceden a las de la Sábana de Turín».

En aquel congreso celebrado en Oviedo se reconocieron esas diferencias, que entonces se achacaron a que, o bien el pañolón recogió las manchas al estar sobre la cara del crucificado (imagen por contacto), mientras que la Sábana Santa obtuvo su imagen como si le hubiera sido proyectada con el lienzo tenso (proyección ortogonal) ... O bien —como dicta la lógica, que no siempre es aplicable en estos casos— a que ambas piezas no tienen nada que ver una con la otra.

Sin embargo, en un estudio realizado en 1999 por Mark Guscín, miembro del equipo de investigación polifacética del Centro Español de Sindología (CES), se estableció de forma bastante convincente la relación entre ambos objetos textiles. Basándose en la historia, patología forense, composición sanguínea (supuestamente de tipo AB, como la de la Sábana turinesa) y los patrones de las manchas, Guscín concluyó que ambas prendas cubrieron la misma cabeza en dos momentos distintos pero próximos entre sí. El investigador Avinoam Danin, de la Universidad Hebrea de Jerusalén, corroboró entonces ese análisis, añadiendo que los granos de polen del pañolón coinciden también con los hallados a finales de la década de 1970 en la reliquia turinesa.

Sea como fuere, el sudario asturiano ha demostrado ser, hasta la fecha, la única reliquia en suelo español estudiada científica y pluridisciplinariamente. En abril de 2007, durante un segundo congreso internacional celebrado en Oviedo, todos los datos expuestos líneas atrás volvieron a ser repasados otra vez más. Aunque en aquella ocasión lanzaron un órdago que sólo el tiempo resolverá: ¿llegará algún día la oportunidad de comparar el sudario y la Sábana Santa, cara a cara —nunca mejor dicho—, para despejar las dudas sobre el grado de parentesco de ambas reliquias?

El reto está lanzado. Ahora le toca a la Santa Sede pronunciarse.



El sudario de Oviedo podría ser la única reliquia textil española de cierto valor histórico si se confirmara que las manchas de sangre que contiene casan con los contornos del «hombre de la Síndone» de Turín.

Cuarta parte

VUELOS

Hijos míos amados y redimidos con mi propia sangre: sabed que me tenéis tan agraviado que, si no fuera por los ruegos de mi bendita Madre, abogada vuestra y de todos los Santos, os hubiera destruido. Llorad culpas y pecados, y, si no os enmendáis y guardáis los mandamientos como lo manda la Santa Madre Iglesia, os enviaré hambre y sed; (...) haced limosna a los pobres según podáis, por devoción, y si lo hacéis así, os prometo misericordia; os mando no juréis de mi santo nombre en vano, ni de la señal del cristiano; no os tengáis rencor unos a otros, ni malas voluntades...; y si no lo hacéis así, os digo se abrirá la tierra y os sepultará vivos; y si no fuera por los ruegos que hacen mi bendita Madre y santa Teresa de Jesús, santa Catalina, san Francisco; santo Domingo y el santo Ángel de la Guarda, ya hubiera descargado la espada de mi divina justicia, pues con este aviso cualquiera persona, de cualquier calidad que sea, si dijere que esta carta es de mano del hombre y no de la mano de Dios, será deshecho como la sal en el agua; también toda casa y cualquiera persona que se halle dentro de ella.

(Extracto de una «Carta Celeste» del siglo XIV «caída del cielo» y atribuida al mismísimo Dios, hallada en Roma por un sacerdote sobre la patena del copón al ir a celebrar la santa misa. La tradición ha conservado el nombre del sacerdote agraciado por el favor divino, aunque de manera dudosa, pues, según unas copias de la carta, se llama Nicolás Vicente, y al decir de otras, su nombre era Nicolás Fuente. Esta carta va encaminada a recomendar y aconsejar a los fieles la observancia de los preceptos de la Santa Madre Iglesia).

MILAGROS DE LA HOSTIA

(Con perdón)

Cuando la puerta de madera de la iglesia de Santa María la Nueva se abrió, un frío glacial se apoderó de nuestros huesos. Es ésta una pequeña iglesia románica de Zamora, situada no muy lejos de la plaza de Viriato, que alberga en su oscuridad uno de los más desconcertantes retazos de nuestra historia.

Un piadoso letrero colocado sobre la pared norte del recinto y una impropia verja de hierro flanquean un hueco geométrico en la piedra, capital en el relato que vamos a referir. POR ESTA HENDIDURA DEL MURO —puede leerse— SALIERON MILAGROSAMENTE LAS SAGRADAS FORMAS ENTRE EL HUMO Y EL FUEGO DEL INCENDIO, Y FUERON A REFUGIARSE AL ORATORIO DEL BEATERIO DE LAS DAMAS. Y añade: AÑO DE GRACIA DE 1158.

¿Qué quiere decir exactamente «salieron milagrosamente las sagradas formas»? ¿Y qué es eso de que «fueron a refugiarse» a un oratorio cercano? La búsqueda de respuestas a estos interrogantes terminó enfrentándonos a la investigación de uno de los milagros eucarísticos más extraños —a la par que olvidados— de nuestro país. Y nos referimos a prodigios eucarísticos en el sentido al que se refiere la investigadora católica Joan Carroll Cruz cuando habla de hechos sobrenaturales protagonizados por hostias consagradas. No se asuste el lector: pese a que se trata, en principio, de objetos «construidos» con materia inerte, el dogma cristiano establece que las hostias «cobran vida» cada vez que se las consagra durante la misa. Merced a ese fenómeno sobrenatural, conocido como transubstanciación (o cambio de sustancia), las hostias pueden obrar prodigios como sangrar, mantenerse incorruptas durante siglos y... hasta volar.

Son cosas de la fe.



Allí estábamos: junto al agujero por el que presuntamente salieron volando las hostias consagradas de Santa María la Nueva de Zamora en 1158.

El «motín de la trucha»

La historia del milagro que nos propusimos documentar en Zamora nació a mediados de 1158, casi recién estrenada la iglesia de Santa María la Nueva. En aquellas fechas, la situación social en esa ciudad debía de ser tensa. Los nobles, que ejercían sus privilegios cada vez que la situación lo requería, disponían de preferencia sobre todo: para adquirir caballerías, mercancías de importación y hasta productos básicos como el pescado capturado en el Duero.

Pues bien, una insignificante discusión en el mercado de la ciudad sobre quién tenía prioridad a la hora de comprar una trucha (de ahí el nombre de «motín de la trucha») se saldó con la muerte del sirviente de uno de los nobles de la ciudad y el consiguiente amotinamiento de buena parte de la población. Algunos nobles, reunidos en Santa María la Nueva para decidir sus acciones contra el populacho, fueron bloqueados en el interior de la iglesia, a la que de inmediato prendieron fuego. El trágico saldo del incidente fueron varios muertos y el hundimiento de la techumbre del templo.

Y justo ahí se produjo el milagro: mientras ardía el mobiliario del recinto, varias hostias que se encontraban depositadas en un pequeño sagrario vecino al muro norte, comenzaron a flotar en el aire en busca de la salida más próxima de la iglesia. Tras

sortear el humo y las llamas —según cuentan posteriores reconstrucciones de los hechos, como el documento *Curiosas cosas varias antiguas*, que se conserva en el archivo de la Curia Episcopal de Zamora—, las formas se colaron por una tronera del muro y fueron a posarse en un beaterio situado a unos doscientos metros del lugar, cerca de la desembocadura de la actual calle de las Damas.

Pero el «viaje» de aquellas hostias no se detuvo ahí. Cuando en 1258 (justo un siglo más tarde), el papa Alejandro IV concedió el permiso necesario para transformar el beaterio en un convento, las hostias se trasladaron —incorruptas, por cierto— al monasterio de monjas dominicas conocidas como «las Dueñas».

Hoy el monasterio de las Dueñas está situado al otro lado del río Duero, justo enfrente de donde tuvo lugar el vuelo de las hostias más de ocho siglos atrás. En el torno, una de las monjas actuales nos confesó con resignación que, de las formas que volaron, su monasterio sólo custodia ya una. «El resto —nos explicó pacientemente, como quien ha referido la historia ya un millón de veces— se las llevaron para la fundación de otros conventos durante la Edad Media, especialmente en Andalucía».

—¿Y dice que todavía conservan una de esas hostias en el monasterio? —le preguntamos.

—Desde luego —nos responde ufana «sor tornera»—. La que tenemos aquí está partida en cuatro trozos casi iguales, es ya de color ocre y algo más gruesa que las sagradas formas actuales.

—¿La han hecho analizar?

—Algo se intentó hace unos años, sí. Pero el científico que debió examinarlas, un buen católico, consideró un sacrilegio tener que destruir una de las partes para poder hacerle las pruebas químicas necesarias.

Dejamos el monasterio de las Dueñas con cierto regusto de impotencia. Nos enfrentábamos a un episodio de difícil comprobación que se remonta al siglo XII, del que apenas existen referencias contemporáneas escritas y que viene estando envuelto en la devoción desde entonces. ¿Por dónde acometer la empresa? ¿Por dónde reconstruir este caso claro de ORNI (Objeto Religioso No Identificado, epígrafe con el que bautizamos en nuestro archivo este tipo de incidentes)?

Consagradas en el arte de volar

Nuestro único consuelo siempre fue el saber que el vuelo de las hostias sobre Zamora no constituyó un hecho único en los anales de la «extrañología», esa escurridiza y no reconocida disciplina en la que navega este libro. Y es que, doscientos cincuenta y dos años más tarde, en Segovia, otra sagrada forma emprendió el vuelo para asombro de cristianos e incrédulos. Los hechos sucedieron en la sinagoga del Corpus en el año 1410, mientras un grupo de judíos cometían el grave sacrilegio de cocer una hostia consagrada. Tan inverosímil leyenda afirma que la

sagrada especie salió volando del caldero hirviendo, mientras se producía un pequeño seísmo local que hundió el techo e inclinó las paredes del templo. Inclinación que, por cierto, todavía se puede observar en sus arcos mudéjares.

Cuando el entonces obispo de Segovia refirió a la reina el desaguisado, ésta mandó descuartizar a los culpables. Sea cierta o no, esta leyenda antijudía aún se deja sentir en esa población castellana. De hecho, cada año, en septiembre, Segovia sigue celebrando la «catorcena» en desagravio al sacrilegio «histórico» del año 1410, y llamada así porque se celebra cada vez en una de las catorce parroquias que por entonces existían en la ciudad.

No se relaje el lector. Casi cincuenta años después, sobre Turín, otras hostias volverían a remontar el vuelo.

Sucedió el 6 de junio de 1453. Aquella jornada primaveral, dos soldados decidieron saquear la pequeña iglesia del pueblo de Exilles para vender después el botín de su asalto en Turín. Pues bien, el robo —que consistió en artículos religiosos de todo tipo, así como un sagrario que contenía una gran hostia consagrada en su interior— se produjo sin dificultad, hasta que los pillos llegaron a la gran ciudad para dar cuenta del «tesoro». De hecho, fue justo entonces cuando una de las monturas de los soldados cayó de bruces y con ella la mercancía... excepto la hostia, que —claro está— quedó flotando en el aire, ante el natural estupor de los viandantes.

Por si esto fuera poco, y el vuelo de la hostia hubiera pasado inadvertido para alguien, ésta comenzó a emitir potentes rayos luminosos que iluminaron toda la piazza del Grano de Turín, frente a la iglesia de San Silvestre, hoy conocida como parroquia del Corpus Domini en recuerdo de los hechos.

El milagro —que contó con testigos de los que se disponen nombres, apellidos y hasta profesiones— sólo se interrumpió cuando un sacerdote colocó bajo la hostia una adecuada pista de aterrizaje. A saber: un cáliz que la albergó durante los siguientes ciento treinta y un años, que fue cuando se decidió su consumo. A fin de cuentas —se dijo entonces— no es bueno «obligar a Dios a mantener un milagro eterno conservando la hostia siempre perfecta y pura».

Otros milagros de la hostia (perdón de nuevo)

Las hostias voladoras regresarían a la península Ibérica en 1640. Según reza un pequeño opúsculo rescatado del olvido por el investigador catalán Andreas Faber-Kaiser y titulado *Aparição d'uma hostia no céu em Braga em 1640*, una nueva hostia volante causó el estupor de centenares de testigos. La nueva aparición coincidió —como suele suceder en esta clase de episodios— con un momento especialmente crítico de la historia portuguesa: la separación de Portugal de la Corona española, después de que nuestro país se hubiera anexionado los territorios lusitanos en 1581, bajo el reinado de Felipe II.

El folleto al que nos referimos asegura que el milagro del vuelo de una sagrada forma fue una especie de señal divina «de aprobación de la liberación de nuestra autonomía, oprimida por sesenta años con las tiranías de los reyes Felipes». Y añade que el vuelo en cuestión fue visto el 29 de enero de 1640 «desde otros puntos distantes, lo que fue tomado por todos como prueba asombrosa de la asistencia divina a nuestros arrojos patrióticos». Es más, el mismo texto afirma que hubo quien vio «señales en la Luna, en las cuales se representaba una hostia y dos figuras humanas que parecían ángeles», y que así se le comunicó al arzobispo de la ciudad «para saber de ello la verdad» y autenticar ese milagro *antiespañol*.

La cosa está bien clara: cada uno de estos episodios sirvió política o religiosamente para avivar el fuego que más interesaba a los humanos del momento. Ahora bien, ¿cómo debe interpretarse lo de la hostia acompañada de dos figuras humanas?

Ya lo hemos dicho: volar no es, en absoluto, la única propiedad que tienen las hostias transubstanciadas. Testigo reciente de una de sus habilidades fue el papa Juan Pablo II, quien el 31 de octubre de 1995, durante una misa privada oficiada en El Vaticano, pudo ver cómo la hostia que acababa de depositar en la boca de la vidente coreana Julia Youn se transformaba en carne y sangre ante sus propios ojos. El fenómeno, desvelado en el número de abril de 1997 de la revista *Il Segno del Soprannaturale*, fue incluso filmado en vídeo y estudiado muy de cerca por el marianólogo francés René Laurentin, que, casualmente, se encontraba también en aquella misa.

Pero ni Laurentin ni el pontífice se alarmaron. A fin de cuentas, es éste un fenómeno a menudo referido en la literatura católica, del que existen ejemplos más que abundantes. En España, por cierto, lo sabemos bien.

Los corporales de Daroca

De hecho, no hay más que visitar la hermosa localidad zaragozana de Daroca para darse cuenta de cuán arraigada está la creencia de que la hostia consagrada adopta realmente las características del cuerpo y la sangre de Jesús durante el prodigio de la transubstanciación. Bastará, pues, con echar un vistazo a la fachada de la Colegiata de Santa María (llamada *la Colegial* por sus parroquianos) para contemplar una representación clara del llamado «milagro de los corporales», cuyo origen se remonta a 1239. No en vano este episodio marcará sólo el comienzo de una larga cadena de hechos sobrenaturales relacionados con el «cuerpo de Cristo» que se multiplicarán en esas fechas por toda Europa.

Por ejemplo, siete años después del milagro de Daroca, Julia de Cornillón (o de Refine) tuvo una visión en Lieja en la que el mismísimo Jesús le reveló su deseo de que la Iglesia celebrase la fiesta del *Corpus Christi*. Dieciocho años después, en

1264, el papa Urbano IV admitía la fiesta en cuestión, instaurándola el jueves siguiente a la octava de Pentecostés. Y lo rubricó en su bula *Transiturus*.

No mentimos, pues, si decimos que el milagro de los corporales de Daroca supuso tan sólo el inicio de un vasto movimiento eclesial pro «cuerpo de Cristo».



Relicario que muestra las manchas de sangre dejadas por las hostias de Daroca en el siglo XIII, que son objeto de profunda veneración en esta localidad zaragozana.

Pero vayamos a los hechos.

En contra de lo que pudiera suponerse a priori, el escenario del milagro no fue Daroca, sino las afueras de la ciudad de Valencia, entonces recién arrebatada a los moros por el rey Jaime I el Conquistador y asediada de manera permanente por las

tropas sarracenas del rey Zaén. Cuenta una piadosa tradición que, ante la inminencia de un ataque masivo de los infieles, el propio rey don Jaime mandó a Berenguer de Entenza a proteger un promontorio cercano a Luchente. Entenza decidió entonces que se realizara una misa al aire libre, con la sana intención de fortalecer espiritualmente a sus hombres antes de la batalla, y encargó los preparativos a Mateo Martínez, sacerdote de Daroca.

Apenas hubo terminado la ceremonia, los sarracenos lanzaron un furibundo ataque contra los cristianos. Mosén Mateo, asustado, decidió esconder las seis hostias que le habían sobrado de la misa. En vez de ingerirlas, las envolvió en un paño o corporal, y las ocultó bajo unas piedras. Y ahí ocurrió el milagro.

Al acabar la batalla, y mientras los sarracenos se retiraban, el sacerdote empleó todo su esfuerzo en localizar los «cuerpos de Cristo» que había ocultado horas antes. Tras varios barridos de la zona, dio con el corporal... pero las hostias ¡se habían convertido en carne y habían empapado de sangre el lienzo! No había duda: allí podían verse con claridad seis manchas de sangre circulares, como las formas que horas antes habían ocupado aquel lugar y cuya mutación obedecía *por fuerza* a un claro signo divino. Dios, dedujeron todos, estaba con las tropas de don Jaime (!).

Como era de esperar, la posesión de aquellos corporales fue un tema muy debatido entre los hombres de Entenza. Aunque las formas de carne desaparecieron pronto, eso no impidió que las localidades de Teruel, Calatayud y Daroca —las que más hombres tenían destinados en aquel frente— pugnaran por la posesión de manchas tan milagrosas. Finalmente, y tras varios sorteos sospechosos, se depositó la responsabilidad de la elección en una mula. El pobre animal —moro por más señas— debía decidir, con los corporales a cuestas, qué ciudad era más de su conveniencia. Exhausta de tanto vagar, la bestia cayó de bruces a las puertas de Daroca, muy cerca de donde hoy se encuentra la Colegiata de Santa María. Y justo allí reposan actualmente tanto el pedazo de tela manchado como los huesos de la mula.

Quien desee verlos, sólo debe dirigirse al museo parroquial, donde se le mostrará la tela de la discordia rodeada de imágenes alusivas al milagro más famoso de la cristiandad por aquellos heroicos días, y del que se tienen referencias escritas exactas que se remontan a 1261. Algo, por cierto, bastante infrecuente en esta clase de asuntos.

Dios alimenta a su rebaño

Como hemos visto, para que las hostias operen milagros sólo necesitan cumplir el trámite de una misa. Se convierten así en cuerpo de Dios. No obstante, en el pasado, el buen Padre Eterno ha nutrido a su pueblo sin necesidad de tan complejos trámites eucarísticos. Sin ir más lejos, eso sucedió durante el Éxodo, cuando Yahvé dejó caer el maná sobre el pueblo elegido (Éx., 16). Y aunque muchos creen que aquello fue un

milagro único, en tierras españolas el maná cayó no una, sino hasta dos veces.

De ello dan cuenta dos crónicas bien diferenciadas del siglo XVIII. La primera, impresa en Salamanca en 1752 y redactada por un médico llamado Francisco Alonso Esteban y Lecha, refiere una extraña lluvia «dé rocío euaxado o sustancia melosa» sobre la provincia de Ávila el 24 de agosto de 1751 y durante todas las noches siguientes hasta finales de octubre. Según Esteban y Lecha, aquel elemento «apareció mui seco; de suerte que se pudo coger hasta quasi todo octubre, en cuyo mes llovió algo y se desapareció».

El prodigio alcanzó tal popularidad que dos licenciados de la época, el botánico Juan Minuart y el doctor italiano Andrés Mathiolo, se pronunciaron a favor de la autenticidad del mismo. A fin de cuentas, según Mathiolo, el verdadero maná era «un rocío o liquor suave, que algunas veces se descuelga del aire al romper el alba y se sienta sobre las hojas de los árboles y piedras, el qual crece y se pone engrumecido, de tal suerte que parece goma...».

La segunda crónica fue redactada por el prior del monasterio de San Jerónimo en Sevilla. El documento —rescatado del olvido para el diario *ABC* de la capital andaluza por el doctor Gabriel Sánchez de la Cuesta en marzo de 1968— se refiere a un acontecimiento que tuvo lugar el 1 de noviembre de 1764. Es decir, apenas trece años después de los episodios de Ávila, pero esta vez centrado sobre Cumbres Mayores (Huelva).

Aquella noche —refiere fray Juan de San José, el prior en cuestión— «cayó en la villa de Cumbres Mayores una especie de nieve que causó mucha novedad, porque no se deshizo como regularmente sucede; sino que, enjugándose, permaneció la tierra blanca, y lo mismo los árboles y las piedras; quedándoles pegada una como especie de azúcar, que aplicada a la lengua se percibe dulce...».

Ni que decir tiene que hoy nos resulta imposible pronunciarnos sobre la naturaleza de aquel presunto «alimento divino» caído sobre Ávila y Huelva. Mucho menos podemos emitir un juicio sobre su presunta vinculación al maná que refiere el cronista del Éxodo, y menos aún dictaminar sobre la naturaleza milagrosa del hecho. Quede constancia, eso sí, de que nuestros compatriotas de hace dos siglos vieron en estos hechos aislados sendas manifestaciones celestes. Las enésimas en nuestra larga tradición de país *favorecido* por «los de arriba».

ORNI_s

(Objetos Religiosos —y volantes— No Identificados)

«Los de arriba» tienen estas cosas: según las épocas y las necesidades del espíritu humano, éstos parecen disfrazarse adecuándose a cada momento histórico. Por ello, sólo cuando se examinan sus andanzas con perspectiva histórica, es cuando puede comprenderse su *modus operandi*.

Ése es el caso, sin ir más lejos, de la mayoría de los milagros que se han atribuido a la oportuna intercesión de Vírgenes (tanto negras y morenas como blancas) en la península Ibérica. De hecho, sus intervenciones no se diferencian demasiado de las de los grandes prodigios de los dioses del pasado o incluso de los espíritus o extraterrestres de nuestros días.

Estos episodios tienen la virtud de sobrepasar las fronteras de lo racional, sobre todo cuando comprenden sanaciones espectaculares (de parálíticos o ciegos, por ejemplo), efectos fisiológicos no siempre benignos para los testigos o visiones del sol danzando por nuestros cielos. Ahora bien, de entre todos los supuestos milagros que han pasado a la historia de nuestros santuarios ibéricos, llama especialmente la atención uno al que, por cierto, siempre se le ha prestado poca atención: la facultad que *adquieren* algunas personas para desvanecerse de un lugar concreto cuando invocan el nombre de una determinada Virgen o santo varón, y aparecer súbitamente en otro, a cientos o miles de kilómetros de distancia.

Hoy a esto lo llamamos *teleportación*.

Reconocemos que esto *parece* harina de otro costal y que hay que tener muchas tragaderas para aceptar estos milagros al pie de la letra. Pero no seamos demasiado obtusos y veamos otros posibles enfoques de esta clase de prodigios.

Teleportaciones celestiales

Que haya santos que leviten, pase. Que algunos estén en dos sitios a la vez por *arte de bilocación* —como veremos en nuestra próxima parada—, bueno; pero que un arcón de madera pueda volar sin ayuda... Éste es uno de esos fenómenos inauditos a los que nos referíamos al inicio de este capítulo y que, sin embargo, se repite con insistencia en varias partes del mundo. El esquema de tales relatos es bien simple: un cofre desaparece con un hombre dentro y se materializa en otra parte. En nuestros días, a ese tipo de hechos se los ha convenido en llamar *teleportación*, aunque lo que hoy suele desaparecer no es un arcón, sino un vehículo de motor con todos sus ocupantes a bordo. No estamos ante una mera leyenda urbana. En los últimos años hemos recogido numerosos testimonios que apuntan en esta dirección, y de ellos

hemos extraído curiosas leyes como la de la *afinidad idiomática*. Esto es, que la teleportación se produce siempre entre dos puntos geográficos en los que se habla el mismo idioma. Así, un teleportado de Gran Bretaña *puede* saltar a Estados Unidos; uno de Francia al Canadá francófono y uno de España a casi toda Sudamérica.

Pero esta clase de incidentes nos invitó también a reconsiderar una duda que ya se formuló el parapsicólogo norteamericano Scott Rogo en 1982. Para él, algunas de las desapariciones que tienen en jaque a los departamentos de policía de todo el mundo podrían deberse a teleportaciones espontáneas de personas a lugares inaccesibles, de los cuales no podrían volver o en los que no podrían sobrevivir. Según su visión, y por una mera cuestión estadística, sería más fácil que un teleportado reapareciera en algún lugar en medio de los océanos que en tierra firme, donde perecería sin remedio.

Las cifras estremecen. Entre 2007 y 2011, y sólo en el caso de España, las autoridades habían tramitado 72.018 denuncias de personas desaparecidas. Aunque lo cierto es que «sólo» un 0,1 por ciento fueron catalogadas como de «alto riesgo» o «inquietantes». ¿Comprenderíamos mejor esos casos extremos si aceptáramos la existencia de un fenómeno ajeno a la física newtoniana, que provocara la desaparición y la reaparición de personas y cosas a grandes distancias?

Pero dejémonos de teorías.

Al margen de nuestros pobres intentos por sistematizar un enigma colosal, lo que enseguida llama la atención al estudiar este asunto es que en el pasado también se vivieron episodios de teleportación *gemelos* a los actuales. Por supuesto que, entonces, nuestros antepasados se vieron en la obligación de recurrir a la mediación de algún santo protector o de alguna Virgen para explicárselos.

Nos referimos a incidentes que ocurrieron hace varios siglos, en épocas en las que era más importante la interpretación que se le daba a la realidad que la realidad en sí misma. Por ello, no es de extrañar que estas historias aparezcan salpicadas de toda clase de detalles piadosos para tratar de encajar aquellas desconcertantes teleportaciones en un marco de fe que las hiciera digeribles. ¿Cómo se puede concebir sin el concurso de algún santo el transporte inmediato de un mortal de un lugar a otro? Para aquellas mentalidades centenarias, de ninguna manera.

Cofres voladores

Dentro de nuestro particular catálogo de ORNIs (unas siglas que rogamos al lector tenga muy en cuenta en lo sucesivo), ocupan un lugar preferente los transportes sobrenaturales asociados a cofres, moros, templarios, cruzados, la libertad de cautivos, sueños profundos, imágenes de Vírgenes, *lignum crucis* y hasta conversos al cristianismo a bordo. Siempre que se produce uno de estos súbitos «viajes aéreos», éste se desarrolla en circunstancias críticas para algún buen cristiano: o está cautivo de los moros pasándolas canutas o se encuentra en el fragor de una sangrienta batalla.

Pero decimos cofres voladores y decimos mal, pues en realidad no existe ningún testimonio de personas que hayan visto desplazarse por los aires estos objetos. Sencillamente, están en un lugar y al instante aparecen en otro.

En casi todos los templos religiosos que la tradición ha elegido como protagonistas de estos relatos se guardan como pruebas dignas de veneración el propio arcón volante, las cadenas de hierro del cautivo o alguna pintura conmemorativa del suceso. En la gran mayoría, la Virgen ejerce un papel importante en su traslado sobrenatural. Y en esos casos, todas las leyendas se apuntalan sobre tres constantes: la melancolía de un cristiano por encontrarse lejos de su tierra, la invocación a la Señora o Virgen de turno... y un sueño.

Sin necesidad de remontarnos a antecedentes tan lejanos en el tiempo y en el espacio como los orientales (existen numerosas alusiones a cofres mágicos tanto en *Las mil y una noches* como en las leyendas tibetanas), cerca de nuestro país encontramos varias historias que se ajustan a ese patrón. En Francia tenemos la aventura del cautivo François de la Palud, que logró su liberación del cautiverio moro gracias a la intercesión de Nuestra Señora de la Consolación del castillo de Brest, allá por el año 1426. Al parecer, De la Palud se transportó en un santiamén desde Egipto, con su inseparable arcón, hasta las puertas de Châteauneuf, y en su capilla dejó como exvoto su túnica parda de esclavo.

Otro francés, Guillaume III Martel (que murió en 1303), fue rescatado de las mazmorras de un sultán y trasladado a bordo de un arcón volador hasta Normandía, donde despertó más tarde en el bosque de Bacqueville. Por último, sin arcón de por medio, conocemos el caso de tres templarios franceses cautivos en una prisión de El Cairo en 1134. Durante un sueño fueron transportados a su pequeña ciudad de Liesse, donde los caballeros, acompañados de una imagen de Virgen negra (¿quizá una estatua de Isis?) despertaron con gran asombro.

Lo cierto es que estos hechos atribuidos a la Virgen no deben extrañarnos demasiado, pues, según la tradición, la propia casa de la Virgen María fue llevada por los aires en un par de ocasiones. Primero desde Nazaret hasta Iliria (un pueblo de la antigua Yugoslavia) en el año 1291, y de allí hasta la pequeña Recatti (Ancona, Italia) en 1294, donde hoy se venera a Nuestra Señora de Loreto. Lo curioso del caso es que sus cimientos coinciden aproximadamente con los que, aún hoy, pueden verse en el interior de la basílica de la Anunciación en Nazaret, en Israel.

El arcón de la Candelaria

Si bien la mayoría de los cofres voladores que hemos localizado para este trabajo se ubican en la península Ibérica, en el archipiélago canario se cuenta uno de los casos más notables. Y es que a la tinerfeña Virgen de la Candelaria, dentro del extenso currículum de milagros que tiene en su haber, se le adjudica la liberación de

cristianos prisioneros o en peligro, esclavizados por el islam, gracias a uno de estos «vehículos».

Este rescate no se produjo al estilo de los mercedarios (intercambiar a un monje por un prisionero), sino de manera mucho más espectacular: mediante el milagro de un cofre volador, arca voladora o arcón del moro, que de estas tres formas se designa al artilugio que sirvió para transportar por los aires al cautivo en tierra de infieles (casi siempre estos relatos utilizan la expresión en Berbería, término que designa toda la zona del norte de África, desde el Mediterráneo hasta el Sáhara).

Las cadenas que cerraban uno de estos cofres voladores pueden todavía verse en el Museo del Santuario de Candelaria, en la isla de Tenerife. La leyenda dice, sucintamente, que hubo un cautivo canario en la costa africana dedicado a realizar los quehaceres más penosos para su dueño moro. El día de la Candelaria (el 2 de febrero), al pobre cristiano le entró una nostalgia difícil de disimular por su tierra y por su Virgen. Su amo, que tenía ya la mosca tras la oreja, al descubrir su preocupante morriña lo encerró en un arcón y, no contento con eso, se echó encima a dormir. A la mañana siguiente, moro y cristiano amanecieron en el pueblo de Candelaria, para estupefacción de ambos. El moro, una vez recuperado del susto y ante tan asombroso prodigio, se convirtió a la religión de su esclavo, como no podía ser menos. Posiblemente, lo mismo habría hecho el cristiano si se hubiesen producido los hechos al revés. ¿Quién no?



Éste es el arcón volador que, según la leyenda, teleportó a un cautivo hasta el santuario de la Candelaria, en Tenerife. Sobre su tapa descansan las cadenas del prisionero.

El tema del cautivo liberado en una especie de «arcón-exprés» se repite en el pueblo soriano de Almenar, en cuya ermita de Nuestra Señora de la Llana se conserva el «arca del cautivo». El objeto está asociado, en realidad, a un vecino de la localidad próxima de Peroniel, llamado Manuel Martínez. Al parecer, éste se encomendó a la Virgen de la Llana (la patrona de su pueblo y de Almenar) cuando estuvo preso en

tierras infieles y, al poco tiempo, llegó por los aires desde África —con su moro correspondiente— y dejó luego su nave voladora en la ermita como exvoto. Aún hoy se celebra, el tercer día de Pascua de Mayo, la «Fiesta del Cautivo». Y tiene cierta base histórica, pues ya en el inventario de 1704 aparece por primera vez inventariada «el arca de roble del milagro, que está en la Sacristía» y «unos grillos, cadenas, esposas y colleras de hierro, que son los del milagro». En esa ermita, como testimonio visible de cuanto contamos, puede apreciarse aún una pintura que representa a un ángel transportando el arca donde iba Manuel encadenado. Es más de lo que nos dan la mayoría de los casos similares.

Sea como fuere, los datos históricos que se han podido reunir sobre este episodio refieren que el cautivo fue hecho prisionero en el siglo XIII, muy posiblemente en el asedio de la plaza de Algeciras por los ejércitos de Alfonso X el Sabio (opinión de Juan Martínez Liso y Florentino Zamora), pues la historia nos dice que en este siglo las mazmorras de Argel, Túnez y Orán estaban repletas de cristianos en general y de sorianos en particular. El escritor Ibo Alfaro recoge esta historia en forma de leyenda novelada, pero en su desmedido afán lírico carga las tintas y sitúa los hechos al principio del siglo XVIII, hace que el prisionero viva una romántica historia de amor y añade datos de su cosecha que, en definitiva, en vez de aclarar el relato del «cautivo de Peroniél» lo enmarañan mucho más aún.

Pero, añadidos literarios aparte, lo cierto es que esta clase de relatos sobre arcones voladores se cuentan con los dedos de una mano. Y si resulta raro dar con crónicas que se refieran a ellos, mucho más lo es poder ver lo que queda de ellos en algún museo o sacristía española. Lo más común —dentro de la singularidad de estos relatos— es que podamos acercarnos a algún cuadro o imagen que dé cuenta de su existencia, como ocurre con un lienzo expuesto en la llamada «galería de los milagros» del claustro del monasterio de Guadalupe (Cáceres). Un texto inscrito sobre la pintura, que es del siglo XVII nos dice lo siguiente:

Eran tantos los cautivos que Nuestra Señora sacaba de poder de infieles que ya no había prisiones ni guardas para tenerlos seguros. Parecióle a un moro que aseguraba un cristiano cautivo que tenía como una diligencia extraordinaria, encerróle en un arca y púsose a dormir encima con un perro al lado y se hallaron a vista de esta santa casa, el cautivo libre, él espantado y el perro y la arca por testimonio.

La pena, claro, es que de ese prodigioso arcón no quede ni una mala tabla en el monasterio.



Cuadro exvoto que cuenta la historia del arcón volador y el cautivo cristiano en el monasterio cacereño de Guadalupe.

Una de templarios

Observará el lector que hemos hecho varias alusiones a templarios en apuros como si otros caballeros no tuvieran también la dicha de ser salvados por la Virgen. Esta insistencia tiene su razón de ser: eran ellos los que fomentaban estas historias (tanto si eran reales como si no) para alabar las virtudes de la Virgen que veneraban. Además, en las leyendas templarias se los asocia con otros objetos voladores de connotaciones mucho más religiosas, los cuales también los salvan de apuros al tiempo que convierten a nuevos moros a su causa. Nos referimos, por supuesto, a la enigmática Cruz de Baga y a la no menos misteriosa Cruz de Caravaca.

En el año 1147 el caballero don Galcerán de Pinós participó en una expedición cristiana contra Almería, donde cayó prisionero de la morisma. Su padre entró de inmediato en negociaciones con el caudillo musulmán que lo tenía cautivo para fijar

el rescate, por el que éste le pidió —nunca mejor dicho— el oro y el moro: dinero contante y sonante, así como «cien doncellas cristianas» para su harén. Reunió como pudo su rescate y se dirigió al puerto de Salou para embarcarlo todo rumbo a tierra de moros. Pero la noche antes de la partida, don Galcerán, allá en su prisión, se encomendó a la Vera Cruz de Bagá y a san Esteban, en cuya iglesia se guardaba la reliquia, demandando su libertad.

Y funcionó. ¡Vaya si funcionó!

El santo en persona se apareció al prisionero, le confortó y, mientras estaban en plática, sucedió el milagroso transporte del cautivo hasta Salou. Al amanecer, sin saberse bien cómo, se presentó don Galcerán ante su padre, justo antes de que zarpara el navío con el rescate. Las cien doncellas, imaginamos, suspiraron al unísono de alivio.

En esta leyenda subyace un dato importante del que nos quiere hacer partícipe el historiador Rafael Alarcón: don Galcerán de Pinós cayó prisionero en el cerco de Almería y fue en dicho asedio donde también quedó prisionero cierto cristiano natural de Peroniel (Soria), llamado Miguel o Manuel, del que hemos contado su transporte milagroso hasta la vecina villa de Almenar. ¿Existe alguna relación oculta entre ambos sucesos? Imposible saberlo.

Por lo que atañe a la mágica Cruz de Caravaca, ésta nació predestinada para protagonizar toda clase de milagros aéreos. No en vano, la tradición afirma que esa reliquia llegó a tierras murcianas llevadas por los aires en manos de ángeles. La suya es una historia singular: la Cruz de Caravaca llegó milagrosamente por los aires el 3 de mayo del año 1232, colándose por una ventana mientras el clérigo Pérez Chirinos se disponía a decir misa delante del rey moro Abú-Zeit. Ni que decir tiene que éste, atónito ante aquel espectáculo celeste, acabó convirtiéndose al cristianismo.

Sin embargo, la intervención más espectacular de esta cruz la presenciaria, dos siglos después, don Pedro Ruiz de Alarcón, séptimo señor de Valverde (Cuenca) y caballero de la Orden de Santiago. Ruiz de Alarcón fue herido de gravedad en el año 1485 durante la defensa de Coín (Málaga) y trasladado de inmediato a Jaén. Allí, antes de morir, dictó testamento nombrando albaceas a sus hermanos doña Guiomar de Alarcón y don Martín de Alarcón. Dicho testamento incluía una curiosa cláusula, merced a la cual se legaban 150.000 maravedíes para rescatar cautivos de Berbería y «dies mill mrs. para una lámpara de plata para delante la Santa Veracruz de Caravaca, la qual Santa reliquia tengo por fe que me sacó a tierra de cristianos estando cautivo en tierras de moros» (esta lámpara aún se conserva en la Capilla Mayor del Santuario de Caravaca).

El donativo tenía su buena razón de ser pues, según la leyenda, don Pedro se encomendó noche tras noche, durante su cautiverio, a aquella cruz. En una de esas vigiliass, mientras oraba, se le apareció una imagen luminosa de la Santa Vera Cruz y, entretanto contemplaba extasiado su aparición, fue transportado de vuelta a sus tierras; de modo que, cuando salió de la mística contemplación, se encontró libre y

entre sus queridos parientes.

Qué menos que 150.000 maravedíes como muestra de gratitud...

Otros traslados milagrosos por el aire desde Argel, Egipto o cualquier otro lugar de Berbería se asocian también con algún fragmento de *lignum crucis*, a los que tenían gran estima los caballeros templarios. En Ponferrada (León), donde se conserva uno de los pocos castillos templarios aún en pie de la Península, todavía se recuerda a un templario berciano hecho prisionero por los musulmanes y que salvó de modo milagroso un *lignum crucis* de oro que llevaba consigo al caer cautivo.

La leyenda dice que cuando fue registrado por los infieles en busca de armas u objetos de valor, el templario se encomendó a la Virgen de la Encina y, ¡oh, sorpresa!, los carceleros no encontraron su valiosa cruz porque se hizo tan diminuta que se les pasó por alto. El caballero fue vendido como esclavo en Alejandría y, durante los siete años que duró su cautiverio, la reliquia nunca fue descubierta. El año séptimo, coincidiendo con la fiesta de la Virgen de la Encina en Ponferrada, nuestro caballero se durmió encadenado y nostálgico en su celda. A la mañana siguiente, al abrir los ojos, se encontró todavía bien cargado de cadenas, pero ante los pies del altar de Nuestra Señora de la Encina.

Y es que la vida, como decía Calderón, sueño es.

Va de santos aéreos

El milagro ponferradino, con ligeras variantes, se repitió en diversos puntos de la Península. Lo hemos encontrado en el monasterio de Santo Domingo de Silos (Burgos), en Franqueira (Pontevedra), en Guadalupe (Cáceres), en Mendavia (Navarra)... y atribuido casi siempre a la acción de un santo popular o de una Virgen negra. (Véanse nuestras «Notas de la bitácora»).

En Santo Domingo de Silos, por ejemplo, guardan una curiosa tradición escapista atribuida a su fundador: «Un moro tenía preso a un cristiano en Berbería —dicen—. Como el astuto moro sabía que santo Domingo se dedicaba a liberar cautivos cristianos en poder del islam, tenía el suyo metido en un arcón y él dormitaba encima con un perro, un gallo y una gallina para que le despertasen si venía el santo».

Como el lector supondrá a estas alturas, nada pudo la astucia del moro contra la fuerza milagrosa de santo Domingo, pues llegó éste una noche y se llevó de un tirón el lote completo: el arcón, el moro, el perro, el gallo y la gallina, volando por los aires hasta el pueblo de Silos, donde, llenos de asombro, despertaron todos al oír las campanas del convento...

Joan Amades, célebre etnólogo y folclorista catalán del siglo pasado, en un artículo titulado «Leyendas de san Jorge», describió otra teleportación, la cual no tuvo lugar durante un sueño, sino en una circunstancia de máximo estrés para su protagonista: una batalla. En esa ocasión el cambio de ciudad fue súbito gracias a la

intervención de un corcel. Y es que, en ese relato, el «interventor» sobrenatural fue san Jorge. Y con él todo era posible... y creíble. No en vano fue el *héroe* más famoso del medievo aragonés, que lo mismo intervenía en conflictos armados tomando partido por los cristianos, como remediaba una enfermedad incurable, mataba a un dragón o sacaba de apuros a un noble caballero.

Dice Amades:

Nuestros cruzados invocaban también a san Jorge en sus luchas contra infieles que ocupaban Tierra Santa. Durante el sitio de Antioquía, en lo álgido de la lucha, al caballero de Montcada le mataron el caballo. Al hallarse tendido en el suelo en el momento de más fragor bélico, invocó a san Jorge, y al momento halló junto a sí un magnífico caballo blanco, en el que rápidamente montó sin preocuparse de su procedencia. Lanzóse contra los muros de la ciudad alzando briosamente su arma heroica, a la vez que pensaba que quizás mientras él luchaba en Tierra Santa para abatir a la morisca ésta se cebaba con los suyos en su patria. Y dejando caer su espada con fuerza, rajó la muralla y abrió brecha, por la cual, seguido de un ingente ejército, se abrió paso y se adentró por la ciudad. Mas, ¡cuál no sería su sorpresa cuando se dio cuenta de que no se hallaba en una ciudad oriental, como era la de Antioquía donde luchaban, ni las gentes que le rodeaban eran agarenas, sino que vestían y hablaban como él mismo! Rehecho de su sorpresa, vino a saber que se hallaba en Alcoraz (Castellón), cuya ciudad sitiaba el rey de Aragón, al mismo tiempo que los cruzados atacaban Antioquía, y que, cual él había creído, mientras luchaba para defender de moros tierras lejanas y extrañas a la suya, en ésta campeaban los sarracenos.

Amades concluía este artículo explicando que san Jorge «se había hecho cargo de su inquietud y le había provisto del caballo que necesitaba, y, rápido como el mismo pensamiento, lo había transportado desde los muros de Antioquía a Alcoraz, y la espada que alzara contra los muros de Judea, al dejarla caer rasgó los muros de la ciudad pirenaica aragonesa».

Rápido como el mismo pensamiento...

Hay constantes que se repiten una y otra vez. Las puertas dimensionales se abren y se cierran por caprichos de la providencia. Se puede decir más alto pero no más claro: estas cosas suceden.

ANDAR POR LAS NUBES

Todos los medios de transporte de los que hemos hablado en el capítulo anterior tenían un denominador común: el motor que los hacía «desplazarse» solía ser una Virgen, un santo o un objeto religioso. Pero ¿qué pensar cuando la causa se atribuía al bando contrario, a un *diablillo* o a algún que otro integrante de tan singular familia?

¿Y qué interpretar cuando lo único que encontramos es la presencia de una extraña nube de por medio?

Que el lector perdone tanta pregunta. A fin de cuentas, la brujería y los procesos inquisitoriales rebosan de detalles de este tipo, y aunque la actividad de *nubes* y *diablillos* (el enésimo disfraz de «los de arriba») no sea propia de esta especie de *guía de misterios celestes*, su influencia viene a cuento. Y mucho.

De hecho, durante siglos fue frecuente leer que un brujo había viajado a cientos de kilómetros de su hogar gracias a la ayuda de un fiel servidor que la tradición asociaba con el diablo. Varias leyendas ibéricas hacen referencia a esos diminutos seres (llamados, según los casos, *duendecillos* o *espíritus familiares*), a los cuales se describe como tan pequeños que muchos cabían en un alfiletero y tan poderosos como para levantar una casa entera o conceder a sus dueños todo aquello que les propusieran, incluido el transporte aéreo.

Por cierto, que los medios que utilizaban para sus desplazamientos solían ser siempre extrañas formaciones nubosas o soportes de madera («palo recio y nudoso»).

Cuando el diablo hace de las suyas

¿Nubes? Sí, aunque no todas son lo que parecen. Muchas de ellas tienen el poder de transformarse en verdaderos vehículos aéreos capaces de transportar a alguien de un lugar a otro, como si, sencillamente, «anduvieran» sobre ellas. Nuestro añorado investigador y amigo Andreas Faber-Kaiser, fallecido en 1994, ya nos habló de las que él denominaba «nubes del engaño», que no eran, a su buen juicio, otra cosa que ovnis camuflados bajo su apariencia algodonosa. Nosotros, de momento, no vamos a abonar ese terreno, pero sí otro en el que las nubes jugaron un papel predominante en traslaciones de místicos, santos, beatos o brujos.

El folclore ibérico describe a muchos personajes sobrenaturales (considerados como una especie de demonios atmosféricos) que se desplazan a bordo de nubes para hacer sus barrabasadas, como los *nubeiros* o los *tronantes*. En ocasiones, a estos diablos se los asociaba con personajes egregios de la talla de Salomón o de Paracelso. A ellos se los hacía poseedores de serviciales diablillos o *jinas* (dentro de la tradición islámica), con los cuales podían desplazarse de un lugar a otro con la velocidad del

rayo.

Los destinos eran variados, aunque siempre había preferencias.

Viajar a Roma, y sobre todo al Vaticano, era objetivo corriente para aquellos que poseían uno de estos diablillos. No había destino más goloso que la capital de Italia para dejarse caer por unas horas y, de paso, contemplar algún acontecimiento fastuoso e históricamente importante. En España existe una curiosa leyenda referida a un obispo de Jaén (cuya etimología, por cierto, parece emparentada con la palabra árabe *jina*), llamado Nicolás de Biedma, del que se decía era dueño de tres de estos estrambóticos diablillos confinados en una botella. De él se dice que en 1376 viajó a Roma gracias a uno de ellos y, allí, el papa le entregó una reliquia de la que hemos hablado en un capítulo anterior y que todavía hoy se venera en la catedral de Jaén: la Santa Faz.

El misterioso acompañante del doctor Torralba

Dos años después, Nicolás de Biedma fue promovido al obispado de Cuenca, donde acabó sus días. Y precisamente es allí donde dos siglos más tarde nacerá un individuo que aseguraba que un espíritu familiar lo condujo por los aires hasta Roma. «No es posible que se trate de coincidencias», comentó Eslava Galán en uno de sus libros... Y nosotros estamos de acuerdo con él.

El individuo en cuestión fue el doctor Eugenio Torralba, del que se dijo que tuvo tratos con un joven de rubios cabellos llamado Zequiel. Su historia es de esas que, llevadas al cine, nadie se las creería por demasiado fantástica.

Pero volvamos a lo nuestro: sabemos que Torralba marchó a Italia siendo un adolescente, como paje de Francesco Soderini (nombre secular del futuro cardenal de Volterra), y que en Roma estudió filosofía y medicina. Uno de sus amigos, allá por el año 1501, fue un fraile dominico, fray Pedro, aficionado a las ciencias ocultas quien decía tener a su servicio a un «espíritu bueno». Con Zequiel —tal era el nombre de ese espíritu—, el dominico estableció una estrecha relación, aunque «sin pacto ni concierto alguno», ya que, al parecer, éste era un gran sabedor de las cosas ocultas, que revelaba sólo a sus amigos y según le venía en gana.

Todo indica que nuestro fraile, que estaba agradecido a Torralba por los servicios médicos prestados, no encontró mejor modo para pagarle que poner a su disposición a Zequiel. Y para Torralba debió de ser todo un regalo. Aquel ser tenía la apariencia de un joven apuesto, gallardo y de piel blanca, vestía de rojo y negro, y, nada más presentarse a su nuevo «dueño», no dudó en rendirle la debida pleitesía. «Yo seré tu servidor mientras vivas y te seguiré a donde quiera que vayas», le dijo tal y como consta en las actas del proceso inquisitorial seguido en Cuenca por el inquisidor Ruesca.

Desde aquel día, el misterioso Zequiel visitó a Torralba con frecuencia y le habló

lo mismo en latín que en italiano. Y no sólo. Su sirviente enseñó al doctor los secretos de hierbas, plantas y animales con los cuales pronto alcanzó curaciones que le hicieron muy famoso.

Pero Zequiél le reveló también muchos secretos políticos y de Estado, hasta el punto que el propio cardenal Cisneros se interesó por este extraño personaje que tales cosas predecía (como su encumbramiento a la regencia en 1516 desde la muerte de Fernando el Católico hasta la llegada de Carlos V). Pero aquel espíritu libre y caprichoso no consintió nunca en ser presentado al cardenal.

La amistad entre Torralba y su sirviente llegó a tal punto que, para hacerlo invulnerable, Zequiél le regaló un anillo «con cabeza de etíope» y un diamante labrado en Viernes Santo.

Naturalmente, entre las numerosas cualidades de este «espíritu» estaba la de haber resuelto el problema de la navegación aérea, cabalgando a lomos de una caña y guiado por una nube de fuego. De hecho, así transportó a Torralba en 1520 desde Valladolid a Roma, con gran estupor del cardenal Volterra y otros amigos, que se empeñaron en que el doctor les cediese aquel «tesoro», aunque en vano, porque Zequiél no consintió nunca en cambiar de señor.

A pesar de tener fama de nigromante, Torralba llegó a ser médico de la reina viuda de Portugal, doña Leonor. Gracias a las revelaciones de Zequiél, este médico supo que el 6 de mayo de 1527 Roma iba a ser saqueada. Le pidió la noche antes que lo llevase por los aires al sitio de la catástrofe para presenciarla en vivo y en directo, a lo que Zequiél accedió partiendo de Valladolid a las once en punto. Cuando llegaron a orillas del río Pisuerga, Zequiél, en palabras del sabio español Marcelino Menéndez Pelayo, «hizo montar a nuestro médico en un palo muy recio y nudoso, le encargó que cerrase los ojos y que no tuviera miedo, le envolvió en una niebla oscurísima y después de una caminata fatigosa en que el doctor, más muerto que vivo, unas veces creyó que se ahogaba y otras que se quemaba, remanecieron en Torre de Nona». Desde allí, al parecer, Torralba contempló el saqueo por parte de las tropas de Carlos V y el encarcelamiento del papa en el castillo de Sant'Angelo.

Pero en ese punto, la historia se torció para nuestro héroe volador.

A su regreso a Valladolid, a las dos o tres horas, y visiblemente emocionado por lo que había presenciado, incurrió en el más imperdonable de los pecados: el de ser un bocazas. Refirió su viaje con detalle a todos aquellos que quisieron escucharlo, hasta que la Inquisición empezó a sospechar seriamente que Torralba debía de estar en tratos con el mismísimo diablo.

Tal repercusión debió de alcanzar el hecho, que incluso Cervantes hará decir a don Quijote, subido en el falso corcel *Clavileño*, aquello de «acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralba, a quien llevaron los diablos en volandas por el aire, caballero en una caña, cerrados los ojos y en doce horas llegó a Roma y se apeó en Torre de Nona (...) cuando iba por el aire le mandó el diablo que abriese los ojos y los abrió, y se vio tan cerca, a su parecer, del cuerpo de la luna, que la pudiera asir

por la mano, y que no osó mirar a la tierra por no desvanecerse».

De este episodio también sabemos que uno de sus amigos, Diego de Zúñiga, acabó delatándolo al Santo Oficio de Cuenca. Por su culpa fue encarcelado en 1528, y cuando le preguntaron por su fiel servidor, Torralba insistió en que tenía a Zequiél por un familiar, que era un espíritu bueno y que jamás le había empeñado su alma. Siempre negó que hubiera alguna clase de pacto entre ellos y afirmó que todavía lo visitaba en la prisión hasta que se le perdió la pista definitivamente. Torralba llevó siempre el sambenito de Zequiél consigo; estuvo cuatro años en la cárcel y al final murió casi olvidado, como médico del almirante de Castilla, don Fadrique Enríquez.

¿Adónde fue a parar Zequiél? No hay más datos sobre él. Sencillamente, se esfumó en el aire, a no ser que...

¿Quién volaba con el cura de Bargota?

A Roma también dirigió sus pasos Johanés de Bargota, el cura de la localidad navarra del mismo nombre. Lo hizo a finales del siglo XVI. Johanés tenía fama de brujo y de poseer unos diminutos espíritus, llamados *mamur*. Estas extraordinarias idas y venidas a Roma las hacía siempre con algún propósito benéfico, como poner en antecedentes al papa Adriano VI de una conspiración contra su vida, o por curiosidad —viajaba a los burgaleses Montes de Oca para ver cómo nevaba—. El método utilizado era muy similar al propuesto por Zequiél: volaba por el aire a bordo de una nubecilla blanca.

Esta manía de desplazarse usando métodos tan poco convencionales le valió también un proceso inquisitorial del que salió vivo de milagro.

Y el ejemplo cundió.

Otros personajes con fama de brujos preferían desplazarse hasta lugares más cercanos con su transporte de uso personal. Lo normal era ir al aquelarre más cercano para pasar un sábado movidillo. En el siglo XVIII fue también el medio utilizado por José Navarro para acudir al aquelarre de Villaluenga, y también por el fraile Blas para volar hasta el Llano de las Brujas en Alcantarilla (Murcia).

En definitiva, el fin que se perseguía era el mismo que el de los cofres (viajar lo más presto posible), pero con una notable diferencia: con las arcas volantes se producía una teleportación involuntaria al lugar de destino, mientras que con los diablillos se hacía adrede, buscando por medios brujeriles un viaje rápido y sobrenatural.

En el Archivo Histórico Nacional, en una de las causas contra la fe seguidas por el Santo Oficio de Toledo, encontramos una denuncia cursada en 1648 contra fray Valeriano de Figueredo, de la Orden de San Bernardo, en la que se relata que disfrutó de un *familiar* guardado en una muletilla de mano. De él contó que, encontrándose varios frailes esperando para despedirlo en una plazuela, nadie vio cómo se esfumó, a

pesar de que la tierra estaba mojada y habría dejado huellas de haber salido corriendo, «de lo que dijimos todos uniformemente que no avia (sic) que buscar más prueba para creerle en cuanto lo del familiar y muletilla».

El extraño caso de sor María de Jesús de Ágreda

Concluiremos nuestro recorrido por estos prodigiosos precursores del «vuelo místico» con un caso al que tenemos un nada disimulado cariño. Se trata del vivido a comienzos del siglo XVII por una jovencísima monja de clausura soriana a la que ya hemos hecho referencia en el primer capítulo del libro. Y es que su vida fue extraordinaria se mire por donde se mire.

Entre sus dieciocho y sus veintinueve primaveras, recorrió la distancia que separaba su convento de diversos parajes de los hoy estados norteamericanos de Nuevo México, Texas y Arizona en más de quinientas ocasiones. La afirmación, por supuesto, no es nuestra. Forma parte de los enigmas que la Santa Inquisición se propuso resolver cuando, entre 1635 y 1650, se encargó de interrogar en profundidad a sor María de Jesús de Ágreda, abadesa del convento de las concepcionistas franciscanas de la propia Ágreda, en Soria, y eje de un sinfín de fenómenos extraños desde su más tierna adolescencia.

El asunto se inició, en realidad, en el verano de 1629, cuando una primera expedición de monjes europeos llegó a Nuevo México con la intención de evangelizar esas inhóspitas tierras. En aquellas fechas, aquélla era una empresa temible. Los indios habían puesto en peligro varias intentonas previas de los jesuitas por cristianizar a los «salvajes» de las montañas de Sonora, y nada aseguraba que la misión del franciscano Alonso de Benavides no desembocaría en otro fracaso estrepitoso.

Sin embargo, el grupo de Benavides contó con una circunstancia inesperada.

Según contó este fraile en un documento hoy conocido como *Memorial de Benavides*, redactado en 1630 para conocimiento del rey de España Felipe IV, su expedición no sólo no se tropezó con apenas ningún indio hostil, sino que grandes procesiones de nativos les salieron al paso allá donde fueron. Portaban toscas cruces en señal de su fe y les pedían encarecidamente el bautismo. Benavides no acertó entonces a comprender la razón de tal comportamiento, ya que eran los primeros hombres blancos que pisaban esas tierras... A no ser, claro, que todo obedeciera a alguna suerte de extraña intervención divina. De «los de arriba», otra vez.

No se equivocó el buen fraile. En el texto de su *Memorial*, en el epígrafe dedicado a la «conversión milagrosa de la nación Jumana» (unos indios de Nuevo México que habitaban cerca de la actual localidad de Isleta Pueblo), se puede leer textualmente:

(...) Y antes que fuese preguntado a los indios (para) que nos dijesen la

causa por (la) que con tanto afecto nos pedían el bautismo, y (que) los religiosos los fuesen a adoctrinar, respondieron que una mujer como aquella que allí teníamos pintada (que era un retrato de la madre Luisa de Carrión) les predicaba a cada uno en su lengua, que viniesen a llamar a los Padres para que les enseñasen y bautizasen, y que no fuesen perezosos. Y que la mujer que les predicaba estaba vestida, ni más ni menos, como la que allí estaba pintada, pero que el rostro no era como aquél, sino que era moza y hermosa.

Fray Benavides dedujo de inmediato que en aquel prodigio estaba mediando una monja católica capaz de viajar milagrosamente hasta allá. Pero, ¿quién era? Y, sobre todo, ¿cómo había podido alcanzar aquellas regiones una mujer sola antes que su expedición? Desechada la hipótesis de una intervención sobrenatural de la madre Luisa de Carrión —una clarisa célebre en la época y confinada en su convento de clausura, en Carrión de los Condes (Palencia), a la que se le atribuían toda suerte de milagros—, Benavides se empeñó en buscar en otra dirección. En la reedición de su *Memorial* de 1635, destinado al papa, ya apuntó claramente la identidad de la responsable de tales conversiones: María de Jesús de Ágreda.

Todo encajaba: desde la descripción que de ella hicieron los indios, a quien llamaban la «dama azul» por el color celeste de sus hábitos, hasta las confesiones de la propia madre Ágreda, en las que ésta dio todo tipo de detalles sobre los lugares que había explorado durante sus «vuelos». De hecho, la investigación de Benavides debió de impresionar tanto al monarca que éste no tardó demasiado en visitar a la monja en su convento de clausura y en iniciar una nutrida correspondencia —de alrededor de trescientas cartas hasta la muerte de ambos, en 1665—, donde despacharon asuntos de Estado y otras cuitas privadas, y en las que sor María de Jesús dejó también ver sus prodigiosas habilidades diplomáticas.

En cuanto a las consecuencias de aquellos *saltos* entre España y el suroeste de los actuales Estados Unidos —y que totalizaron, entre idas y venidas, alrededor de cinco millones y medio de kilómetros—, pronto se dejaron notar en el éxito de las misiones evangelizadoras de los franciscanos. Sólo esta orden bautizó allí a más de ochenta mil almas en tiempo récord, instaló en cuestión de pocos meses veinticinco misiones en Nuevo México y administró noventa poblados otrora considerados salvajes.

Cuando en marzo de 1994 recorrimos ese estado, además de los de Arizona y Texas, en busca de rastros de las huellas de esta extraña monja voladora, nos tropezamos con tradiciones locales vivas que referían «ejércitos azules», e incluso enclaves geográficos como «la Monja Arrodillada», un picacho con forma de mujer situado no muy lejos de Silver City (Arizona), llamado así en recuerdo de la «dama azul». Tampoco es mal dato que la flor «oficial» del estado de Texas sea el bonete azul (*Lupinus texensis*). Su historia entronca con nuestra monja soriana. De hecho, según una tradición indígena oral recogida por el antropólogo Carlos Castañeda (a quien no debemos confundir con el autor de *Las enseñanzas de Don Juan*), durante la

última visita que hizo sor María de Jesús por aquellos pagos dejó tras de sí un rastro de estas pequeñas flores azuladas, nunca antes vistas en la región.

Hermoso, sin duda.

El «caso Ágreda» es extraordinariamente complejo. No en vano a sus bilocaciones (o *teleportaciones* en cuerpo y alma, ya que se dice que sor María de Jesús se llevó consigo rosarios y cálices para instruir mejor a los indios), hay que sumar una serie de fenómenos místicos que vivió en los años posteriores, y que incluyen, incluso, la recepción de un libro revelado, la *Mística Ciudad de Dios*. Se trata de un compendio sobre la vida de la Virgen que «recibió» en estado de arrobamiento y que llegó a escribir dos veces, después de que su confesor le ordenara quemar el primer manuscrito. Lo que cuenta en ese libro ha servido en fechas recientes como fuente de inspiración incluso en Hollywood, pues Mel Gibson tomó algunas de sus descripciones como referencia para escenas de su largometraje *La Pasión de Cristo*.



En la iglesia anexa al monasterio de las Concepcionistas de Ágreda (Soria) puede verse el cuerpo incorrupto de la «dama azul» descansando dentro de una barroca urna de cristal.

Para colmo, quien desee ver a esta monja hoy, puede hacerlo. No tiene más que dirigirse al convento concepcionista de Ágreda y preguntar por su cuerpo incorrupto. Lo hallará en una urna de cristal que se exhibe en la iglesia anexa al recinto de la clausura. No se pierda tampoco el pequeño museo que las monjas han dedicado a la religiosa, y donde no faltan algunos de los objetos que acompañaron su intensa existencia.

Si decide hacer ese viaje, preste también atención al cartel que le dará la bienvenida a esta acogedora villa a los pies del Moncayo. En él descubrirá que se trata del único pueblo de Europa hermanado con todo un estado de Norteamérica: Nuevo México. Este hermanamiento se firmó en diciembre de 2008 cuando las autoridades de ambas partes comprendieron que sus respectivas tierras llevaban casi cuatro siglos conectadas históricamente por las bilocaciones de esta mujer. No en vano el *Memorial de Benavides*, considerado el primer texto impreso en el que se describieron los actuales territorios de Nuevo México, tiene la reputación de ser su «carta fundacional».

¿Se puede pedir más?

¡Pues sí!



A la entrada de Ágreda puede verse este cartel que informa de que la villa está hermanada con el estado de Nuevo México gracias a las bilocaciones de la «dama azul» en el siglo XVII.

A pesar de que esta monja jamás reveló a la Inquisición o a sus confesores el modo en el que sorteó el océano Atlántico para evangelizar a los indios del suroeste norteamericano, en su autobiografía se encuentran pasajes que, a estas alturas de la

obra, resultan tan reveladores como éste:

(...) Y al tiempo de ejercitar los actos dichos, se me manifestaron estos santos ángeles hermosísimos, rozagantes; y traían una como nube o asiento en que me pusieron; y dijeron que el Altísimo Dios me aguardaba. Lleváronme, a mi parecer, a la región del aire cerca del Cielo, donde me dijeron tantas cosas, amonestándome, reprendiéndome por mis faltas y dándome a entender cuán injusta cosa es ofender a Dios.

¡Cómo iba a faltar una de esas nubes!

Mucho aprendió sor María de Jesús de tales vuelos, pues hasta redactó un tratado «sobre la redondez de la Tierra» (sic), cuyo manuscrito puede consultarse, para pasmo de propios y extraños, en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Y esto es sólo la punta del iceberg del «expediente Ágreda». Realmente, su vida bien merece un libro donde se detallen todos los pormenores que en este capítulo tan sólo han sido apuntados. Algún día...^[1]

Y concluimos.

Es una lástima que el manual de instrucciones tanto de los cofres, de las cruces, de las nubes o de los diablillos se haya perdido en el trasiego de los kilómetros y los siglos. Sentimos, pues, no poder suministrar esta valiosa información, y recomendamos a los viajeros que nos hayan acompañado hasta aquí que para sus desplazamientos sigan haciendo uso de los medios habituales de transporte.

Al menos, no tendrán que rendir cuentas a ningún diablo.

Quinta parte

ENTIDADES

También dijo que ellos (los Santos) siempre la ayudaban en las cosas importantes que hacía, y ello era señal de que eran espíritus buenos.

Preguntada si tenía alguna otra prueba de que eran espíritus buenos, dijo que san Miguel lo confirmó, antes de que las voces llegaran a mí.

Preguntada cómo sabía que era san Miguel. Dijo que por su hablar y decir angelical.

Preguntada cómo, si el enemigo (el demonio) adoptara la forma de un ángel, sabría si era un ángel bueno o malo, dijo que sabría sin ninguna duda si era san Miguel o algo que había tomado su forma. También dijo que la primera vez tuvo mucho miedo, y que le vio muchas veces antes de saber que era san Miguel.

(Testimonio de Juana de Arco dado ante una comisión eclesiástica en la ciudad de Poitiers, en marzo de 1429).

ÁNGELES SOBRE ESPAÑA

¿Existen los ángeles? ¿Son capaces de comunicarse con nosotros? ¿Pueden dejarnos pruebas materiales de su existencia?... ¿Lo han hecho ya? Si confiáramos plenamente en nuestro bagaje folclórico y nos asistiese la seguridad del creyente, responderíamos afirmativamente a todas estas cuestiones. Sin embargo, ése no es el caso. A fin de cuentas, etiquetar de «ángeles» a una serie de personajes de aspecto humano capaces de llevar adelante empresas virtualmente imposibles para el resto de los mortales es sólo una fórmula para disfrazar nuestra ignorancia sobre la naturaleza real de estos visitantes.

De hecho, son muy pocas las certezas que poseemos sobre ellos: a los ángeles, de existir como extensiones naturales de la divinidad, apenas puede distinguírseles de los humanos. Aparecen siempre en momentos de crisis (colectivas o individuales); se camuflan entre nosotros con extrema facilidad y casi no puede reconocérseles por signos externos. Por ejemplo, si desapareciesen delante de nuestras narices o si, pese a buscarles el pulso con ahínco, fuéramos incapaces de encontrárselo... puede que estuviéramos ante uno de ellos. Pero también tal vez nos enfrentáramos a cualquier otro tipo de inteligencia sobrenatural o, claro está, a alguna mala pasada de nuestra mente.

¿Y las huellas de su paso? ¿Dónde están?

Aquellos que gocen del don de la fe, encontrarán la respuesta en estas mismas líneas. Los que carezcan de semejante *privilegio* hallarán, en cambio, nuevos indicios para sostener la certeza de que vivimos en un mundo absolutamente entrelazado con dimensiones sutiles pobladas de inteligencias que influyen sobre nosotros y sobre nuestra historia.

Curiosamente, para unos y otros, los hechos son los mismos.

Éstos.

Siglo XIII: san Rafael de visita en Córdoba

Esta vez, nuestro viaje se inicia en Córdoba.

En la ciudad de la mezquita, el origen de la devoción a san Rafael Arcángel hay que buscarlo en una de esas funestas épocas asoladas por epidemias de peste y otras calamidades, cuando los creyentes buscaban en los santos y las Vírgenes la intercesión que los librara de todo mal. En este caso la historia escrita da fe de los hechos y, aunque los expertos no se ponen de acuerdo en las fechas, que oscilan entre 1274 y 1280, sabemos que esta aventura se inició en medio de un grave brote de

peste.

Por aquel entonces era obispo de Córdoba un tal don Pascual —desconocemos sus apellidos, ya que no fueron ni siquiera grabados en su losa sepulcral— y gobernaba el convento de la Merced un piadoso varón, fray Simón de Sousa, que fue quien presencié la primera aparición del arcángel. Dicen que fray Simón acababa de recuperarse de la peste cuando, de improviso, sintió cerca la presencia de san Rafael, que le habló más o menos en estos términos:

—Dirás al obispo don Pascual (...) que ponga mi imagen en lo alto de la torre de la iglesia catedral y exhorté a todos los feligreses a que me sean devotos y celebren mi fiesta todos los años; que si así se hace, este contagio cesará de todo punto.

Dicho y hecho. Con cierta premura se talló una imagen del arcángel y se colocó encima de la torre de la recién construida catedral —otros dicen que sobre la iglesia de San Pedro— para hacer las veces de veleta. La epidemia, tal y como la aparición había prometido, remitió y la ciudad se consagró de inmediato a su salvador, san Rafael.

Pasaría algún tiempo hasta que el arcángel decidiera dejarse ver de nuevo en Córdoba. Su nueva visita la recibió un sacerdote, Andrés de las Roelas, quien presencié varias de sus apariciones, la última de ellas en el año 1578. El padre Roelas era lo que hoy llamaríamos el prototipo de contactado: tras una seria enfermedad que lo tuvo postrado en cama una larga temporada, en 1577 comenzó a escuchar voces que le impelían a abandonar su lecho. Al sucumbir a la tentación, nuestro protagonista viviría toda una serie de *encuentros cercanos*. «Sal al campo y tendrás salud», le decían las voces. Obedeciendo estos extraños consejos, un día Roelas se tropezó con «cinco mancebos muy apuestos y hermosísimos, vestidos de jubones blancos y calzas del mismo color» que lo reclutaron como intermediario —igual que antes había sucedido con fray Simón— para hablar con el obispo, a quien debía indicar el valor de ciertas reliquias encontradas por esas fechas en los muros de la iglesia de San Pedro. Pero lo que más le sorprendió al buen sacerdote fue el modo en el que zanjaron su conversación con él: «al bajar un poquito mi cabeza y volviendo presto a alzarla para verlos —escribiría más tarde—, ninguno de ellos pareció, con haber un buen trecho de camino llano desde el lugar donde yo estaba, hasta la cañada que desciende al arroyo pedroche».

¿Qué se hizo de ellos? ¿Quiénes eran aquellos mancebos capaces de volatilizarse en un abrir y cerrar de ojos? ¿Ángeles?

Tras este encuentro fue el propio san Rafael quien se presentó al buen padre Roelas a los pies de su lecho y, como si de un moderno «visitante de dormitorio» se tratara, le transmitió su propio mensaje:

—Yo te juro por Jesús Cristo crucificado que soy Rafael, ángel a quien tiene Dios puesto por guarda de esta ciudad.

Con relatos de esta índole no tardó en cimentarse en Córdoba la devoción popular al arcángel. La casa del padre Roelas fue pronto transformada en ermita y más tarde,

en el siglo XVIII, al resultar insuficiente para tanto peregrino, se erigió la iglesia, popularmente llamada del Juramento, predilecta para sus casorios por muchos cordobeses.

Hoy la ciudad está llena de monumentos dedicados a su santo favorito. Los llaman «triunfos» y fueron erigidos a modo de baluartes protectores contra cualquier enfermedad o daño. De hecho, tan celosos son los cordobeses de su arcángel que el escritor Ramírez de Arellano cita una anécdota muy significativa al respecto. Nos cuenta que cuando llegó el cólera a Sevilla, en 1860, cundió el rumor de que se iban a llevar la imagen de san Rafael a esta ciudad para paliar la epidemia. Los vecinos del barrio de San Lorenzo sellaron un acuerdo tácito y empezaron a hacer guardia todas las noches en la plazuela, custodiando el arcángel, armados hasta los dientes con gruesos palos y dispuestos a romper la crisma al primero que osase mover de allí la imagen.



Triunfo de san Rafael, en la trasera de la mezquita de Córdoba.

Hasta ahí podían llegar los sevillanos.

Las pretendidas intervenciones angélicas en tiempos de crisis no suponen casos aislados en la historia sagrada de nuestro país. A la chita callando, éstos han

protagonizado actuaciones soberbias, induciendo directamente al culto de una determinada imagen o santuario.

Fijémonos en una zona concreta. Siglos antes de que aparecieran los modernos ángeles de Paiporta, en Valencia, de los que nos ocuparemos a continuación, ángeles de aspecto humano ya dejaban sentir su presencia por esos lares. El día 8 de enero de 1392, un supuesto emisario celeste —joven y hermoso— se apareció en Aiora a una anciana llamada Liñana, ordenándole regresar a la ciudad y decir al pueblo que hiciese todos los años una procesión de rogativa al lugar de la aparición y, así, terminaría la peste y el hambre que asolaban la localidad. Al manifestar doña Liñana al ángel que seguramente no la creerían, éste le escribió unas letras en la palma de la mano, señal que sirvió para convencer a los incrédulos más recalcitrantes. Es una más de esas visitas misteriosas que dejan su huella...

Sólo una.

¿No fue acaso otro ángel, disfrazado de peregrino, el que talló a Nuestra Señora de la Araña, venerada en el altar mayor de la parroquia de Bordón, Teruel, a principios del siglo XIV? ¿O no fueron ángeles los que realizaron la magnífica talla de Nuestra Señora del Hondón de las Nieves, en Alicante? ¿O los mismos que elaboraron la imagen de la Virgen de los Desamparados, la actual patrona de la ciudad de Valencia? La historia, muy escueta, relata que en 1409 se creó la cofradía de Nuestra Señora de los Inocentes y de los Desamparados, fundada por fray Juan Gilabert (o padre Jofré, de la Orden de los Mercedarios) para tutelar a los niños abandonados, los pobres y los locos, precediendo a los primeros manicomios españoles en más de cien años. Pues bien, la tradición asegura que los cofrades no tenían dinero suficiente para comprar una imagen de la Virgen que poner en su capilla, pero un buen día llegaron tres devotos peregrinos que se ofrecieron a tallar esta imagen en una sola noche a cambio de comida y cama.

Al día siguiente, al ver que los tres extraños jóvenes no daban señal de vida, derribaron la puerta del cuarto y tan sólo encontraron la imagen que hoy adoran los valencianos. Para colmo de prodigios, se cuenta que uno de los que entraron en la habitación fue una mujer ciega de nacimiento, que recuperó milagrosamente la vista durante el «asalto».

Es cierto que los datos y las fechas de este tipo de relatos son a menudo imprecisos. La mayoría se refieren a extraños personajes que se comprometen a esculpir una talla de la Virgen Madre en tan sólo uno o tres días, para luego esfumarse sin dejar rastro. Ahora bien, no siempre los relatos que nos han llegado son tan incompletos y etéreos... Uno de ellos, sin que sirva de precedente, es bastante exacto.

Sucedió así.

Convento del Corpus Christi (Zamora)

2 de mayo de 1619, 8 horas

Se dirigen al convento dos hombres con aspecto de romeros. Tras responder al habitual saludo de «Avemaría purísima», los desconocidos se presentan a sor Petronila, la hermana tornera, asegurándole que son peregrinos que vienen de Santiago de Compostela y que desean hablar urgentemente con la priora.

—Reverenda madre —se explican más o menos en estos términos—, hemos venido a tallar para su comunidad una imagen de Nuestra Señora en su glorioso Tránsito, y le rogamos nos permita esculpirla a la mayor brevedad posible.

—¿Cómo puede ser eso? —musita sor Ana de la Cruz, la abadesa del convento en cuestión—. ¿Acaso podéis penetrar en los pliegues de mi pensamiento?

—Vuestro pensamiento —responden los romeros con elegancia— ha burlado el espesor de los muros del convento.

El ofrecimiento de los peregrinos debió de extrañar doblemente a sor Ana. Por un lado, aquellos dos hombres no pedían nada a cambio de su trabajo, pero, por otro, su propuesta encajaba con el oculto y arraigado deseo de la religiosa de dotar a su recién estrenado convento de una imagen similar a la que poseía en su casa original de Gandía y que correspondía, precisamente, a Nuestra Señora del Tránsito.

¿Cómo habían podido averiguar, pues, dos extraños las privadas intenciones de la priora del convento? Y, sobre todo, ¿a quién debía inculpar sor Ana de semejante indiscreción?



En el convento del Corpus Christi de Zamora se conserva esta imagen de Nuestra Señora del Tránsito. Se cree que fue tallada en 1619 por dos ángeles en un tiempo récord.

Lo único que sabemos hoy de ese episodio es que aquellos dos peregrinos debieron de tocar de inmediato la fibra sensible de la abadesa, ya que ésta, en virtud de una norma de la clausura que permite abrir sus puertas a obreros, les flanqueó, sin demasiados remilgos, el paso hasta una estancia del recinto donde pudieran trabajar tranquilos. Los romeros, eso sí, establecieron una única condición antes de iniciar su tarea: que en ningún momento fueran molestados por la comunidad de monjas y que éstas no curioseasen mientras estuvieran tallando la imagen.

Aceptada tan simple condición (suponemos que con entusiasmo), los improvisados artistas se encerraron de inmediato en la celda asignada y prometieron dejar terminada la imagen en el arco de tiempo que va desde las ocho de la mañana, en que llegaron, a las cinco de la tarde de aquel mismo día.

... Y las horas pasaron.

Tal y como prometieron, aquellos extraños visitantes no dieron señales de vida durante toda la jornada. En ningún momento pidieron agua o alimentos, y, a cada hora que transcurría —en total silencio, por cierto—, la impaciencia de las monjas iba en aumento; no en vano, las hermanas albergaban en su convento a dos varones que eran unos perfectos desconocidos para la comunidad.

¿Y si...?

Dice una tradición apócrifa acuñada al amparo de este episodio que, finalmente, una de las monjas, sin poder refrenar su curiosidad, y poco antes de expirar el plazo pactado, se asomó por la cerradura de la celda y fue incapaz de distinguir a nadie en su interior. Tras forzar la cerradura, tuvo que rendirse a la evidencia: los dos extraños, sencillamente, se habían volatilizado dejando la puerta cerrada por dentro. Es más, para colmo de males, aquella estancia no disponía de ninguna otra salida, lo que contribuía a hacer aún más inescrutable su aparente fuga.

¿Adónde habían ido a parar?

Las monjitas no tardaron en encontrar la respuesta más adecuada para la ocasión. Según ellas, los dos visitantes, al sentirse espiados, optaron por desaparecer (!). Y eso que, pese a todo, dejaron allí una hermosa imagen de la Dormición de María en su Asunción a los cielos en cuerpo y alma, aunque —y ahí nace la leyenda— inacabada: al parecer, la talla tenía un dedo menos, sin duda debido a la precipitación con la que los escultores hubieron de dejar el convento al sentirse vigilados.

Ni que decir tiene que la comunidad de clarisas quedó convencida de que sólo podían ser ángeles los que reprodujeron con tanta perfección y en tan poco tiempo esa talla.

¿Quién si no?

La leyenda, no obstante, presenta algunas contradicciones con la verdad histórica.

Cierto es que en el actual convento del Corpus Christi de Zamora las monjas

clarisas custodian una imagen de la Virgen del Tránsito tallada en el siglo XVII. Ciertamente, también, que no se tiene constancia alguna de quién o quiénes fueron sus tallistas, e incluso existe cierta «seguridad» histórica de que fueron dos escultores, que se desvanecieron misteriosamente, los que dieron forma a esta Virgen. Pero es falso que a ésta le falte un dedo.

Cualquiera que se tome la molestia de asomarse a la capilla acristalada que protege hoy en día esta talla y que se encuentra ubicada justo encima del altar mayor de la iglesia conventual rodeada por un corredor hexagonal, comprobará lo que afirmamos: la imagen posee intactos sus diez dedos.

—Lo de las *monjas-más-curiosas-de-la-cuenta* se lo inventó un sacerdote que estuvo destinado hace años en el convento —nos explicó durante nuestra visita una de las hermanas clarisas que atiende al público al que vende dulces y recuerdos de la Virgen del Tránsito.

—¿Y lo de los ángeles...?

—Lo de los ángeles es cierto —se apresura a aclararnos—. Fíjense ustedes que todavía hoy no sabemos aún de qué material están hechas las manos y el rostro de la imagen.

Maestros de obras caídos del cielo

Adónde fueron a parar aquellos misteriosos tallistas de vírgenes yacentes tras esfumarse en el aire es todavía un misterio. Nuestras investigaciones, no obstante, nos han permitido localizar un relato similar, en fechas próximas al episodio de Zamora, en la provincia de Soria. Y una de dos: o estamos ante un suceso que tal vez pueda ayudarnos a esbozar con cierta base la existencia de un «plan angélico» en la Península en aquellos remotos días y el posible recorrido de los dos ángeles dados a la fuga o, por el contrario, hemos tropezado con el talón de Aquiles de una hasta ahora desconocida *leyenda urbana* de la época.

Sea como fuere, las pistas históricas que hemos recogido indican claramente que aquellos prodigiosos escultores de Zamora —o algunos colegas suyos— se presentaron poco después en el pueblo soriano de Ágreda con la sana intención de solucionar otra difícil papeleta a la familia Coronel —la misma de la «dama azul»—, envuelta, cómo no, en un nuevo asunto de interés religioso.

Centrémonos.

A principios de 1618, un administrador de fincas llamado José Coronel y su esposa, Catalina de Arana, decidieron romper su matrimonio por una causa pía: cada uno de ellos optó por ingresar en una orden religiosa, arrastrando tras de sí, en los años sucesivos, a sus respectivos hijos. El padre y sus descendientes varones tomaron los hábitos de San Francisco, mientras que la madre y sus dos hijas terminaron vistiendo los de la Orden Concepcionista Franciscana, fundada por santa Beatriz de

Silva.

La cosa no se detuvo ahí. Desde su separación, el mayor empeño de la nueva sor Catalina fue erigir un convento en Ágreda. Sin fondos y con la economía maltrecha por la disolución del núcleo familiar, la empresa se antojaba imposible. Pero para el Altísimo nada hay inviable.

Antes de iniciarse las obras del futuro convento de las concepcionistas, la fortuna familiar se reducía apenas a siete mil ducados. Las autoridades del pueblo donaron mil más para el proyecto; los nobles, dos mil, y las aldeas vecinas de Ágreda, otros mil. En total apenas once mil ducados que se fundieron en los primeros meses de puesta en marcha de las obras.

Fue entonces cuando comenzó a pasar de todo.

Los trabajos, que se prolongaron desde 1618 hasta la inauguración del edificio en 1633, vieron toda suerte de prodigios: obreros que caían de sus andamios y no acusaban daño alguno; desprendimientos que sepultaban operarios sin menoscabo tampoco de su salud... y hasta las extrañas bilocaciones de una de las jóvenes novicias del futuro convento. Se trataba de la ya mencionada sor María de Jesús de Ágreda, hija mayor de sor Catalina y destinada a dar mucho que hablar en los años siguientes. Pues bien, al parecer, la joven inspeccionaba en estado de bilocación — esto es, sin que su cuerpo abandonara la clausura— la marcha de las obras, enmendando después la plana a los propios constructores.

Pero entre todos estos prodigios hubo uno que destacó por encima del resto: en medio de los obreros llamaban poderosamente la atención dos individuos que ni cobraban su soldada ni apenas se relacionaban con el resto. Sor María de Jesús de Ágreda, en su incompleta autobiografía, recuerda así los hechos: «Fue opinión que dos hombres que trabajaban con título de maestros de obras por todo el tiempo de la fábrica con mucho afán, desinterés y silencio, fueron ángeles, porque sin cobrar sus cantidades se desaparecieron sin más gasto que lo poco que comieron».

¿No recuerda esta actitud poderosamente a la de los dos evanescentes tallistas de Zamora? Hoy, el único recuerdo del paso de estos «maestros de obras» es el extraño escudo que preside la puerta del convento agredano. Se trata de un blasón que muestra dos cabezas tocadas con sendos turbantes (¿ángeles islámicos?), separadas por un diamante en el centro y un león rampante. Un escudo, por cierto, sobre el que nadie en Ágreda parece saber nada.



Este extraño escudo es la única pista que nos queda de los dos misteriosos ángeles que trabajaron en el convento de Ágreda (Soria), donde más tarde tendrían lugar muchos de los prodigios de la «dama azul».

¿Ángeles en el siglo xx?

A estas alturas de nuestra exposición, el lector se preguntará con toda justicia: ¿y hoy?, ¿ya no se aparecen ángeles en nuestros tiempos? Al tiempo que investigábamos para este libro las apariciones angelicales que mayor rastro han dejado de su paso (sea éste real o legendario) en la historia de España, nos encontramos con la sorpresa de que justo ahora, en plena era tecnológica, cada vez existen más personas que defienden haberse encontrado cara a cara con ángeles.

El fenómeno no es, desde luego, sólo hispano: en 1978 una encuesta del Instituto Gallup revelaba que aproximadamente la mitad de la población norteamericana creía en la existencia de los ángeles; quince años más tarde, en 1993, la revista *Time* elevaba esa cifra a un 69 por ciento. Y lo que es aún más significativo: otro sondeo realizado en Estados Unidos por el semanario *Newsweek* en noviembre de 1994 aseguraba que un 13 por ciento de la población de ese país creía haber sentido cerca la presencia de estos emisarios divinos.

Los *nuevos* ángeles apenas se diferencian en nada de los que nos visitaron en siglos precedentes. Como sus antecesores, se disfrazan con facilidad de humanos y pasan completamente inadvertidos entre nosotros; aparecen, como siempre, en momentos de crisis y hasta se adelantan a los acontecimientos haciendo toda clase de vaticinios.

De ello dan fe, por ejemplo, los familiares más ancianos de Ángel García, un comerciante actualmente afincado en Talavera de la Reina (Toledo) y que hace años fue el centro de una curiosa intervención angélica. Él mismo recordaba —cuando lo entrevistamos en 1990— cómo su abuela Elvira Niguerol, el 1 de octubre de 1934, se tropezó de bruces con un pequeño «ángel» que cabalgaba a lomos de una esfera luminosa y que le anunció que su hija Gervasia estaba a punto de dar a luz.

—Quien nació fui yo —recuerda Ángel—. Aquel «niño» le dijo a mi abuela que debían bautizarme con el nombre de Ángel. Y así lo hicieron.

—¿Pasó algo más?

—La verdad es que no sé decirles. Lo que siempre me dijo mi abuela es que yo era su nieto favorito, porque se le había aparecido un ángel que le había anunciado mi nacimiento.

Esta historia es algo más que una anécdota. En la partida de bautismo de Ángel García, que se conserva en uno de los libros de la parroquia cacereña de Garganta la Olla (donde, por cierto, tuvieron lugar estos hechos), se refiere literalmente el «milagro» y cómo tanto familiares como el sacerdote se apresuraron a cumplir con las instrucciones venidas del cielo.

¿Consecuencias? Quizá la sensación de permanente «protección» que desde entonces embarga a Ángel... o que hace algunos años le tocara un buen pellizco en la lotería.

Y si de sorteos y ángeles hablamos, es obligatorio referirse a Paiporta, un pequeño pueblo valenciano que se hizo famoso en la Navidad de 1989 por recibir el «gordo» de la lotería y que, meses más tarde, redoblaría su fama por un asunto angelical. Y eso que, al parecer, estos escurridizos emisarios celestes comenzaron a dejarse ver por aquellos pagos ya a finales de 1987. Se aparecieron siempre a los mismos cuatro jóvenes, aunque sus experiencias no saltaron al dominio público hasta febrero de 1990. De hecho, menos de dos semanas después de sus primeras y explosivas declaraciones, tuvimos la ocasión de entrevistarnos por primera vez con estos peculiares «contactados», y reconstruir más o menos pormenorizadamente lo que les ocurrió.

Los ángeles del fin del mundo

—La primera vez que vimos un ángel fue en un bar de Paiporta, el Vora Barranc —comienza a relatarnos Luis Miguel Vilella, que entonces tenía veintiún años—. Fue el 25 de noviembre de 1987, y en el bar entró un hombre que se nos acercó, se sentó en nuestra mesa y nos dijo: «Yo soy el ángel Samahel».

—¿Qué pensasteis entonces?

—No mucho. La verdad es que le dejamos hablar y fue entonces cuando comenzó a decirnos cosas de nosotros que nadie sabía y a anunciarnos pequeñas situaciones

que nos ocurrirían en las horas siguientes.

—¿Y cómo era ese tal Samahel?

—Como nosotros. No tenía alas ni nada de eso —bromea José Nieto, otro de los chicos qué entrevistamos al poco de suceder los hechos—. Vestía unos vaqueros y una camisa normales, aunque su mirada sí era muy intensa.

Tal y como había predicho el «ángel», en las horas siguientes y durante toda la mañana de la jornada posterior, tuvieron lugar los acontecimientos que les anunció a los jóvenes. Además de Luis Miguel y de José, también José Antonio Gracia y Paqui Méndez (entonces, de veinticuatro años cada uno) comprobaron cómo los resbalones «profetizados», la llegada de cartas de familiares lejanos y hasta los pequeños incidentes laborales anunciados, se cumplieron con total precisión.

Madrid, 11 de febrero de 1992

EL MUNDO/13

SOCIEDAD

En Paiporta, el suceso se vive entre la incredulidad y el escepticismo — Los «ángeles» con los que mantuvieron contacto tenían apariencia de personas normales — Afirman ser completamente distintos desde la primera aparición



Los cuatro jóvenes valencianos, durante la presentación de «El libro de las dos mil páginas».

Cuatro jóvenes visionarios valencianos dicen que el fin del mundo está próximo

Así se lo han dicho decenas de ángeles, con los que hablan desde hace 2 años

EL MUNDO

PAIPORTA (VALENCIA).— Cuatro jóvenes de Paiporta, pequeña localidad al sur de Valencia, afirman ser visionarios de «ángeles» que dicen que el fin del mundo está cerca.

Luis Miguel Viera Rosas, José Nieto Sainz, José Antonio Gracia Yébenes y Francisca Méndez Sánchez, una estirpe de campesinos entre 23 y 24 años, afirman haber sido adivinados por ángeles que les han dicho que el mundo acabará en un día y se identificarán como el «ángel Samahel».

Los cuatro se refieren a finales de 1991, cuando tuvieron su primera «aparición». «Él que no vino a anunciar, pero vino un ángel, fue la singular imagen de presentación de Samahel, que para apoyar su afirmación comenzó a revelar detalles sobre la vida futura de los jóvenes, pero después de eso».

También los cuatro coinciden en afirmar que los ángeles que les han dado papeles para publicar el libro, sólo les han permitido mostrar algunos

de los que aseguran permanecerán completamente secretos.

En Paiporta el suceso se vive entre la incredulidad, el escepticismo y la curiosidad. Uno con las predicciones que han recibido los «ángeles», pero la mayoría están convencidos de que se trata de un invento.

Aunque la policía local nota credulidad a las palabras de los muchachos, y la Iglesia no ha querido pronunciarse sobre el asunto, Luis José, José Antonio y Francisca prometen que su difícil tarea de dar a conocer el futuro que les han anunciado los cincuenta «ángeles» que dicen haber conocido en estos dos años.

Afirman que todos los «ángeles» con los que mantienen contacto

eran un tipo de personas normales que se les aparecieron en los momentos de mayor necesidad.

«Tiempo después quisieron que nos pagaran cuando damos una conferencia o que nos pagara como un sacerdote o un músico. Nosotros, sin embargo, muy bien por el trabajo que están haciendo, en dar a conocer lo que nos han anunciado, somos muy interesados», afirma José Antonio Gracia, de 23 años, pero quien la vida ha cambiado radicalmente en estos últimos dos años.

José Antonio ha dejado su trabajo para dedicarse todo su tiempo a intentar lo que los ángeles dicen que les han anunciado.

Son tres compañeros en esta se-

gunda jornada también afirman ser completamente distintos desde la primera aparición.

Actualmente creaban una serie de grupos de muchachos de Jula, otros «ángelos» que conocieron a los «ángeles» hace años y que por necesidad de ellos abandonaron los cursos y se dedicaron a preparar un viaje a por donde iban a Valencia.

Los jóvenes de Paiporta coinciden regularmente en la vista de los «ángeles» que les dictaron predicciones, con los cuales han escrito un libro titulado «El libro de las dos mil páginas», en el que revelan los detalles que los ángeles dicen que les han anunciado.

Los encuentros en el trabajo, en la casa, en la calle, pero donde más frecuentemente se les han aparecido en los propios domicilios, ante el asombro de otros familiares que ahora apenas crean la cosa la «visión» de los muchachos.

«Durante un año y medio nos hemos visto en nuestras casas, pero nos prohibieron mostrar nada hasta que nos dijeran que podíamos hacer películas nuestro testimonio», dice Francisca.

Según José Antonio Gracia, «desde los ángeles que nos visitaron por primera vez, hemos ido conociendo a los ángeles que les han anunciado y los ángeles humanos y el porqué de la decadencia del hombre, y es lo que hemos recogido en el libro».

Atención, viene el milenio

En mayo del 88, uno de los «ángeles» les aseguró que la tarea que tenían por delante era difícil porque tendría que hacer frente al escepticismo de la gente. Los jóvenes paiportinos, que en febrero pasado de la localidad al sur de Valencia, afirmaron ser visionarios de «ángeles» que dicen que el mundo está cerca, han publicado un libro que han titulado «El libro de las dos mil páginas». En el libro se revelan los detalles que los ángeles dicen que les han anunciado. Los jóvenes de Paiporta coinciden regularmente en la vista de los «ángeles» que les dictaron predicciones, con los cuales han escrito un libro titulado «El libro de las dos mil páginas», en el que revelan los detalles que los ángeles dicen que les han anunciado.

No es difícil de imaginar que este «suceso» se haya divulgado, pero los jóvenes en su opinión creen que los ángeles predicaron el comienzo de San Francisco, la llegada de la Botsa misionera, y, años antes, a los «ángelos» que, en la aparición del SIDA, anunciaron la aparición del «ángel».

Como cada día de estos, la última hora del mundo aparece entre la credulidad de unos y el escepticismo de otros. Los profetas de «El libro de las dos mil páginas» afirman además catástrofes, terremotos y un total desmoronamiento.

La única salvación podría ser volver a algo tan simple como «cruzar a los demás la mano que nos guarde que nos salvemos».

Das mil palabras de los ángeles

Después de la primera aparición, los jóvenes aseguran haber mantenido contacto con cincuenta «ángeles» más, que les han dictado un libro de dos mil páginas en el que revelan el futuro del mundo, y que el mundo volverá a ser pacífico durante una conferencia en el Ayuntamiento de su ciudad, ante un millón de personas.

El volumen en su totalidad de predicciones está terminado, que se acabará en el fin del mundo. Dice: «La democracia se producirá antes de lo que la gente espera, y dentro de 1990 se están haciendo de hecho en el momento que la crisis no podrá escapar».

La última aparición que reveló los cuatro visionarios se produjo hace un mes, cuando se les había anunciado «El libro de las dos mil páginas», cuando volvieron manifestando que reveló las predicciones y visiones que los «ángeles» les dictaron.

«El libro de las dos mil páginas» también se titula «Apocalipsis». El día en que creamos, y dado el momento que está pasando, este tipo de futuro, algunos dicen que se han inventado por el poder.

Para José Antonio, «desde los ángeles que nos visitaron por primera vez, hemos ido conociendo a los ángeles que les han anunciado y los ángeles humanos y el porqué de la decadencia del hombre, y es lo que hemos recogido en el libro».

Esa tarde —la del 26 de noviembre de 1987—, Samahel llamó a la puerta de Paqui Méndez y volvió a dirigirse a los cuatro amigos. Esta vez, desarmados por las «evidencias», se dispusieron a escuchar con toda atención sus indicaciones. A fin de cuentas, según Samahel, el Altísimo tenía la intención de dictarles un manuscrito en el que se revelarían los profundos cambios que había de vivir la humanidad en el futuro, y que el grupo debía custodiar hasta que llegara el momento de darlo a conocer.

Dicho y hecho.

Durante meses —exactamente hasta agosto de 1989—, varios supuestos ángeles desfilaron por casa de Paqui para proceder al dictado del *Libro de las dos mil páginas*, como pronto se conocería ese manuscrito. Los «profesores» presentaban un aspecto perfectamente humano; llegaban al domicilio de Paqui, procedían al dictado de la «lección» correspondiente y se marchaban sin dar mayores explicaciones. Sus profecías —al menos las que se autorizó a revelar al grupo de cuatro «contactados»— no pudieron ser más desatinadas: anunciaron tres días de oscuridad total antes de 1992, un *crack* de la bolsa de Tokio que cambiaría el sistema económico mundial en 1993 y la muerte de Juan Pablo II en 1990. Predijeron también que antes de la llegada del año 2000 entraríamos en lo que los ángeles denominaron los «mil tiempos», durante los cuales la Tierra se transformaría en una suerte de desierto donde «el agua no se podría beber, las fuentes se secarán, los ríos se convertirán en barro, se extinguirán muchas especies y amenazará al mundo una bancarrota mundial que provocará guerras por el dinero, la comida y el agua».

El fracaso evidente de todas estas profecías no mermó, sin embargo, la credibilidad del grupo en determinados círculos. Asentados en Mallorca, estos «receptores», unidos a otro grupo anterior que comenzó a tener experiencias similares en Úbeda (Jaén) desde principios de la década de 1980, siguen dictando conferencias sobre los ángeles y su mensaje catastrófico. Allí hasta donde hemos podido documentar, el líder del colectivo parece ser Miguel Ángel López Melgarejo —pintor y marido de Paqui Méndez—, quien, desde el principio, fue el «cerebro gris» del grupo de Paiporta y quien, también desde el principio, guió al grupo desde la sombra gracias a sus experiencias personales, que se remontan a 1974 (véase tabla adjunta). Hoy, además, Miguel Ángel se sabe conocedor de una suerte de «lenguaje angélico» al estilo del manejado por el ocultista inglés John Dee en el siglo XVI, y custodia aún el *Libro de las dos mil páginas*, que todavía no ha visto la luz en su versión íntegra.

Sin duda, lo que resulta más llamativo de los contactos de Paiporta es que se establezcan «cara a cara». En esta ocasión no es la escritura automática, ni la ouija, ni siquiera un estado de trance, el que permite la comunicación. ¿Podemos, pues, hablar de simple fraude? El asunto —como todos los que aborda este libro— no es tan sencillo. No en vano, se han denunciado apariciones angelicales «de carne y hueso» a

lo largo de toda la historia. Ya en la Biblia estos emisarios se presentan con aspecto humano, hasta el punto que cuando dos de éstos visitan a Lot en Sodoma, los habitantes de la ciudad los reclaman para sus perversiones sexuales como si fueran humanos como ellos (Gén., 19,5). Sólo los ejemplos bíblicos podrían consumir todas las páginas de este capítulo. Y eso, por no hablar de episodios muy posteriores que tuvieron como escenario suelo español, tal y como demuestra el relato ya citado del sacerdote cordobés Andrés de las Roelas... u otros más cercanos en el tiempo.

Los ángeles y el «tablero mágico»

Sucedió a partir de octubre de 1995. En esa fecha, dos mujeres, Ana y Rosa Natalia Poveda, esta última acupuntora y residente en Fuenlabrada (Madrid), comenzaron a practicar la ouija con un tablero comercial llamado Círculo mágico. Buscaban comunicarse con algún «maestro». Sin embargo, lo que les sucedió fue algo bien inesperado: quienes se presentaron a través del tablero fueron los ángeles Anael y Napael, que pronto se hicieron con el control de las «comunicaciones».

Según el tablero, Anael era un ángel «del elemento aire» encargado de «abrir el canal» de comunicación con otras realidades cada viernes, día en el que se reunían desde las cuatro hasta la puesta de sol. Napael era «el ángel relacionado con el fuego cósmico». Ambos fueron los encargados durante años de «abrir los canales» para que entraran otros ángeles y se estableciera la comunicación con otras realidades superiores...



Rosa Natalia Poveda asegura estar en comunicación con los ángeles desde 1995 gracias a una versión moderna

—La verdad es que todo sucedió muy deprisa —nos explicó Rosa—. Anael nos enseña en poco tiempo muchas cosas e incluso nos pide que viajemos a Tenerife, en concreto a un lugar llamado el barranco de Badajoz, para recibir más información. Allí nos sucederá de todo.

El barranco de Badajoz no es un lugar cualquiera. Para los amantes del misterio se trata, probablemente, de uno de los lugares más mágicos de Tenerife, ubicado no demasiado lejos de las célebres pirámides de Güímar. Allí, Rosa y Ana escucharon extraños sonidos que incluso lograron grabar en magnetófono, vieron los destellos luminosos que periódicamente alumbran la zona y hasta percibieron la presencia física de tres seres. A uno de ellos lo identificaron incluso como el «guardián del barranco», quien les anunció que aquél era un lugar sagrado de paz y oración, controlado por ángeles, y les transmitió su propio símbolo secreto. Hasta les reveló que a este enclave lo llamaban Kallomani, «la tierra del hombre libre».

La relación de estos contactos angélicos con un lugar de poder como el barranco es única en los anales de la angelología ibérica. Y esa vinculación no debe ser pasada por alto. A fin de cuentas, en ese lugar, fotógrafos profesionales de Tenerife como Tello Bermejo han captado con sus cámaras extrañas «energías luminosas» después de escuchar sobre *sus cabezas una especie de aleteo*. Este episodio, que se remonta al 1 de julio de 1991, marcó profundamente a Tello, ya que desde entonces volvería a captar estas raras formaciones luminosas en infinidad de ocasiones...

Pero regresemos al «caso Rosa Natalia».

Antes de finalizar 1996, sucedió algo poco frecuente en esta clase de contactos. Anael, siempre a través de la ouija, pidió a Rosa y a su grupo que localizasen a Miguel Ángel López Melgarejo, porque deseaba hablarle a través de ese medio. Finalmente, gracias a una amiga periodista común, localizaron al entonces líder del grupo de Paiporta —ya afincado en Palma de Mallorca— y le convocaron a un «contacto» en Fuenlabrada... al que finalmente accedió. Y ahí surgió lo insólito. Miguel Ángel puso su dedo sobre el vaso y «reconoció» a Anael como uno de los personajes que años antes se le habían dado a conocer en Jaén y Valencia. Incluso Anael le recriminó por «tenerle olvidado» y prestar mucha más atención a otro ángel, Uriel. Ya se sabe: los ángeles no tienen sexo... pero son celosos.

—En septiembre de 1996 nos premiaron —confesaba en una conferencia pública Rosa Poveda—. Habíamos ido a Tenerife a pasar una semana y a dar tres conferencias. En la última, al terminar la charla, invitamos a los asistentes a hacer una meditación y, después, una persona que no conocíamos, pero que notamos familiar, se acercó a cada uno de nosotros y nos tocó donde debía. Tenía un carácter raro: tan pronto estaba serio como bailaba en medio de la calle... Y sólo supimos quién era cuando volvimos a Madrid y restablecimos contacto con la ouija. Era Anael, por supuesto.

Rosa Natalia Poveda sigue hoy manteniendo «contacto» con esos ángeles. De

hecho, en 2007, en una de nuestras últimas conversaciones con ella, la descubrimos muy atareada organizando una serie de seminarios a los que llama «talleres angélicos». Todavía visita con regularidad el barranco de Badajoz.

ENTIDADES PROTECTORAS

Viajar tiene sus riesgos. Y si no, que se lo pregunten a quienes sufrieron en sus carnes el temporal de nieve y frío siberiano —así lo calificó la prensa— que padeció España entre finales de 1996 y principios de 1997.

A nosotros la ola gélida nos pilló en plena «faena».

Nuestra ruta para aquellos días de invierno consistía en un circuito de unos 1.370 kilómetros, que debía llevarnos a localidades tan dispares y poco turísticas como: Rojas, en Alicante; El Picazo, en Cuenca, y Arroyo Sujayal, en Albacete. En nuestros cuadernos de bitácora estos tres enclaves estaban unidos entre sí por un sutil hilo invisible. Y es que, en todos ellos, entre 1896 y 1979, habían tenido lugar tres hechos muy parecidos —si no idénticos— y vinculados a lo sobrenatural. Se trataba de otras tantas presuntas apariciones de la Virgen que, lejos de ser vistas por videntes vociferantes o presentadas como garantía de fe por nadie, tuvieron como protagonistas a tres niñas de corta edad cuyas vidas fueron inexplicablemente salvadas por «señoras» que las protegieron del frío y de las inclemencias del tiempo.

Habíamos leído historias semejantes a éstas en siglos pasados, pero siempre las consideramos meras leyendas. Ahí estaba el caso del bandolero malagueño Zamarilla, salteador de caminos que se echó al monte. Una noche de luna llena, perseguido por la Guardia Civil, entró en la solitaria ermita de la Virgen de la Amargura con la idea de refugiarse en ella y allí se encontró con que la Virgen no era una imagen de madera sino una entidad real, casi humana, que lo protegió y arropó bajo su manto. Cuando la Benemérita entró en la ermita todo estaba en orden, los agentes no vieron al bandolero por ninguna parte y se marcharon sin detenerlo. Zamarilla, dándose cuenta del milagro, se echó a llorar y agradecido le colocó a la Virgen un clavel blanco en el corazón que inmediatamente se tornó rojo.

Incluso, mucho antes en el tiempo, en torno al año 1539, sabíamos que, en un pueblo de Málaga llamado Gaucín, ocurrió otro milagro que tuvo como protagonista a una nueva entidad protectora. Un hombre llamado Juan Ciudad Duarte, de unos cuarenta años, se hizo famoso al destruir los libros que vendía en su establecimiento y vagar desnudo por el campo. Aquel acceso de locura tenía su origen en una misteriosa vivencia: un día Juan se extravió por la serranía malagueña y, desesperado, pidió a Dios que le sacase de allí. Se encontró entonces con un niño al que tomó auestas. Al llegar a una fuente, el niño desapareció dejando a nuestro protagonista sumido en un profundo arrobamiento. Cuando volvió en sí, Juan distinguió una imagen semioculta en la maleza con el mismo rostro del pequeño que había transportado momentos antes. El resto sigue el cliché estándar de estos casos: al poco lo encontraron unos vecinos y en ese mismo lugar se levantó una ermita. Juan, claro, terminó profesando en una orden religiosa.

Hablamos nada menos que de san Juan de Dios, el fundador de los Hermanos Hospitalarios.

Mucho más que leyendas

¿Todos estos casos donde se narraban encuentros con entidades protectoras eran simples leyendas? Pretendíamos salir de dudas de una vez por todas.

Curiosamente, los tres incidentes que queríamos investigar *in situ* tuvieron lugar en fechas muy similares entre sí (esto es, entre el final de las Navidades y el inicio del Año Nuevo de 1896, 1943 y 1979, respectivamente), sin que jamás existiera conexión alguna entre las tres protagonistas o sus familias. Y lo que es más inquietante: a medida que fuimos arañando en la superficie de estos tres casos nos dimos cuenta de que probablemente sólo habíamos acariciado la punta de un inmenso iceberg inexplorado. Una clase muy particular de fenomenología —a la que hemos convenido en denominar genéricamente *entidades protectoras*— que no forma parte de ninguna leyenda urbana o contemporánea surgida de la imaginación popular, sino que pertenece al dominio absoluto de lo real. Con todo lo que ello implica.

Los hechos que hemos podido comprobar en nuestro propio país se iniciaron más o menos así.

Rojales (Alicante)

Sábado, 18 de enero de 1896

Cayetano Hernández, más conocido como Tano «el herrero», y su esposa Engracia reciben visita en su casa. Se trata de unos parientes cercanos que han decidido acercarse al domicilio de la familia Hernández para merendar y matar así el hastío de las tardes de invierno. Entre los adultos que se han dado cita allí juguetea la pequeña Encarnación, una niña de apenas tres años que, fascinada por la visita de sus parientes, acude a despedirles a la puerta de su casa, en la calle del Pozo (hoy Héroes de África). Inesperada e inadvertidamente, la menor marcha tras ellos sin que nadie se percate de su decisión.

Poco tiempo más tarde, Engracia, la madre, se da cuenta de la ausencia de la pequeña. La llama por toda la casa y, tras confirmar que no se encuentra tampoco con los familiares que acaban de visitarla, da la voz de alarma creyendo que la pequeña ha salido del domicilio familiar sola y sin abrigo.

La preocupación es lógica. Encarnación no conoce el pueblo; puede haberse desorientado exponiéndose a las alimañas y a las bajas temperaturas. Las cuadrillas de voluntarios rastrean los montes cercanos a Rojas hasta que, bien entrada la noche, deciden suspender la búsqueda y reiniciarla con los primeros rayos de sol del día siguiente.

No hay nada que hacer.

Entrado el nuevo día, se repiten las rondas por los mismos lugares que fueron «peinados» la tarde anterior. Barrancos, cañadas y hasta las orillas del río Segura son examinados con cada vez menos esperanzas de encontrar a la niña con vida. Pero la providencia es caprichosa. Finalmente, cuando casi todo indicaba que se produciría un desenlace fatal, Encarnación aparece en el fondo del llamado barranco del Búho. Inexplicablemente ilesa, caliente —las temperaturas nocturnas bajaron de cero grados durante la madrugada— y en perfectas condiciones anímicas.

¿Qué había sucedido? ¿Dónde estuvo Encarnación protegida de las inclemencias del tiempo?

—Nuestra madre nos contó muchas veces aquella historia —comienza a relatarnos Engracia Feliu Hernández, segunda hija de la niña desaparecida, de setenta y tres años cuando la entrevistamos en 1997, y la persona de Rojas que más de cerca conoce la historia.

A esta Engracia de «segunda generación» la localizamos muy cerca de la parroquia de San Pedro Apóstol. La sentamos a una mesa camilla donde, con los ojos encendidos por la emoción de sus recuerdos, accedió a responder a todas nuestras preguntas.

—¿Y qué le contó exactamente su madre de lo que le ocurrió? —La abordamos.

—Pues que ella, de muy chiquita, subió sola hasta el monte de la Atalaya y que, al hacérsele de noche, se refugió bajo un enrejado y se quedó dormida... Claro —continúa explicándonos doña Engracia—, la niña podía haber sido atacada por zorros u otros animales del monte, pero allí se quedó *quietecica*. Al amanecer, sin embargo, no estaba en el monte. Se despertó mucho más abajo, en un barranco.



Engracia Feliu, hija de la «niña perdida» de Rojas de 1896, es la testigo más próxima a los extraños sucesos que vivió esa localidad alicantina a finales de siglo. Curiosamente, ella misma sería testigo de una aparición de la Virgen en 1936.

—¿Y las cuadrillas no la buscaron allí?

—Toda la tarde. Pero es que ella no bajó el barranco. La debió recoger alguien y la descendió hasta allí. Nada más hay que ver que con tres años, con tantas piedras y tantos obstáculos, la niña apareció sin un rasguño. De hecho, cuando la encontraron, se levantó y dijo que no había pasado miedo.

—¿Y qué contaba? —preguntamos cada vez más intrigados.

—Que había estado con una mujer que la tapó toda la noche con un delantal. Lo decía a media lengua, pues aún no hablaba bien. Y aquella mujer le dijo: «No tengas miedo, que mañana vendrán a por ti». Mi madre nos dijo también que había estado jugando con un chiquito, haciendo montoncitos de arena.

—¿Aparte de aquella mujer? —preguntamos atónitos.

—Eso es. Había un chiquito que hacía montoncicos de arena con ella —repitió doña Engracia—. Luego, la mujer la tapó con su delantal, que era el escapulario de la Virgen del Carmen, ¿saben ustedes?

Doña Engracia apenas pestañeaba mientras nos daba cuenta de la «aventura» de su ya difunta madre. Sus ojos conservaban aún la vivacidad del principio de nuestra charla, al tiempo que sus manos, sobre la mesa camilla de su salón, dibujaban ocasionalmente en el aire gestos de admiración. Para una buena cristiana como ella —argumento que no dejó de hacernos patente en todo momento—, ¿qué otra cosa pudo haber salvado a su madre sino la propia Virgen del Carmen y su escapulario?...

Pero doña Engracia aún guardaba algún dato más para nuestra investigación.

—Ella no pasó hambre ni nada —nos precisa—. Y sobre las cinco de la tarde, unos primos suyos la encontraron en el barranco del Búho.

—Díganos una cosa: ¿su madre les contaba esto a ustedes como si lo recordara, o...?

—Lo recordaba bien. Miren ustedes: cuando la trajeron sus primos, la llevaron a casa de su tío José María, que vivía enfrente de mi abuela Engracia, que había dado a luz hacía poco. Al ver a su pequeña, le dio un «trastorno» y entonces, para que mi abuela no se alterara, se llevaron a mi madre a la iglesia.

—¿A esta iglesia? —decimos señalando a la parroquia de San Pedro Apóstol, a escasos cien metros de la casa de doña Engracia.

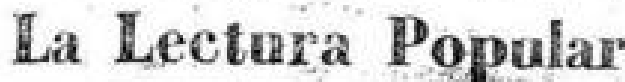
—Sí. Y allí le preguntaron: «¿Es ésta la señora que has visto?», y le enseñaban la Virgen del Rosario. Ella negaba. «¿Es ésta, la Dolorosa?». La chica volvía a decir que no, y finalmente señaló una figura. «¡Ésa!, ¡ésa es la que me tapaba con el delantal!». Y apuntó a la Virgen del Carmen.

Al parecer, tanto por lo que nos contó doña Engracia durante aquella larga conversación como por lo poco que se ha publicado de este hecho en la prensa local, la niña volvió a identificar a la Virgen del Carmen en la casa parroquial de Rojas, ante uno de los tres sacerdotes que tenía entonces el pueblo.

—¿Cómo pudo estar segura de que era la Virgen del Carmen? —le preguntamos.

—Porque le vio un delantal. Además, la imagen de esta Virgen que ahora hay en la iglesia la compró también mi madre.

—Años después de pasarle eso, sí. La imagen que a ella le sirvió para identificar a quien vio la quemaron en el 36.



1998, 1999, 2000, 2001, 2002, 2003, 2004, 2005, 2006, 2007, 2008, 2009, 2010, 2011, 2012, 2013, 2014, 2015, 2016, 2017, 2018, 2019, 2020, 2021, 2022, 2023, 2024, 2025, 2026, 2027, 2028, 2029, 2030, 2031, 2032, 2033, 2034, 2035, 2036, 2037, 2038, 2039, 2040, 2041, 2042, 2043, 2044, 2045, 2046, 2047, 2048, 2049, 2050, 2051, 2052, 2053, 2054, 2055, 2056, 2057, 2058, 2059, 2060, 2061, 2062, 2063, 2064, 2065, 2066, 2067, 2068, 2069, 2070, 2071, 2072, 2073, 2074, 2075, 2076, 2077, 2078, 2079, 2080, 2081, 2082, 2083, 2084, 2085, 2086, 2087, 2088, 2089, 2090, 2091, 2092, 2093, 2094, 2095, 2096, 2097, 2098, 2099, 2100, 2101, 2102, 2103, 2104, 2105, 2106, 2107, 2108, 2109, 2110, 2111, 2112, 2113, 2114, 2115, 2116, 2117, 2118, 2119, 2120, 2121, 2122, 2123, 2124, 2125, 2126, 2127, 2128, 2129, 2130, 2131, 2132, 2133, 2134, 2135, 2136, 2137, 2138, 2139, 2140, 2141, 2142, 2143, 2144, 2145, 2146, 2147, 2148, 2149, 2150, 2151, 2152, 2153, 2154, 2155, 2156, 2157, 2158, 2159, 2160, 2161, 2162, 2163, 2164, 2165, 2166, 2167, 2168, 2169, 2170, 2171, 2172, 2173, 2174, 2175, 2176, 2177, 2178, 2179, 2180, 2181, 2182, 2183, 2184, 2185, 2186, 2187, 2188, 2189, 2190, 2191, 2192, 2193, 2194, 2195, 2196, 2197, 2198, 2199, 2200, 2201, 2202, 2203, 2204, 2205, 2206, 2207, 2208, 2209, 2210, 2211, 2212, 2213, 2214, 2215, 2216, 2217, 2218, 2219, 2220, 2221, 2222, 2223, 2224, 2225, 2226, 2227, 2228, 2229, 2230, 2231, 2232, 2233, 2234, 2235, 2236, 2237, 2238, 2239, 2240, 2241, 2242, 2243, 2244, 2245, 2246, 2247, 2248, 2249, 2250, 2251, 2252, 2253, 2254, 2255, 2256, 2257, 2258, 2259, 2260, 2261, 2262, 2263, 2264, 2265, 2266, 2267, 2268, 2269, 2270, 2271, 2272, 2273, 2274, 2275, 2276, 2277, 2278, 2279, 2280, 2281, 2282, 2283, 2284, 2285, 2286, 2287, 2288, 2289, 2290, 2291, 2292, 2293, 2294, 2295, 2296, 2297, 2298, 2299, 2300, 2301, 2302, 2303, 2304, 2305, 2306, 2307, 2308, 2309, 2310, 2311, 2312, 2313, 2314, 2315, 2316, 2317, 2318, 2319, 2320, 2321, 2322, 2323, 2324, 2325, 2326, 2327, 2328, 2329, 2330, 2331, 2332, 2333, 2334, 2335, 2336, 2337, 2338, 2339, 2340, 2341, 2342, 2343, 2344, 2345, 2346, 2347, 2348, 2349, 2350, 2351, 2352, 2353, 2354, 2355, 2356, 2357, 2358, 2359, 2360, 2361, 2362, 2363, 2364, 2365, 2366, 2367, 2368, 2369, 2370, 2371, 2372, 2373, 2374, 2375, 2376, 2377, 2378, 2379, 2380, 2381, 2382, 2383, 2384, 2385, 2386, 2387, 2388, 2389, 2390, 2391, 2392, 2393, 2394, 2395, 2396, 2397, 2398, 2399, 2400, 2401, 2402, 2403, 2404, 2405, 2406, 2407, 2408, 2409, 2410, 2411, 2412, 2413, 2414, 2415, 2416, 2417, 2418, 2419, 2420, 2421, 2422, 2423, 2424, 2425, 2426, 2427, 2428, 2429, 2430, 2431, 2432, 2433, 2434, 2435, 2436, 2437, 2438, 2439, 2440, 2441, 2442, 2443, 2444, 2445, 2446, 2447, 2448, 2449, 2450, 2451, 2452, 2453, 2454, 2455, 2456, 2457, 2458, 2459, 2460, 2461, 2462, 2463, 2464, 2465, 2466, 2467, 2468, 2469, 2470, 2471, 2472, 2473, 2474, 2475, 2476, 2477, 2478, 2479, 2480, 2481, 2482, 2483, 2484, 2485, 2486, 2487, 2488, 2489, 2490, 2491, 2492, 2493, 2494, 2495, 2496, 2497, 2498, 2499, 2500, 2501, 2502, 2503, 2504, 2505, 2506, 2507, 2508, 2509, 2510, 2511, 2512, 2513, 2514, 2515, 2516, 2517, 2518, 2519, 2520, 2521, 2522, 2523, 2524, 2525, 2526, 2527, 2528, 2529, 2530, 2531, 2532, 2533, 2534, 2535, 2536, 2537, 2538, 2539, 2540, 2541, 2542, 2543, 2544, 2545, 2546, 2547, 2548, 2549, 2550, 2551, 2552, 2553, 2554, 2555, 2556, 2557, 2558, 2559, 2560, 2561, 2562, 2563, 2564, 2565, 2566, 2567, 2568, 2569, 2570, 2571, 2572, 2573, 2574, 2575, 2576, 2577, 2578, 2579, 2580, 2581, 2582, 2583, 2584, 2585, 2586, 2587, 2588, 2589, 2590, 2591, 2592, 2593, 2594, 2595, 2596, 2597, 2598, 2599, 2600, 2601, 2602, 2603, 2604, 2605, 2606, 2607, 2608, 2609, 2610, 2611, 2612, 2613, 2614, 2615, 2616, 2617, 2618, 2619, 2620, 2621, 2622, 2623, 2624, 2625, 2626, 2627, 2628, 2629, 2630, 2631, 2632, 2633, 2634, 2635, 2636, 2637, 2638, 2639, 2640, 2641, 2642, 2643, 2644, 2645, 2646, 2647, 2648, 2649, 2650, 2651, 2652, 2653, 2654, 2655, 2656, 2657, 2658, 2659, 2660, 2661, 2662, 2663, 2664, 2665, 2666, 2667, 2668, 2669, 2670, 2671, 2672, 2673, 2674, 2675, 2676, 2677, 2678, 2679, 26

100

the change in the α -phase composition of the polymer blend

[illegible]

Esta nota de prensa, publicada en febrero de 1896 por el periódico local La Lectura Popular de Orihuela, menos de un mes después de la desaparición de Encarnación Hernández, nos confirmó la gran repercusión que tuvo el incidente.

El silencio inundó el salón por unos segundos.

Cuando al cabo de un buen rato abandonamos la vivienda de doña Engracia, un extraño desasosiego se apoderó de nosotros. Apenas hacía unas horas que habíamos entrevistado a la protagonista de un hecho similar, cerca de Motilla del Palancar, en la provincia de Cuenca. En aquella ocasión, los hechos habían tenido lugar la Nochevieja de 1943, y quien sufrió el episodio todavía vivía. Nuestra entrevista con la protagonista viva de este incidente nos puso los pelos de punta: su relato coincidía, casi punto por punto, con el incidente de Rojas. Era como si alguien —la inteligencia que se esconde tras este tipo de casos— lo hubiera dispuesto así por alguna oscura razón.

En suma: cuarenta y siete años después de Encarnación, se perdía en El Picazo una niña de siete años llamada Trinidad Collado Pastor.

Esto fue lo que sucedió...

El Picazo (Cuenca)

Viernes, 31 de diciembre de 1943

Trinidad salió de casa poco antes de caer la tarde en busca de algo de pan para la cena de Nochevieja. Llevaba con ella algunas monedas y la cartilla de racionamiento, así que, con toda la diligencia que pudo, salió corriendo hacia el horno situado a apenas una manzana de su casa. Compró el pan, guardó la vuelta y... se perdió. De repente —como teleportada— apareció en otro lugar que no conocía, y esperó.

—... No podía ser que fuera de día, porque cuando salí de mi casa estaba anocheciendo —comienza a relatarnos Trinidad cuando la abordamos en su actual domicilio. Al principio se resistió a darnos su versión de los hechos («nadie me cree cuando lo cuento»), pero luego accedió a ordenar sus recuerdos.

—¿Qué quiere decir con que era de día?

—No sé. Cuando llegué a aquel lugar no podía ser que fuera de día, pero vi un resplandor muy grande, como si lo fuera. Entonces distinguí la choza de unos hortelanos, que por lo menos debía de estar a tres kilómetros de mi casa, y pensé «aquí me quedo». Y allí pasé la noche.

—¿Qué recuerda de aquello?

—Me dijeron que allí estaba la Virgen. Yo tenía siete años, de esto hace mucho.

Aunque, desde luego, yo sigo creyendo que fue ella porque, si no, no hubiera sobrevivido al frío. Además, me buscaron durante toda la noche sin encontrarme.



Trinidad Collado Pastor nos narró en primera persona cómo fue protegida por una «señora» durante su extraña desaparición, en diciembre de 1943.

—Pero, díganos —insistimos en perfilar su relato—: cuando usted se pierde en el campo, ¿de dónde vio venir ese resplandor?

—No lo sé. Era como si todo se iluminara con luz de día. Por eso vi la choza y me refugié en ella... Lo que sí recuerdo —reflexiona— es que al día siguiente alguien me dijo: «Hoy hay sol. Vete al sol, que va a pasar alguien».

—Es decir, que escuchó una voz...

—Sí, sí. Así fue.

—¿Qué quiso decir con «vete al sol»?

—Pues que como yo estaba dentro de la choza, me dijo que saliera afuera. Y entonces fui donde me diera el sol y exactamente, al cabo de un momento, pasó un hombre. Él no me vio. Yo le grité y me recogió... El hombre me cogió a cuestras y puso mis pies en sus bolsillos, y al notar que él me levantaba empecé a sentir un frío negro, negro, negro.

—¿Hasta ese momento usted no sintió frío?

—No, no, no... Además, ¡madre mía!, en aquellos años yo iba casi descalza y con una miaja de chaqueta de lana ¡porque no había más!

Según el relato de Trinidad, ella llegó a casa sobre las once de la mañana del día siguiente. Y aquí empiezan los paralelismos con el «caso Rojas»: como allí, a Trinidad la llevan a casa de una tía para reanimarla. Al divulgarse la noticia de que la

pequeña había aparecido, y coincidir con la hora de salida de misa de Año Nuevo, todo el vecindario se arremolinó en torno a la niña para averiguar qué había pasado. Y de inmediato la sometieron a la misma ronda de identificación que padeció Encarnación casi medio siglo antes.

—Me trajeron a la iglesia unas señoras de otro pueblo, que eran muy cristianas, y me preguntaron: «Mira, ¿es ésa la imagen que se te ha aparecido?». Yo respondía que no. «¿Ésa?» «No». «¿Y ésa?» «Tampoco». Al final yo identifiqué la señora que vi con la Virgen del Rosario.

—Luego ¿vio a alguien? ¿De qué se acuerda?

—Hombre, hace mucho... —vacila Trinidad—. Yo recuerdo vagamente que la veía con un vestido azul y muy grande.

—¿Más alta que usted?

—Más o menos como yo.

—¿Y por qué cree que era la Virgen del Rosario?

—¡Ea! Yo qué sé. Digo que será porque es la patrona de aquí. Además, la identifiqué con la imagen de la iglesia.

Nuestro «interrogatorio» se prolongó durante un buen rato. Trinidad terminó aclarándonos que, cuando ella reapareció, sus ropas estaban secas pese a la nevada que había caído sobre El Picazo; también recordó haber sentido una presencia protectora dentro de la choza, pero mucho menos haber visto a la Virgen. Y, finalmente, admitió haber tenido la sensación de haber permanecido «como en otro mundo» (sic) durante todo el tiempo que duró su desaparición. De hecho, buena prueba de ello es que sólo tomó conciencia del frío cuando se reanudó su contacto con «este mundo», al ser encontrada por un vecino de El Picazo llamado Ángel Preño. ¿Qué podíamos pensar?

En nuestros cuadernos de campo quedaba aún un destino por comprobar: Arroyo Sujayal, cerca de Yeste (Albacete). Allí, otra niña protagonizó una historia idéntica en 1979. Quizá la protagonista, por la proximidad temporal, podría aclararnos más los hechos.

Y hacia allá encaminamos nuestros pasos.

Arroyo Sujayal (Albacete)

Sábado, 29 de diciembre de 1979

Arroyo Sujayal es una aldea que pocos mapas recogen. Situada a una treintena de kilómetros de Yeste, para llegar a ella hay que tomar la carretera hacia Elche de la Sierra y desviarse justo hacia el pantano de la Fuensanta tomando el camino rural A-

45 hacia Nerpio. Ambos éramos conscientes de la dificultad de nuestra empresa: llegábamos a la aldea con dieciocho años de retraso, en busca de una joven de veintiuno que —casi con toda probabilidad— habría dejado la aldea hacía mucho tiempo.

Esta vez nos equivocamos y acertamos a la vez. Y nos explicamos: la protagonista de nuestra historia, Antonia Tamayo Beteta, vivía en 1997 en Tossa de Mar (Gerona), aunque el día de nuestra visita estaba «casualmente» pasando unas jornadas de vacaciones en la casa de sus padres; la misma en la que se inició la última historia de entidades protectoras que obra en nuestros archivos.

A diferencia de las dos anteriores, la prensa recogió profusamente el incidente. Y según estas fuentes, todo empezó hacia las cuatro de la tarde del 29 de diciembre de 1979.

La pequeña Antoñita, de cuatro años de edad, se extravió en los montes cercanos a su aldea, aprovechando un descuido de su madre. Ese día las temperaturas en la sierra de Albacete bajaron de los cero grados y la familia, alarmada por la desaparición de su hija, pidió ayuda de inmediato a la Guardia Civil. La Benemérita, ayudada por voluntarios del pueblo y por perros, la buscaron infructuosamente durante tres días hasta que, hacia las dos y media del mediodía del primero de enero de 1980 —treinta y seis años exactos después que Trinidad Collado—, la pequeña Antoñita reapareció en perfecta forma física, sucia pero sin mostrar síntomas de congelación, desnutrición o deshidratación dignos de mención.

Increíble aventura
de una niña de
casi tres años

ANTOÑITA TAMAYO,

TRES DÍAS Y TRES NO-
CHES. PERDIDA EN LA
SIERRA DE ALBACETE

«Una señora muy
guapa, vestida de blan-
co, me tapaba con la
mano y me daba agua»



DURANTE tres días y tres noches permaneció perdida en la faja de la Sierra de Albacete, en las proximidades de Yeste. La niña de cuatro años Antoñita Tamayo Beteta.

Desde el sábado, día 29 de diciembre, hasta el día primero de enero, más de doscientas personas de Yeste y sus alrededores, con la Guardia Civil y sus perros especialmente adiestrados, buscaron a la niña.

Desde las cuatro de la tarde del día en que desapareció, hasta las dos y media del mediodía del día 1, la angustia se fue apoderando de la vecindad. Ya no había esperanzas. Pero cuando dos hombres se adentraron en el bosque en busca de la niña, la oyeron llorar y se dio la voz. Apareció con vida, casi normal, aunque con aspecto sucio y desahogado.

Sus primeras palabras fueron: «Mamá, agüete... me dice su padre, Sebastián Tamayo García, en la Residencia Sanitaria de Albacete, donde fue trasladada doce horas después de ser hallada, para pasar un período de observación clínica.

La niña no habla; está algo retraída ante la presencia del fotógrafo, lo que nos obliga a continuar la conversación con su padre.

—¿Cómo se perdió?
—Hoy me víbamos en la aldea de Arroyo Solayre, en una casa humilde. La única que no tiene luz eléctrica. Ese día iba a por leña, y mi hijo, que se encontraba con la niña, se empeñó en acompañarme, mientras su madre se quedaba lavando. Yo suponía que, al salir al monte, la niña me seguiría y se perdía.

—¿A qué distancia fue encontrada?

—Alrededor de siete u ocho kilómetros de casa.

La búsqueda, durante la noche, se llevaba a cabo con lámparas y fogos.

—¿Cómo es posible que tantas personas tardaran tres días y tres noches en encontrar a su hija, equipadas además con perros?

—Según nos ha dicho la niña, se ajustaba de las hogueras y se escondía. Esto complicó las cosas.

Antoñita Tamayo Beteta tiene cuatro hermanos, uno menor que ella. El año pasado la familia perdió un hijo de año y medio, por causa de un resfriado.

El padre, de profesión agricultor, añade: «Yo estaba angustiado, pensando que este año perdía otro hijo. Con lo que cuesta criarlo».

La Nochevieja fue angustiosa en Yeste y en alfores, pero todo cambió con el año nuevo. Fueron tres noches frías, muy frías, una de ellas llegó a alcanzar hasta seis grados bajo cero.

Ante eso, preguntamos al médico de guardia que le atendió a su ingreso en la Residencia.

—¿Cómo se puede explicar médicamente este suceso?

—Es muy difícil de explicar —nos dice el doctor Fernández Lázaro Vifado—. Pienso usted que una niña de esta edad necesita mucho más calor que una persona mayor, y ya sabe usted lo fría que es la sierra de la provincia de Albacete. En momentos, ya que cuando yo la recibí le encontré síntomas de deshidratación y algo de hambre. Sin embargo, respecto a esto último, me dijeron que la niña se crió así de flacucha.

Al día siguiente, los análisis y las radiografías confirmaban su buen estado. Sus constantes eran normales y la niña parecía por los pesitos.

Los médicos que atendieron a Antoñita, estaban acostumbrados ante el buen aspecto físico de la niña. Hay que tener en cuenta que había pasado tres días y tres noches en la sierra, con temperaturas de seis grados bajo cero, sin comer ni beber. Sin embargo, Antoñita no muestra los síntomas ni internos de esta auténtica odisea. Intentando buscar una explicación, comenzamos a sondear a la niña, pero ésta se había encerrado en un mutismo. Por fin, una de las enfermeras que la atiende, Esperanza Guzmán, consiguió que Antoñita hablase. La enfermera preguntó a Antoñita si había comido o bebido algo y, ante su sorpresa, ésta fue la respuesta de la niña:

—Por las noches estaba conmigo una señora muy guapa que me cubría para que no me diera frío y me daba un vaso de agua.

La enfermera se quedó un tanto extrañada, pues es muy difícil que una niña de cuatro años pueda mentar, por muy grande que sea su imaginación. De ahí es que continuara preguntando a Antoñita.

—¿Cómo era la señora?

—Muy guapa, iba de blanco y llevaba una vela en la mano.

Ante la posibilidad de un secuestro, Esperanza Guzmán le dijo a la niña si la señora le había llevado al monte.

—No. Ella siempre llegaba de noche. Me abrigaba y me daba agua.

Esto fue todo lo que pudieron sacarle a la niña. La extraña noticia corrió como un reguero de pólvora y ya hoy quienes hablan de una posible aparición. Nada se sabe en concreto. Lo único cierto es que Antoñita pasó tres días perdida y los médicos aún no comprenden cómo se encontraba tan bien cuando la hallaron.

C. DA COSTA
Fotos José Luis



Sebastián Tamayo, junto a su hija, extraluzmente tranquila y con buen aspecto, después de su increíble aventura.

NOTICIAS A LA PLANCHA



¿CONEJO?

En un restaurante.
—(Camarero): No sé, pero me parece que este conejo que me ha servido, cuando estaba vivo, decía «conejito».

—Puede ser, señor. Todos los conejos nos los suministran un día.



¿NO TODOS?

En una oficina, dos amigos charlan.

—Fue un año que todos los hombres estamos locos.

Y contesta el otro: —No, claro. También los hay que no trabajan.



DIALOGO

Un señor: — Por favor, señora, ¿el director?

La secretaria: — Lo siento, caballero, el señor director no vendrá hoy a la oficina.

El señor: — Perdón, ¿cómo dice? La secretaria, levantando la voz.

— (Que el director no está!)

El señor: — ¿Qué?

La secretaria, chillando: — ¡Que el director no viene hoy!

El señor: — No he oído bien, señora.

La secretaria, completamente alfonica ya, escribe una nota y se la tiende al caballero.

El señor: — ¿Podría leerme la, señora? Es que soy como de vista.

El 26 de enero de 1980 la revista *Semana* daba cuenta de esta manera de la extraña desaparición de Antoñita Tamayo. «Una señora muy guapa, vestida de blanco» la alimentó durante los tres días que vagó por la serranía de Albacete.

¿Qué había sucedido? Las mismas fuentes periodísticas locales —que obtuvieron su reflejo en semanarios del corazón como *¡Hola!* o *Semana*— refirieron un entrañable colofón a esta historia: mientras Antoñita estuvo bajo observación médica en la Residencia Sanitaria de la Seguridad Social de Albacete, una enfermera —

Esperanza Guijarro— oyó de labios de la pequeña la primera explicación del «milagro»: «Una señora muy guapa, muy rubia y que llevaba un manto, venía todas las noches y me daba de beber; no me decía nada, sólo me daba de beber y me tapaba con su manto, que me daba mucho calor». Y añadía Antoñita a su peculiar descripción: «Pasé mucho frío y hambre, pero la “señora” me cuidaba por las noches y no se separaba de mi lado».

Más adelante, durante esa misma estancia en el hospital, Antoñita identificó a aquella señora con una de las figuras de barro del Nacimiento del centro: el ángel rubio de la Anunciación. Era Navidad. Y a partir de ahí —nunca mejor dicho— se armó el belén. La televisión y la radio recogieron el episodio, y cada medio dio una versión más embellecida de los hechos... ¡como si nunca antes hubiera sucedido una cosa del género!

Cuando pusimos pie en Arroyo Sujayal, todo esto había pasado ya. A punto estuvimos de tirar la toalla y no arriesgarnos a que un nuevo temporal de nieve nos dejara definitivamente aislados en la serranía de Albacete. Pero un apropiado golpe de suerte nos permitió, al fin, encontrar en la última casa del pueblo a la «niña perdida» —como en adelante llamaron los vecinos de Arroyo a Antonia— y, al amparo de su chimenea, accedió a responder algunas de nuestras dudas.

—No sé si aquello fue verdad o... —dudó Antonia.

—Dinos simplemente lo que recuerdas —le insistimos.

—¡Yo no me acuerdo de nada!

—Pero aunque no te acuerdes —perseveramos—, sí que te habrán contado que te encontraron en el monte congelada, o que...

—¡No! ¡Congelada, no! —La «trampa» surtió efecto—. Aparecí en perfectas condiciones. Me llevaron al hospital porque era muy arriesgado que una niña tan pequeña no hubiera comido en tanto tiempo... Y nada más.

Antonia es hoy una joven coqueta que parece no querer que se la asocie todavía a «ese asunto de la aparición», y evita —al menos al principio— profundizar demasiado en sus recuerdos. Asombrada por nuestra insistencia, y probablemente por habernos visto llegar a su aldea en medio del temporal de frío que azotaba a media Europa, nos facilita *in extremis* un par de pistas interesantes.

—Recuerdo, por ejemplo, que cuando estaba en el monte abría los ojos, veía las estrellas y me echaba a llorar. De eso sí me acuerdo. De eso sí.

—Es decir, que tienes pequeños destellos de memoria...

—Sí. Es que eso no se me olvida.

—¿Y qué más recuerdas?

—Por ejemplo, cuando llamaba a mi madre. Si no hubiera gritado «mamá, agua», a lo peor no estaba aquí. Me hubiera muerto de verdad. Porque fue al escucharme decir eso cuando me encontraron.

—¿Y dónde estabas?

—A tres montes de aquí.

—¿En un barranco?

—No. Estaba al lado de un enebro y una sabina. Pero no había ni cueva ni lugar donde protegerme. Estaba al aire libre. ¡Es que yo no sé realmente dónde estuve perdida!, ¿entiende?



Casi de milagro localizamos en Arroyo Sujayal, justo en el escenario de los hechos, a Antoñita Tamayo. Esta joven de veintiún años prefirió no darle demasiadas vueltas a lo que vivió durante su desaparición infantil.

No insistimos más. Nuestra esperanza de encontrar en Antonia, la más joven de nuestras testigos, una descripción clara de lo sucedido se esfumó en un suspiro. Como Trinidad antes, y quizá Encarnación hace más de cien años (ese dato fue imposible de confirmar), Antonia conservaba un recuerdo difuso de dónde estuvo. Sabía que desapareció, pero su memoria ignoraba dónde permaneció durante aquellas casi setenta y dos horas perdidas... Casi exactamente igual que lo que refieren quienes han estado en los mundos feéricos o en el interior de ovnis.

Ya en Madrid, cuando comenzamos a poner en orden los apuntes de nuestra investigación, descubrimos una serie de constantes en los tres casos que nos dejaron de piedra.

Sucesos programados

La primera —la que más salta a la vista— es la aparente amnesia de las dos testigos vivas que localizamos. En ambos casos fueron sus familiares o vecinos quienes insistieron en identificar a las respectivas entidades con imágenes del santoral cristiano y quienes «escribieron» el relato para la posteridad fijando su identidad

divina. Las niñas —como ocurriera en Fátima en 1917— no sabían a quién o a qué se estaban enfrentando, y optaron por el sencillo calificativo de «señora» para describir a quien les protegió y alimentó durante su desaparición.

También nos resultó sospechoso que todas las testigos fueran niñas, y que las tres fechas de las desapariciones se enmarcasen entre finales de diciembre y primeros de enero... ¡y siempre en fin de semana! Pero por si esto fuera poco, las tres sufrieron lapsus de memoria que comprendieron, específicamente, el periodo de tiempo desde que fueron trasladadas hasta los respectivos lugares donde se las encontró. ¿Por qué?

Tal vez la clave esté en la propia geografía en la que los hechos tuvieron lugar.

Algunos indicios que descubrimos durante nuestra investigación apuntan claramente en una dirección: al menos en El Picazo y en Rojasles existen antiguas leyendas que sugieren la existencia de alguna clase de «puerta interdimensional» que se abre en fechas muy determinadas. Casi siempre coincidiendo con la noche de San Juan, en la madrugada de cada 23 a 24 de junio.

En El Picazo encontramos, por ejemplo, una reveladora tradición «sanjuanista». Según una arraigada creencia local, junto a la central hidroeléctrica de El Picazo y la pequeña presa sobre la que está edificada, existe un lugar conocido como la «cueva de la Encantada» que parece activarse cada 23 de junio a medianoche. Muchos vecinos del pueblo —que está situado a apenas dos kilómetros de este enclave— refieren la pertinaz aparición de una figura luminosa que irradia luz propia, de aspecto femenino, y que cumple siempre un extraño ritual: desciende hasta el río que discurre junto a la central hidroeléctrica, se enjuaga el rostro y vuelve a desaparecer en dirección a las montañas. Fernando C. y Lucinio M., unos jóvenes afincados en Motilla del Palancar, nos refirieron así la visión de este espectro que presenciaron en 1993: «Lo primero que vimos fue cómo una luz iluminaba toda la punta del cerro cercano a la central; luego contemplamos una silueta con una luz que la envolvía y que descendía lentamente por el camino».

Ambos jóvenes fueron a «cazar» la aparición guiados por los relatos de los más ancianos del pueblo y se encontraron con la sorpresa de ver un fogonazo similar al que, a pocos kilómetros en línea recta de allí y cincuenta años antes, había visto Trinidad Collado Pastor. Lamentablemente, a falta de un buen cronista local, ni los jóvenes ni Trinidad —que no recordaba esa tradición cuando la entrevistamos— supieron darnos más datos sobre el origen de la «Encantada» y su «cueva». ¿Se trataba de la misma entidad que vio Trinidad en 1943?

En Rojasles se aclararon algunas de nuestras dudas. Allí no sólo tienen su propia tradición «sanjuanista», sino que ésta se encuentra muy ligada a otra «Encantada» a la que, por cierto, le han dedicado incluso una de las principales calles del pueblo. El origen de la leyenda se remonta «a tiempos de moros». Fausto Cartagena González, abogado de profesión y cronista de Rojasles por vocación, recogió la leyenda de la «Encantada» con una total ausencia de datos cronológicos y nominales. Pese a tan imperdonables omisiones, su resumen nos aportó algunas «claves» de interés.

Según él, en un cerro cercano a Rojas llamado Cabezo Soler existió en tiempos de la ocupación árabe una fortaleza musulmana en la que vivía un emir con su bella hija. El emir en cuestión decidió casar a su princesa con el gobernante de una taifa vecina, pero ésta, al conocer el destino que le reservaba su padre, se dio a la fuga con su joven amante. Y escogió como fecha de su huida la noche del 23 de junio.

Durante la persecución, el irritado emir cayó abatido, no sin antes lanzar una maldición contra su hija y su amante y barrer con su magia cualquier rastro de la fortaleza y sus vasallos. Esa maldición —como no podía ser de otro modo— sólo se rompe cuando algún joven de corazón noble asciende al cerro Cabezo Soler cualquier noche de San Juan, atraviesa el sutil velo que separa este mundo del otro, rescata a la hija encantada y la desciende hasta el río Segura para mojarle los pies.

Al menos uno estuvo a punto de lograrlo.

Según la crónica de Fausto Cartagena, lo consiguió un joven de Rojas a finales del siglo XIX. Ascendió al Cabezo Soler en el día y la hora indicadas, y allí, después de tirar de unas cintas de colores que sólo aparecen en la noche de San Juan, cruzó al «otro lado».

Como si de un relato de Bécquer se tratara, el joven no apareció hasta el día siguiente, cuando fue descubierto de bruces contra el suelo, con las ropas rasgadas y el cuerpo completamente cubierto de arañazos y ensangrentado. Su frágil cuadro médico presentaba dos características más: su rostro había envejecido y su memoria, resentida por su viaje, apenas lograba reconstruir una película coherente de los hechos.

Al cabo de un tiempo, y ya más restablecido, el aventurero confió a sus amigos su versión de los hechos: al tirar de las cintas de colores, la tierra se abrió bajo sus pies, al tiempo que un enorme fogonazo de luz iluminó todo el cerro (esto, al parecer, fue visto incluso desde el pueblo). Acto seguido, se vio frente a un castillo cuyas puertas se abrieron para él dando paso a una extraña procesión de moros y cristianos que escoltaba a la bella princesa encantada. En el colmo del surrealismo, la princesa reconoció al mozo como quien habría de librarla de su condena y le pidió que la llevara hasta el río Segura.

El joven, seducido por la belleza de la rehén, la llevó en brazos a través del monte atravesando toda una larga serie de hostilidades: serpientes, arañas gigantes, perros con alas y cuanto bicho fuera capaz de crear la imaginación popular se interpusieron a la pareja, obligando al mozo a dejar a la princesa en el suelo y a truncar —una vez más— la ruptura del maleficio.

Y allí debe estar esperando aún.

¿Y en Arroyo Sujayal?

Si bien es verdad que en esta pequeña localidad no hemos encontrado esta tradición «sanjuanista» que de alguna forma evidencie estas similitudes en los tres enclaves, sí la hallamos, en cambio, muy cerca de allí: en Riopar, donde se cuenta que en la madrugada del día de San Juan se aparece un hada encantada con un

tenderete, donde ofrece una serie de objetos. Al que pasa cerca le pide que escoja entre ella o algunos de los objetos de oro que se muestran. El ocasional humano siempre elige —¿por qué será?— uno de los presentes materiales y la joven sigue allí, todavía encantada.

Cosas de María

Las conexiones entre el relato de El Picazo y los testimonios de las «niñas perdidas» no son pocas. Como le sucedió a Trinidad Collado, la «Encantada» de Rojas se apareció tras un potente fogonazo de luz. Todas las niñas perdieron retazos de memoria de los hechos y regresaron transcurrida al menos una noche en otro lugar. El mozo de Rojas vivió idéntica experiencia, si bien sus arañazos y el deplorable estado en el que fue encontrado fueron atribuidos a sus luchas contra los monstruos que le asaltaron a su paso.

Pero ¿han dejado de aparecer semejantes entidades femeninas en estos lugares? La respuesta, para nuestro asombro, es no. En El Picazo, en unas cuevas situadas cerca de la ermita de San Benito, se rumoreó durante años que había aparecido la Virgen María. Y en Rojas ésta fue vista por todo el pueblo el 17 de abril de 1936.

Y decimos bien: por todo el pueblo.

La pista —como sucede siempre en estos casos— nos la dio doña Engracia Feliu, hija de la «niña perdida» de 1896. Como quien no quiere la cosa, durante nuestra visita a su casa, doña Engracia nos preguntó con descaro si sabíamos algo de la «aparición del 36». Por supuesto, negamos con la cabeza.

—Cuéntenos...

—¿Ah, sí? —Los ojos le brillaron de emoción a doña Engracia—. Pues aquí me tienen ustedes a mí, porque eso lo vi con mis propios ojos. Y no fui la única. Fue todo el mundo, sí, señor.

Doña Engracia se acomodó en su silla y continuó:

—Eso fue poco antes de empezar la guerra civil. Yo estaba jugando con unas amigas en una tómbola que había cerca del río cuando, de repente, alguien apagó las luces del pueblo. Entonces oímos a la gente gritando: «¡Corred! ¡Corred!, ¡que ha aparecido la Virgen del Rosario!». Nosotras fuimos al puente y, al cruzarlo, la vimos allí. Estaba sobre un álamo. Y lo tenía todo: la peana, el niño, el rosario, su corona...

—¿¡Una imagen!?

—Una imagen hermosa —sentenció doña Engracia.

—¿Quieta?

—Sí... De hecho, alguien que la había visto antes que nosotras pensó que podía ser el reflejo de las luces del pueblo, y por eso ordenaron apagarlas. Pero la Virgen continuó allí con todos sus rasgos.

—¿Qué pasó después?

—¡Ay, después! —exclama—. Después decidieron cortar el árbol. El álamo cayó al suelo ¡y la Virgen se quedó allí, flotando, durante más de un cuarto de hora!

—¿De veras?

—¡Ahí! Y el árbol en el suelo. Eso se lo cuento a usted porque lo recuerdo perfectamente. Yo tenía diez u once años, y aún me acuerdo de cómo mis amigas y yo nos echamos a llorar y nos pusimos a rezar. ¡Y los *rojos* cortaron el árbol! ¡Maleantes!

El juez de paz de Rojasles, José Níguez López, nos amplió poco después los detalles. Él tenía trece años cuando ocurrieron los hechos y, aunque no la vio porque se encontraba fuera del pueblo, sí que ha oído durante años el relato de sus vecinos. De hecho, él mismo nos facilitó el testimonio escrito, todavía inédito, del antes citado «cronista oficioso» de Rojasles, don Fausto Cartagena, que describió así lo que él mismo presenció aquel Domingo de Resurrección:

(...) Recuerdo haber visto un resplandor vivísimo en lo más alto del árbol; un resplandor extraño, desacostumbrado, que en su contorno figuraba como la imagen de una Virgen. Mirando uno fijo parecía vérsela la cara, los brazos, los pies, y siempre esa sobrenatural atmósfera que envuelve lo Divino, aureola mágica de luz desconocida. Y era la Virgen del Rosario porque estábamos en Rojasles. Eso nadie lo puso en duda.

Este texto ha resultado clave para nuestra investigación. Igual que sucedió cuarenta años antes, en 1896, con la pequeña Encarnación, era de nuevo el pueblo quien interpretaba esta oportuna visión «de la Virgen» y la asimilaba a la imagen de su patrona («Y era la Virgen del Rosario porque estábamos en Rojasles»). Probablemente, pues, no fue una imagen «con peana, niño y corona» lo que se presentó en Rojasles, sino exactamente la misma imagen luminosa que habría de aparecerse después en El Picazo y en Arroyo Sujayal, rodeada de su ya tradicional resplandor luminoso.

Ahora bien, ¿qué pudo haber motivado aquella exhibición de la Virgen? ¿La cercanía de la guerra civil española? ¿U otra cosa...?

—Aquello ocurrió en la Semana Santa del 36 —nos explicó pausadamente José Níguez cuando llegamos a este punto de nuestra charla—. Aquel año el Jueves Santo coincidió con la fiesta del 14 de abril, la proclamación de la Segunda República. Como las cosas estaban muy calientes en política, la parte civil y la parte religiosa decidieron ponerse de acuerdo para que sus respectivas concentraciones no coincidieran. Pero cuando llegó la hora de salir a la calle, los dos salieron a un tiempo y hubo muchos disturbios.

—¿Qué pasó entonces?

—Aquí el Domingo de Resurrección siempre hay costumbre de sacar a la Virgen en procesión, por un lado, y el Santísimo bajo palio, por otro, para que se encuentren

en la plaza del antiguo ayuntamiento. A eso lo llamamos el «Encuentro» y ese año no se celebró por culpa de los incidentes del jueves.

—¿Y...?

—Y aquella tarde se produjo la aparición, como si la Virgen protestara por no haberla sacado en procesión como era preceptivo.

Moraleja para mentes despiertas: los pueblos marcan así sus tradiciones. A hecho inexplicable producido, explicación convincente fabricada. Y Rojas no es una excepción. Después de examinar los legajos que nos facilitó el juez de paz y contrastarlos con nuestros respectivos dossiers de El Picazo y, en menor medida, de Arroyo Sujayal, pudimos extraer una conclusión clara: estos lugares están guardados por alguna clase de entidad de aspecto femenino que se deja ver sólo en momentos de crisis, situaciones de peligro o fechas prefijadas.

Y una vez dadas las claves sobre tres de sus lugares de aparición, allá cada cual que quiera vérselas con ellas.

Epílogo

LOS RESPLANDECIENTES

(Claves ufológicas de nuestra España extraña)

Cruzar el detector de metales que flanquea el paso al interior del cuartel general del Ejército del Aire en Madrid sigue imponiéndonos respeto.

Durante meses, cuando alguien se acercaba a la ventanilla de «Identificación de personal civil» pidiendo autorización para visitar la biblioteca, el soldado de turno le formulaba siempre la misma lacónica pregunta: «Viene usted por lo de los ovnis, ¿verdad?». Si se asentía, a los pocos segundos la impresora vomitaba la correspondiente autorización de entrada al tiempo que otro soldado señalaba impasible el camino hasta la segunda planta del edificio, donde se encuentran esas dependencias... y, por supuesto, el archivo ovni del Ejército del Aire desclasificado y abierto a cualquier particular interesado en su contenido.

Nosotros también hemos «sufrido» ese trámite en numerosas ocasiones.

En realidad, no puede hablarse de rutina, ya que ninguna de las visitas al cuartel general del Ejército del Aire, en la plaza de la Moncloa de Madrid, es igual a la anterior. Cada visita depara sorpresas: desde la entrega de nuevos documentos desclasificados, que suelen aparecer moderadamente recortados, hasta expedientes que se ponen en manos de los civiles sólo para decir que «nosotros (los militares) no tenemos nada de eso».

Forma parte del juego de la desclasificación.

Con fecha de 4 de diciembre de 1996, la biblioteca del cuartel general del Ejército del Aire en Madrid sellaba la entrada de un nuevo expediente ovni desclasificado — el 761112—. Era el correspondiente a la aparición de una extraña entidad luminosa en el interior de la base aérea de Talavera la Real (Badajoz), que tuvo lugar a mediados de noviembre de 1976.

El incidente, protagonizado por los soldados de reemplazo José María Trejo, Juan Carrizosa Luján y José Hidalgo, había sido recogido en su día por Juan José Benítez y publicado en varios artículos de prensa y en uno de sus libros. El nuevo documento ovni oficial refería, básicamente, la aparición de un ser que irradiaba una extraña luminiscencia verdosa en las inmediaciones de la zona de combustible del acuartelamiento. La entidad en cuestión, descrita a Benítez como «una luz verde, igual que la luminosidad que ofrece el fósforo durante la noche», fue detectada después de que los hombres de guardia percibieran un penetrante silbido que emergía de aquella zona y que les hizo pensar que un saboteador se había colado dentro del recinto militar.

Nada más lejos de la verdad.

Según recogió Benítez, aquella entidad luminosa «de cabeza pequeña, como si estuviera cubierta por una especie de casco», no sólo fue sorprendida flotando a unos

palmas del suelo, sino que incluso fue ametrallada por los asustados soldados, que vaciaron sus CETME reglamentarios contra el desconocido. De hecho, segundos después de aquellos disparos, la entidad ganó en brillo y, seguidamente, desapareció sin dejar rastro. Se apagó como quien acciona el interruptor de una bombilla.

El incidente, como era de esperar, causó un revuelo considerable. Tanto, que incluso cuando hablamos con personal actual destinado en esa base, aún recuerdan ese episodio —y al parecer otros de naturaleza similar sucedidos años más tarde— como parte del folclore del emplazamiento. Pero ¿se trataba sólo de eso? ¿De folclore?

En el expediente desclasificado 761112 no hay respuesta a esas preguntas. Es más, los militares del Mando Operativo Aéreo (ahora llamado Mando Aéreo de Combate), responsables de la desclasificación de esta clase de información, reconocen que en los archivos de Talavera han sido incapaces de dar con información alguna sobre este incidente. Y ello, pese a que, tal y como afirmó el general segundo jefe del Estado Mayor del Aire en septiembre de 1984, «la Autoridad Judicial correspondiente nombró a un Juez Instructor quien envió a la citada Autoridad la información sumaria».

Dónde está esa «información sumaria» es un misterio. Nadie la encuentra. Y lo que es peor, nadie parece tener intención de buscarla a fondo.

En 2014 se publicó el libro *Contacto con Sharim, un ser de quinta dimensión*, de Jesús Jofre Milá e ilustrado por Marcos Carrasco, donde se cuenta un caso similar al de Talavera pero ocurrido cinco años antes en el radar militar EVA-4 de Roses (Gerona), el 25 de marzo de 1971. Si se compara el relato de ambos casos se encuentran bastantes similitudes. A saber:

- Ambos se produjeron en una base aérea militar y por la noche.
- Los testigos fueron dos o tres soldados y un perro.
- Vieron primero un objeto luminoso en forma de lenteja encima de la base y luego a un ser humanoide de gran altura que emitía un resplandor verdoso.
- El perro se quedó paralizado por el miedo, gruñendo y quejándose.
- Los soldados dispararon contra la entidad sin causarle daño aparente.
- El ente llevaba un cinturón con un símbolo en su hebilla (un triángulo invertido en Talavera y dos triángulos superpuestos en Roses).
- El extraño visitante se esfumó de repente sin dejar rastro.

Resplandecientes en España

¿Por qué? Tal vez la clave esté en la frágil relación de este hecho con los casos ovni a los que está acostumbrado nuestro Ejército del Aire. Mientras en la mayoría de

los expedientes la información manejada se refiere a aeronaves de tipo desconocido detectadas en nuestro espacio aéreo nacional, en el incidente de Talavera se enfrentan a un supuesto «humanoide luminoso»... ¡sin ovni! En respuesta a esta «irregularidad», Benítez afirmaba ya en 1977 que, momentos antes de que los militares descubrieran aquel intruso, vieron «una claridad en el cielo, como el resplandor de una bengala», lo que llevó a este investigador navarro a la conclusión de que aquel incidente bien podría estar relacionado con la visión del tripulante de un *objeto volador no identificado*.

Obviamente, ni Benítez ni nadie puede estar seguro de ello.

No obstante, además de esa especie de «bengala», existen otros detalles en el relato que refuerzan las características de un «encuentro cercano», muy similar a otros ya descritos en las páginas precedentes. A saber:

La aparición de la entidad de Talavera vino precedida de un sonido, tal y como sucedió en apariciones de la «Virgen», como la de Fátima de 1917.

El ser era de naturaleza esencialmente luminosa. Dado el contexto en el que apareció —el interior de un acuartelamiento militar— fue interpretado como un «saboteador» y no como una manifestación sobrenatural. Los testigos no estaban condicionados por sus creencias, sino por su responsabilidad como soldados de guardia.

La base de Talavera está situada dentro de una zona en la que tradicionalmente han venido sucediendo esta clase de episodios. De hecho, se encuentra a pocos kilómetros de Valverde de Leganés, una pequeña localidad donde —sin ir más lejos— durante 1990 investigamos las reiteradas apariciones de otra entidad que se desplazaba a pocos centímetros del suelo y que siempre aparecía cubierta por una capucha oscura («el monje satánico» lo llamaban). Ni que decir tiene que aquella especie de monje volador mantuvo atemorizado a parte del pueblo durante algunas semanas, y muchos creyeron ver en él una especie de encarnación sobrenatural de la *Diabla*, una criatura cuyo paso es celebrado por el pueblo cada 24 de agosto mediante el desfile de un vecino cubierto por una capa, que se dedica a asustar a los niños de la localidad.

Obviamente, el Ejército no ha tenido en consideración estos hechos, y mucho menos aún que tales encuentros cercanos gozan de sobrados precedentes en la península Ibérica. No en vano, rastrear las huellas dejadas en el pasado por estas criaturas de aspecto radiante puede ayudarnos a afianzar el mensaje de este libro: que muchas de nuestras más arraigadas creencias y tradiciones entroncan con la actividad de ciertas entidades inteligentes que hoy consideramos asociadas al fenómeno de los objetos voladores no identificados.

Y si no, que le pregunten a Antonio Barco, un vecino de Yebra (Guadalajara) que hacia 1969 se tropezó de bruces con una pequeña criatura «hecha de cobre» y que resultó tremendamente luminosa a los ojos de Antonio. Cuando entrevistamos a este hombre en 1989, describió a aquella entidad de manera muy similar a como los

soldados de Talavera dibujaron la suya: no vio ovni alguno, tampoco pudo distinguírle los pies y parecía que la criatura ni siquiera estaba interesada en caminar. Es más, según Antonio, él mismo notó cómo se quedaba «ausente» (sic) ante la proximidad de aquel hombre de cobre. Y lo que fue peor: en aquel mismo año, Antonio se encontró con aquel ser en tres ocasiones más, sin que mediara nunca comunicación alguna entre ambos.

En realidad, su caso no fue único en Yebrá. Habíamos viajado hasta allá con la intención de aclarar el encuentro cercano de otro vecino con un humanoide similar al «monje satánico» de Valverde de Leganés. Por azares del destino, el protagonista de esta historia había muerto meses antes de nuestra visita, aunque su viuda nos refirió con detalle un suceso que atrajo durante años la atención del pueblo.

Todo sucedió en 1973. En esa fecha Cirilo Gómez se encontraba cerca de un lugar conocido como el Mojón Alto —no muy lejos de la fuente curativa de Trazas—, cuando se vio sorprendido por algo que no pudo identificar. «Cirilo —nos contaba su viuda Antonia Torre— estaba a punto de tirar una piedra a una oveja cuando una voz detrás de él le dejó tieso. Le dijo: “¡Detente, Cirilo!”. Y mi Cirilo se quedó allá, *tó estirao*».

No fue para menos. Cuando Cirilo volvió la cabeza para ver quién le había gritado así, se encontró con una extraña figura humana, cubierta de los pies a la cabeza por un manto negro, que flotaba a escasos centímetros del suelo. De hecho —como le había sucedido antes a Antonio Barco—, aquél no fue su último encuentro con aquello: tiempo después se tropezó de nuevo con la *sombra*.

—¿Qué quieres, Cirilo? —le preguntó la entidad.

—... Agua —terminó balbuceando.

Dicho y hecho. Los vecinos todavía recuerdan la tromba de agua que cayó aquel día. Y cómo Cirilo llegó seco hasta el redil con todo su ganado, sencillamente porque una extraña nube cubrió toda su marcha.

¿Absurdo? Ciertamente. Pero no menos que el encuentro que el 6 de febrero de 1995 tuvo el guarda de seguridad de una obra en La Cañada (Ávila), y que a eso de las 10.30 de la noche se encontró con una mujer cubierta por un manto y que, elevada escasos centímetros sobre el suelo, dibujó incluso un extraño pentagrama sobre el duro suelo de la obra. Cuatro días después visitábamos el lugar de los hechos, interrogábamos al asustado guarda de seguridad —que desea conservar su anonimato— y comprobamos el estado nervioso que aún sufría tras su visión. Nada pudo explicar aquel encuentro. La mujer voladora no regresó. El testigo no vio luces ni resplandores, pese a que en esas fechas a pocos kilómetros, cerca de El Escorial (Madrid), nos encontrábamos investigando apariciones de ovnis en ese mismo periodo de tiempo.

Y ésa es —créalo o no el lector— una constante eterna en esta clase de episodios: la proximidad de actividad ovni en un determinado sector dispara otra serie de fenómenos y apariciones extrañas. Incluso aparentemente absurdos. Sucedió en Ávila

y también en Yebra, pues al tiempo que Cirilo se encontró con aquella *sombra*, vecinos de Fuentenovilla, Almoguera o Monte Albares vieron luces extrañas sobrevolando la zona.

El misterio de los encapuchados flotantes

Rastrear esa conexión es más difícil si nos remontamos a fechas más tempranas. En la provincia de Cuenca, en Huélamo para ser precisos, y ya en plena sierra limítrofe con Teruel, se cuenta aún una extravagante leyenda: a finales del siglo XIX un tal Juan Manuel Merchante tuvo la desgracia de tropezarse con un «extranjero» que se dirigió a él rogándole le indicara cómo ir hasta La Serna. Juan Manuel, solícito, le acompañó a pie durante parte del camino hasta que, en un determinado momento, apreció que bajo el manto oscuro del «extranjero» saltaban unas chispas azuladas y verdosas.

Como pudo, se las ingenió para darle esquinazo y salir corriendo hacia su casa. El «extranjero» —cuenta la misma leyenda—, que advirtió la maniobra evasiva de su acompañante, inició una feroz persecución en la que ¡no tocaba el suelo con los pies! Pese a la velocidad de su perseguidor, Juan Manuel llegó a tiempo a la puerta de su casa, la cerró de un golpe, y aún tuvo tiempo de escuchar una voz gutural que le dijo: «De una y no mala te has librado, Juan Merchante».

Ése es, justamente, el origen de ese dicho popular conquense. Un dicho que todavía utilizan los más mayores y que —¡qué curioso!— tiene su origen en otro «encuentro cercano». Muy parecido, por cierto, al que protagonizó el 25 de julio de 1979 el agricultor valenciano Federico Ibáñez Ibáñez en Torís. El caso, un clásico de los encuentros con humanoides de la reciente historia ufológica española, se desarrolló poco después de que Federico se tropezara con una especie de medio huevo luminoso posado en la tierra y descubriera unas pequeñas criaturas —de unos 90 centímetros de altura— cubiertas por un manto blanco que les cubría cabeza y cuerpo.

Poco más pudo ver Federico, pues los dos «monjes blancos» embarcaron en aquel extraño objeto semiesférico y despegaron verticalmente a gran velocidad, dejando como único recuerdo de su paso cuatro pequeñas huellas que formaban un rectángulo perfecto.

Relacionar todos estos encontronazos no es tan osado como podría parecer. Un somero análisis de sus historias nos ofrece otra constante a tener en cuenta: los casos de antaño carecen de alusiones a objetos voladores sencillamente porque para la percepción de los testigos de siglos anteriores lo *único importante* era la entidad. Si vino o no en un vehículo, o había una luminaria extraña en las inmediaciones, o bien el testigo o bien el cronista de turno dejaba esos detalles en un segundo plano o los obviaba. Se buscaban sólo aquellas características que reforzaran la interpretación

teológica del hecho. Y nada más.

Resplandecientes en el pasado

Un buen ejemplo lo tenemos en las Sagradas Escrituras. Christian O'Brien, un geólogo experto en prospecciones en Oriente Medio y entusiasta de la arqueología bíblica, llamó la atención en 1985 sobre uno de estos «defectos de percepción histórica». En sus escritos puso de manifiesto cómo el origen etimológico de la palabra *elohim*, usada en hebreo original en la Biblia para referirse a los ángeles de Yahvé, posee un prefijo (*el*) que textualmente significa «brillante».

Quizá esto obedezca a que cuando los antiguos se tropezaron con las entidades que bautizaron así, lo que más les llamó la atención fue su aspecto cegador. Prueba de ello, según O'Brien, es que un prefijo similar, con parecido significado, fue empleado por muchos pueblos para designar a sus dioses. Los acadios, por ejemplo, utilizaban «ilu», que significa «el brillante»; los babilonios, «ellu», que puede traducirse como «el resplandeciente», y los sumerios, «el», con un significado virtualmente idéntico a los anteriores.

¿Son estos «resplandecientes» los responsables últimos de los sucesos descritos en este libro? ¿Se ocultan tras ese fulgor «los de arriba», a los que tantas veces nos hemos referido?

Nosotros, por si acaso, seguiremos tras sus huellas.

APÉNDICES

Apéndice 1

NOTAS DE LA BITÁCORA

Esta sección de *La España extraña* recoge aquellas cronologías, listados y datos en estado puro que, para no interrumpir la fluidez del texto pero debido a que son de gran interés para los lectores más atentos, hemos decidido reunir aquí. Todas ellas salen de nuestros cuadernos de campo y deben entenderse como «pistas para navegantes».

Capítulo 1

Algunas de las apariciones hispanas de la Virgen en el siglo xx

Las supuestas apariciones de la Virgen en España alcanzaron su momento cumbre en el siglo xx y fueron aumentando exponencialmente hasta el final de esa centuria. En la siguiente lista no entramos a valorar la validez de las visiones, entre las que hay varios fraudes confesos, sino tan sólo exponer aquellas que tuvieron cierto eco en la prensa y en la opinión popular.

1925. Pontevedra. La Virgen de Fátima, con un niño en brazos, visitó a sor Lucía —la única vidente que aún permanecía viva de las apariciones de Cova de Iría de 1917 y que falleció en 2005, a la edad de noventa y siete años— en el convento de la localidad. Hoy se puede visitar el lugar en el santuario de las Apariciones.

1926. Pontevedra. En el mes de febrero fue el Niño Jesús quien se apareció de nuevo a Lucía en el huerto de su convento pontevedrés.

1929. Tui (Pontevedra). De nuevo sor Lucía tuvo una aparición en la capilla de las Doroteas. Vio una cruz de luz y otras figuras celestes.

1931. Ezkioga (Guipúzcoa). La Virgen se apareció a dos niños de siete y once años y luego a ciento cincuenta personas. Se presentó como la Inmaculada Concepción en el inicio de la Segunda República.

1931. Guadamur (Toledo). Dos niñas vieron en un olivar a la Virgen de la Soledad.

1931. Torralba de Aragón (Huesca). Un grupo de niños que jugaba en las cercanías de la iglesia de la localidad dijo haber visto a la Virgen.

1936. Rojas (Alicante). La imagen de la Virgen del Rosario se apareció ante todo el pueblo en la copa de un olmo.

1941. Monte Umbe (Vizcaya). La Virgen Dolorosa se apareció a Felisa Sistiaga a partir del 25 de marzo. Estas apariciones concluyeron en 1975.

1945. La Codosera (Badajoz). La Virgen de los Dolores se apareció a la niña de diez años Marcelina Barroso Expósito en un castaño, el día 27 de mayo.

1946. San Ciprián (Zamora). Vicenta Centeno Sastre se comunicó con la Virgen, a la que vio siempre sobre una nube. Sus visiones han seguido produciéndose hasta nuestros días.

1947. Coves de Vinromà (Castellón). Se apareció la Virgen a una niña. El cineasta Luis García Berlanga se inspiró en estos hechos para confeccionar el guion de su película *Los jueves, milagro*.

1947. Oria (Almería). Una muchacha de catorce años, Ginesa Simón Casanova, protagonizó cuatro extraños encuentros con la Virgen en el barrio de Los Cerricos. Sus visiones llegaron a reunir a más de 5.000 curiosos. Jamás se levantó en el lugar la capilla que le pidió la Señora a la niña.

1961. Garabandal (Cantabria). La Virgen y el arcángel san Miguel se aparecieron a partir del 18 de junio a cuatro niñas: Conchita González, Mari Loli Monzón, Mari Cruz y Jacinta González.

1968. Palmar de Troya (Sevilla). En marzo se apareció la Virgen del Carmen a cuatro niñas en La Alcaparrosa, a dos kilómetros del Palmar de Troya. Durante años, varias personas, entre ellos Clemente Domínguez, aseguraron ver a la Virgen.

1971. Sant Vicenç dels Horts (Barcelona). La Virgen se apareció a José Cassampere.

1974. Cerdanyola del Vallès (Barcelona). El 8 de septiembre la Virgen de Lourdes se presentó ante Josefina, más conocida como Pepita, en una finca conocida como Can Sardà. La aparición se repitió los días 11 de cada mes.

1974. Cornellà (Barcelona). Un albañil dijo recibir visitas de la Virgen.

1975. Gerona. La Señora se apareció en Torre Gironella, detrás de la catedral de Gerona, a una mujer del barrio de San Narciso, madre de ocho hijos, llamada María Mesa.

1975. Sevilla. En febrero, la Virgen se apareció en El Tardón, un barrio de la ciudad.

1975. Cerdanyola del Vallès (Barcelona). La Virgen se apareció a la vidente Concha Alonso.

1976. El Mimbral (a nueve kilómetros de Sevilla). La Virgen del Sagrado Corazón se apareció a un chico de catorce años.

1980. El Escorial (Madrid). Paraje de Prado Nuevo. La vidente Amparo Cuevas dijo hablar con la Virgen de los Dolores, que se le apareció en un fresno.

1981. Villar de Chinchilla (Albacete). La Virgen de Cortes se apareció a Antonio Madrigal.

1981. Villalba (Madrid). Cristina Ferrero asegura que desde esta fecha la Virgen se le aparece en el interior de una bombilla. Se trata de una deformación en una ampolla de cristal, de unos tres centímetros de alto, que relampaguea ante las preguntas de Cristina.

1985. Alzira (Valencia). El vidente madrileño Ángel Muñoz aseguró hablar todos los días 15 de cada mes con la Virgen del Remedio, que apareció sobre un pino del

montículo de Morrut.

1985. Dénia (Alicante). La vidente Antonia Álvarez comenzó a sufrir en carne propia las huellas de la Pasión de Jesús en la cruz. Recibió también mensajes de la Virgen.

1986. Benalup de Sidonia (Cádiz). La Virgen de Lourdes se apareció sobre una higuera iluminada a Antonia Pérez Salcedo en el mes de octubre.

1986. El Espinosillo (Toledo). Desde el mes de mayo se apareció la Virgen a José Luis Manzano, que dijo ser «el gran guerrero del Tajo».

1986. Villacañas (Toledo). Una vidente llamada Epifanía Tirado comenzó a experimentar éxtasis marianos y a recibir mensajes de la Virgen... hasta hoy.

1987. Cospeito (Lugo). La Virgen se apareció una sola vez al joven Serafín Pena Teijeiro, el 13 de marzo. En 1990 volvió a tener una nueva experiencia.

1987. El Repilado (Huelva). La Virgen se apareció a la niña Alba Bermúdez Navarro, de once años, al pie del árbol de la estación (una morera).

1987. Pedrera (Sevilla). Paquita, sanadora; Carmen López, vidente, y tres niñas (Buen Suceso Escobar y las hermanas María y Rosario Sánchez) dijeron haber presenciado apariciones de la Virgen María, entre ese año y 1991, en el paraje de Vegetas de las Revueltas. Se demostró que era un fraude.

1988. La Caleta de Vélez (Málaga). La Virgen se apareció el 14 de marzo al agricultor José Sánchez García en un invernadero.

1988. Fenollet (Valencia). En enero cuatro niñas vieron a la Virgen en el interior de una luz que apareció encima de una higuera.

1988. Torà (Lérida). José Casagolda, de cuarenta años, aseguró comunicarse con la Virgen y haber recibido de ésta «poderes» para curar enfermedades.

1988. El Higuerón (Sevilla). El 16 de febrero de 1988 la vidente de Pedrera dijo haber recibido el siguiente mensaje de la Virgen: «*Tienes que pedir que te hagan una casa en el campo*». Dicho y hecho. Una devota le ofreció a Carmen López parte de su cortijo ubicado en El Higuerón, entre las localidades sevillanas de Matarredonda y Herrera (a 25 kilómetros de Pedrera). Carmen abandonó Estepa y se trasladó con su familia hasta el nuevo emplazamiento, desde donde siguió teniendo visiones y diálogos con la Virgen. Otro fraude.

1989. Ceares (Asturias). Una vidente llamada María del Rosario afirmó que era capaz de ver a la Virgen en el transcurso de unas tertulias parroquiales.

1989. Castellar de Santiago (Ciudad Real). Desde el mes de enero un joven llamado Ignacio Castellanos vivió varias apariciones de la Virgen muy próximas en el tiempo, en un lugar conocido como Los Charcones.

1990. Gruta de El Cerrillo (Córdoba). Las videntes —una curandera llamada Maruja y tres niñas: María José Riva, Gemma Marcos y María Nieves— dijeron haber visto a la Virgen de Lourdes.

1990. Baza (Granada). Esteban Sánchez, un joven de dieciséis años, aseguró haber visto a Dios y a la Virgen salir de un cuadro en julio de ese año. Fue sólo la

primera de sus visiones, cuya recurrencia pronto le valió el sobrenombre del «santón de Baza».

1991. Gibrleón (Huelva). La Virgen se apareció a la vidente María del Carmen Pérez en el monte Alto Micael todos los 13 de cada mes.

1991. Córdoba. Unas niñas aseguraron haber visto a la Virgen cerca de la Casa de Espiritualidad de San Antonio. El asunto fue pronto olvidado.

1992. Huecas (Toledo). Los niños Elena Martín, su prima Montse, María Rosa y Rubén, dijeron haber hablado con la Inmaculada. Uno de ellos sufrió estigmas en su cuerpo y varias personas afirmaron haberse curado por intercesión de la Señora.

1992. Tenerife (Islas Canarias). El 6 de junio, Justina Rodríguez aseguró haber visto a la Virgen en Los Realejos.

1993. Cónchar (Granada). La vidente Margarita Ortega comenzó a sufrir éxtasis marianos.

1994. Colmenar Viejo (Madrid). Otra vidente, Rosa Moreno, aseguró recibir mensajes de la Virgen y obtuvo algunas fotografías extrañas.

1995. Santibáñez el Bajo (Cáceres). Se apareció la Virgen del Carmen a Eufrasia Martín, «La Chata», en una encina. En marzo de 1996 un supuesto milagro la catapultó a la popularidad.

1995. Ibros (Jaén). Desde el mes de julio la Virgen se apareció sobre un olivo a las hermanas María y Ángela Moreno.

1995. Lepe (Huelva). Se apareció a Trinidad Eugenio todos los 13 de cada mes, sobre un alcornoque.

1995. Leganés (Madrid). La Virgen de Fátima se apareció a Manuela Corral en el barrio de La Fortuna. «Desde el día 13 de junio de 1995, cada día 13 y el último de mes, a partir de las diez de la mañana, un grupo de mujeres y hombres se reunían junto a un árbol situado en el arroyo Butarque, frente a la fuente de la Teja, en el barrio de La Fortuna de Leganés, a esperar una aparición de la Virgen», publicó el periódico local *El Buzón de Leganés*.

1996. Alcalá del Valle (Cádiz). Un joven de veinticuatro años, Juan Luis Moreno Gavilán, dijo haber visto cómo la Virgen se le presentó en su dormitorio, de madrugada, el 3 de septiembre. Su relato causó cierta conmoción en la localidad, pero los hechos no volvieron a repetirse y terminaron olvidándose.

1998. Madrid. La vidente Margarita (Marga), una madre de familia que quiso permanecer en el anonimato, dijo recibir mensajes de Jesús y de la Virgen María que se recopilaron en el libro: *La Verdadera Devoción al Corazón de Jesús. Dictados de Jesús a Marga*.

2000. L'Hospitalet de Llobregat (Barcelona). Joaquín Jaramillo experimentó, a partir del mes de julio, una serie de sueños en los que «una señora muy guapa» le urgía a visitar un convento que reconocerá como el de Nuestra Señora de Loreto de Espartinas (Sevilla). Jaramillo no acudió a la cita, tras lo cual su cuerpo se llenó de «estigmas» que sangraban con cada noticia catastrófica que saltaba a la prensa en

aquellos días.

Capítulo 3

Otras imágenes con fama de milagrosas

Hemos localizado otra serie de «imágenes viajeras», como las descritas en este capítulo, en:

- Nuestra Señora de Viguerrí, Montanuy (Huesca).
- Nuestra Señora de Montes Claros de Campoó (Cantabria).
- Nuestra Señora de Abellera de Santa María de Prades (Tarragona).
- Nuestra Señora de las Dos Aguas, Nonaspe (Zaragoza).
- Nuestra Señora de Canòlic (Andorra).

El culto a muchas tallas de la Virgen proviene de una aparición previa de Nuestra Señora. Una aparición conduce al descubrimiento de la imagen. Veamos algunas de ellas:

- Virgen del Pilar, Zaragoza.
- Virgen de las Sogas, Bellvís (Lérida).
- Virgen de Valdejimena, Horcajo-Medianero (Salamanca).
- Virgen de la Encina, Ponferrada (León).
- Virgen de Begoña, Vizcaya.
- Virgen de Arageme, Cáceres.
- Virgen de la Consolación, San Juan (Mallorca).
- Virgen de la Peña, Graus (Huesca).
- Virgen de Monsalud, Córcoles (Guadalajara).
- Nuestra Señora de las Fuentes, Aguilar de Campos (Valladolid).
- Nuestra Señora de la Casita, Alaejos (Valladolid).
- Nuestra Señora de Carramia, Abella de la Conca (Urgell).

Capítulo 4

Guía para no perderse en Montserrat

Manresa

Capital de la comarca catalana del Bages, la ciudad reúne varios atractivos esotéricos cuya visita es ineludible.

1. **Iglesia del Carmen.** En realidad, esta iglesia no es la misma que sirvió de escenario a los interesantes episodios de la *Misteriosa Llum*, ya que aquella iglesia gótica fue desmontada piedra a piedra y nunca más restaurada.
2. **Santa Cova.** Se encuentra a la derecha del Pont Vell, otro de los atractivos de la ciudad, y sobre ella los jesuitas erigieron una iglesia en el siglo XVIII en recuerdo de las visiones místicas de san Ignacio de Loyola que dieron a pie sus *Ejercicios espirituales*.
3. **La Seu.** También conocida como Colegiata de Santa María, este templo del siglo XIV fue modificado parcialmente por el genial arquitecto Antonio Gaudí — gran conocedor del esoterismo cristiano—, que añadió un baptisterio y un atrio neogóticos a la fachada oeste de la Seu. En su interior se encuentra un retablo gótico dedicado al Espíritu Santo, construido en 1394 —es decir, 49 años después de la aparición de la *Misteriosa Llum*— y que debió aprovecharse de la devoción a la Trinidad surgida tras la aparición del «ovni divino» de 1345.

Montserrat

La montaña se revela inconfundible para el visitante en cuanto está al alcance de la vista. Con unos diez kilómetros de largo por cinco de ancho, sus rocas transmiten al sensitivo la impresión de estar custodiando algún secreto. ¿El Grial? ¿Una puerta a otra dimensión? ¿La verdadera Moreneta?... En la visita, recomendamos que se detenga en:

- La Moreneta, por supuesto. Aunque la talla no se corresponde con la imagen hallada en el año 880 por intervención de «luces divinas», seguramente se trata de una copia de finales del románico. Sobre el paradero de la verdadera imagen, allí nadie parece dispuesto a dar pistas.
- La pinacoteca que alberga un pequeño museo situado junto a la entrada del monasterio por la plaza de Santa María.
- El camino de ascenso a Sant Jeroni. A medida que se asciende se pasa por lugares de fuertes resonancias «dimensionales», como la *Escalera de Jacob* (tallada en medio de dos imponentes rocas), y por escenarios casi mágicos.
- Explanada de la *Roca Foradada*. Allí es donde cada día 11 se reúnen los seguidores de Luis José Grífol y los curiosos que no desean perderse un eventual avistamiento ovni. Se encuentra en la carretera que conduce del monasterio a Santa Cecilia.
- Las ermitas de Montserrat están dedicadas a santa Ana, a la Santa Cruz, a san Dimas, a san Benito, a san Salvador, a la Trinidad (cómo no), a san Antonio, a san Jerónimo, a santa Magdalena, a san Juan, a san Onofre, a santa Catalina, a Santiago y... ¡hasta al mismísimo diablo! En la zona recreativa del monasterio le indicarán cómo llegar a cada una de ellas. Los ascensos pueden resultar toda

una aventura.

En los alrededores

- En el museo de Moià, a unos 23 kilómetros de Manresa por la comarcal C-141, puede admirarse lo que en su día Antonio Ribera —el padre de la ufología ibérica— identificó como un antiguo cráneo neolítico perforado por un agujero de bala.
- En L'Estany, ocho kilómetros por encima de Moià, el curioso podrá entretenerse en buscar en el claustro románico de su iglesia un capitel con una representación del diablo muy similar a la de un humanoide visto en agosto de 1956 e investigado por la fuerza aérea de Estados Unidos. ¿Casualidad? No para Antonio Ribera, quien, de nuevo él, denunció por primera vez tan extraordinario parecido.

Capítulo 7

La multiplicación de la Cruz y la clonación de las espinas

Es el momento de que repasemos un pequeño muestrario de algunos de los trozos, tarugos, leños, virutas, fragmentos y astillas de la Cruz de Cristo que se veneran en ciertos templos religiosos españoles. Sin embargo, no debe olvidarse que los fragmentos más importantes se encuentran en la basílica de Santa Croce de Gerusalemme de Roma, en París, en Bolonia, en el monasterio de Santo Toribio de Liébana y en Caravaca de la Cruz.

<i>Provincia</i>	<i>Templo religioso</i>	<i>Observaciones</i>
Almería	Canjáyar	La encontró un sacristán en 1611.
Asturias	Avilés	Sale en procesión en Semana Santa.
Baleares	Catedral de Mallorca	De esta reliquia se han extraído en diversas fechas fragmentos que han ido destinados a las parroquias de Artà, Algaida, Mahón, Andratx, Deià, etc.
Cáceres	Guadalupe	Perteneció a Enrique IV.
Cáceres	Catedral de Coria	Además, el mantel de la santa cena y el santo pañal.
Cantabria	Sto. Toribio de Liébana	El trozo más grande conservado en España, de 63 centímetros de longitud, que correspondería al brazo izquierdo de la cruz.
Córdoba	El Carpio	
Granada	Catedral	También custodian fragmentos del Sudario de Cristo.

<i>Provincia</i>	<i>Templo religioso</i>	<i>Observaciones</i>
Guipúzcoa	Legazpia. Ermita de la Santa Cruz de Mirandaola	
Jaén	Catedral	
La Rioja	Iglesia de Santa María de la Piscina de San Vicente de la Sonsierra	
León	Museo de la Catedral de Astorga	
Madrid	Convento de las Descalzas Reales	Se venera la imagen de N. S. del Milagro.
Madrid	Convento de la Encarnación	La reliquia más famosa es la sangre de san Pantaleón, que se licua cada 27 de julio.
Madrid	Iglesia de Santa Cruz	
Madrid	Ambite. Iglesia de la Asunción	
Madrid	Palacio Real. Real Capilla	También se conserva un clavo de Cristo.
Murcia	Castillo de Caravaca	El <i>lignum crucis</i> es la famosa Cruz de Caravaca.
Navarra	San Miguel de Aralar	La trajo el infante de Navarra, Don Ramiro, al volver de Tierra Santa en 1099.

<i>Provincia</i>	<i>Templo religioso</i>	<i>Observaciones</i>
Navarra	Sangüesa	Tanto en la iglesia de Santa María como en la de Santiago.
Oviedo	Catedral	Está dentro del Cristo de Nicodemus.
Salamanca	Catedral	
Segovia	Zamarramala	La trajeron los templarios de Tierra Santa.
Segovia	Convento del Carmen de Escalona del Prado	En este pueblo se guarda un Santo Sudario.
Sevilla	Catedral	Hay cinco relicarios con <i>lignum crucis</i> .
Valencia	Catedral	Su reliquia más famosa es la copa de Cristo.
Valladolid	Iglesia de la Vera Cruz	Hay dos. Uno al lado del Evangelio y otro para la devoción el 3 de mayo.
Valladolid	Iglesia de la Inmaculada	Pertenece a la Cofradía de la Cruz Desnuda.
Valladolid	Convento de San Quince y Santa Julita	
Zaragoza	Cripta de la Seo	

<i>Provincia</i>	<i>Templo religioso</i>	<i>Observaciones</i>
Zaragoza	Colegiata de Daroca	Custodian los famosos corporales con la forma de las hostias grabada.

Al igual que hemos hecho con los *lignum crucis*, también presentamos una incompleta lista de algunas de las espinas que se conservan en diferentes relicarios españoles. Se calcula que hay unas ochocientas en todo el mundo. Que cada cual lo compruebe por sí mismo y juzgue lo que le parezca.

<i>Provincia</i>	<i>Templo religioso</i>	<i>Número de espinas</i>
Baleares	Catedral de Mallorca	3
Barcelona	Monasterio de Montserrat	2
Barcelona	Iglesia de San Pedro	2
Cáceres	Catedral de Coria	1
Coruña, La	Catedral de Santiago de Compostela	1
Cuenca	Catedral	2
Guadalajara	Iglesia parroquial de Atienza	5
Guipúzcoa	Iglesia de Gatzaga (Salinas)	1
Jaén	Catedral	3

<i>Provincia</i>	<i>Templo religioso</i>	<i>Número de espinas</i>
Madrid	Monasterio de El Escorial	11
Madrid	Palacio Real	?
Navarra	Catedral de Pamplona	1
Oviedo	Catedral	5
Sevilla	Catedral	6
Toledo	Iglesia de Los Yébenes	1
Toledo	Catedral	?
Valencia	Catedral	7
Valladolid	Monasterio de la Santa Espina	1
Zaragoza	Cripta de la Seo	1

Capítulo 8 **Ruta de las Sábanas**

Además de poder visitar las Santas Faces de Honrubia (Cuenca) —en realidad, un cuadro que recoge una faz «tipo jienense»—, Jaén y Alicante, si se dirige a la ermita del pueblo, a la catedral y al monasterio de la Santa Faz, respectivamente, y de poder solicitar ver el pañolón de Oviedo, que se custodia en la cámara acorazada de la catedral de esa ciudad le proponemos una singular «ruta de las Sábanas».

La mayoría de ellas no se exhiben abiertamente y será mérito del viajero conseguir que los respectivos custodios de estas reliquias le faciliten el paso a las mismas. No es una tarea fácil, ni tampoco edificante para la fe, pero sí ayuda a calibrar la credulidad del género humano. El lector —como siempre— es quien tiene la última palabra. Las pistas que brinda nuestro cuaderno de bitácora son éstas:

<i>Enclave geográfico</i>	<i>Ubicación</i>	<i>Fecha</i>
1. Alcoi (Alicante)	Convento del Santo Sepulcro	1571
2. Badolatosa (Sevilla)	Iglesia parroquial	1674
3. Campillo de Aragón (Zaragoza)		1650
4. Castillo de Garcimuñoz (Cuenca)	Iglesia parroquial	1640
5. El Escorial (Madrid)	Monasterio de San Lorenzo	1590
6. Escalona del Prado (Segovia)	Iglesia parroquial	1657
7. Escamilla (Guadalajara)	Iglesia parroquial	1640
8. Granada	Capilla Real (dudosa)	?
9. Guadalupe (Cáceres)	Monasterio	1568
10. Guadalupe (Cáceres)	Monasterio	1580
11. La Cuesta (Soria)	Desaparecida	1654
12. Laguna de Cameros (La Rioja)	Iglesia parroquial	1790

<i>Enclave geográfico</i>	<i>Ubicación</i>	<i>Fecha</i>
13. Logroño	Catedral	1623
14. Navarrete (La Rioja)	Desaparecida	1568
15. Noalejo (Jaén)	Iglesia N. S. Asunción (dos copias)	1527
16. Porreres (Mallorca)	Iglesia parroquial/ Cuadro	?
17. Salamanca	Convento de las Agustinas	1655
18. Sanlúcar de Barrameda (Cádiz)	Hospital de San Pedro	?
19. Sanlúcar de Barrameda (Cádiz)	Santuario de la Caridad	?
20. Sant Feliu de Guíxols (Gerona)	Iglesia parroquial	1474
21. Sevilla	Desaparecida	1590
22. Silos (Burgos)	Convento de Santo Domingo	1646
23. Toledo	Convento de Comendadores de Santiago	1587
24. Torres de la Alameda (Madrid)	Iglesia parroquial / Casa de las Hermanas Peñalver	1620
25. Valladolid	Convento de Santa Catalina de Siena	1567

Capítulo 9
Milagros eucarísticos
Daroca

El *Museo Parroquial* de la Colegiata de Santa María (s. XVI) está abierto de 11 a 13 horas y de 17.30 hasta la primera misa de la tarde (19 horas en invierno y 20 horas en verano). Allí se puede ver el pañolón manchado con la sangre de las hostias convertidas en carne. Conviene saber que el día del Corpus Christi, a principios del mes de junio, se celebra la fiesta de «Los Corporales», con una procesión donde se lanzan miles de pétalos de flores al paso de las sagradas formas.

En España hemos detectado dos clases de milagros eucarísticos en los que las sagradas formas juegan un papel fundamental. Unos se refieren a aquéllos en los que el milagro se produce durante la celebración de la misa (generalmente cuando el sacerdote duda de la transubstanciación de la carne y la sangre de Cristo), y los otros cuando este evento sobrenatural se produce por circunstancias ajenas a la propia eucaristía (un incendio en el templo, un conflicto bélico o un robo en el que se profanan las hostias).

Respecto a los primeros, cabe citar los siguientes:

- Ivorra (Lérida): el 16 de agosto del año 1010, un sacerdote que oficiaba su misa en la iglesia de Santa María dudó del milagro eucarístico. Entonces el cáliz comenzó a desbordarse de sangre, que corrió por todo el altar y fue posteriormente enjuagada por los fieles con sus pañuelos. El obispo de Solsona, monseñor Ermensol, envió los corporales ensangrentados a Roma e informó de ello al papa Sergio IV, el cual dio su visto bueno y, desde entonces, todos los días 16 de agosto se venera en esta localidad un pañuelo empapado en aquella sangre recordando el Milagro de la Santa Duda. Además, en la nueva iglesia de Sant Cugat se expone un pelo de la Virgen, obsequio del mencionado papa a cambio de los corporales.
- Guadalupe (Cáceres): misa del padre Cabañuelas. El fraile dudó de la presencia real de Cristo en las sagradas formas y comenzó a caer sangre fresca de la patena, mientras una voz le decía en latín: *Tace quod vides et inceptum perfice* («Calla lo que has visto y acaba lo que empezaste»). Un cuadro de Zurbarán rememora el milagro. Fecha desconocida.
- O Cebreiro (Lugo): en el santuario de Santa María la Real, un fraile (o un sacerdote) sin fe que decía misa en un día de nieve y frío allá por el año 1300, dudó de que las sagradas especies que acababa de consagrar fueran carne y sangre de Cristo. En ese momento la hostia se convirtió en carne y el vino en sangre, y de la hostia fluyó sangre que se recogió en unas ampollas que hoy se conservan en un relicario de esta iglesia.
- Cimballa (Zaragoza): por las mismas fechas del suceso de Daroca tuvo lugar otro milagro eucarístico en un pueblo muy cerca de esta localidad. Un sacerdote que decía misa dudó de la presencia real de Cristo en la hostia y, al punto, ésta

empezó a sangrar, manchando los corporales. En su iglesia se conservan parte de los corporales (llamados el *Santo Dubio*) y la sagrada forma que sangró.

- Yepes (Toledo): un trozo de los corporales de Cimballa fue llevado en 1602 a Yepes. La reliquia, que se conserva en su grandiosa iglesia renacentista, es un fragmento de tela de diez centímetros con manchas de sangre. En la fiesta grande del pueblo, que se celebra el día del Corpus, sacan el *Santo Dubio* (*Dubio*, «duda» en latín).

Respecto a los segundos, estos tres serían una buena muestra:

- El Escorial (Madrid): a mediados del año 1572, los protestantes, después de saquear la catedral de Gorcum (Holanda), arrojaron al suelo y pisotearon la sagrada forma. Los clavos de la bota de un soldado produjeron tres agujeros en la misma por donde manó sangre. Felipe II donó esta hostia al monasterio de El Escorial y allí se conserva hoy en día, donde sólo puede verse cada 29 de septiembre y cada 28 de octubre durante su solemne exposición en la basílica del monasterio. Que el lector no deje tampoco de admirar un magnífico óleo de Claudio Coello en el que se inmortalizó esta hostia en 1685.
- Alcalá de Henares (Madrid): la sacristía tuvo en su poder 24 hostias incorruptas desde el año 1597 que fue cuando ocurrió el milagro. Las mismas fueron profanadas durante la guerra civil y hoy nadie sabe dónde se encuentran.

Silla (Valencia): es el último milagro eucarístico que conocemos en España y tuvo lugar el 25 de marzo de 1907, un Lunes Santo, cuando un pordiosero con unas alforjas al hombro robó del sagrario de la parroquia el copón con las sagradas formas que había dentro. A los tres días —el Jueves Santo— se encontraron en un huerto de naranjos, debajo de una piedra que se extrajo con una azada. Las hostias estaban pegadas unas a otras por la humedad de la tierra y habían tomado el color de ésta. Rápidamente se metieron en un nuevo copón y se depositaron en la iglesia. Al pasar los años se comprobó que estas formas robadas permanecían incorruptas. Cómo recuerdo de este milagro se labró una custodia en forma de naranjo.

Capítulo 10

Vírgenes negras y arcas del cautivo

El que siga la pista a los cofres voladores comprobará que casi toda la información de que disponemos de ellos reposa sobre la tradición oral. Por desgracia, no hay ningún escrito de la época en el que se refiera cómo sucedieron los acontecimientos. El lector también comprobará que la intercesora del milagro suele ser una Virgen negra o morena (las favoritas de los caballeros cruzados), cuyo culto

ya existía desde muy antiguo y que se reafirma cuando la noticia del milagro llega a conocerse. Además de los casos ya reseñados, mencionamos los siguientes para nuestro particular cuaderno de bitácora:

- En el santuario de Nuestra Señora de la Franqueira (Pontevedra) —Virgen venerada durante algún tiempo en el interior de un dolmen— la leyenda del arcón volador es objeto de un auto sacramental en la romería de septiembre en conmemoración de un suceso prodigioso que tuvo lugar aquí con varias arcas: «Una noche, por ministerio de los ángeles, las arcas y los moros que dormían sobre ellas fueron trasladadas desde el país de Argel hasta las puertas del templo de la Franqueira, donde, ante los ojos asombrados de los moros, las arcas se abrieron por sí mismas y quedaron los cristianos libres de sus cadenas y prisiones, felices entre sus familias y paisanos». Tal milagro quedó perpetuado en piedra, mediante los dos bustos que, a izquierda y derecha de la portada del templo, representan un cristiano y un moro.
- La historia se repite en el monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe (Cáceres), con su cautivo cristiano, su moro y su arcón que vienen a parar, desde Berbería, al claustro de los Milagros del citado recinto. La variante es que no hay un gallo, sino un perro. En uno de sus cuadros, el número 17, se puede leer: «Eran tantos los cautivos que Nuestra Señora sacaba del poder de infieles que ya no había prisiones ni guardas para tenerlos seguros... púsose a dormir con un perro al lado y cuando se despertó se hallaron a la vista de esta Santa Casa; el cautivo libre, él espantado y el perro y el arca por testimonio del milagro».
- En el santuario de Nuestra Señora de la Cinta, en Huelva, se volvían a dar todos los personajes: cristiano de nombre desconocido, moro, arcón y gallo (al que cortan el pescuezo mientras le dicen al moro: «Cuando este gallo vuelva a cantar tendrás tu libertad», lo que evidencia una cierta mala uva). Todos viajaron por los aires, junto con dos pesados fustes de mármol, a modo de cerrojos supletorios, sobre el cofre. Hoy día, y por culpa de la barbarie de la guerra civil, no queda ninguno de estos objetos, ni siquiera los tres lienzos donde se narraba el prodigio.

Lo que hace original a este caso es que al cautivo se le presenta la Virgen en persona para socorrerlo. Por suerte, tenemos el texto del primero de estos cuadros, cuya inscripción decía lo siguiente: «Estando un christiano en un lugar de Berbería, afligido por la mala vida que su Amo le daba, se encomendó a Nuestra Señora de la Cinta y milagrosamente se le apareció y le dixo que le sacaría de allí. Su amo el Moro oyó hablar al christiano con Nuestra Señora y le dijo: “¿Qué muger es essa que habla contigo?”, y respondió que era Nuestra Señora de la Cinta, que lo había de sacar de allí. Y

respondió el Moro: “Yo te pondré donde no te saque”».

Lo demás ya se lo puede imaginar el lector.

- En Mendavia (Navarra) no se conforman con las reliquias del milagro ni con celebrar un auto sacramental y han llegado más lejos. Efectivamente, en 1968 festejaron el quinto centenario del Milagro del Arcón —ocurrido, según ellos, en 1468—, realizado por Nuestra Señora de Mendavia. Para ello organizaron una magna procesión-desfile escenificando las diversas partes del milagro por personajes alusivos: arcón y moro somnoliento incluidos.
- En León encontramos una curiosa variante del arcón con dos importantes novedades. Aquí no emprende el vuelo y los hechos se sitúan con bastante posterioridad a los que citan otras leyendas. La Virgen del Camino (patrona de León), aparecida al pastor Simón Alvar a comienzos del siglo XVI, tiene su milagro de traslación de un arca con un cautivo dentro y amarrado con cadenas, según se muestra en la sala de exvotos. Hasta aquí todo normal. Sin embargo, el relato continúa diciendo que cierto moro llamado Alcazaba transportaba cautivos a Trípoli y Orán. El cautivo, de nombre Alonso de Rivera, natural de Villamañán, se encomendó a la Virgen y entonces la nave se vio arrastrada por una tempestad y arrojada a las costas españolas, donde los prisioneros que no murieron ahogados quedaron libres. Al cautivo leonés le pareció un milagro y prometió acudir ante la Virgen del Camino para dar gracias por su liberación, llevando consigo el arca y las cadenas que le sirvieron de cárcel. Allí encontró al pastor Simón Alvar sirviendo a la ermita y custodiando la imagen, con quien se quedó de ermitaño. Todo parece indicar que se trata de una leyenda retocada, de la que se ha eliminado toda referencia a las cualidades voladoras del arca.

Capítulo 12

Mano de ángel

Valencia, Alicante, Teruel, Zamora o Soria no parecen haber sido los únicos parajes por los que desfilaron enfervorecidos constructores celestiales.

La creencia de que una determinada talla había sido fabricada por «mano de ángel» acompañó a muchas otras piezas de arte sacro. E incluso a edificios y enclaves geográficos. Recordaremos aquí algunos como «pistas que seguir». La lista, desde luego, no pretende ser exhaustiva:

- **Montserrat o «Monte Serrado» (Barcelona).** Es la montaña sagrada de los

catalanes por excelencia y debe su nombre a una supuesta travesura angelical. Según una extendida tradición local, fueron los propios ángeles quienes un buen día, al no tener otra cosa mejor que hacer, se dedicaron a serrarla, dotándola de su peculiar fisonomía. Por eso se la conoce también como *Montserrat dels àngels*.

- **La cruz de los ángeles (Oviedo).** Se trata de un crucifijo que data del año 808, del que se cree fue fabricado por dos ángeles. Una vez acabado se lo entregaron a Alfonso el Casto para la primitiva iglesia del Salvador. Hoy se conserva en el Arca Santa de la catedral ovetense, junto a otras reliquias como la del «pañolón» con las supuestas manchas de sangre del rostro de Jesús.
- **Ermita de Berástegui (Guipúzcoa).** Pretendidamente levantada por los ángeles. En la misma se venera a san Lorenzo.
- **Monasterio de San Juan de Corias (Asturias).** Fue literalmente bajado del cielo con unas cadenas de oro por los mismos ángeles. Este milagro aparece representado en el altar mayor de su iglesia.
- **Casulla de San Ildefonso (Toledo).** La entregó la Virgen a san Ildefonso, después de haber sido confeccionada por los ángeles. Se conserva en la catedral de la ciudad.
- **Imagen de la Virgen del Puig, patrona del reino de Valencia.** Su imagen fue encontrada por san Pedro Nolasco (que ya había fundado la Orden de los Mercedarios) en un lugar en el que cada sábado se posaban siete estrellas luminosas. En ese sitio cavaron y encontraron una campana y, bajo ella, un relieve de alabastro de la imagen de Nuestra Señora, junto con un letrero que decía: «Tu imagen sea nuestro amparo, la cual fue esculpida en la piedra de tu sepulcro por los ángeles y por ellos mismos traída a este collado».



Virgen de la Candelaria de Adeje (Tenerife).

- **Imagen de la Virgen de Aránzazu**, la patrona de Guipúzcoa, que, según la tradición, fue modelada por los ángeles.

- **Imagen de la Virgen de la Candelaria (Tenerife).** En Adeje se conserva la que se cree es la auténtica talla de la Virgen de la Candelaria, que, según escribió en 1594 fray Alonso de Espinosa, «tengo por cosa averiguada que fue por ministerio de ángeles a esta isla traída y por sus manos labrada. Porque es casi imposible —añade— que obra tan prima y tan perfecta, manos mortales la hubiesen hecho».
- **Santuario de Nuestra Señora del Coll de Nafré (Gerona).** Se cree que fue construido con piedras bajadas del cielo por los ángeles, que las labraron antes con todo cuidado. El pueblo pidió al abad del monasterio de Amer que les cediera algunos bloques para terminar de construir su iglesia. El abad accedió y, a partir de ese momento, los ángeles dejaron de traer más sillares. El campanario del santuario se tuvo que construir con piedras distintas a las del resto de la obra.
- **Cartuja de Scala Dei (Tarragona).** En el pequeño pueblo de Scala Dei («Escalera de Dios», en latín) se fundó la primera cartuja de España siguiendo un extravagante «rastros angélico»: según una arraigada tradición local, en el año 1164 un pastor quedó deslumbrado por una larga escalera luminosa que cayó repentinamente del cielo —muy parecida, suponemos, a la de la visión de Jacob—, y por la que vio ascender y descender algunos ángeles. Dicha tradición se recuerda hoy en el escudo y en el nombre del enclave.



Fuente del pueblo de Scala Dei, con su misterioso escudo en forja.

Apéndice 2

MUSEOS CURIOSOS E INSÓLITOS DE ESPAÑA

Nuestro país está literalmente sembrado de museos. Los hay grandes y pequeños, importantes y anecdóticos, dedicados a la historia, la ciencia, la naturaleza... y hasta a los misterios. Con frecuencia pasamos por delante de sus puertas sin detenernos siquiera a curiosear en su directorio o a preguntar qué hay en su interior que merezca nuestra visita.

Hemos querido rescatar de nuestras bitácoras este apretado directorio de museos repletos de claves, a sabiendas de que con el paso del tiempo algunos quizá hayan cerrado mientras que otros aquí no consignados habrán abierto sus puertas.

Quien, en adelante, los ignore es porque quiere.

Museos arqueológicos

Sería prolijo enumerar todos los museos arqueológicos españoles. Nos concentraremos en tres de ellos, en los que destacamos piezas o colecciones particularmente misteriosas.

Córdoba

- **Torrecampo.** Casa-Museo Posada del Moro. En la comarca de los Pedroches, a 104 kilómetros de la capital. Allí se encuentran varias esculturas halladas en 1976 en Riotinto (Huelva) y que representan a homínidos con rasgos de australopiteco. Se han datado en unos tres mil años, aunque algunos aseguran que son de época atlante y tienen más de once mil años. El Museo Posada del Moro está cerrado desde la muerte de su creador y alma máter, Esteban Márquez Triguero, en septiembre del año 2003.

Gerona

- **L'Escala-Empúries.** El Museu d'Arqueologia comprende una visita por los restos de la ciudad de Empúries, donde se exhiben incluso los restos de un

serapeum del siglo I a. C., lugar de adoración al dios egipcio Serapis. Algunas leyendas hablan de que los griegos trajeron hasta aquí el secreto del ablandamiento de piedras.

Madrid

- **Madrid.** En 2014 se ha vuelto a abrir el Museo Arqueológico Nacional (MAN), muy remodelado, y en él se muestran más de 13.000 piezas que van desde la Prehistoria hasta el siglo XIX. Podemos ver auténticas joyas de nuestro pasado como la Dama de Elche, la Dama de Baza, la bicha de Balazote o el tesoro de Guarrazar. Se encuentra en la calle Serrano, número 13.

Museos egipcios

La península Ibérica tiene más de Egipto de lo que muchos imaginan. Esta ancestral cultura guarda en su seno el origen de sabidurías tan desconcertantes como la astronomía, las matemáticas (incluyendo el cálculo de números como *pi* o *phi*), la cirugía o una arquitectura capaz de obras *imposibles* como la Gran Pirámide de Gizeh. He aquí los lugares «egipcios» dignos de visitarse en España.

Barcelona

- **Museu Egipci.** Pertenece a la Fundación Arqueológica de Jordi Clos y está situado en la calle Valencia, 284, junto al paseo de Gracia.
- **Montserrat.** Museo del Monasterio. Situado justo enfrente del monasterio, en su planta baja se encuentra el sector de *Arqueología del Oriente Bíblico*, que dedica una sala al antiguo Egipto.

Coruña, La

- **Museo Arqueológico e Histórico,** ubicado en el castillo de San Antón. Tiene

algunas piezas de arte faraónico.

Madrid

- **Museo Arqueológico Nacional.** Dispone de una gran sala con piezas traídas desde Egipto, entre las que cabe destacar su colección de sarcófagos. Se exhiben piezas procedentes de diversas colecciones privadas, hoy públicas, y otras halladas por la Misión Arqueológica Española en Egipto, en Ihnassya el-Medina (Heracleópolis Magna).
- **Templo de Debod.** Abierto al público desde 1972. Se halla en el paseo del Pintor Rosales, s/n.
- **Museo Cerralbo.** Se exhiben piezas de época tardía (bronces y cerámicas) que pertenecieron al marqués de Cerralbo. Es conveniente reservar la visita llamando al 91 547 36 46. Se encuentra en la calle Ventura Rodríguez, número 17.

Valladolid

- **Fundación Cristóbal Gabarrón.** Posee una pequeña colección egipcia. Está en la calle Núñez de Arce, número 25.

Museos etnográficos y de tradiciones populares

Este libro lo demuestra: estar atentos a las tradiciones populares, a los escudos de determinadas localidades, a sus fiestas, músicas y leyendas puede aportarnos mucho sobre nuestro pasado. Y, en especial, sobre la existencia de intervenciones externas y celestes durante el proceso de gestación de esos pueblos. Hoy son numerosos los museos de estas características que están abiertos en España. Y cada vez hay más, pues se están recuperando esos viejos aperos, valores, rituales y tradiciones para concienciar a la gente y rescatar la memoria colectiva. En muchos casos relacionados con la arqueología y la antropología. He aquí una pequeña muestra.

Albacete

- **Fuensantaa.** Museo Etnológico. Plaza Mayor, s/n.
- **Lezuza.** Museo Etnológico de Tiriez. En la calle Isabel la Católica, s/n.

Asturias

- **Grandas de Salime.** Museo Etnográfico de Grandas de Salime.

Badajoz

- **Azuaga.** Museo Etnográfico Comarcal de la Sierra y la Campiña Sur.
- **Olivenza.** Museo Municipal de Usos y Costumbres populares «González Santana». Plaza de Santa María.

Barcelona

- **Museo de Historia de Cataluña,** en la plaza de Pau Vila, 3.
- **Museo Etnológico.** Passeig Santa Madrona, s/n.

Cáceres

- **Plasencia.** Museo Etnográfico y Textil Provincial. Plazuela Marqués de la Puebla, s/n.

Coruña, La

- **Betanzos.** Museo das Mariñas, en la calle Emilio Romay, s/n.
- **Santiago de Compostela.** En el convento de Santo Domingo de Bonaval (1220) se encuentra el Museo del Pueblo Gallego y el Museo Municipal, con fondos etnográficos y antropológicos.

Guadalajara

- **Museo Provincial.** Situado en el palacio de los duques del Infantado, posee una completa sala dedicada a la etnografía. Plaza de los Caídos, 1.

Guipúzcoa

- **Zerain.** Museo Etnográfico, en la Herriko Plaza, s/n.

Huesca

- **Abizanda.** Museo Exposición de Religiosidad y Creencias Populares del Pirineo Central.
- **Hecho.** El Museo Etnológico «Casa Mazo».
- **Jasa.** La ermita de San Pedro, del siglo XVI, acoge el Museo Etnográfico, inaugurado en el año 2000.
- **Sabiñánigo.** Museo Ángel Orensanz y Artes del Serrablo.

Ibiza

- **Santa Eulalia del Río.** Museo Etnológico de las Islas Pitiusas.

Jaén

- **Cazorla.** Museo de Artes y Costumbres Populares del Alto Guadalquivir.

León

- **Museo Etnográfico «Ildefonso Fierro».** Destacan sus colecciones de exvotos y amuletos. Puerta de la Reina, s/n.

Palencia

- **Cervera de Pisuerga.** Museo Etnográfico. Visitable en Semana Santa y de julio a septiembre.

Teruel

- **Museo Provincial.** Posee una amplia sección de etnografía y un buen archivo. Plaza Fray Anselmo Polanco, s/n.
- **Calaceite.** Museo Joan Cabré, sección de etnología.

Toledo

- **Museo de la España Mágica.** En la calle Cardenal Cisneros, número 12.

Valladolid

- **Urueña.** Centro Etnográfico Joaquín Díaz, en la calle Real, 4. Posiblemente

alberga la biblioteca más completa sobre tradiciones y folclore españoles.

Vizcaya

- **Sopuerta.** Museo de las Encartaciones. Barrio de Abellaneda, s/n.

Zaragoza

- **Museo de Zaragoza,** sección de etnología. Parque Primo de Rivera.
- **Muel.** Museo Etnológico La Calistra.

Museos de devociones y arte religioso

Los museos diocesanos, catedralicios y de arte sacro pueden visitarse con dos ópticas distintas: la piadosa y la inquisitiva. Los que apliquen la segunda descubrirán, por ejemplo, que la tremenda farsa de las reliquias dio pie a que se tallaran algunas de las piezas más bellas de nuestra orfebrería. Relicarios y exvotos de todas clases pueden contemplarse en casi cualquier museo diocesano, generalmente situado tras las más importantes catedrales de este país. Enunciamos sólo algunos que nos han parecido relevantes. Faltan, no obstante, muchos más.

Ávila

- **Museo Teresiano,** donde están depositadas algunas reliquias de Santa Teresa. Convento de San José, en calle Las Madres, 4.
- **Santuario de Sonsoles,** con exvotos y hasta un caimán disecado.

Barcelona

- **Museo de la Sagrada Familia.** Situado en la cripta del portal de la Pasión del templo de la Sagrada Familia, recoge los pormenores de esta obra «esotérica» de Gaudí. En la calle Mallorca, 401.
- **Museu Nacional D'Art de Catalunya.** Dedicado fundamentalmente al arte sacro románico, gótico y renacentista. En el palacio de Montjuïc.

Burgos

- **Museo Catedralicio** No deje de visitar la capilla de las reliquias (siglo XVIII).
- **Comarca de La Bureba.** Santuario de Santa Casilda, todo un museo de religiosidad popular con exvotos de lo más curiosos.

Cáceres

- **Plasencia.** Museo de la Santa Iglesia Catedral. Dispone de una nutrida colección de relicarios desde el siglo XVI.

Castellón

- **Peníscola.** En el pequeño museo de la iglesia de la Virgen del Socorro se custodian objetos como un relicario de *lignum crucis* de Clemente VIII.

Coruña, La

- **Museo de Arte Sacro.** Puerta de Aires, 23 (en un lateral de la Iglesia de Santa María del Campo). Muestra principalmente orfebrería de los siglos XVI al XIX.
- **Santiago de Compostela.** Museo Sacro, en el monasterio de San Pelayo.
- **Santiago de Compostela.** Museo de las Peregrinaciones, en la plaza de San Miguel.

Cuenca

- **Museo diocesano catedralicio.** Alberga un bello díptico relicario bizantino y un curioso báculo de san Julián. Palacio episcopal.

Granada

- **Casa de los Pisa,** en el barrio del Albaicín, con recuerdos y reliquias de san Juan de Dios.

Guadalajara

- **Atienza.** Museo de Arte Religioso y Paleontología de San Gil. Iglesia de San Gil, en la calle General Franco, s/n.
- **Pastrana.** Museo de Recuerdos de Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Convento de los PP. Franciscanos, en la calle Extramuros, s/n.
- **Sigüenza.** Museo del Arte Sacro. Plaza del Obispo don Bernardo, s/n.

Guipúzcoa

- **Azpeitia.** Casa Natal de san Ignacio. Santuario de Loyola. A unos 80 metros está el caserío de Errecarte, casa natal del jesuita Francisco Gárate, beatificado por Juan Pablo II en 1985.

Jaén

- En la Capilla Mayor de la catedral se venera, entre otros objetos, el célebre «Santo Rostro». Abierta de 8.30 a 13.00 horas y de 16.30 a 19.00 horas.
- **Úbeda.** Museo de San Juan de la Cruz.

León

- **Museo de la Colegiata de San Isidoro de León.** Se expone el cáliz de doña Urraca, una pieza de orfebrería románica donada al rey Fernando I y que se ha identificado con el Santo Grial, según la investigación efectuada por Margarita Torres y José Miguel Ortega del Río, reflejada en su libro *Los Reyes del Grial*.
- **Museo Catedralicio Diocesano de León.** Es uno de los más completos en su género, y sus fondos abarcan desde la prehistoria hasta el Neoclasicismo.
- **Astorga.** El Museo de los Caminos alberga numerosos vestigios relacionados con el Camino de Santiago. Palacio Gaudí. Plaza Eduardo de Castro, s/n.

Lugo

- **Monforte de Lemos.** En el monasterio de las Clarisas se encuentra el Museo de Arte Sacro, que guarda numerosas reliquias y relicarios de mártires y santos.

Madrid

- **Monasterio de la Encarnación.** Cada año, en el mes de julio, se licua la sangre de san Pantaleón.

Navarra

- **Castillo de Javier.** A 54 kilómetros de Pamplona, se pueden encontrar objetos relacionados con san Francisco Javier, apóstol de las Indias y del Japón.

- **Roncesvalles.** Museo-Tesoro de la Real Colegiata. Destaca el relicario conocido como «ajedrez de Carlomagno» (mediados del siglo XIV) y la esmeralda llamada «de Miramamolín» (trofeo ganado por Sancho el Fuerte en la batalla de Las Navas de Tolosa).

Oviedo

- **Catedral (Torre de San Miguel).** En su Cámara Santa se guarda la famosa reliquia del «pañolón» con las supuestas manchas del rostro de Jesús, así como la Cruz de la Victoria y la Cruz de los Ángeles, las espinas de su corona y una sandalia de San Pedro.

Palencia

- Museo de Arte Sacro de Frómista.

Salamanca

- **Alba de Tormes.** Museo Teresiano, situado en la plaza de Santa Teresa, número 4.

Sevilla

- **Catedral.** La sacristía con sus reliquias es un lugar obligado de visita para ver espinas de la corona de Cristo y *lignum crucis*, así como la tumba de Colón, ahora que sabemos que sus restos óseos son auténticos, gracias a la investigación genética llevada a cabo por José Antonio Lorente y dada a conocer en agosto de 2006.

Soria

- **Ágreda.** El pequeño Museo de Sor María de Jesús de Ágreda está dentro de la iglesia del convento de las Concepcionistas y contiene objetos y escritos de esta mística del siglo XVII. Se encuentra en la carretera de Vozmediano, 29.
- **Almenar de Soria.** Museo del Santuario de la Virgen de la Llana.

Tenerife

- **Candelaria.** Museo del Convento de los Dominicos.

Toledo

- **Museo del Tesoro Catedralicio.** Merece la pena visitar el tesoro-relicario, donde dicen que se custodia la casulla de san Ildefonso, aunque nadie la ha visto. Lo que sí puede verse es la impresionante custodia realizada por Enrique de Arfe en el siglo XVI.

Valladolid

- **Museo del Monasterio de San Joaquín y Santa Ana.** Buena colección de arte sacro y objetos litúrgicos. En la plaza Santa Ana, número 4.
- **Museo Oriental.** Plagado de objetos religiosos desde el segundo milenio a. C. hasta el siglo XIX, procedentes de China y Filipinas. En el paseo de los Filipinos, número 7.

Zamora

- **Museo de la Semana Santa.** Situado en la plaza Santa María la Nueva, número 1.

Zaragoza

- **Museo Pilarista.** Dentro de la basílica de Nuestra Señora del Pilar se encuentra este museo que muestra alhajas antiguas donadas a la Virgen y otros objetos de interés mariano. En la plaza del Pilar.
- **Calanda.** Museo donde se recrea el milagro de Miguel Pellicer, llamado el «cojo de Calanda», atribuido a la Virgen del Pilar en 1640.

Museos insólitos

Para quien desee visitar museos fuera de toda clasificación, recomendamos los siguientes:

- **Agudo (Ciudad Real).** Museo del Rosario. Es más moderno que el de Aroche y de momento cuenta con 400 piezas gracias a la labor de su fundador, Pedro Jiménez Mansilla.
- **Aroche (Huelva).** Museo del Santo Rosario. Su colección supera los 1.500 rosarios de todo el mundo, los cuales han usado todo tipo de personalidades.
- **La Coruña.** Torre de Hércules. Si bien no es propiamente un museo, se trata del único faro romano en activo en el mundo. Se cree que está edificado sobre el cráneo del gigante Gerión.
- **La Coruña. Oleiros.** El Museo Kaydeda dispone de una colección de reliquias religiosas que van del pico del Espíritu Santo a la pluma del arcángel Miguel.
- **Madrid.** El Museo de Antropología Forense del Dr. Reverte Coma, ubicado en la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid, presenta una nutrida muestra de malformaciones genéticas en fetos, un garrote vil o los elementos con los que los *houngan* (brujos vudú) haitianos elaboran el *poudré*, el temido polvo con el que se crean los zombis.
- **Salamanca. Logia masónica.** Se recrea el interior de una logia, con objetos incautados a la masonería durante la guerra civil de 1936-1939. Archivo Histórico Nacional, en la calle Gibraltar, número 2.
- **Toledo. Museo Sefardí.** Curiosa colección de objetos e imaginería cabalista

hebrea. En la calle Samuel Leví, s/n.

- **Toledo.** Museo de la España Mágica. En la calle Cardenal Cisneros, número 12. Situado en una cueva islámica del siglo x, contiene una colección de amuletos, textos, personajes y símbolos que han formado parte de las costumbres, leyendas, tradiciones y supersticiones de los diversos pueblos que han habitado la península Ibérica y los dos archipiélagos.
- **Zugarramurdi (Navarra).** Museo de las Brujas. Ubicado en una vieja casona con dos pisos, en la que se pueden ver imágenes y reproducciones más o menos exactas de lo que sucedió durante el famoso auto de fe de Logroño de 1610.

Apéndice 3

CRONOLOGÍA PARA UNA ESPAÑA EXTRAÑA

Que nadie crea que damos por buenos los acontecimientos sobrenaturales que vamos a enunciar por el mero hecho de mencionarlos. Forman parte de las creencias, las leyendas y algunas crónicas insólitas, y son un excelente botón de muestra de la gran casuística sobrenatural que se dio durante la Edad Media ibérica e incluso la Moderna.

Las fechas que ofrecemos han tenido en cuenta la Era Hispánica por la que se contaban los años en aquella época y que, como sabemos, comienza 38 años antes de Cristo, cuando los romanos lograron afianzar su dominio sobre nuestro país. Esta singularidad cronológica se utilizó en inscripciones, crónicas y documentos desde el siglo III hasta el siglo XV. Su zona de uso fue el sur de Francia y la península Ibérica, si bien no tuvo la misma utilización o permanencia en los diferentes reinos hispánicos. En Cataluña dejó de utilizarse después del Concilio de Tarragona del 1180; y en los reinos de Aragón, Valencia y Mallorca se abandonó durante el reinado de Jaime I. En Castilla su uso fue suprimido durante el reinado de Juan I, en virtud de un acuerdo de las Cortes de Segovia de 1383.

Tipos de fenómenos

1. Luces
2. Apariciones marianas
3. Guerreros mágicos
4. Signos (cruces y objetos)
5. Milagros eucarísticos
6. Prodigios
7. Presencia de ángeles y santos

DÍA	MES	AÑO	SIGLO	DATOS	TIPO
		724	viii	Cruz en llamas en el monte Pano. Origen del escudo de Aragón	4
		808	ix	Se talla la Cruz de los Ángeles	7
25	6	813	ix	Pelagio encuentra el sepulcro de Santiago	1
		843	ix	Aparece la imagen de la Virgen de la Soterraña en Ávila	2
		880	ix	Se encuentra la imagen de la Moreneta en Montserrat	1
		939	x	Batalla de Simancas. Aparición de san Millán a Fernán González	3
		985	x	Aparece un guerrero blanco (san Jorge) en Montserrat	3

DÍA	MES	AÑO	SIGLO	DATOS	TIPO
		999	x	Espadas de fuego en la batalla de Ramón Borrell II	4
		1045	xi	Batalla de Calahorra. Intervención de san Millán	3
25	7	1064	xi	Santiago auxilia al rey Fernando en el sitio de Coimbra	3
		1084	xi	Conquista de Olmedo con visión de la Virgen	2
		1085	xi	Se aparece la Virgen del Puy en una colina de Lizarra	2
		1085	xi	Mezquita del Cristo de la Luz en Toledo con lucernas inextinguibles	1
		1096	xi	San Jorge en la batalla de Alcoraz	3
		1100	xii	La Virgen se aparece a san Anselmo de Canterbury	2
		1113	xii	Se aparece N. S. de Arconada en Ampudia, Palencia	2
		1114	xii	A san Isidro le ara el campo un ángel	7

DÍA	MES	AÑO	SIGLO	DATOS	TIPO
3	5	1118	XII	Aparece una cruz blanca en la reconquista de Complutum	4
		1158	XII	Motín de la trucha y las hostias volantes de Zamora	5
		1171	XII	Toro de Teruel	4
6	1	1177	XII	Luminarias sobre Cuenca	1
		1178	XII	Se aparece la Virgen de Cinta	2
		1193	XII	Se aparece un ciervo con una cruz de color azul y rojo sobre sus astas en Cerfroid, San Félix de Valois	4
		1195	XII	Batalla de Alarcos, donde un ángel ayuda a las tropas almohades	3
		1208	XIII	La Virgen se aparece a Domingo de Guzmán y le entrega el rosario	2
		1212	XIII	Un extraño pastor, con el rostro de san Isidro, en la batalla de Las Navas de Tolosa	7
2	8	1218	XIII	Creación de los mercedarios con la aparición de la Virgen a Pedro Nolasco	2

DÍA	MES	AÑO	SIGLO	DATOS	TIPO
		1221	XIII	La Virgen se aparece a san Antonio de Padua	2
1	5	1222	XIII	Aparición de la Virgen de Cortes en Alcaraz, Albacete	2
		1227	XIII	Virgen en el cerro de la Cabeza, Andújar, Jaén	2
		1229	XIII	San Jorge con una «lanza de fuego» en la conquista de Mallorca	3
	4	1229	XIII	Señora luminosa en la batalla de Arroyo de la Luz, en Cáceres	2
		1229	XIII	Arcángel san Rafael sobre Córdoba	7
3	5	1232	XIII	Se aparece la Cruz de Caravaca, Murcia	4
		1236	XIII	Se encuentra el altorrelieve de la Virgen del Puig	2
		1237	XIII	San Jorge en la batalla del Puig de Enesa, Valencia	3
		1237	XIII	Milagro de la judía despenada en Segovia	6
23	2	1239	XIII	Milagro de los corporales de Daroca	5

DÍA	MES	AÑO	SIGLO	DATOS	TIPO
		1247	XIII	La Virgen de Tentudía en Calera de León	2
16	7	1251	XIII	Se crea el escapulario por inspiración de la Virgen a Simón Stock	2
		1260	XIII	Aparición mariana en la reconquista de Puerto de Santa María, Cádiz	2
		1263	XIII	Milagro eucarístico en Bolsena, Italia	5
		1268	XIII	Aparición de la Virgen de la Merced	2
		1276	XIII	San Jorge en la defensa de Alcoi	3
		1280	XIII	Arcángel san Rafael sobre Córdoba	7
		1284	XIII	N. S. de la Natividad en Méntrida, Toledo	2
		1291	XIII	Los ángeles trasladan la casa de la Virgen de Nazaret a Iliria	7
		1294	XIII	La casa de la Virgen «vuela» de Iliria a Ancona	7
		1340	XIV	El día se alarga en la batalla de Salado	1

DÍA	MES	AÑO	SIGLO	DATOS	TIPO
21	2	1345	xiv	Misteriosa Llum de Manresa	1
8	1	1392	xiv	Aparece un ángel en Aiora (Valencia)	7
26	3	1399	xiv	Aparece una dama resplandeciente en un espino y una procesión espectral en Santa Gadea, Burgos	2
5	9	1410	xv	Milagro de la sinagoga del Corpus de Zamora	5
		1414	xv	Tres peregrinos tallan la imagen de N. S. de los Desamparados en Valencia	7
4	8	1418	xv	Dos ángeles tallan la imagen de N. S. del Hondón de las Nieves, Alicante	7
		1424	xv	Juana de Arco tiene apariciones de san Miguel, santa Catalina y santa Margarita (hasta 1431)	7
		1428	xv	Milagro de san Pedro Regalado	6
11	6	1430	xv	Cuatro testigos ven a la Virgen y a san Ildefonso en procesión. Virgen de la Capilla de Jaén	2

DÍA	MES	AÑO	SIGLO	DATOS	TIPO
26	5	1432	xv	La Virgen se aparece en Caravaggio, Italia	2
5	11	1432	xv	El rey Juan II de Castilla ve un globo de fuego en Fuenteguinaldo	1
20	2	1436	xv	San Pablo se aparece en Écija durante un brote de peste.	3
25	3	1446	xv	Virgen del Castañar, en Béjar, Salamanca	2
3	3	1449	xv	La Virgen se aparece a Inés Martínez en Cubas, Madrid	2
6	6	1453	xv	Milagro eucarístico en Exilles	5
		1455	xv	Se aparece san Miguel Arcángel en Navalagamella, Madrid	7
4	8	1455	xv	Se aparece san Antonio de Padua en Navas de Zarzuela, hoy Navas de San Antonio, Madrid	7
3	8	1458	xv	A un niño de nueve años se le aparece la Virgen niña en El Miracle, Lérida	2
	11	1460	xv	Un extraño visitante señala una fuente para curar la peste en Jafré, Gerona	7

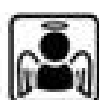
DÍA	MES	AÑO	SIGLO	DATOS	TIPO
21	10	1483	xv	Virgen del Collell	2
25	10	1483	xv	Miquel Noguer habla a una Virgen llorosa un sábado durante un brote de peste en El Torn, Gerona	2
		1490	xv	N. S. de la Casita en Alaejos, Valladolid	2
		1490	xv	La Virgen se aparece un sábado en Escalona, Segovia	2
21	12	1502	xvi	Virgen del Mar	2
5	9	1507	xvi	Bernat Casas ve a la Virgen con ruido de truenos durante un brote de peste, en Pinós, Lérida	2
28	1	1509	xvi	El cardenal Cisneros ve una cruz luminosa sobre Titulcia	4
		1522	xvi	Experiencia mística de san Ignacio de Loyola en Manresa	6
21	10	1523	xvi	En Quintanar de la Orden, Burgos, Francisca la Brava ve a una Virgen niña	2
		1526	xvi	Una espada larga está suspendida en el aire durante veinte días sobre las huestes de Hernán Cortes	4

DÍA	MES	AÑO	SIGLO	DATOS	TIPO
6	5	1527	xvi	Zequiél traslada al doctor Torralba a Roma	7
		1539	xvi	Aparición de un ángel a san Juan de Dios en Gaucín, Málaga	7
5	3	1555	xvi	En Buendía, María de Hintoba ve una gran cruz colorada, inmóvil, que cambia de tamaño y color	4
14	4	1561	xvi	Objetos volantes cilíndricos sobre Núremberg	4
7	8	1566	xvi	Globos ígneos sobre el cielo de Basilea	1
21	9	1571	xvi	Se ve un signo en el cielo: un fuego en forma de columna en Lepanto	4
8	12	1572	xvi	En el cielo aparece un cometa que desprende una luz cegadora en La Alcarria	4
		1572	xvi	Milagro de la hostia en Gorcum (hoy se conserva en El Escorial)	5
15	11	1572	xvi	Desaparece el campesino Hans Bouchman en Lucerna (aparece en Milán el 2-2-1573)	6

DÍA	MES	AÑO	SIGLO	DATOS	TIPO
22	10	1573	xvi	Un ruido y una bola resplandeciente aparece por Oriente y de ella salieron otras tres. El fenómeno se repite el día 27 en La Alcarria	1
6	2	1577	xvi	Un gran objeto incandescente es visto en muchos lugares de España	4
7	11	1577	xvi	El anterior objeto vuelve a ser observado	4
6	4	1578	xvi	Un objeto luminoso zigzaguea como una culebra por el cielo en La Alcarria	4
		1578	xvi	San Rafael se aparece al sacerdote Roelas en Córdoba	7
		1579	xvi	Se ven en Bilbao unos borregos voladores	6
12	4	1592	xvi	Bola de fuego de color bermejo que se desplaza lentamente en La Alcarria	1
25	9	1592	xvi	Isabel Besora ve a la Virgen en Reus, Tarragona	2

DÍA	MES	AÑO	SIGLO	DATOS	TIPO
30	9	1604	xvii	Se ven en el aire grandes escuadrones que luchan entre sí encima del monasterio de San Jerónimo en el valle de Hebrón, Barcelona	3
	8	1605	xvii	Virgen La Bien Aparecida, en Santander	2
1	11	1618	xvii	El Día de Todos los Santos, la Virgen se aparece a María Torrent en Sant Aniol, Gerona	2
2	5	1619	xvii	Dos ángeles tallan la Virgen del Tránsito en Zamora	7
		1630	xvii	Bilocaciones de la monja de Ágreda	6
29	1	1640	xvii	Hostia volante en Braga	5
29	3	1640	xvii	Milagro del cojo de Calanda	6
23	8	1654	xvii	Se ven pelear en el aire dos ejércitos en Sanlúcar.	3
14	5	1733	xviii	Al jesuita Bernardo Francisco de Hoyos se le aparece el Corazón de Jesús en Valladolid	6

MAPAS DE LA ESPAÑA EXTRAÑA



Ángeles



Museos insólitos



Apariciones



ORNI



Batallas



Restos egipcios



Imágenes mágicas



Reliquias



Ermitas



Sábanas



Hostias



Blasones



Luces populares

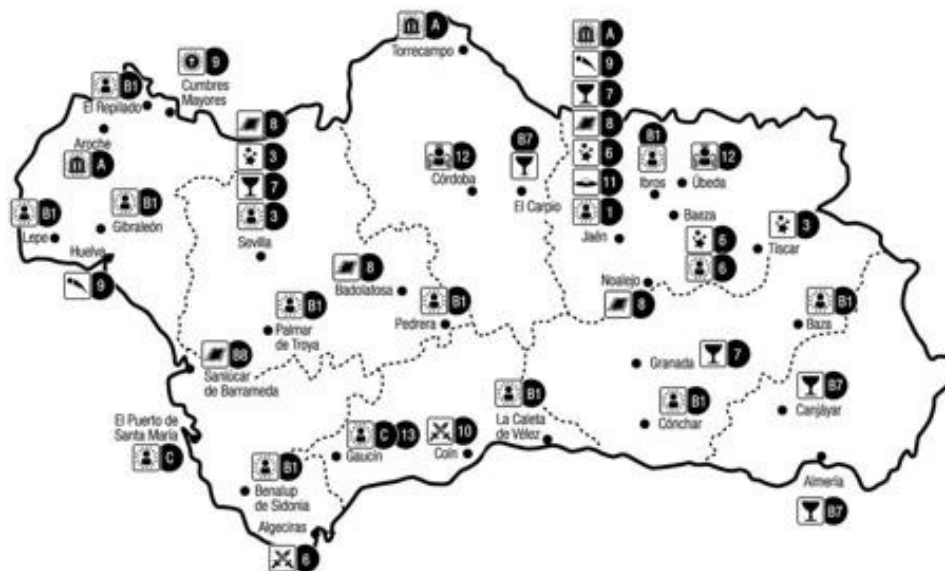


OVNIs y entidades
extrañas

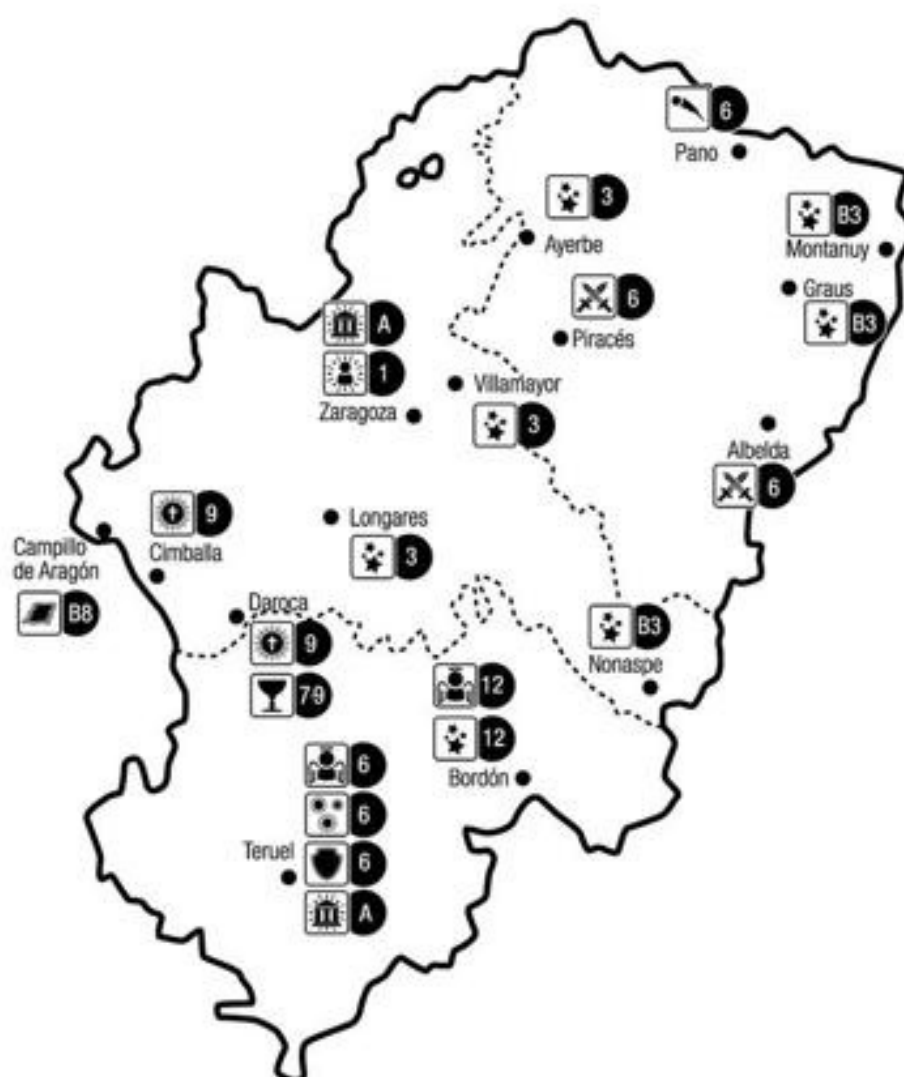
NOTA IMPORTANTE:

Los números que acompañan a cada icono remiten al número de capítulo del libro donde se contiene la información relativa al enclave señalado. La letra «**A**» remite al Apéndice 2, la «**E**» al Epílogo, la «**B**» a las Notas de Bitácora y la «**C**» al anexo de Cronología.

Andalucía



Aragón



Asturias



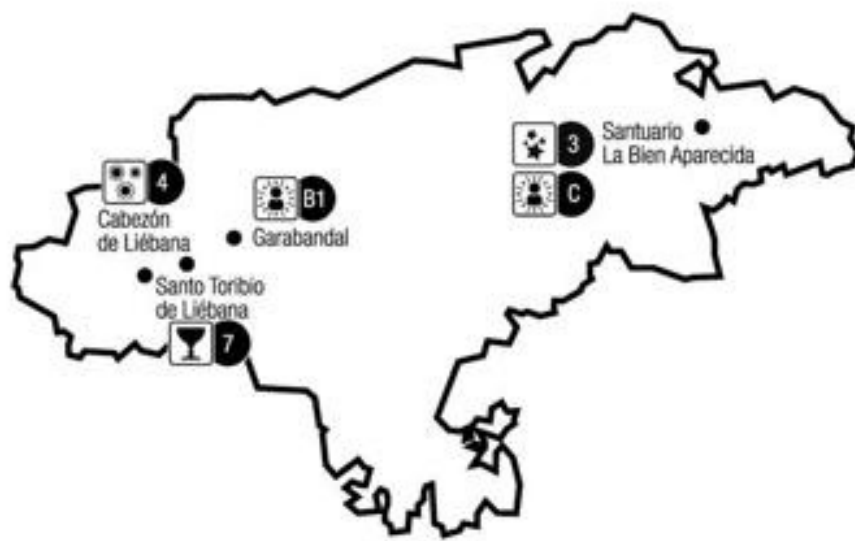
Baleares



Canarias



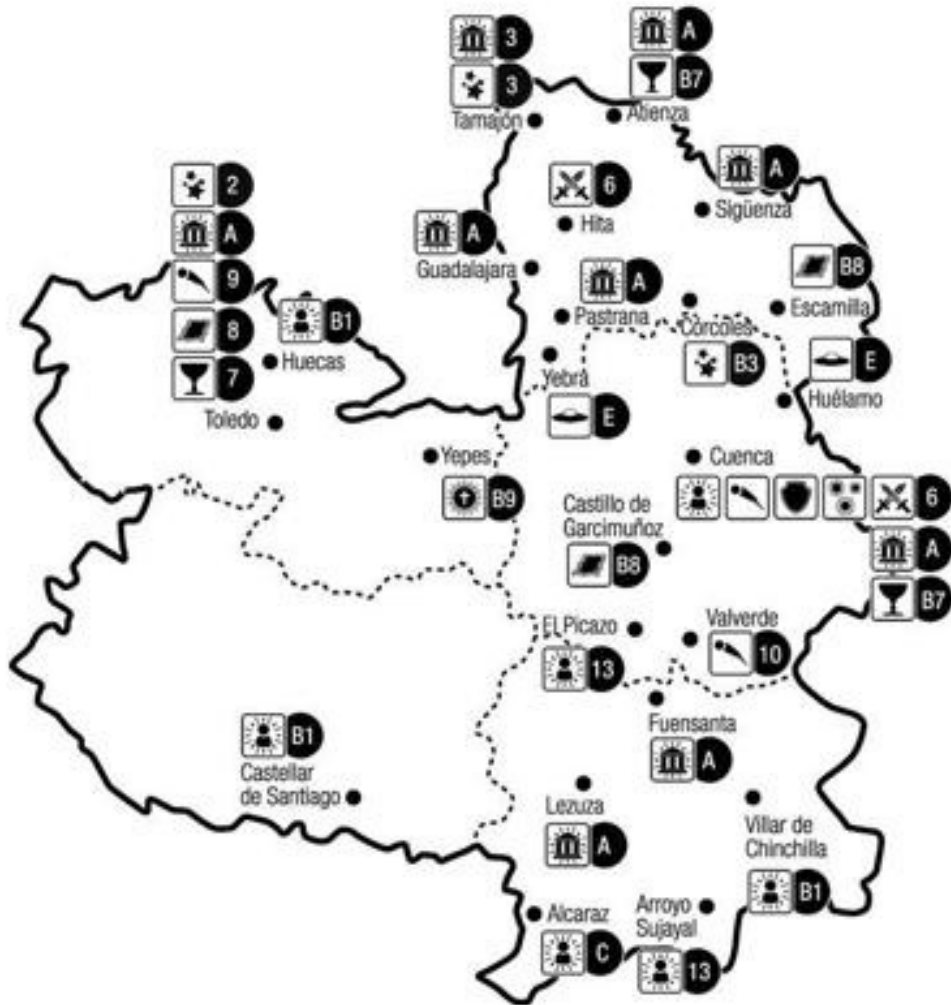
Cantabria



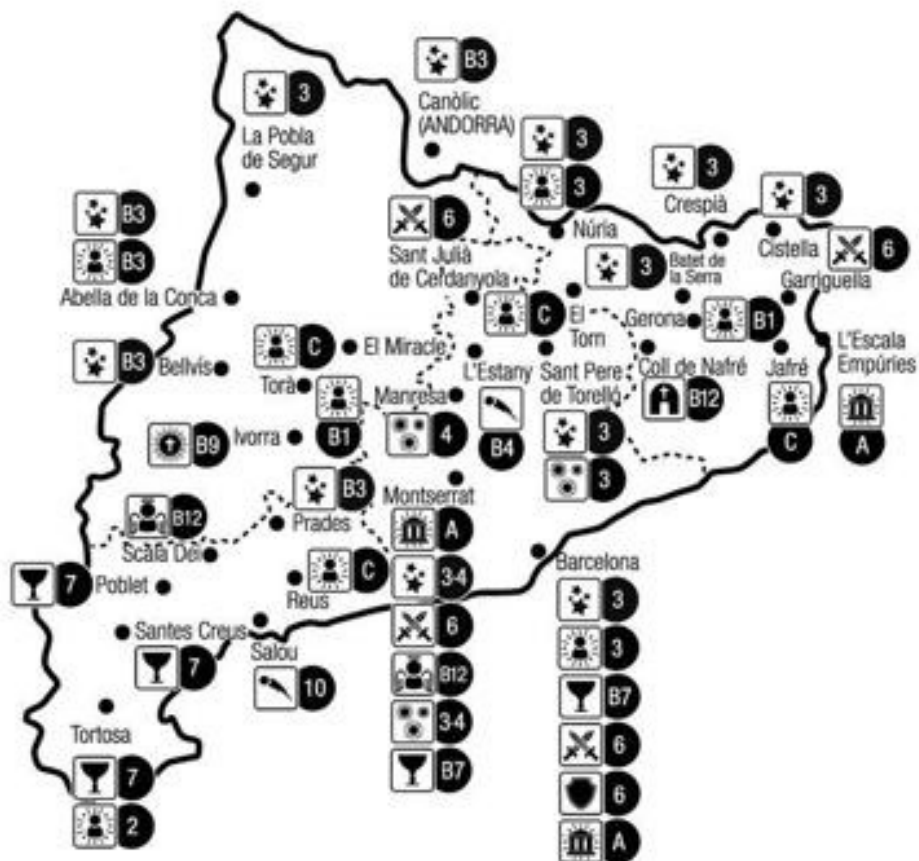
Castilla y León



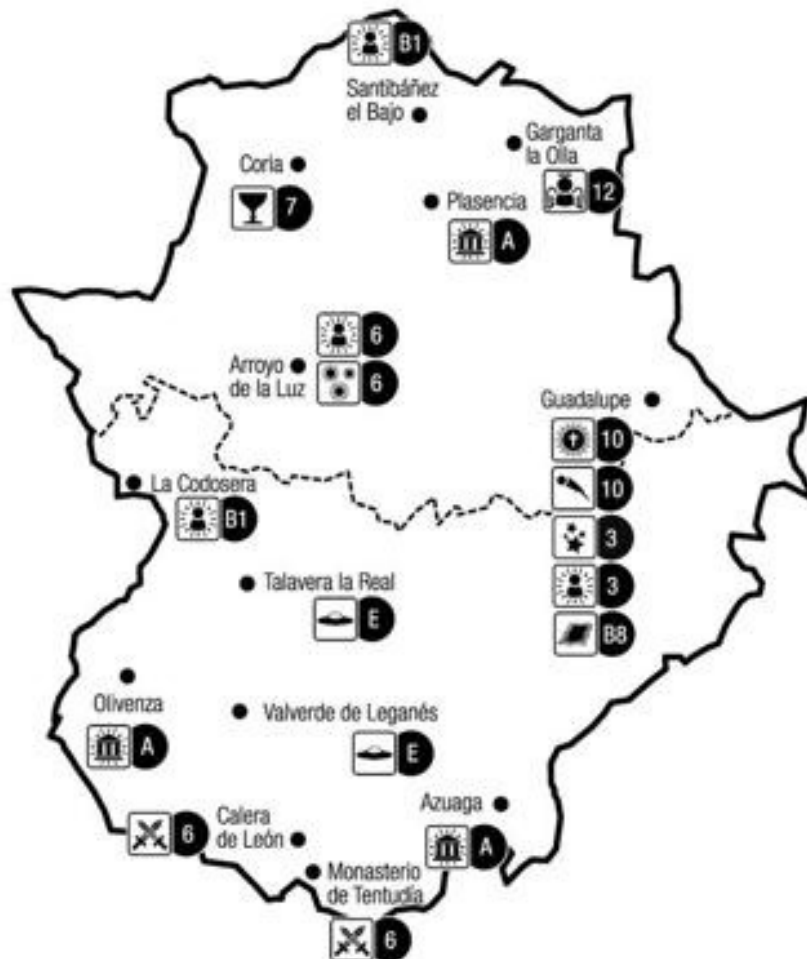
Castilla-La Mancha



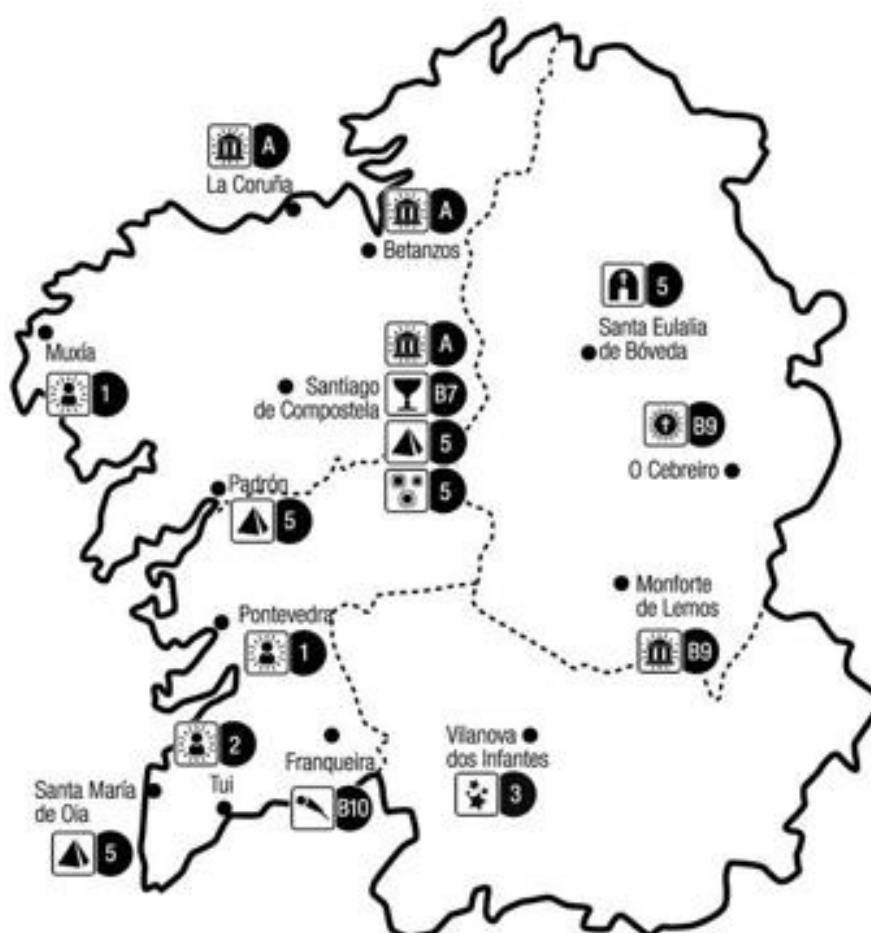
Cataluña



Extremadura



Galicia



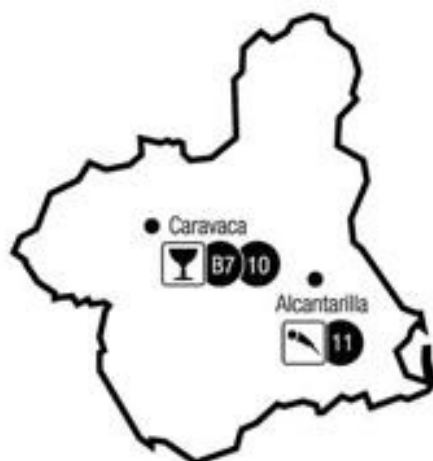
La Rioja



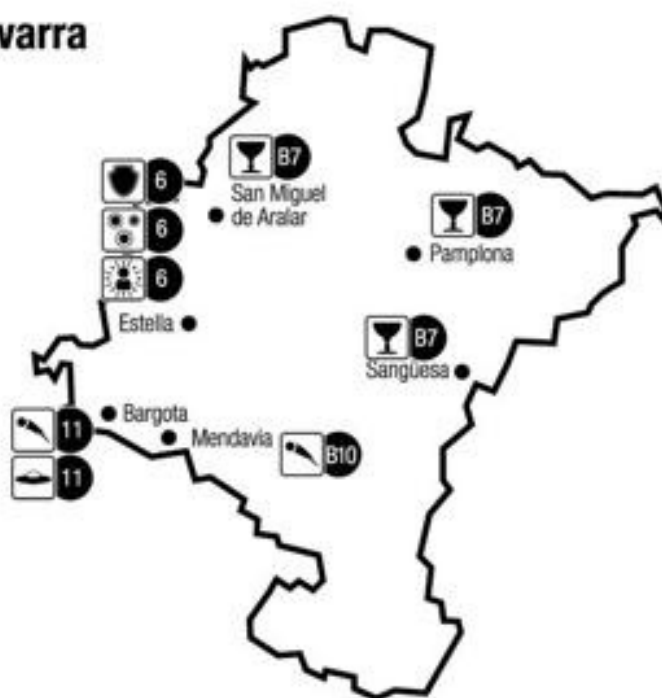
Madrid



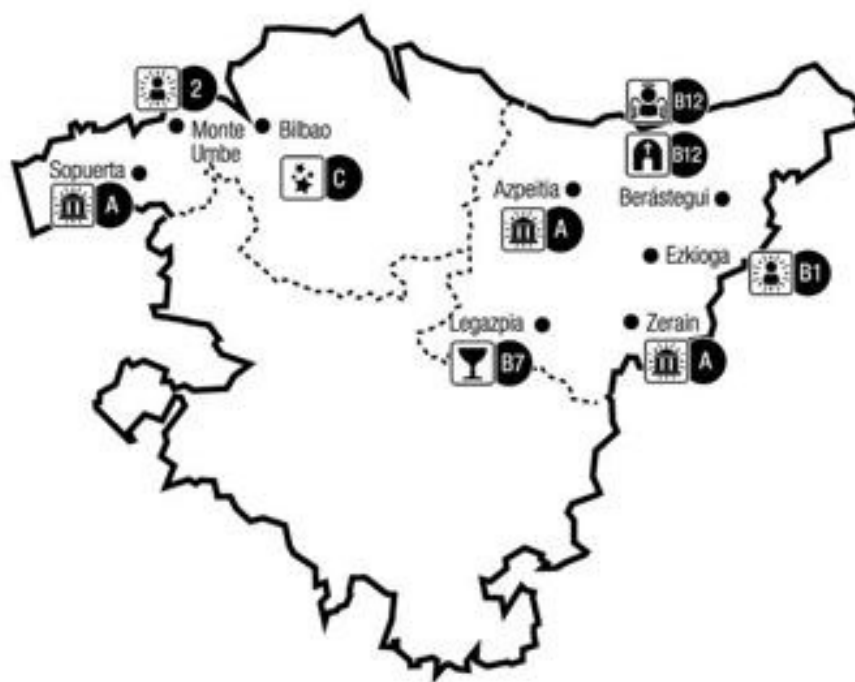
Murcia



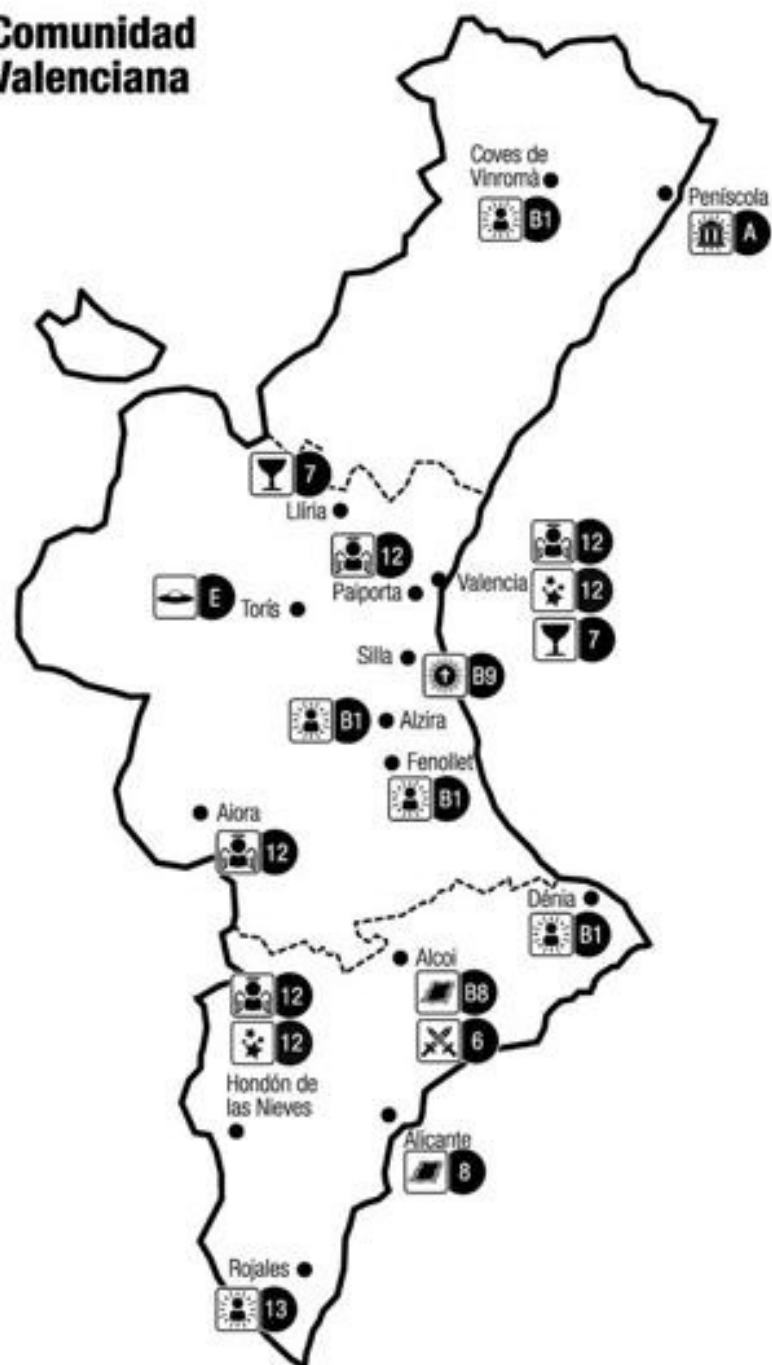
Navarra



País Vasco



Comunidad Valenciana



BIBLIOGRAFÍA

- ÁGREDA, María de Jesús de: *Mística Ciudad de Dios* (tomo v), Herederos de Juan Gili Editores, Barcelona, 1914.
- ALARCÓN HERRERA, Rafael: *La última Virgen Negra del Temple*, Martínez Roca, Barcelona, 1991.
- ALFARO, Ibo: *La Virgen de la Llana y el cautivo de Peroniel* (leyenda novelada), edición y notas de Florentino Zamora, Imprenta Las Heras, 1944.
- AMADES, Joan: «Imágenes marianas de los Pirineos orientales», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, tomo XI, CSIC, Madrid, 1955.
- AMADES, Joan: «Cartas del cielo», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, tomo XIV, CSIC, 1958.
- Amorós, Pedro: *Guía de la España misteriosa*, Timun Mas, Barcelona, 2009.
- ANÓNIMO: *La imagen dormida de Zamora, Nuestra Señora del Tránsito*, Ediciones Montecasino, Zamora, 1991.
- ATIENZA, Juan G.: *Guía de la España griálica, Arín*, Barcelona, 1988.
- ATIENZA, Juan G.: *Nuestra Señora de Lucifer*, Martínez Roca, Barcelona, 1991.
- ATIENZA, Juan G.: *La ruta sagrada*, Robin Book, Barcelona, 1992.
- BALLBÉ Y BOADA, Miguel: *Las Vírgenes Negras y Morenas en España*, Diputación de Barcelona, Barcelona, 1991.
- BARRIONUEVO, Jerónimo de: *Avisos del Madrid de los Austrias y otras noticias*, Castalia, Madrid, 1996.
- BENAVIDES, fray Alonso de: *Memorial*, Imprenta Real, Madrid, 1630.
- BENÍTEZ, J. J.: *El ovni de Belén*, Plaza & Janés, Barcelona, 1983.
- BETHENCOURT, Emiliano, y ROJAS, Félix: *El legado del temple: la última virgen negra de Occidente*, Júcar, Madrid, 1991.
- CALLEJO, Jesús: *Viaje por la España mágica del profesor Pumpernickel y su ayudante Juanito*, Tatanka, Salamanca, 2012.
- CANALES, Carlos, y CALLEJO, Jesús: *Duendes*, Edaf, Madrid, 1994.
- CANELLAS LÓPEZ, Ángel: *Historia documentada de los corporales de Daroca*, Monografías «Aragonia Sacra», Zaragoza, 1989.
- CARROLL CRUZ, Joan: *Eucharistic miracles*, Tan Books, Illinois (EE. UU.), 1987.
- CARTAGENA GONZÁLEZ, Fausto: *Segura, río abajo. Leyendas y relatos*, Excmo. Ayuntamiento de Rojales, Alicante, 1991.
- CHADWICK, Henry: *Prisciliano de Ávila*, Espasa-Calpe, Madrid, 1978.
- CHRISTIAN, William A., Jr.: *Apariciones en Castilla y Cataluña (siglos XIV-XVI)*, Nerea, Madrid, 1990.
- CONNELL, Janice T.: *Encuentros con María*, Edaf, Madrid, 1996.
- CONTRERAS GIL, Francisco: *Incógnita. Un viaje... en busca del misterio*, Edaf, Madrid, 2013.

- D'ARBÓ, Sebastián: *España mágica y misteriosa*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1994.
- DÄNIKEN, Erich von: *Las apariciones*, Martínez Roca, Barcelona, 1975.
- DEVERAUX, Paul (compilador): *Gaia, la Tierra inteligente*, Martínez-Roca, Barcelona, 1991.
- DOMÍNGUEZ LASIERRA, Juan: *Aragón Legendario*, Librería General, Zaragoza, 1984.
- ESLAVA GALÁN, Juan: *El enigma de la Mesa de Salomón*, Martínez-Roca, Barcelona, 1988.
- ESLAVA GALÁN, Juan: *El fraude de la sábana santa y las reliquias de Cristo*, Planeta, Barcelona, 1997. (También en Barcelona: Booket, 2004).
- ESPINOSA, fray Alonso de: *Del origen y milagros de la Santa Imagen de nuestra Señora de Candelaria, que apareció en Tenerife, con la descripción de esta isla*. Casa Juan de León, Sevilla, 1594.
- FABER-KAISER, Andreas: *Las nubes del engaño*, Planeta, Barcelona, 1984.
- FABER-KAISER, Andreas: *El muñeco humano*, Kaydeda, Madrid, 1989.
- FERNÁNDEZ, Joaquim y D'ARMADA, Fina: *Intervencao extraterrestre em Fátima*, Livraria Bertrand, Lisboa, 1981.
- FERNÁNDEZ ESPAÑA, M.^a Victoria: «Prisciliano y sus raíces gallegas», *Monografías de los Cuadernos del Norte*, Caja de Ahorros de Asturias, 1981.
- FERREIRO ALEMPARTE, Jaime: *La leyenda de las once mil vírgenes*, Universidad de Murcia, 1991.
- GALICIA, Carlos: *La copia milagrosa de Valladolid*, *Más Allá*, nº 50, abril de 1993.
- GÓMEZ CISCAR, Fernando: *Sagradas formas incorruptas de Silla*, Gráficas Fortuny, Silla, 1996.
- GONZÁLEZ GUTIÉRREZ, José Gregorio: *Los ovnis en Canarias*, Centro de la Cultura Popular Canaria, La Laguna (Tenerife), 1995.
- GRÍFOL, Luis José: *Vivencias de un contactado*, Ediciones Karma 7, Barcelona, 1994.
- GUTIÉRREZ, Enrique: *Beatriz de Silva, santa fundadora*, s/r., Burgos, 1986.
- HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario: *Monjas ilustres en la historia de España*, Temas de Hoy, Madrid, 1993.
- JOFRE MILÁ, Jesús: *Contacto con Sharim. Un ser de quinta dimensión*, edición del autor, 2014.
- MADOZ E IBÁÑEZ, Pascual: *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar*, s/r., Madrid, 1845-1850.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino: *Historia de los heterodoxos españoles*, Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), Madrid, 1956.
- MEISSNER, W. W.: *Ignacio de Loyola, psicoanálisis de un santo*, Anaya & Mario Muchnik, Madrid, 1995.
- MERZ, Blanche: *Pirámides, catedrales y monasterios*, Martínez Roca, Barcelona,

1987.

- MIRALLES SBERT, José: *Las reliquias y relicarios de la catedral de Mallorca*, s/r., Palma de Mallorca, 1961.
- NIETO, Silvia, y HERMIDA, José: *Viajes esotéricos*, Temas de Hoy, Madrid, 1994.
- O'BRIEN, Douglas: *The genius of the few*, Turnstone Press Ltd., Northamptonshire (Gran Bretaña), 1985.
- ORRIOS DE LA TORRE, Tomás: *Compendio sagrado de la peregrina historia de los santísimos corporales y misterio de Daroca*, Imprenta Francisco Moreno, Zaragoza, 1778.
- ORTIZ ARANA, Asunción: *Las Vírgenes de la provincia de Valladolid*, Diputación Provincial de Valladolid, 1989.
- PALACIOS, Isidro-Juan: *Apariciones de la Virgen*, Ed. Temas de Hoy, Madrid, 1994.
- PASCUAL, Carlos: *Guía sobrenatural de España*, Al-Borak, Madrid, 1976.
- PEÑA SANTIAGO, Luis Pedro: *Las siete Vírgenes Negras de Gipuzkoa*, Txertoa, San Sebastián, 1992.
- PÉREZ GÓMEZ, Federico: «Descubren un barco egipcio en Galicia», *Arqueología y Enigmas de la Historia*, n.º 1, Madrid, 1996.
- PINILLA, Ramiro: *Guía secreta de Vizcaya*, Al-Borak, Madrid, 1975.
- POUSA, Xosé Ramón: *El camino de Santiago*, *La Voz de Galicia*, La Coruña, 1992.
- REDEL, Enrique: *San Rafael en Córdoba*, Imprenta del Diario, Córdoba, 1900 (también en edición facsímil, Obra Social de Cajasur, 1996).
- RIBERA, Antonio: *Encuentros con humanoides*, Planeta, Barcelona, 1982.
- SALA SELVA, Federico: *La verdad sobre la Santa Faz*, Gráficas Díaz, Alicante, 1985.
- SÁNCHEZ DRAGÓ, Fernando: *Gárgoris y Habidis. Una historia mágica de España*, Planeta, Barcelona, 1992.
- SÁNCHEZ DRAGÓ, Fernando: *Diccionario de la España Mágica*, Espasa, Madrid, 1997.
- SÁNCHEZ VAQUERO, José: *España, tierra de María (Ermitas y Santuarios de la Virgen)*, Imprenta Kadmos, S. C. L., Salamanca, 1987.
- SARRET, Joaquim: *Llum!... a la Llum de Manresa (Observacions històriques)*, Imprempta de Sant Josep, Manresa, 1931.
- SARRET, Joaquim: *El Plet de la Miraculossa Llum de Manresa*, Imprempta de Sant Josep, Manresa, 1932.
- SIERRA, Javier: *La dama azul*, Martínez Roca, 1998. (Edición revisada: Planeta, 2008; también en Barcelona: Booket, 2010).
- SOLANO MÁRQUEZ, Francisco: *Guía secreta de Córdoba*, Al-Borak, Madrid, 1976.
- TABOADA, Jesús: *La medalla milagrosa (doctrina y devoción)*, s/r., Madrid, 1984.
- TAJADA, José Luis: *Misterios de España. Detectives de lo insólito*, Absalon, Cádiz, 2010.

- TERÁN FERRO, Daniel: *Prisciliano, mártir apócrifo*, Breogán, Madrid, 1985.
- VESGA CUEVAS, Juan: *Las advocaciones de las imágenes marianas veneradas en España*, Cespusa, Valencia, 1988.
- VV.AA.: *Bierzo Mágico, Diario de León*, 1978.
- WILSON, Ian: *Holy faces, secret places*, Doubleday and Co., Londres, 1991.

Notas

[1] Poco después de publicar *La España extraña*, Javier Sierra escribió *La dama azul* (en esta misma colección). Una novela en la que reconstruyó al detalle las bilocaciones de sor María de Jesús a América, poniendo de relieve cuán influyentes fueron en la exploración española de Nuevo México, Arizona y Texas durante los siglos XVII y XVIII. (Nota del editor). <<